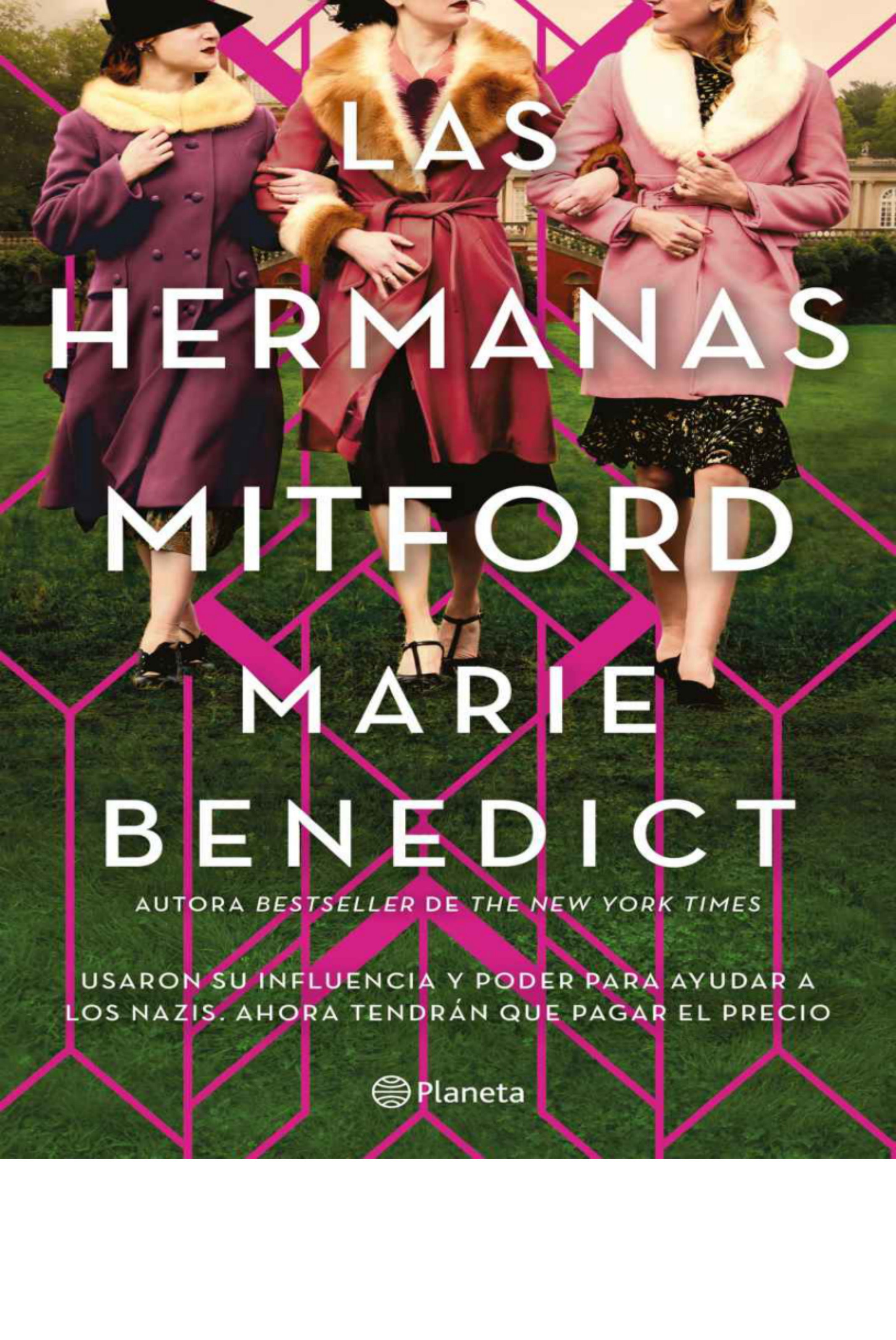

LAS
HERMANAS
MITFORD
MARIE
BENEDICT
AUTORA BESTSELLER DE THE NEW YORK TIMES
USARON SU INFLUENCIA Y PODER PARA AYUDAR A
LOS NAZIS. AHORA TENDRÁN QUE PAGAR EL PRECIO
Planeta

MARIE BENEDICT

LAS HERMANAS MITFORD

Planeta

Contenido

Capítulo 1

Nancy

7 de julio de 1932
Londres, Inglaterra

El sonido suave de la sinfonía ondula por todo el salón de baile. Los sirvientes vierten champaña dorada en las copas de cristal cortado. La legendaria casa Cheyne Walk exuda perfección hasta en el último detalle, igual que su anfitriona.

En el centro del vasto salón de baile, se yergue su imponente figura escultural, en un vestido largo de seda platino, un tono que resalta sus ojos. Extiende los brazos cargados de diamantes para dar la bienvenida a sus invitados; irradia serenidad con una gracia imperturbable e irresistible. Si fuera cualquier otra persona, alguien a quien yo no conociera de manera tan íntima como me conozco a mí misma, pensaría que esa sonrisa de esfinge es una farsa o algo peor. Pero sé que ella es precisamente lo que aparenta, porque es Diana, mi hermana.

Aparto los ojos de ella y miro alrededor: el salón de mármol con sus muros dorados, resplandecientes, es lo suficientemente amplio para acoger, sin problema, a trescientos invitados. Las parejas de baile que se empiezan a formar parecen rayos de sol emanados de

Diana. Es una constante desde nuestra infancia: ella siempre deslumbra al centro, y nosotras, sus hermanas, giramos a su alrededor como haces de luces. Y aunque la prensa nos considere a las seis hermanas Mitford la esencia misma de los hijos rebeldes de la época victoriana, las *Bright Young Things*, ella es la estrella.

La velada es, en realidad, una celebración de la nueva y lujosa casa de Diana y de su apuesto y generoso marido, Bryan Guinness, quien ha organizado un baile para presentar en sociedad a una de sus hermanas menores, Unity. «¿Dónde se habrá metido Unity?», me pregunto al tiempo que recorro con la mirada el lugar abarrotado en busca de la joven, demasiado alta para sus dieciocho años. Nunca ha tolerado las reglas sociales impuestas, y al parecer ahora está escondida, en lugar de aceptar con entusiasmo la atención esperada en su honor. Por fin la veo; está oculta en un rincón oscuro, en profunda conversación con nuestra hermana Pamela y nuestro único hermano varón, Tom, nuestro chico dorado. De mis seis hermanos, solo faltan Jessica y Deborah, pero todavía son muy jóvenes para participar en eventos sociales.

Aunque finge escuchar, es obvio que Unity observa a los otros invitados en lugar de poner atención a Tom y a Pamela. Al menos aquí, en Cheyne Walk, no tendrá que hacer una doble reverencia y retirarse hacia atrás, como tuvo que hacerlo frente al rey y la reina cuando salimos del palacio de Buckingham. Pobre Bobo —así la llamamos entre nosotros—, no es conocida por su gracia; todas las hermanas nos tomamos de las manos y contuvimos el aliento hasta que terminó el acto sin tropezar y catapultarse hasta el regazo de Sus Majestades. Incluso en ese momento, apenas pudo llevar a cabo la hazaña sin dar varias zancadas torpes y un primer paso hacia atrás en el que su tacón se atoró con el dobladillo de la falda y lanzó un horrible rasguido por

todo el famoso salón de presentaciones.

Un destello plateado cruza el salón de baile y observo cómo Diana se contonea entre la multitud. Pienso en cuánto se parecen Diana y Unity a la distancia; ambas poseen rasgos imprecisos, son altas y sus cabellos rubios resplandecen por igual. Aunque en un examen más minucioso, no son tan similares; Diana lleva un vestido plateado sin costuras mientras que el de Unity es gris y blanco, el cual, al parecer, no es de su talla, a pesar de las varias visitas al sastre. Por millonésima vez, agradezco haber nacido con cabello negro azabache y ojos del mismo color; jamás me gustaría ser comparada con Diana y resultar en desventaja.

La música se detiene y veo a Evelyn Waugh al otro lado del salón. Siento satisfacción y calidez al ver a mi querido amigo. Sólo la presencia de mi prometido, no oficial, podría brindarme más alegría, pero sé que es imposible, porque Hamish se declaró indispuesto para asistir a este evento, dándoles así otra razón a mis padres, a quienes llamamos Muv y Farve, para que les desagrade aún más, puesto que, aunque hace varios años establecimos nuestro compromiso, no se ha anunciado.

—¿Qué planes pudo hacer tu condenado prometido, que le impidieron asistir al baile de la hermana de su prometida? —preguntó Farve en voz alta, usando un término peyorativo

En mis peores momentos me pregunto si no debí haber aceptado la propuesta de sir Hugh Smiley; por banal que fuera, nuestro matrimonio me hubiera salvado de mis problemas financieros actuales y hubiera evitado las críticas constantes de Muv para que deje de deambular en sociedad de manera tan impropia, puesto que ya casi cumplo treinta años y sigo soltera.

Evelyn mira en mi dirección y alzo la mano para saludarlo; deseo que se una al grupo de amigos a mi

lado. Estos hombres, entre los cuales están el poeta John Betjeman y el fotógrafo Cecil Beaton, son la familia que elegí. ¿Por qué no lo serían? Ellos adoran las cualidades que Muv y Farve desprecian en mí, y en la mayoría de los hombres de mi entorno; se deleitan con mis comentarios informados e ingeniosos, en particular si no inapropiados. Es el único grupo al que siento que pertenezco. Por supuesto que Farve desprecia a estos *dandis*. Incluso entre mis cinco hermanas, siempre he sido una suerte de extranjera. Ellas acostumbraban formar parejas o hacer equipos; en la infancia, Jessica con Unity, Pamela con Deborah y Diana con Tom, como los gemelos dorados, y a menudo yo me quedaba sola.

Antes de mostrar una sonrisa radiante de saludo para Evelyn, paso la lengua por mis dientes para asegurarme de que no están manchados de lápiz labial rojo intenso. Me aliso el vestido y repaso en mi mente algunas ocurrencias que seleccioné para él desde la última vez que nos vimos. Todo debe ser perfecto; ninguno de nosotros quiere arriesgarse a la censura cómica, si bien mordaz, de Evelyn. Es divertidísimo si la esgrime contra quienes no pertenecen a nuestro círculo, pero mucho menos si es en contra nuestra.

Pero Evelyn no se acerca. De hecho, cambia de dirección por completo, como si un imán lo condujera hacia Diana. Siento un vacío en el estómago y sé que es mi culpa. Alguna vez Evelyn fue sólo mi amigo, pero cuando investigaba para escribir un libro sobre las fechorías de la alta sociedad, me pidió que le presentara a Diana, cuya belleza y carisma la habían convertido en una estrella durante la temporada de debutantes y en materia para los periodistas. Fue así como los presenté en una fiesta tropical que ella y su marido organizaron en su barco, el *Friendship*.

No me preocupé porque sabía que Evelyn ya había decidido sentir antipatía por la joven pareja y

convertirlos en protagonistas frívolos de su novela *Cuerpos viles*. Pero todo eso cambió cuando Evelyn sucumbió ante el hechizo de Diana. Ahora, maldita sea, está tan fascinado con ella que lo he sorprendido haciendo muecas de disgusto cuando me refiero a mi hermana con el apodo con el que la llamo desde la infancia: Bodley, una referencia al nombre de la casa editorial Bodley Head, porque su cabeza siempre fue más grande que su cuerpo. Esta pequeña imperfección es casi imperceptible para las demás personas porque su belleza es abrumadora.

Desvío rápidamente la mirada, porque no quiero que Evelyn o los otros se den cuenta de que lo observo. Mirar fijamente y boquiabierta es algo que no se hace, es señal de una debilidad inaceptable. Para ocultar mi error, exclamo:

—Parece que el viaje de *lady* Tennant a Baden no le brindó la cura que tanto publicitan las termas.

Aunque esto provoca las risitas disimuladas, me odio por caer tan bajo para lograrlas. A veces deseo contar con más armas que mi lengua y pluma mordaces. En ese momento, mis amigos contribuyen con sus propias observaciones, cada uno más malicioso que el anterior, hasta que empiezo a llorar de risa. Me enjugo los ojos y en ese momento me doy cuenta de lo que sucede: Diana está en el centro de un grupo de hombres, algo muy común, pero su mirada no se detiene en ninguno de ellos, ni siquiera en su cariñoso y multimillonario marido. Esos ojos suyos plateados, incandescentes, están fijos al otro lado del abarrotado salón de baile, sobre la última persona que hubiera esperado.

Capítulo 2

Diana

7 de julio de 1932
Londres, Inglaterra

Diana se aparta de esa mirada y vuelve a la multitud. Sus invitados le abren camino, algunos de ellos se acercan a estrechar su mano o besarla en la mejilla. Las yemas de algunos dedos rozan su deslumbrante vestido plateado. Si creyera en la falsa modestia, podría decirse a sí misma que la buscan sólo porque es la anfitriona de este evento fastuoso, en el que los miembros de su familia y sus amigos de la sociedad se reúnen con otros jóvenes considerados *Bright Young Things*. Pero nunca fue muy buena con esas falsedades; ella es Diana Mitford Guinness y el mundo simplemente está a su disposición.

Entre la cacofonía de voces, escucha a Winston Churchill, el esposo de la prima Clementine, que habla de la pintura al óleo de Stanley Spencer que ella colgó en una pared. Al parecer, su descripción del monumento conmemorativo de la guerra de Cookham es equivocada, algo que sólo el viejo Winnie puede saber. Diana ignora la fanfarronada, algo poco habitual en ella porque, en general, las reflexiones políticas de Churchill le parecen interesantes, aunque desagradables. También ignora la aguda réplica de su hijo, Randolph Churchill; él es un gran amigo de Tom, su único y amado hermano.

Siempre sospechó que Randolph la encontraba atractiva.

Su apuesto y devoto esposo se acerca a ella. Consciente de lo despampanantes que se ven juntos, Diana levanta los brazos cargados de pulseras de diamantes, para dar la señal a la sinfónica y a los bailarines. Se llena de energía conforme los músicos y los danzantes siguen su señal. Todo esto es suyo, piensa por un momento fugaz e incrédulo: la fabulosa casa Cheyne Walk, tan bien equipada, decorada con tapetes Aubusson, incluso en las recámaras de los niños; la propiedad provincial del siglo XVIII, en Biddlesden, donde acogen a muchos familiares y amigos en temporada; sus dos maravillosos hijos, Jonathan y Desmond, a quienes amó desesperadamente desde el momento en que llegaron al mundo entre llantos; y por supuesto su marido, Bryan, heredero de la fortuna de la cervecera Guinness y de una baronía, así como verdaderas manadas de amigos, familiares y conocidos, siempre dispuestos.

A pesar de tener todo esto, ¿por qué está tan terriblemente aburrida? No todo el tiempo, claro. Algunos destellos pasajeros de júbilo se presentan en forma de distracciones como ésta y en las ocurrencias de amigos queridos como Evelyn Waugh. En ocasiones, leerles un cuento a sus hijos antes de dormir le produce satisfacción, pero una profunda sensación de falta de sentido y un malestar impregnan su vida.

«No te preocupes», se dice Diana. «Qué poco apropiado es pensar en eso». No tiene derecho a estar aburrida. Justo al otro lado de la reja de su casa hay londinenses que están al borde de la desesperación, fingiendo que admiran la ropa elegante de las damas de sociedad que entran y salen de la fiesta, pero, en realidad, sólo están ahí para compartir su indignación por el exceso, la fiesta ostentosa de cara a la crisis mundial. ¿Cómo se atreven, ella y Bryan, a dilapidar su

fortuna en fiestas y compras sin sentido, mientras tanta gente tiene dificultades y muere de hambre por la falta de empleo?

Las personas creen que ella no se da cuenta; o peor aún, que no le interesa el mensaje de estas multitudes, pero no es así. Diana sabe con exactitud cuánta gente está reunida allá afuera y qué es lo que quieren. La belleza no es un obstáculo ni una anteojera frente la verdad. Pero, ¿qué se supone que debe hacer? Incluso los hombres que conoce no están preparados para entrar de lleno en la fisura y apuntalar esta sociedad que lucha para mantenerse a flote. Ni siquiera Bryan, quien tiene el dinero, los medios, los contactos y el intelecto para marcar la diferencia; es un aspecto que le desagrada de él.

Conforme la música se apaga, siente otra vez que el director de orquesta y los bailarines dirigen su atención hacia ella. Diana casi olvida que la pista de baile se ha detenido en espera de que ella indique la siguiente danza. Levanta de nuevo el brazo y el salón se anima, como si despertara de un duermevela colectivo. Los instrumentos tocan y los bailarines ondean al lado de Bryan, Evelyn y unos pocos elegidos del círculo íntimo que están en el centro de la pista con ella. Entonces Diana lo ve: tiene el cabello y los ojos oscuros, y la mira fijamente desde el extremo opuesto del salón; su mirada no vacila, ni siquiera cuando una pareja gira brusca y peligrosamente cerca de él. Diana se ruboriza al verlo, nunca creyó que viniera: Oswald Mosley, su M. Ella desvía su mirada, esta vez más tiempo que la última. De pronto, por primera vez en mucho tiempo, se siente viva, muy viva.

Capítulo 3

Unity

7 de julio de 1932
Londres, Inglaterra

Unity hubiera querido traer a su rata al baile. Ratular hubiera cabido muy bien en su bolso y hubiera sido tema de conversación durante los silencios incómodos, que inevitablemente sucedían. No es que la pequeña mascota hubiera tenido la oportunidad de actuar; de hecho, nadie parece estar interesado en llenar su tarjeta de baile, aunque la celebración en Cheyne Walk sea en su honor, ¡por el amor de Dios! Sin embargo, Ratular, con su suave pelaje y bigotes rasposos, al menos le hubiera proporcionado el consuelo que tanto necesita. Cuánto desea poder meterse debajo de la mesa más cercana, como lo hace en casa cuando el ambiente se pone demasiado tenso.

Siente una opresión incómoda, así que jala el tirante de su vestido Hartnell gris y blanco que Diana mandó a diseñar especialmente para ella, para esta noche; no quería que se pusiera su único vestido de baile, el que usó en su presentación en el palacio de Buckingham con el nuevo abrigo de pieles; todo fue cortesía de Diana, por supuesto. Nadie más en su familia tiene una sola libra sobrante. Unity piensa que Diana ha sido una verdadera santa por su apoyo durante esta

horrible temporada de debutantes. Mucho más servicial que sus otras hermanas; aunque su favorita, Jessica, a quien todos llaman Decca, no podía hacer mucho porque era demasiado joven como para entrar en sociedad. Pero, ¿y Nancy? Unity le echó un vistazo a su hermana mayor; como de costumbre, está ocupada con sus amigos inteligentes, con quienes nunca la deja hablar.

¡Maldición!, ¿Nina Sturdee es la que está parada cerca de Nancy? Unity se estremece. Lo último que necesita en este momento es una plática con una de sus compañeras de clase de la corta época que pasó en la escuela Queen's Gate, o incluso de St. Margaret. Alguna chica odiosa que pudiera recordar que los profesores consideraron que Unity no se adaptaba a la institución y que *recomendaron* a Farve y a Muv que se la llevaran a casa, para gran disgusto de estos últimos. Hace mucho tiempo que Unity sabe que la única razón por la que Muv ha hecho una excepción a su insistencia de que las niñas debían educarse en casa era porque necesitaba descansar de la *originalidad* de Unity, como ella la llamaba. Pero ahora, más que nunca, lo único que desea es integrarse, o sobresalir de manera respetable, incluso atractivamente, como se supone que debe hacerlo. Que no es poca cosa cuando mides casi un metro ochenta.

En ese momento, ve que Diana se dirige a un rincón del salón, donde un grupo de jóvenes bebe como si su vida dependiera de ello. Cuando se inclina hacia el más alto y desgarbado de ellos y le murmura algo al oído, Unity advierte cómo los otros tres se paralizan. Es como si la sola presencia de Diana entre ellos hubiera bajado la temperatura al nivel del Ártico. Cómo le gustaría a Unity tener ese efecto en los hombres. O en un hombre en particular.

El joven alto y desgarbado se separa de sus amigos —Unity advierte que lo hace un poco renuente— y camina hacia donde está ella. Él sonríe y, conforme se

acerca, ella debe recordar no devolverle esa sonrisa. Los empastes de sus incisivos superiores hacen que sus dientes parezcan grises y su sonrisa, amenazadora; más como una mueca.

Los cornos y los violines empiezan a sonar cuando él pregunta:

—¿Me concedes este baile?

Ella acepta, consciente de su dentadura; está ansiosa por moverse hacia las luces más tenues de la pista de baile antes de hablar. Empiezan a girar por toda la pista y ella se siente agradecida con Diana por haber elegido a alguien más alto. Aparte de las fiestas recientes en su casa y de tres bailes, su experiencia en esta actividad se limita a sus dos clases semanales las que Muv insistió, así que no está segura de lo armoniosos que serían sus pasos si su pareja fuera más baja que ella.

—¿Qué tipo de música te gusta? —pregunta él.

Es el tipo de pregunta que su maestro de baile sugirió como plática apropiada. Le hubiera gustado hacerla primero.

—Tengo una debilidad especial por la ópera —responde con honestidad, incapaz de fingir las respuestas aceptables que le recomendó su instructor. Este error la pone nerviosa y por eso empieza a hablar sin parar—. Sobre todo las obras alemanas. Mis abuelos fueron muy buenos amigos de la familia del compositor Richard Wagner, por eso mis padres me pusieron Valkiria como segundo nombre.

Él permanece impávido; en ningún sentido su expresión refleja la fascinación que ella hubiera esperado. ¿Será posible que no sepa quién es Wagner?, ¿que no conozca su importancia, reconocida en todo el mundo? Quizá necesita más información.

—En honor a su ópera más famosa, *El anillo del Nibelungo* —agrega.

—Ah… —responde él—, interesante.

Por su tono, ella sabe que su conversación no es interesante, incluso la encuentra muy aburrida. Entonces, intenta cambiar de tema.

—¿Te gustan las ratas?

Él se aparta de ella y la mira fijamente a la cara, sin dejar de bailar, por lo que ella continúa con los pasos. Después de todo, se están acercando mucho a Diana y Unity no quiere decepcionar a su querida hermana.

Cuando giran hasta quedar lo suficientemente cerca como para tocar a Diana y Unity la mira en busca de una señal de aprobación, se da cuenta de que su hermana es ajena a su presencia. Diana está absorta en una conversación con un hombre que le parece familiar, pero que en ese momento no puede ubicar… y están muy cerca, tanto que parece inapropiado. Sin embargo, de pronto recuerda su nombre: «es ese hombre de mundo, el fascista, como lo llama Farve, sir Oswald Mosley. ¿Por qué demonios Diana habla con él y tan cerca?».

Capítulo 4

Nancy

24 de enero de 1933
Londres, Inglaterra

—¿Estás segura, Bodley? Eres muy joven para tomar esa decisión; prácticamente están recién casados.

Me acerco a mi hermana menor, impávida, para buscar en su mirada alguna señal de duda o inseguridad. Incluso el más mínimo recelo podría brindarme la oportunidad que Muv me pidió que encontrara. Pero todo lo que veo en sus ojos es el brillo de la emoción; Diana nunca había estado tan hermosa.

—Oh, Naunce, has sido mi más fiel aliada, y en ocasiones la única, en todo esto —dice riendo; su voz es un tintineo delicioso cuando usa el apodo que me puso desde la infancia, como si le hubiera contado una muy buena broma, en lugar de tratar de hurgar en su corazón y disuadirla de que tome ese camino tan destructivo—. Soy lo suficientemente madura como para llevar cinco años de casada y haber tenido dos hijos. Como tal, tengo suficiente madurez como para saber con exactitud qué y a quién quiero.

Sé que no desea herirme cuando se describe como *madura* porque ella se las arregló para casarse y tener hijos a los veintidós años, cuando yo misma no he logrado ni lo uno ni lo otro a los veintinueve, por culpa

de Hamish St. Clair-Erskine y su interminable lista de excusas y retrasos. Sin embargo, me lastima y guardo esta pequeña herida para otra ocasión. Las hermanas Mitford nunca olvidamos, sólo fingimos perdonar.

—Es sólo que no me gustaría que te arrepintieras. —Aspiro una calada profunda de mi cigarro y echo un vistazo a la pequeña casa que rentó en Eaton Square, muy lejos de su antigua casa palaciega, Cheyne Walk, y de su propiedad en Biddlesden, aunque sigue siendo mejor que mi departamento—. ¿No puedes conformarte con tener un maldito amorío con este hombre? ¿Tienes que divorciarte de tu encantador marido y salir corriendo a casarte con el otro? Honestamente, creo que Bryan preferiría llenarte de pétalos de rosa tu cama adúltera que perderte para siempre.

Su risa melodiosa suena de nuevo, aunque juro que esta vez escucho un dejo de picardía.

—¿Quién dijo que iba a casarme?

Durante una fracción de segundo me quedo muda, algo que jamás me sucede.

—Ah… todos supusimos que… —balbuceo cuando al fin puedo hablar.

¿Y por qué demonios no íbamos a suponerlo? Si Diana se atrevía a renunciar a su marido idílico y a su admiración reverencial hacia ella, algo raro para su sexo y su posición social, ¿por qué la familia no pensaría que lo hacía por un compromiso ferviente con su maldito M.? ¿Cómo podríamos adivinar que sólo se trataba de saciar su lujuria? La humillación que Muv y Farve sentían ante el comportamiento de Diana —que resultó en que nosotras, las hermanas, teníamos prohibido verla salvo para esta misión infructuosa de hacerla entrar en razón— sólo aumentará cuando escuchen esta explicación; nunca antes la habían menospreciado. No quiero ni pensar cómo Farve va a montar en cólera cuando se entere de que Diana no tiene intención de

casarse. Me pregunto cuántas piezas de porcelana se sacrificarán a su furia. Por supuesto que cuando éramos niñas muchas tazas y platos se hicieron trizas cuando cometíamos el delito, mucho menos grave, de dejar que la mermelada se escurriera por un costado del frasco.

Siempre serena, Diana continúa:

—Naunce, querida, sólo porque le pedí el divorcio a Bryan no significa que esté haciendo planes para casarme con M.

Su tez habitualmente color marfil se sonroja al mencionar a su maravilloso M. Detesto que se refiera de esa manera a sir Oswald Mosley, político superficial, carismático sin duda, pero conocido por su manera de cambiar de bando según su conveniencia, sin hablar de que es célebre por ser un mujeriego.

—Mira —continúa—, M. no piensa dejar a su esposa. Yo estaré feliz y satisfecha con el tiempo que pueda ofrecerme. Y la verdad es que no me importaría contar con un poco de tiempo para mí. Bryan ha sido muy agobiante.

Estoy escandalizada. ¿Por qué Diana se conformaría con las migajas? Podría tener el pastel íntegro con cualquier otra persona. En su lugar, parece por completo encantada con la idea de compartir a su amante con la que ha sido su esposa durante trece años, Cimmie, heredera de la vasta fortuna Curzon, y, al parecer, con quien a él se le dé la gana; cualquier cantidad de mujeres.

Justo cuando estoy a punto de hacerle esa misma pregunta, escucho algunas pisadas que bajan por las escaleras. ¿Podría ser Jonathan o Desmond? Pensé que la niñera se había llevado a los niños al parque; aunque el día está frío hay mucho sol para la estación.

—Lady —exclama una voz estridente desde el recibidor. De inmediato sé quién es: Bobo. Es la única que me llama «Lady» de vez en cuando, y es la persona

más ruidosa que conozco.

Me levanto para saludarla con un beso en cada mejilla, y veo que lleva, muy ajustado, uno de los vestidos de tubo de *tweed* de Diana. Le queda mal. Aunque estoy tentada a comentárselo, no me atrevo a agredirla en este momento tan tenso. Uno de los famosos berrinches de Unity acabaría con esta plática en un instante.

—Bobo, ¿no recibiste la orden de Muv y Farve respecto a Bodley? Debemos considerarla como *persona non grata.*

Le aclaro las instrucciones de nuestros padres; yo tengo veintinueve años, así que difícilmente pueden dictar mis actos, sobre todo desde que ya no me mantienen económicamente, pero Unity está todavía bajo su control. Me sorprende que haya desafiado sus órdenes.

Me sonríe y me muestra esos dientes grises tan extraños.

—No podría ignorar a Nard cuando estoy en Londres. En particular cuando enfrenta problemas.

Mirando a Diana con una expresión casi reverencial, Unity utiliza el apodo especial que ella le dio, uno que reserva sólo para los momentos en que siente una profunda ternura por ella.

Muv y Farve tuvieron que ceder a las súplicas de Unity de vivir en Londres para aprender a dibujar mientras seguía la temporada de eventos sociales, con la esperanza de que eso ampliara su círculo lo suficiente como para conocer algún pretendiente. Olvidé que pasaba más tiempo en la ciudad que lo que requería la temporada, ya que era necesario para sus clases de arte en Harley Street.

—Sin embargo, a mí me ignoras, y yo también estoy en Londres.

Hablo un poco en broma. Si bien debería sentirme

menospreciada porque Unity no me buscó personalmente, en realidad no disfruto mucho su compañía. Sus estados de ánimo son tan volubles y sus intereses tan peculiares que me parece tediosa. Sin hablar de que detesto a Ratular. Por Dios, ¿quién tiene una rata como mascota?

—Estás demasiado ocupada para alguien como yo, Lady. ¿Qué hay de tu escritura y todos tus amigos? —dice, dejándose caer junto a Diana y tomándole la mano.

Me pregunto cómo demonios Diana puede entenderse tan fácilmente con Unity. ¿De qué hablan cuando están solas? Es muy extraño verla con tanta frecuencia al lado de Diana. Antes, Tom era su compañero incondicional, al menos durante la infancia, pero todo eso cambió. Él aún no la perdona del todo por haber abandonado a su amigo Bryan, y nuestro único hermano tiene una vida propia bastante agitada.

Decido ignorar su desdén.

—Es lindo verte, Bobo. Parece que han pasado siglos desde las vacaciones en Swinbrook.

Muv y Farve, junto con nuestras hermanas más pequeñas, Pamela, Decca y Deborah, a quien llamamos Debo, viven en Swinbrook House, en Oxfordshire, una casa de campo en expansión absolutamente encantadora, que todos odiamos por todo lo que no es: Batsford Mansion y Ashtall Manor, donde nos divertíamos y éramos felices hasta que las finanzas de Farve mermaron debido a malas decisiones y a una recesión económica generalizada que nos obligó a mudarnos a Swinbrook. Debido a que nos criamos como una manada de gatos salvajes en aislamiento, el entorno era muy importante; lo era todo. Sólo nos teníamos a nosotros como compañía porque evitábamos a la boba Muv y al volátil Farve.

¿Cómo puedo reanudar la conversación con Diana sobre su divorcio, con Unity acechando a su lado?

Apenas empiezo a planear una táctica cuando suena el teléfono. Una sirvienta, parte del personal *reducido* de Diana, toca la puerta del salón y dice:

—Disculpe que la interrumpa, señora Guinness, hay una llamada para la señorita Nancy Mitford.

¿Quién me llamaría aquí? Las únicas personas que saben que estoy en Eaton Square son Muv y Farve, pero no se atreverían a llamar aquí después de su postura tan firme en contra de Diana.

Apago mi cigarro y me levanto de la silla tapizada en seda color celedón. Al echar un vistazo a su suntuoso mobiliario hecho a la medida, me parece que la idea que tiene Diana de hacer sacrificios es diferente a la de la mayoría.

Entro al saloncito junto al recibidor donde está el teléfono, levanto el auricular y saludo, recelosa. Para mi sorpresa, es Hamish.

Capítulo 5

Diana

24 de enero de 1933
Londres, Inglaterra

Desde su posición en la silla tapizada, Nancy se levanta a toda prisa como un pájaro que emprende el vuelo para responder la llamada. La silla llegó a este nuevo hogar en Eaton Square tan sólo hace tres semanas, de Cheyne Walk, con el resto de los muebles. Bryan insistió en que Diana se lo llevara todo: ¿acaso no había sido ella quien lo escogió?, le había preguntado él con tristeza. Y honestamente, él se había portado de manera excepcional con todo este asunto del divorcio. Ella le agradeció los muebles, pero se negó a aceptar las joyas y las obras de arte de los Guinness cuando él trató de enviárselas a Eatonry, como ella empezó a llamar a su nueva casa. Diana no cedió en eso porque pertenecían a la familia de Bryan, aunque extrañaría los diamantes. Al ver sus dulces y encantadores ojos azules en ese momento final, deseó haber podido seguir con su matrimonio, pero sabe que su futuro reside con M.

Sólo pensar en M. la hace estremecerse. Desde el momento en que se conocieron, sentados uno al lado del otro el pasado febrero durante una cena que ofreció St. John Hutchinson en honor del vigésimo primer cumpleaños de Bárbara, sintió una atracción inexorable

hacia él. Empezó con sus puntos de vista políticos, poderosos y magnéticos, y la debilidad estatal de Gran Bretaña. En ese tema eran almas gemelas; ambos afirmaban que los partidos políticos actuales y los hombres detrás de ellos eran ineficaces y que era necesaria una reorganización. Al final de la conversación, ella creía que Oswald Mosley era el hombre indicado para llevarla a cabo y se lo dijo. Cuando él empezó a organizar la Unión Británica de Fascistas el verano pasado, la conquistó en cuerpo y alma. El recuerdo de la aventura amorosa que compartieron durante una fiesta campestre que ella y Bryan ofrecieron en Biddlesden cruza su mente y siente que una agradable calidez recorre su cuerpo.

Diana vuelve su atención al salón soleado en su nueva casa, donde está sentada cerca de Unity. Le alegra que Hamish haya llamado al fin, porque se había empezado a cansar de la manera en la que Nancy insistía en hablar del tema de su divorcio y de sus preguntas desconfiadas sobre M. Diana tenía ganas de decirle a Nancy que en verdad no tenía nada de qué preocuparse; la devoción que sentía por M. no era un secreto, y sabía que Muv y Farve la habían enviado como último recurso para salvarla del suicidio social. Su arte de titiriteros era bastante claro. Lo que no entendía era por qué pensaban que Nancy tendría éxito, cuando Farve y el padre de Bryan formaron un frente común para confrontar a M. y no tuvieron éxito, como tampoco lo tuvieron las súplicas de Tom en nombre de Bryan. Pero Nancy casi siempre era muy hábil para evitar los enredos de sus padres, por esa razón supuso que había venido a mostrarle su apoyo. Diana pensó que su hermana se había excedido, aunque no hiciera la más pequeña diferencia.

Diana voltea hacia Unity y le murmura:

—Nancy cree que está aquí para rescatarme de mí

misma.

De la boca de Unity se escapa un resoplido que Diana interpeta como una risita. Trata de no hacer una mueca ante los modales torpes de su hermana pequeña.

—¿Crees que vendría a Eatonry si sospechara de tu plan? —pregunta Unity con una expresión que sólo podría describirse como desdén.

Diana puede ver que Unity está encantada de ser parte del secreto de hoy, una revelación que atestigua porque se presentó sin previo aviso en la puerta de Diana una hora antes de lo previsto.

—Oh, lo dudo. No le va a gustar la manera en la que yo la estoy rescatando hoy, al menos no al principio. Me lo agradecerá a largo plazo —responde Diana.

Aunque es indecoroso admitirlo, Diana ha disfrutado esta suerte de treta. Qué cansado es ser siempre pasiva, el ideal femenino. Quiere sentir, vivir y hacer, no sólo quedarse sentada para que la admiren, como Bryan acostumbraba hacer.

Diana escucha un grito. Ella y Unity se levantan y se apresuran hasta la salita del teléfono. Diana espera haber hecho lo correcto con Nancy. Sencillamente no podía quedarse ahí sentada y dejar que Hamish siguiera engañándola. Sin duda, las excusas para posponer la fecha de la boda le servían a él, pero dañaban mucho a Nancy, sobre todo porque se acercaba a los treinta sin un anillo en el anular. Los retrasos de Hamish eran la pantalla perfecta para esconder sus múltiples relaciones con hombres.

Nancy lleva años engañándose en cuanto a Hamish; cree que puede cambiar de un día para otro sus predilecciones sexuales. Éstas son por completo distintas a los coqueteos de su hermano Tom con sus compañeros de Eton, pasajeras y específicas de esos ambientes extraños de los internados; Tom estaba hasta el cuello de sus aventuras con mujeres casadas y solteras. Nancy se

merece algo mejor que lo que Hamish puede ofrecerle. Diana no podía permitir que su hermana languideciera más tiempo y buscó encontrarse con Hamish para pedirle que terminara la relación con Nancy, argumentando otro compromiso ficticio, puesto que esa sería la única explicación que Nancy aceptaría para dejarlo ir.

Cuando ella y Unity llegaron a la salita del teléfono, la puerta estaba cerrada, pero podían escuchar los gritos de Nancy.

—¿Qué? ¿Con quién te vas a casar?

Su voz es aguda y Diana se siente mal por un momento. ¿Hizo lo correcto? Tiene la mala costumbre de dudar de sí misma, pero la reacción de Nancy le da una pausa.

Hay un breve silencio, luego Nancy vuelve a gritar.

—¡Después de todos los años que te esperé, Hamish! Dejé pasar otras oportunidades para que pudiéramos estar juntos. ¿Y ahora me sales con esto?

De pronto, se hace un silencio escalofriante en la salita, hasta que Diana escucha un golpe seco. Siente pánico. ¿Nancy está bien? ¿Está molesta por haber perdido a Hamish o por la larga e infructuosa espera, por haber dejado pasar oportunidades? ¿Qué ha hecho?

Diana gira el picaporte de la salita del teléfono, pero está cerrado con llave.

—¿Nancy? ¿Nancy? —pregunta al tiempo que golpea la puerta—. ¡Abre!

Nada.

Unity toma su turno y sacude la puerta para tratar de abrirla; llama a Nancy, sin resultado.

—¿Sabes si hay una llave de esta puerta? —le grita Diana a la sirvienta.

Mientras la sirvienta busca en los cajones de la cocina, Diana y Unity hurgan en los cajones de la sala, del recibidor y del comedor, sin suerte. Tras buscar en la

biblioteca, al final Diana encuentra un enorme aro lleno de llaves.

—Una de éstas tiene que funcionar —le dice a Unity.

Diana prueba con diecisiete llaves antes de que el cerrojo ceda y la puerta se entreabra. Ahí, su hermana brillante, su confidente, siempre dispuesta a bromear e insensible a las opiniones y burlas de otras personas, está acuclillada. Su rostro está húmedo por las lágrimas, aunque ya no llora. Pero no es eso lo que le asombra a Diana; su tez, ya pálida, se ha vuelto blanca y cenicienta, y mira a la pared como si estuviera en trance.

Unity y Diana se sientan en el piso junto a ella y la envuelven en sus brazos. Nancy no se resiste, pero tampoco hace una de sus famosas bromas. Permanece inusitadamente callada, lo que quizá, es más preocupante. Diana se promete quedarse con ella aquí en Eatonry hasta que vuelva a ser la misma Nancy de siempre, o una versión mejor y más fuerte de sí misma.

Sin embargo, lo más importante es que Diana espera que Nancy nunca se entere del papel que ella jugó en esto, aunque sea, sin duda, lo mejor para ella. Y si lo hace, espera que Nancy la perdone.

Capítulo 6

Unity

24 de enero de 1933
Londres, Inglaterra

Los brazos de Unity envuelven los hombros delgados de su hermana mayor. «Qué delgada parece Nancy», piensa. Si Unity le diera un apretón con sus fuertes brazos, Nancy se quebraría. Al darse cuenta de que este pensamiento es inapropiado, en su lugar reflexiona sobre el alivio que siente, aunque sea por una vez, de no ser el objeto de burla de todos. Hoy es la sarcástica Nancy, la que se ríe de los enamoramientos de Unity y de sus pobres aptitudes sociales, mientras que Diana siempre la escucha con paciencia y Unity está sujeta a su compasión. Por el momento, su estado de ánimo mejora.

—Naunce —dice Diana con dulzura—, ¿nos dejas que te llevemos a la biblioteca? ¿Qué te demos una taza de té? Te ayudará a calmarte.

Apoyándose en sus hermanas, Nancy se levanta del piso de la salita del teléfono. En el proceso, Unity escucha apenas que algo se rasga. ¿Provino de su vestido? Espera que no, lo había tomado prestado de Diana hoy. Es un vestido azul de *tweed* exquisito, con hilos metálicos, que apenas le queda. Cuando se lo probó tuvo que retorcerse para que entrara; esperaba que sus ojos se vieran tan plateados como los de Diana,

o que de alguna manera le ayudara a acercarse a la belleza de su hermana. Aunque ella no encontró ninguna evidencia de esa transformación, sabe que seguirá intentándolo, como hizo ese mismo día cuando experimentó con el maquillaje de Diana. Después de todo, sin rasgos físicos sobresalientes ni la capacidad de hacer bromas ingeniosas, ¿cómo podría distinguirse entre todas sus hermanas? Aparte de su estatura y, algunos dirían, de sus modos peculiares.

Después de que Diana llama a una de las sirvientas para que les lleve té, conducen a Nancy a la misma silla tapizada en la que estaba sentada antes de la llamada. Diana se sienta a su lado y le toma la mano sin dejar de murmurarle palabras de consuelo y aliento; su atención está enfocada exclusivamente en Nancy. Y a Unity no le gusta nada. No vino a Eatonry para que la marginaran.

Preferiría tener a Diana para ella sola. Aparte de eso, aceptaría las atenciones del preciado M. de Diana. Apenas la semana pasada, cuando las visitó, Mosley estaba al pie de las escaleras y la saludo con un «Hola, fascista». Unity sabía que este era un gran cumplido en boca del fundador de la Unión Británica de Fascistas, y lo tomó como tal. Dada su firme creencia en el sistema político fascista y la visión que compartía con Diana de que Mosley era el hombre que la nación necesitaba, se sintió profundamente conmovida. Pero como Unity aún no había decidido cómo llamarlo —no había un reglamento de etiqueta que dictara cómo dirigirse al amante de tu hermana—, sencillamente lo saludó.

—Tengo algo para ti —le dijo, llevándose la mano al bolsillo de su saco.

¿Un regalo? Unity no recordaba la última vez que alguien la había sorprendido con un regalo. Bajó el último escalón al recibidor, tomó el paquete envuelto de sus manos y lo abrió. Adentro había un prendedor de oro con el emblema de la Unión Británica de Fascistas o

BUF. No sólo la habían aceptado como miembro de la BUF, sino que le habían otorgado un puesto elevado: eso significaba el prendedor. Por un momento se quedó sin habla, y cuando recuperó la voz, lanzó un grito de júbilo.

—¿Puedo? —preguntó Mosley tomando el prendedor.

Como no confiaba en que sus palabras fueran coherentes, Unity asintió. Él se acercó y le puso prendedor en la solapa. Ella olió su agua de colonia y observó la barbita incipiente, justo debajo del bigote. Emocionada por la proximidad de Mosley, a quien Diana en ocasionas llamaba «el Líder», en ese momento sintió como si en verdad fuera su hermana.

Pero hoy Mosley no vendría, no habría cumplidos ni pequeños regalos. Sólo Nancy. La ingeniosa y arrogante Nancy que ahora se había transformado en la triste y patética Nancy. Unity tendrá que consolarse en no ser la excepción y esperar a que la atención de Diana se centre en ella otra vez. Pero dadas las circunstancias, podría ser una espera interminable.

De pronto, para gran sorpresa de Unity, Nancy se inclina hacia la silla en la que ella está sentada, a corta distancia de sus hermanas. Nancy le aprieta la mano a Unity y murmura:

—Gracias, querida. Tú también siempre has sido muy amable, y eso significa mucho para mí.

Esta muestra inesperada de afecto deja muda a Unity. Cuando recupera sus ideas, que no sus palabras, se pregunta si esta exhibición de ternura podría significar un cambio en su relación, un presagio de una nueva cercanía e intimidad fraterna o quizá otra suerte de amistad. Tal vez podría convencer a Nancy para que se uniera a la causa, piensa con una sonrisa privada, conforme su propio plan secreto se arraiga en su imaginación.

Capítulo 7

Nancy

28 de abril de 1933
Londres, Inglaterra

Veo a Peter. Está sentado en mi silla favorita en el salón de Diana, leyendo el periódico. Detrás de un mechón de cabello rubio oscuro que cae sobre su frente, está mi prometido. Cuánto amo decir esa palabra, incluso disfruto sólo pensarlo. Sé que en parte le debo agradecer a Diana por este maravilloso giro. Si no me hubiera cuidado en Eatonry durante un mes —incluso me asignó mi propia recámara, hasta que logré dejar de llorar por Hamish— y luego prácticamente me obligó a salir en sociedad, nunca hubiera conocido a Peter Rodd y nunca nos hubiéramos comprometido. Peter es el hijo banquero de *lord* Rennell, el diplomático Peter, y es tan brillante que estudió en Balliol College, en Oxford.

Tras un mes de desesperación al pensar en mi vida sin Hamish, luego de la rabia por su cobardía y por haberme hecho desperdiciar tantos años, finalmente sentí alivio y empecé a darme cuenta de que llevaba ya algún tiempo engañándome en cuanto a él. Pensando que en realidad me amaba, que podíamos tener una vida juntos, pero Hamish sólo era capaz de amarse a sí mismo y, de manera fugaz, a aquellos hombres con quienes coqueteaba. Nunca a mí.

Ya no soy más esa mujer lamentable. Ahora que estoy comprometida con alguien que tiene una posición social semejante a la mía, y que quizá es más erudito que yo, a pesar de su educación elevada en Balliol, como me gusta fastidiarlo. Ahora ya no me encerraré en mi concha oscura y polvorienta a la que nos relegamos quienes no podemos comprometernos durante nuestra temporada de presentación en sociedad.

Con Peter ya no siento ese miedo viejo a un matrimonio en el que pueda perderme en la monotonía de las niñeras, las cocineras, el cuidado de la casa, los horarios de los hijos y los estados de ánimo de un marido. Ahora pienso que ese temor provenía de imaginarme casada con Hamish. Esta unión sí será feliz, yo me voy a asegurar de ello.

En mis momentos de tranquilidad, cuando estoy sola en mi departamento con mis *bulldogs*, Milly y Lottie, en mi regazo, me asalta un pensamiento: «¿Será en parte la felicidad que siento sobre mi matrimonio con Peter, porque es mi primer triunfo sobre Diana, a la que siempre alaban?» Desde que dejó a Bryan por Mosley, ya no es la estrella de Londres, sino una paria. A mí me felicitan a diestra y siniestra por mi compromiso: un cambio radical. La indiferencia y las miradas extrañas de las que era objeto cuando anuncié, hace años, que había aceptado la propuesta de Hamish, se han ido. Hasta Muv y Farve están contentos conmigo; sé que Peter no es su candidato ideal como marido para mí, pero sí creen que es mucho mejor que Hamish.

Escucho los pasos ligeros de Diana que bajan por la escalera, seguidos de las pisadas fuertes y rápidas de Unity. Parece que estos días andan por todos lados juntas, al menos cuando Mosley no convoca a Diana. Si Muv supiera la manera tan flagrante en la que Unity desafía sus órdenes.

—¿Prod? —pregunto.

Siguiendo la tradición de los Mitford, mis hermanas y yo le pusimos a Peter ese apodo, una contracción de Peter y Rodd, Prod; maravillosamente fácil y divertido de decir.

Levanta la mirada del periódico.

—¿Sí, querida?

Peter se pone de pie y pienso en lo apuesto que se ve en su camisa negra. Me acerco a él y recorro su solapa con el índice.

—Te ves tan atractivo en este uniforme que quizá tengamos que ir a mítines más seguido.

Lanza una risita.

—Podría decir lo mismo de ti —responde, inclinándose para darme un beso, cuando escuchamos que Diana nos habla desde el recibidor.

—¡El coche está esperando!

Nos separamos y respondo:

—¡Un momento, Bodley! Tengo que empolvarme la nariz. —Luego le murmuro a Peter—: Sírvenos dos bebidas frías para el camino. Creo que las necesitaremos.

—Por Dios, Lady, no necesitas empolvarte la nariz —grita Unity—. Vamos a un mitin político, no a un baile.

Cuando me recuperé, Unity dejó de dirigirse a mí como Nancy o Naunce de manera tierna, y volvió al apodo habitual, Lady, que en general utiliza cuando la molesto de alguna manera. En ocasiones me pregunto qué le parece ofensivo de mí estos días.

Ignoro a Unity y paso un momento frente al espejo, empolvándome la nariz y poniéndome más lápiz labial. Luego, los cuatro, todos vestidos con camisas y blusas negras combinadas con varios elementos de nuestros atuendos habituales, nos metemos en el coche que Mosley rentó para nosotros. Todos parecen taciturnos, así que trato de aligerar el ánimo.

—¡Quién hubiera pensado lo bien que nos vemos de

negro!

Diana me lanza una mirada de desaprobación.

—Naunce, la camisa negra no la usamos porque el color nos quede bien. Los miembros de la BUF llevan camisa negra porque es el símbolo del fascismo. Nos permite reconocernos entre nosotros y refuerza nuestra creencia de que todos los hombres son iguales, sin importar su fortuna o posición social.

No menciona la *coincidencia* de que el uniforme de la BUF es el mismo que el del héroe de Mosley, Benito Mussolini.

Dios mío, suena como Mosley. Estos últimos meses he pasado horas y horas en Eatonry con ese hombre, y durante ese tiempo me he familiarizado demasiado con sus puntos de vista sobre el fascismo y la política de Estado en Gran Bretaña y en Europa. Como le gusta explicar a Mosley, él fundó la BUF para llevar al país al presente, y cambiar la disfuncionalidad económica y social de la democracia para convertirla en el modelo más efectivo de autocracia. Mosley le tiene un gran respeto a los gobiernos de Italia y Alemania; los considera ejemplos excelentes de lo que podría ser nuestro país si se gobernara de forma adecuada. De hecho, acaba de regresar a Londres después de pasar una temporada en Italia, con Mussolini. Siempre que Diana escucha a Mosley hablar y hablar de sus planes políticos, sus ojos destellan de admiración. Es inquietante.

Si bien creo con firmeza que nuestro país necesita un cambio —¡por Dios!, tenemos tres millones de personas desempleadas, crisis financiera y el comunismo nos pisa los talones—, los puntos de vista de Mosley me parecen un tanto extremos. Mis opiniones son más de centro, y no estoy segura de que hubiera aceptado ir al gran mitin de la BUF que organizó Mosley esta noche si Peter no hubiera tenido la curiosidad de asistir, y si la misma Diana no me hubiera suplicado que la

acompañara.

Un hombre vestido completamente de negro recibe nuestro coche cuando llegamos al Albert Hall y nos escolta con una precisión militar hasta la primera fila de asientos. Cuando nos acomodamos, echo un vistazo alrededor, a las otras personas del público. Es una verdadera marea negra; pero ese no es el único rasgo común entre los asistentes que, por lo visto, son un grupo, en su mayoría de clase media que, al parecer, está ganando aceptación en la alta sociedad. La audiencia consta principalmente de jóvenes rubicundos y de uno que otro hombre maduro de rostro adusto, y una mujer joven y exuberante.

—No era lo que esperaba —murmura Peter en mi oído, después de mirar a su alrededor como yo lo acabo de hacer.

—No, no son una horda de *hooligans* —digo entre dientes.

Yo hubiera esperado que fueran agitadores.

—¡Shhh!

Diana nos calla cuando Mosley avanza a zancadas en el podio frente a un muro de brazos alzados. El rostro de Diana resplandece mientras alza la mirada hacia él.

Sus simpatizantes estallan en un aplauso estridente al ver a su líder, viril, de cabello negro, luciendo un bigote a juego. Incluso escucho algunos coros de BUF, tras los cuales me doy cuenta de que varios oficiales reciben la orden de caminar entre las multitudes, con toda seguridad, para garantizar el orden.

Mosley detiene su andar afectado y pomposo y se para erguido con los brazos en jarras frente a la multitud, una postura que marca aún más su pecho amplio. Supongo que su deseo de resaltar su físico fuerte, casi leonino, es la razón por la que eligió un suéter ajustado negro de cuello de tortuga como su «camisa negra», en lugar de usar una versión clásica,

más formal, como el resto de nosotros.

Me hipnotiza verlo moverse en el escenario; de forma intermitente señala con el dedo, y cuando se dirige a sus acólitos, golpea fuertemente el piso con el pie mientras se prepara para dar su discurso. Este es un Mosley que no había visto antes; por primera vez sé qué es lo que tanto le llama la atención de él a Diana. Lo que atrae a todos estos seguidores suyos.

Sin embargo, conforme continúa, sus movimientos calculados empiezan a parecerme exagerados. De pronto, toda esta pompa y estas circunstancias orquestadas me parecen tontas y empiezo a reír nerviosa. Diana voltea en mi dirección. Aprieta los labios y frunce el ceño, enojada, mientras yo hago un gran esfuerzo por dejar de reír. Cuando veo a Unity ya no tengo que tratar de contener la risa porque su mirada de abyecta devoción hace que me estremezca y, en su lugar, me llena de miedo.

Capítulo 8

Diana

28 de abril de 1933
Londres, Inglaterra

«M. estará encantado», piensa Diana mirando el escenario desde su asiento en primera fila. No sólo vino a este mitin con la siempre fiel Unity como representante de su familia, también trajo a Nancy y a Peter. Si tan sólo Muv y Farve cedieran y se reunieran con ella y con Mosley, está segura de que los convencería. Verían lo que ella ve: M. tiene las respuestas a los problemas urgentes de la época, sabe cómo enfrentar la incompetencia del gobierno actual y de la sociedad. Por el momento, la única reacción que ha obtenido de Farve cuando ella le propone ese encuentro es un gruñido de enojo, y sólo cuando acepta responder su llamada.

Su vida antes de M. le parece por completo frívola; resplandor sin oro, salvo Jonathan y Desmond, por supuesto. M. le ha dado un propósito que sobrepasa su imaginación, y ella está dispuesta a hacer todo lo que esté en sus manos para ayudarlo a él y a su causa, la BUF. Haría cualquier cosa.

Aunque ha visto al líder dar discursos muchas veces, nunca ha sido a esta escala, y nunca con Nancy. En parte desea presumir del poder y el magnetismo de

su amante frente a su hermana mayor, la más difícil de complacer. Quizá es una suerte de esfuerzo para compensar cualquier reserva que Nancy tuviera aún en cuanto al divorcio de Diana y Bryan. Es cierto que la propia felicidad de Nancy con Peter ha moderado sus puntos de vista inflexibles sobre M. Es seguro que si Diana pudiera hablar con franqueza, mencionaría sus propias dudas sobre el desafortunado y bastante banal Peter. Quizá es inteligente, pero su reputación de don Juan no lo califica precisamente para un matrimonio feliz. Sin embargo, no tiene derecho a tanta sinceridad; perdió muchas prerrogativas cuando abandonó a Bryan.

Hay una banda a la izquierda del escenario y cuando empieza a tocar como preludio al discurso de M., el golpe rítmico y seco de los tambores hace latir el corazón de Diana. ¿Por qué tiene los nervios a flor de piel ahora? Cuando se enamoró de M. y abandonó a Bryan apenas sintió una punzada de ansiedad. ¿Se debe a que ve a su amante en ese gran escenario? ¿O es, quizá, la sensación de que él la arrastra hacia algo más grande que ella misma, a la historia?

Diana se deja invadir por la sensación y se estremece mientras observa a M. marchar alrededor del escenario, un hombre de acción como nunca había conocido, feliz de que la esposa de M., Cimmie, haya decidido no asistir al mitin. Es la única manera en la que Diana podía venir. Los pasos largos de M. son seguros y confiados; ignora los miles de ojos que se posan sobre él; no sólo parece cómodo frente a la multitud, sino en completo dominio de ella. El deseo la invade: piensa en la manera en que sus manos expertas han tocado cada pedazo de su cuerpo, explorando e infundiendo vida en lugares que habían estado dormidos.

¿Es su proeza sexual la que la aferra indisolublemente a él? ¿O es el poder y el propósito que fluye en su interior y la alcanza a ella, como los

tentáculos de un pulpo? No lo sabe, sólo puede reconocer que su influencia sobre ella es innegable. Desde la primera noche que pasaron juntos, ella se entregó en cuerpo y alma, a él y a su causa, obligándose a no pensar en la posición que ella ocupaba en su vida.

No ha sido fácil. Diana está acostumbrada a ser el centro de atención, sobre todo junto al hombre. La existencia de Bryan había girado alrededor de ella por completo. A diferencia de todas las parejas que conocía, almorzaban juntos en el Savoy casi todos los días laborales, e incluso en los bailes, donde no se consideraba apropiado que marido y mujer estuvieran uno al lado del otro; sorprendía a Bryan mirándola desde el otro lado del salón. Esta adoración desenfrenada le pareció atractiva al principio, pero conforme pasaron los años, resultó sofocante. Quizá es por esa razón que el reto que representa M. la seduce. Él no le pertenece y ha dejado claro que nunca le pertenecerá.

Él le dijo que su esposa, Cimmie, siempre tendría el lugar oficial a su lado, y este hecho embarazoso quedó claro para todo el mundo cuando Cimmie lo acompañó a Roma a principios de este mes y todos los periódicos publicaron fotografías de M. y su mujer al lado de Benito Mussolini en el balcón del Palazzo Venezia. A veces, hasta las hermanas de Cimmie, Irene y Alexandra, a quien llamaban Baba, parecían tener más influencia que Diana. Sin embargo, ella está dispuesta a hacer este sacrificio durante el tiempo que él pueda ofrecerle. Quizá cuando él vea que ella lo mira desde la audiencia, que le aplaude, le dé preferencia a ella en lugar de a Cimmie.

El recinto guarda silencio cuando la banda termina de tocar, M. se acerca al micrófono, y un solo reflector lo ilumina. El campo de visión de Diana se estrecha y sus ojos se encuentran con los de él. Durante un breve

segundo es como si estuvieran solos, con los cuerpos entrelazados, mirándose a la cara, en la cama. Él asiente, en reconocimiento, y empieza:

—¡Señoras y señores, estamos aquí reunidos esta noche para escuchar las políticas del fascismo *británico*! —exclama M.

Sus palabras la hacen estremecerse de una manera distinta a la acostumbrada. Conoce cada palabra que va a decir, pues ensayaron juntos este discurso. Sin embargo, sobre el escenario y frente a esta multitud, con su voz estridente las palabras suenan por completo, nuevas. La cautivan de nuevo, junto con todo el público.

Los asistentes al mitin lo aclaman y Diana ovaciona con ellos, para el asombro de Nancy. Qué sensación maravillosa es bajar las defensas y dejarse llevar por el fervor del movimiento, en particular cuando M. es el centro de todo.

—Ha llegado el momento de denunciar a todos los presuntos líderes que cometieron el error que nos llevó a la crisis de 1914 y de 1931, prodigando la promesa de nuestra amada Gran Bretaña. Ha llegado el momento de que nuevas manos icen nuestra deshonrada bandera y le devuelvan su gloria.

Mosley continúa durante treinta minutos más, capturando la atención de sus seguidores; proclama cómo sus poderes ejecutivos autoritarios, en caso de que la BUF asuma el gobierno, solucionarán ambas crisis a través de una disciplina férrea sobre la sociedad y la economía. Parece seguro del éxito de su causa, es su destino. Diana, por supuesto, está convencida y no puede imaginar que nadie pueda pensar lo contrario.

Después dice las palabras que susurró la primera noche que pasaron juntos, sólo que ahora para ella tienen un sentido nuevo y diferente:

—Empecemos nuestra gran aventura.

Capítulo 9

Unity

28 de abril de 1933
Londres, Inglaterra

¿Cómo es posible que Nancy y Peter se rían y tomen las bebidas que trajeron mientras Mosley está hablando? Unity está tan cansada de la apatía política de su familia, salvo Diana, por supuesto, y Decca, que, por alguna vergonzosa razón, ha decidido que el comunismo salvará al pueblo británico, no el fascismo. ¿Por qué los demás no se dan cuenta de que el mundo está al borde del cambio, que la sociedad como la conocen acabará cuando suceda esa metamorfosis? Unity está determinada a ubicarse en el centro de esa transformación: la guiará y no permitirá que la guíe a ella.

Mira alrededor de la sala, una fila tras otra, todas están llenas de jóvenes fascistas en buenas condiciones físicas; estira su blusa negra, la que se compró específicamente para este mitin de la BUF, el primero entre muchos. Debe acomodarse la parte de enfrente para resaltar su físico desgarbado. Muv quiere que se gaste el poco dinero que tiene a su disposición en vestidos para la temporada, pero Unity sabe que esas libras, ahora que su valor disminuye rápidamente en estos tiempos de crisis, están mejor gastadas es sus

quehaceres políticos. Este movimiento es la clave para su futuro. Ella nunca brillará en sociedad, pero aquí, tal vez haya encontrado su lugar.

No pensó en este plan de la noche a la mañana, como Diana, cuyo *despertar* es reciente en cuanto al hecho de que debe hacerse algo en el país y que el fascismo es la manera de hacerlo. Los sueños políticos de Unity llevan mucho tiempo madurando. Desde que ella y Decca compartían recámara en Swinbrook, sus puntos de vista cívicos empezaron a configurarse, quizá tomaron forma como reacción a la perspectiva de la otra. Conforme Decca empezó a ser más estridente en su pasión por el comunismo, Unity comenzó a sentirse segura de que la respuesta a los padecimientos de su país residía en el fascismo; sobre todo en sus dos héroes, Mussolini y Hitler.

—Sólo un líder firme e ingenioso puede llevar a Gran Bretaña al éxito —le gritaba a Decca —. No es posible confiar en los caprichos del pueblo. Sólo se les puede dar libertad dentro del control del Estado.

En cierto momento la situación llegó a ser tan conflictiva que las hermanas dividieron físicamente su recámara con una línea que dibujaron a la mitad, un lado para el comunismo y el otro para el fascismo; cada hermana decoraba su parte. Decca tenía su biblioteca comunista, un busto de Lenin y ejemplares del *Daily Worker*, en tanto Unity decoró con insignias fascistas, fotografías de Mussolini y Hitler, un emblema de la nueva suástica alemana y una colección de discos de canciones de las juventudes nazis e italianas. Todo esto a pesar del famoso odio que Farve sentía por los hunos, como llamaba a los alemanes tras pelear contra ellos en la Gran Guerra, y de sus órdenes insistentes para que Unity eliminara los artículos nazis.

Algunos dirían que Decca era una comunista de salón, pero Unity respetaba su seriedad; cualquier

compromiso con el futuro político de la nación es mejor que ninguno. Y a pesar de su desacuerdo, Unity adora a su hermana menor, tan llena de vida, y siempre ha considerado sus disputas mucho más nobles que las pláticas frívolas de sus otras hermanas, que hablan de ropa, broches o libros. Ella y Decca podrán ser enemigas políticas, pero en los otros aspectos, son las mejores amigas.

Conforme Mosley continúa su discurso, Unity aprovecha la oportunidad para estudiar al público. Entre los hombres de camisa negra —a varios les lanza miradas fijas—, hay algunas mujeres. Al igual que sus contrapartes masculinas, van vestidas con blusas negras de varios estilos, algunas de cuello redondo, otras con corbatas de hombre, pero su seriedad es la misma. Mientras considera si estas mujeres podrían ser su tribu elegida —más parecidas a ella que el clan familiar que le endilgaron y que en ocasiones es cruel—, una de ellas llama su atención.

En lugar de negro, esta joven eligió un cárdigan rojo. «Niña tonta», piensa Unity, «¿cómo puede vestirse de rojo, de entre todos los colores, en un mitin fascista?». El rojo es el color del comunismo, la verdadera antítesis del fascismo. «¿Acaso esta chica no sabe lo que muestra al resto de la audiencia? ¿No le da miedo la reacción que pueda provocar?». La chica voltea y Unity reprime un grito por el asombroso parecido que tiene con su hermana Decca. «¿Qué demonios hace aquí?». Unity niega con la cabeza; seguramente se equivocó. Muv jamás le hubiera dado permiso de asistir a un mitin fascista, y Unity no puede imaginar cómo se las arreglaría para escabullirse hasta aquí.

Cuando el discurso de Mosley llega a su clímax, pierde de vista a la mujer. Desafiando a la milicia que patrulla los pasillos, algunos hombres audaces encienden cerillos y, a la luz intermitente, con la voz de Mosley a

todo pulmón, el lugar parece sagrado.

Es como si una corriente eléctrica recorriera a las masas, su tono grave prácticamente vibra en el recinto y hasta su propio ser. Unity se encuentra extasiada con las palabras de Mosley, aunque las leyó en su manifiesto y las escuchó antes en Eatonry. Sin embargo, aquí esas mismas frases parecen cobrar vida. «Cuán hipnotizantes serían estas palabras en la voz experta e hipnótica de Hitler», piensa.

—¡Quiero presentarles un concepto nuevo y revolucionario de política, economía y de la vida misma! —vocifera Mosley.

Unity no puede pensar en otra cosa más que en el papel vital que ella desea interpretar, que va a interpretar.

El destino le dice que debe representar ese papel. El destino unió a Diana y a Mosley para revelarle a ella la causa fascista. El destino luego puso a Unity en contacto con Mosley y con su círculo íntimo de fascistas británicos. Y muy pronto el destino la llamaría a dejar atrás este fascismo británico anémico para insinuarse en el robusto latido cardiaco de la causa: Alemania.

Capítulo 10

Nancy

3 de septiembre de 1933
Londres, Inglaterra

¿Por qué albergo la mínima esperanza de que mis hermanas sacrifiquen un pedacito de su propio placer para ayudarme a celebrar y planear mi boda con Peter? ¿Por qué permití que la amabilidad y generosidad de Diana empañaran mis pensamientos cuando estaba haciendo el duelo por Hamish? «Qué estúpida», pienso. Creí que podía contar con Diana, Unity y, en menor medida, con Pamela, tan amante de la vida rural, para que me festejaran en estos últimos meses de mi compromiso, que me guiaran hacia la vida de casada, algo que tengo pendiente desde hace mucho tiempo.

En su lugar, tengo que conformarme con Muv, porque Decca y Debo son demasiado jóvenes para asumir la responsabilidad. Y Pamela se ofreció como voluntaria para gestionar la explotación lechera de 350 acres de Bryan, a pesar de que él y Diana están divorciados. Lo ha hecho, en gran medida, porque prefiere estar en el campo, sola, que en cualquier otro sitio. Confieso que jamás he entendido las inclinaciones *rurales* de Pamela, una de las razones por las que en ocasiones la llamamos *Woman*, por todas sus virtudes femeninas y, entre ellas, su adoración por la vida

campestre. Cualquiera que haya sido su razón, sin duda Pamela preferiría estar en la granja lechera de Bryan que en casa, con Muv y Farve. Diana y Unity, por razones sólo conocidas por ellas, se sintieron obligadas a viajar a Alemania.

—Querida —me llama Peter levantando en la mano una pieza de porcelana ornamentada con flores.

«De toda la porcelana que hay en la tienda Asprey, ¿por qué demonios elegiría este plato?», pienso.

—¿Sí? —respondo, haciendo un esfuerzo por no hacer una mueca de disgusto ante la espantosa porcelana.

Espero no que quiera preguntarme si deberíamos elegir eso como nuestra firma. ¿Lo tomó porque era lo más fácil de alcanzar en el estante y ya quiere ir por los cocteles que le prometí como recompensa por acompañarme? Es el tipo de vajilla victoriana que encontraron en las alacenas de Abuela, *lady* Clementine Ogivily, cuando murió y sus pertenencias se repartieron entre sus descendientes.

—¿Qué piensas de ésta?

Oh, no, esa es precisamente la pregunta que me hace.

—¿Honestamente? —Me arriesgo a decir.

—Siempre —responde con esa sonrisa irónica y atractiva de la que me enamoré, aunque sé que en realidad quiere honestidad. Nadie la quiere, pero quizá en este tema puedo ser franca. Después de todo, gracias a la generosidad de una de las tías de Peter, que se ofreció a comprarnos nuestra vajilla como regalo de bodas, podría ver estos platos el resto de mi vida. Sin embargo, no quiero tener que hacer muecas cada vez que me siente a tomar té.

—Me parece extremadamente desagradable —anuncio.

Peter suelta una carcajada y eso me agrada. Mi

prometido entiende y aprecia mi humor, algo que muy pocos hombres hacen fuera de mis amigos más íntimos. A decir verdad, la mayoría de los hombres consideran que mi inteligencia es desagradable. Me acerco y lo beso, aquí mismo, en Asprey, y pienso que, aunque de manera precipitada, aceptar su propuesta fue un acierto. Aun cuando al principio, cuando me lo preguntó la primera vez, lo hizo con un dejo de broma.

—Nancy.

Muv nos interrumpe al tiempo que se acomoda un rizo oscuro debajo del sombrero y alisa los volantes victorianos del pecho de su blusa. Como calla durante un momento, me doy cuenta de que quiere resaltar su descontento por nuestra muestra de afecto. Después de todo ese tiempo infructuoso que esperé a Hamish, ¿por qué no parece más contenta con mi felicidad? Pensé que estaría encantada de que no fuera una vieja solterona. ¿Se trata sólo de la desaprobación general que siente por mí? Sin duda le enfada el modesto éxito que he tenido con mis dos novelas que exploran los conflictos entre los *Bright Young Things* y la vieja generación, *Una aventura en las Tierras Altas*, sobre una fiesta en una casa escocesa, y *Pudín de Navidad*, sobre unas vacaciones que suceden en Cotswolds. A Muv le parecen indecorosas las similitudes entre ciertos personajes y la gente real; en particular mi descripción de ella, apenas velada.

No tiene caso abordar su reacción de frente, así que utilizo mi táctica de distracción, bien practicada. Señalo una vajilla *art déco* elegante y sencilla que está en el pasillo de junto.

—Eso sí es maravilloso.

Una vez que elegimos la vajilla y nos tomamos los cocteles, Muv y yo nos despedimos de Peter y lo dejamos en el bar del Savoy. Tenemos una cita en

Mayfair, con Norman Hartnell, el diseñador cuyos estilos modernos admiro. Me gusta la manera en que utiliza la estructura como una base para sus vestidos y luego los cubre de detalles románticos. Tiene un vestido que quiero probarme y no puedo tener la mala suerte de que mi prometido vea el vestido antes del gran día. Ya he tenido mi parte de mala suerte con los hombres.

Entramos al impresionante salón de la planta baja, tapizado de vidrio y espejos de estilo moderno. Le pedí a la vendedora que colgara el vestido en el vestidor para sorprender a Muv cuando saliera de él, completamente vestida de gala. Me he dado cuenta de que ésta es mi mejor oportunidad de tener éxito. Si la dejo que vea el vestido mientras mira otros, encontrará cualquier cantidad de razones para criticar el que yo elegí. Tengo que ganarme su buena voluntad, puesto que ella y Farve van a pagar el vestido y la fiesta, una ceremonia en la iglesia de St. John, en Smith Square, seguida por un desayuno en la casa de Londres que mis padres rentaron para la presentación de Unity, Rutland Gate.

Mientras la vendedora me ayuda a ponerme el vestido, una confección elegante cortada al bies, sencilla salvo por el corpiño entrecruzado, Muv se sienta en el sofá de seda, acepta un refresco de la vendedora y pregunta:

—¿Peter estará bien para regresar a la oficina?

—¿Qué quieres decir? —pregunto a mi vez, escuchando a medias. Estoy más interesada en el vestido.

—Ya había bebido bastante cuando lo dejamos en el Savoy —dice con su voz aguda y remilgada, la que mis hermanas y yo imitamos cuando estamos solas.

De pronto, me pongo en alerta máxima; sé a dónde se dirigen sus preguntas.

—No hay nada de qué preocuparse, Mav —respondo—. Empezará en su nuevo puesto hasta después

de nuestra luna de miel en Roma. En este momento, no tiene ninguna oficina a la que regresar.

Tan pronto como las palabras salen de mi boca, sé que cometí un error. No le había dicho que Peter renunció a su trabajo en el Banco de Inglaterra y que no volverá a trabajar hasta enero, cuando regresemos a Londres. Había armado todo un caos para obtener otro puesto, después de abandonar una tarde, hecho una furia, su trabajo.

—¿Nuevo puesto? ¿De qué hablas? ¿No trabaja en un banco?

Hago un esfuerzo para que mi voz suene alegre y optimista.

—¡Ah! ¿No te conté sobre la oportunidad que le ofrecieron en el Banco de Hamburgo? Sencillamente, era demasiado divino para dejarlo pasar, ¡Hamburgo incluso le dijo que podía empezar después de la luna de miel!

Si bien ansiaba estar casada, me emocionaban más los planes de la luna de miel, en el departamento de los padres de Peter en el Palazzo Giulia, en Roma, que hacer un hogar.

Muv no me contesta directamente, pero puedo escuchar que refunfuña afuera del vestidor. ¿Masculló que esperaba que la *pausa laboral* no diera lugar a otra conversación desagradable con los padres de Peter sobre quién pagaría qué? Me enfermó escuchar a nuestros padres regatear sobre quién pagaría menos, como si Peter y yo fuéramos una alfombra en un mercado egipcio que quisieran comprar al precio más barato.

«Es momento de distraerla con este asombroso vestido», pienso. Salgo del vestidor y me paro frente a Muv. Me veo en el espejo que está detrás de ella; giro a un lado y al otro, satisfecha con la silueta del vestido y la manera en la que el tono marfil brillante realza mi cabello y mis ojos negros.

Muv entrecierra los ojos mientras examina el

vestido, y a mí en él.

—No estamos tan apretados de dinero, Nancy —dice al final.

Su insulto indirecto me hace retroceder.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, aunque sé que no debería.

—Es demasiado sencillo para un vestido de bodas.

Tengo ganas de llorar. Por una vez, deseo que considere mis sentimientos, que piense que tengo sentimientos. ¿Supone que, por ser rápida con el sarcasmo, éste no puede herirme? Cuando buscamos el vestido de novia de Diana, Muv fue pura alegría y emoción; elogiaba a mi hermosa hermana en cada oportunidad. Por supuesto, todo un público observaba a Diana, puesto que la madre de Bryan y varias primas Guinness estaban presentes.

Deseo con desesperación que Diana estuviera aquí para calmar a Muv. La presencia de mis hermanas menores, Decca y Debo, también hubieran podido ayudar a suavizar su reacción, pero les prohibieron acompañarnos porque después iremos a comprar los artículos íntimos de mi ajuar. Pamela se disculpó, argumentando que estaba demasiado ocupada en la granja y, aunque el singular e inesperado malhumor de Unity no son exactamente la mejor compañía, su presencia amortiguaría y lo preferiría a esto.

¿Qué cosa tan importante obligó a Diana y a Unity a pasar septiembre en Múnich?

Capítulo 11

Diana

3 de septiembre de 1933
Núremberg, Alemania

El ritmo de miles de botas reverbera en su interior como el latido de su corazón. Diana navega sobre el sonido como si fuera una ola que alcanza su cresta con el clamor de «Heil Hitler». Sin aliento, observa la *parteitag*, la convención del Partido Nazi. Se siente viva ante la promesa de esta singular expresión alemana del fascismo.

«Cuántas historias podrá compartir con M.», piensa. Eso si habla con él cuando ella regrese.

De pie al lado de Unity en un escenario reservado para los mil invitados especiales, Diana observa a las tropas uniformadas que desfilan frente a ellas en perfecta armonía. Incluso un grupo de chicos en camisas pardas, las juventudes hitlerianas, marcha al paso. El espectáculo la fascina. Unity toma su mano y la aprieta, comparte su asombro.

—¿Cuántos soldados son? —le pregunta a Putzi Hanfstaengl.

Es alto y de mandíbula cuadrada, secretario de prensa extranjera para el nuevo canciller alemán, Adolf Hitler, y el caballero que las invitó a este evento.

—Cuatrocientos mil —responde.

Su inglés es impecable. Él le contó que su madre era estadounidense y que él había estudiado en la Universidad de Harvard, en Estados Unidos.

—Nunca hubiera pensado que Núremberg pudiera servir como base para tantos soldados.

Cuando ella y Unity llegaron de Múnich unos días antes, Diana quedó encantada con el antiguo pueblo bávaro, con sus techos altos de teja roja y las antiguas iglesias de piedra. Este atractivo se resaltaba porque de la mayoría de los letreros de las calles y las vitrinas de las tiendas colgaban banderas nazis, como si el pueblo estuviera envuelto como regalo de Navidad. Era imposible creer que este país hubiera estado alguna vez en guerra con Gran Bretaña, que el mismo Farve hubiera peleado en ella.

—No lo es. Los trajeron en vagones de tren especiales de todas partes de Alemania para el mitin. Todo para celebrar la victoria de nuestro canciller —explica con un dejo de triunfo en la voz.

Hanfstaengl había esperado este momento casi tanto como el mismo Hitler. Después de todo, él y su familia habían alojado a Hitler tras el golpe de Estado de 1923, y permaneció a su lado durante su encarcelamiento. Cuando Hitler empezó a tramar su ascenso, Hanfstaengl lo ayudó a financiarlo y le presentó a todas las personas correctas de la sociedad alemana.

Diana sacude la cabeza, asombrada por el esfuerzo, y mira a los miles de soldados dispuestos con precisión. Desde su posición privilegiada, se parecen a los soldaditos de metal con los que Tom jugaba de niño. Sin embargo, Diana sabe que estos soldados no son juguetes, sino emblemas vivos del poder de Hitler que hacen que los mítines de la BUF de Mosley parezcan infantiles. Por supuesto que jamás le diría algo así a su amado.

«Gracias a Dios que Unity insistió tanto en venir a Múnich», piensa Diana, «y no sólo para presenciar esto».

Diana no hubiera soportado quedarse en Londres un minuto más. Desde que Cimmie murió en mayo de una infección inesperada e implacable cuando se le reventó el apéndice, M. ha estado inconsolable. Aunque Diana entendió desde el principio que Cimmie nunca dejaría de ser su esposa, se obligó a creer que era sólo de nombre. Pero la profundidad del dolor de M. era tanta que entendió que lo que él sentía por ella era igual de profundo. ¿Dónde quedaba Diana en esta situación?

Diana conservó su actitud habitual, serena y equilibrada. La mayor parte del verano dejó tranquilo a Mosley, y estuvo disponible cuando él la necesitaba, sin pedirle más. Mantuvo este comportamiento incluso cuando él le confesó en privado la culpa que sentía por las muchas traiciones que cometió contra su difunta esposa, y pasaba de su estado taciturno y contrito a un exceso de trabajo frenético para la BUF. Pero cuando se enteró de que además se consolaba con la hermana de Cimmie, Baba —que se había encaprichado con M. durante un tiempo e incluso él pensaba pasar el mes de agosto en un recorrido automovilístico en Francia con ella, mientras sus tres hijos pasaban las vacaciones con las niñeras, si bien él juraba que su relación sólo era platónica—, ella tenía que irse lejos, muy lejos. Tenía que recordarle a Mosley que no era una mujer con quien se podía jugar.

Su encuentro inicial con Hanfstaengl en julio se produjo en un momento fortuito. Cuando llegó a una cena en casa de la señora Guinness, esposa de Richard, un primo lejano de Bryan, encontró a un hombre sentado al piano; era tan grande que el instrumento musical parecía diminuto, era casi cómico. Pero su talento no tenía nada de cómico. Una melodía de Brahms la atrajo a su lado y cuando él terminó, la señora Guinness empezó a acribillarlo a preguntas sobre el régimen nazi.

—Estoy aquí para responder a todas sus preguntas sobre el nazismo en Alemania y disipar todos esos rumores que han escuchado sobre la violencia y la manera en que tratamos al pueblo judío —respondió con una voz estruendosa que igualaba su estatura—. ¡Los invito a todos formalmente a que vengan a Alemania conmigo y vean con sus propios ojos los maravillosos cambios que está haciendo el canciller Hitler!

Tras sus palabras y la invitación general, la señora Guinness presentó a Diana y a Hanfstaengl, amigo personal de Hitler. Él le dijo que había escuchado hablar de ella y había esperado conocerla. A Diana se le hizo un nudo en el estómago al pensar cuál de los tantos horribles rumores habría escuchado, pero él sólo mencionó que sabía que también era una creyente del fascismo.

Al final de su conversación le extendió una invitación personal para que asistiera al primer mitin de la cancillería de Hitler en septiembre, como invitada especial. Le dijo que, además de presentarle a Hitler, podría ver por sí misma lo que estaba pasando en Alemania. Diana sabía que M. se moriría de celos, tanto a nivel personal como profesional, y pensó que era justo lo que necesitaba. La desesperación de Unity por viajar con ella a Múnich la motivó aún más. Cuando Bryan se llevó a los niños para las vacaciones de verano, Diana hizo planes para viajar a Múnich con Unity.

Diana mira a Unity, los ojos de su hermana brillan. Ya es una ardiente fascista y no necesita que la convenzan de la idoneidad de la política nazi. Pero Diana puede ver, en la luz de su mirada, que su aprecio por el fascismo alemán va más allá de la simple aceptación.

—Lo único que podría hacer que este día fuera más perfecto sería conocer en persona al canciller Hitler —

dice Unity, maravillada.

Diana no hace ningún comentario. Unity ya le preguntó una vez a Hanfstaengl si tendría la oportunidad de conocer a Hitler y Diana no quiere animarla a que lo haga de nuevo. Cuando Diana aceptó la invitación al mitin, imaginó que Hitler estaría disponible para una presentación sencilla, pero ahora que ve a los cientos de miles de soldados, y que Hitler, a quien sólo ve a la distancia, está estrechamente custodiado, se da cuenta de lo difícil que será tener acceso a él. Sin hablar de que ella y Unity son las únicas inglesas en esta sección de invitados especiales, no quiere llamar la atención más de lo que Unity ya lo ha hecho. No ha pasado mucho tiempo desde la Gran Guerra y aún puede haber resentimientos por las pérdidas y sacrificios de esa guerra. Farve odia Alemania con tanta vehemencia que la Gran Guerra bien pudo haber sido ayer.

Pero Hanfstaengl escuchó a Unity.

—El canciller estará en este mismo escenario, en este mismo podio —dice señalando el estrado—, dentro de una hora.

Cuando Unity voltea a ver a su anfitrión, Diana advierte en su expresión una ferocidad que le es familiar. Antes de que pueda interceder, Unity pregunta:

—No está bromeando, ¿verdad?

Hanfstaengl le regala una sonrisa compasiva y luego se expresión se vuelve grave.

—Nunca bromeo cuando se trata del canciller. Si surge la oportunidad de presentarlas, le sugiero que se quite el lápiz de labios —agrega ofreciéndole a Unity un pañuelo de lino perfectamente planchado—. Usted y su hermana son dos especímenes perfectos de la feminidad aria, pero nuestro canciller prefiere un aspecto natural; el embellecimiento que ofrecen el sol y el deporte.

Unity presiona el pañuelo contra sus labios, como si

la hubieran reprendido, y Diana se pregunta si ésa es la razón por la que las invitaron a ella y a su hermana a este evento trascendental, para probar que, incluso los «especímenes de la feminidad aria» inglesa, están a favor del nazismo. En ese momento, seis soldados condecorados suben al estrado y abren un pasillo entre los *invitados especiales*. En esa brecha, se abre paso un hombre de cabello oscuro, con un bigote peculiar, vestido con un uniforme café claro, ceñido por un cinturón y con un brazalete carmesí en la parte superior del brazo. Por el clamor de la multitud y su apariencia singular, sólo puede tratarse de Hitler.

El silencio se apodera de la multitud cuando él se mueve al centro, detrás del micrófono. «Es escalofriante que su sola presencia pueda silenciar a miles», piensa Diana, «pero también es espectacular».

Hitler comienza a hablar. Aunque Diana y Unity sólo pueden verlo de reojo mientras da su discurso, el poder de su voz es innegable. Diana lo observa conforme los rostros de los soldados se transforman. No necesita entender cada palabra para comprender cuál es su mensaje para estas personas que han llegado tan bajo debido al Tratado de Versalles y la recesión económica mundial: esperanza.

«Ah, cuánto se molestará M. cuando sepa dónde he estado», piensa. Luego tiene otra idea: quizá este viaje no sólo sirva para castigarlo, sino también para asegurar su posición prominente con su amante. Quizá los contactos que ha hecho en Núremberg puedan proporcionarle a Mosley acceso a la red de los fascistas más poderosos de Europa, el tipo de contactos que necesita para tener éxito y que sólo Diana le puede ofrecer. De ahora en adelante, Diana está segura de que todo cambiará.

Capítulo 12

Unity

3 de septiembre de 1933
Núremberg, Alemania

Unity se asoma sobre la falange de soldados que rodean a Hitler para verlo mejor. Nunca había estado tan contenta de medir casi un metro ochenta. Aun así, debe pararse de puntas para verlo bien. De pronto, un par de oficiales de aspecto adusto se separan y ella puede verlo con detalle. Se queda sin aliento. En verdad es él, el hombre cuya fotografía ha tenido en su pared durante años: Hitler.

Cuando Hitler eleva la voz y golpea el puño contra el atril del podio, Unity da un salto. La multitud se estremece con sus palabras y Hanfstaengl se pone rígido. ¿Qué está diciendo Hitler? Unity desearía hablar alemán, sobre todo cuando el público lanza un clamor ensordecedor. ¿Cómo podrá comunicarse con Hitler si no habla su lengua materna? En ese momento, decide que la aprenderá. Quizá aquí en Núremberg, ¿o en Múnich?

Para estudiar alemán a fondo tendrá que encontrar razones plausibles para convencer a Muv y a Farve o, sencillamente, mentirles. «Qué fácil ha sido engañarlos este año», piensa Unity. Si supieran cuántas horas había pasado en Eatonry, aunque lo tenía prohibido, en

compañía de su hermana *verboten*, se volverían locos. Y si tuvieran la más mínima sospecha de que ella y Diana no estaban en Múnich, asistiendo a la ópera, recorriendo galerías y estudiando la arquitectura de Baviera, sino en un estrado en Núremberg diseñado para invitados especiales, en la *parteitag* de Hitler, la acribillarían con su odio contra los hunos, Farve en particular. Qué maravilla.

Al pensar en su reacción, Unity lanza una risita para sus adentros y considera lo experta que se ha vuelto para elaborar mentiras creíbles. Cuántas salidas con amigas imaginarias no ha inventado para reunirse con otros fascistas a compartir su ideología y promocionar la publicación de la BUF, *Blackshirt*, del líder. Para que el ardid no se viniera abajo, siempre tenía que volver a casa a tiempo, asistir a los eventos sociales que eran inevitables y mantener escondido el prendedor que Mosley le había regalado. Hasta el momento, Muv y Farve piensan que es sólo otra debutante ordinaria como sus hermanas y otras chicas de su círculo. Bueno, quizá no por completo ordinaria; nunca han descrito a Unity con esa palabra. Pero está bastante segura de que puede engañar a sus padres una vez más para aprender alemán en Alemania. Eso la acercará más a Hitler como sueña poder hacer.

Unity recuerda la conversación que tuvo con Hanfstaengl antes de que Hitler llegara. Ella había iniciado el intercambio cuando Hanfstaengl se molestó visiblemente cuando preguntó si conocería a Hitler en persona.

—¿Sabe que yo nací en un pueblo que se llama Swastika? —espetó para cambiar el tema.

Diana puso los ojos en blanco y Unity hizo una mueca. ¿Se habría equivocado otra vez? Para su sorpresa, Hanfstaengl abrió los ojos como platos.

—¿Es cierto? —le preguntó a Diana como si Unity

no pudiera confirmar su propio lugar de nacimiento.

—Así es —respondió Diana con una sonrisa irónica —. Mis padres estuvieron muy interesados por la idea de las minas de oro, en Canadá en particular. Cuando Unity nació, vivían en una cabaña en una comunidad minera llamada Swastika.

Hanfstaengl asintió con aprecio hacia Unity.

—Nuestro canciller es un gran creyente del destino, y si bien no quiero hablar por nuestro estimado líder, creo que consideraría que nacer en Swastika es una señal.

Unity sintió que se ruborizaba. ¿Sería posible que, por una vez, hubiera hecho algo bien? ¿Que su singularidad trabajara a su favor? ¿Que la idea que ella tenía de su destino y el futuro real empezaran a alinearse?

Conforme el discurso de Hitler llega a su fin, un fotógrafo uniformado sube al estrado y Hanfstaengl le hace una seña para que se acerque.

—Creo que el canciller Hitler estará muy complacido de tener un recuerdo de su visita a su *parteitag*. ¿Les gustaría posar? —les pregunta a Diana y a Unity.

Diana duda, pero Unity no desaprovechará la oportunidad de colocarse frente a Hitler, aunque sea en una fotografía.

—Será un honor posar para el fotógrafo del canciller.

Respetuoso de la reticencia de Diana, Hanfstaengl acomoda sólo a Unity frente a un grupo de soldados cargados de condecoraciones, justo en el centro. Poniéndose muy cerca de ella, jala el cuello de la blusa negra hacia afuera del saco de *tweed* de Unity y lo extiende bien. Luego le hace una seña al fotógrafo para que se acerque.

—Por favor, haga un saludo militar para la

fotografía —dice en inglés y en alemán.

Con el destello de un *flash*, se dispara la cámara y Unity siente una avalancha de emoción. «¿Hanfstaengl le dará a Hitler esta imagen y le contará la historia de su nacimiento?» Siente mariposas en el estómago al pensarlo. Unity sólo sabe que Hitler es su destino, y quizá el mecanismo se está poniendo en marcha.

Capítulo 13

Nancy

8 de junio de 1934
Londres, Inglaterra

—Peter, querido, ¿siempre tienes que traer un coctel a los mítines? —pregunta Diana en ese tono armonioso tan suyo.

El resto de sus invitados a la cena ya se han marchado al mitin de la BUF, pero nosotras tres iremos juntas con Peter, en un automóvil diferente que Mosley pidió.

Alzo una petaca de plata y le lanzo una mirada, medio en serio medio en broma.

—Bodley, el coctel es para el coche, el whisky es para el mitin.

Peter ríe y yo siento que obtuve una pequeña victoria.

Estos días ha habido mucha tensión en Rose Cottage, en Strand-on-the-Green, un área pintoresca de Chiswick que bordea el Támesis y está salpicada de hermosas casitas donde vivimos mi nuevo esposo y yo. Los meses anteriores a la boda y la ceremonia fueron un sueño maravilloso. No me había dado cuenta de lo irreales que fueron y lo ignorante que yo era hasta que llegamos a Roma y empezó nuestra «luna de miel». Pasábamos los días fingiendo hacer turismo, yo en

tacones inestables y un tobillo hinchado, y Peter en la búsqueda de un bar para «tomar algo rápido», hasta que perdía el conocimiento al final de la tarde.

Diana no ríe con Peter. Su expresión es sombría y supongo que debería agradecer a mi buena estrella que Mosley no esté aquí para darme el sermón correspondiente.

—Los mítines fascistas y el alcohol no van juntos. Envía por completo el mensaje incorrecto —explica Diana con un remilgo que ni siquiera mostraría una maestra de escuela.

Nuestros padres no creían en la escolaridad formal para sus seis hijas, sólo Tom asistió a Eton y Oxford. El resto de nosotras lidiamos con la gobernanta ocasional, hasta que la obligamos a renunciar, e hicimos libre uso de la amplia biblioteca familiar. Es maravilloso lo que uno puede aprender por sí misma y lo que no.

—¿Es necesario que sean mutuamente excluyentes? Porque si es así, podría ser un obstáculo para adherirnos por completo al fascismo —bromeo.

Ya me estoy cansando un poco de la mojigatería en Eatonry conforme el fascismo de Mosley se apodera de las esferas de la sociedad inglesa que se inclinan por esta política, incluida una cantidad asombrosa de aristócratas que temen los estragos que el comunismo podría provocar en ellos mismos así como en sus fortunas si ese movimiento se afianzara. Aunque la casa de Diana no es la sede de la BUF, a veces lo parece cuando acecha la presencia de Mosley, tanto a nivel literal como metafórico. Sólo Peter sabe que me ha dado por llamar a Mosley el «señor Ogro».

Ante este intercambio, mi marido se dobla de risa; mi intención era poner un poco de humor, no que fuera hilarante. Me pregunto si eso le hace gracia porque la discusión versa sobre su pasatiempo favorito: beber, lo que atisbé en Roma se afianzó en cuestión de meses,

luego de nuestro regreso a Londres. Además, Peter perdió su nuevo puesto en el banco debido a su reiterada incapacidad de volver al trabajo después de sus largos almuerzos bañados de alcohol. Por el momento vivimos de mis ingresos como escritora y de las miserables sumas que nos dan nuestras familias, aunque Peter insiste en gastar dinero como si tuviéramos acceso a fondos ilimitados. Incluso recibimos la visita de un funcionario de impuestos que vino a recaudar las deudas pendientes de Peter, y ni siquiera llevábamos un año de casados.

—Ustedes dos…

Diana niega con la cabeza en señal de desaprobación, pero no prohíbe las bebidas. Supongo que se da cuenta de que son un complemento necesario para que asistamos, y a ella le gusta dar una buena exhibición de la familia Mitford.

Unity entra al salón vestida en un atuendo fascista completo, adornado con guantes de piel.

—Por Dios santo, Naunce —exclama sin especificar la fuente de su descontento.

Pero dada su completa devoción por el fascismo —una actitud que se exacerbó desde su viaje a Alemania—, pude haber cometido cualquier cantidad de delitos. Nadie está a la altura de las expectativas de Unity, salvo su héroe, Hitler. Desde que lo vio brevemente en Núremberg ha sido insufrible al respecto. Por supuesto, mis padres ignoran ese hecho. Farve se pondría furioso si supiera que sus hijas estuvieron en Alemania en compañía de los hunos.

Como de costumbre, nos asignaron asientos en primera fila para el espectáculo de Mosley, aunque esta noche no estamos en el lugar habitual, el Albert Hall. Gracias a algunos periódicos de difusión masiva que respaldan públicamente a Mosley, como el *Daily Mail*, las filas de la BUF han aumentado, tanto en número como

en la variedad de sus adeptos, y ahora cuenta con un recinto más grande, el Olympia Hall, en Hammersmith, Londres. Le dijo a Diana que asistirían más de diez mil personas. Lo constato conforme recorro con la mirada el enorme espacio, atiborrado de jóvenes y mujeres en camisas y blusas negras y también de trabajadores vestidos con su atuendo de trabajo, e incluso familias enteras con sus hijos.

Cuando la banda empieza a interpretar canciones patrióticas y una hilera de hombres que portan banderas negras y amarillas de la BUF marchan por el pasillo, Peter saca la petaca que yo guardé en mi bolso. ¿Significa que Mosley hará su entrada? Llevamos ya casi treinta minutos esperando y la multitud, que en general siempre conserva el orden, empieza a impacientarse. Yo también.

Las luces se atenúan y las lámparas de arco se columpian sobre el escenario, creando ese círculo de luz tan importante y teatral en el que se ubica Mosley. «Por fin vamos a escuchar su discurso», pienso. Ni siquiera me importa que sea la misma retórica que ya he escuchado, con tal de que el evento avance. Al ver al líder de la BUF, muchos de los miembros del público hacen el saludo fascista, pero también escucho una sorprendente cantidad de abucheos. En la entrada pasamos frente a un grupo de disidentes, una mezcla de comunistas, pacifistas y miembros del Partido Laborista; pensé que los Camisas Negras les negarían el acceso. Supongo que se habrán puesto el atuendo negro como camuflaje.

Las protestas se callan cuando Mosley se acerca al micrófono, pero en el momento en que abre la boca para hablar, desde una de las galerías rompe un cántico.

—¡Fuera Mosley! ¡Fuera el fascismo!

Los Camisas Negras formados en los pasillos rompen filas y saltan sobre los asientos hasta llegar a la galería donde se encuentran los ofensores. Los opositores

se callan cuando los Camisas Negras se abalanzan sobre ellos y Mosley empieza su discurso.

Sin embargo, no dice más que unas pocas palabras antes de que una mujer grite:

—¡Abajo el fascismo!

En cuestión de segundos, una de las lámparas de arco se mueve y podemos ver cómo los Camisas Negras inmovilizan a la mujer, sujetándole los brazos en la espalda, y la sacan del recinto. Me sorprende la demostración de fuerza con la que lidian con esta protesta verbal, aunque no es secreto que la BUF hace énfasis en conservar el orden.

Mosley trata de hablar de nuevo, en vano. Esta vez, el recinto se llena de rechiflas y carcajadas que provienen de todas direcciones. Los agitadores deben haber explorado con cuidado sus posiciones para aprovechar al máximo el impacto de su disidencia. En segundos, los Camisas Negras se diseminan por todo el lugar y puedo escuchar los golpes secos y los gritos de dolor que provocan.

Muy pronto, toda la sala hace erupción y Mosley se queda solo en el escenario, bajo una única lámpara, tratando inútilmente de tranquilizar a la audiencia mientras las luces la recorren en busca de los opositores. Sobre los asistentes llueven panfletos antifascistas y una lámpara de arco brilla en la viga del techo a cuarenta y cinco metros por encima de nosotros. En esa posición elevada, un hombre vacía sobre la multitud bolsas llenas de folletos.

—¡Abajo el fascismo! —grita.

Los Camisas Negras escalan las vigas y, como hormigas, se dirigen hacia el hombre. Pero cuando él avanza hacia una viga que los soldados no han ocupado aún, todos a mi alrededor gritan. Yo también. ¿Estamos aterrados de que el objetor y los Camisas Negras caigan y mueran o tememos que nos aplasten si lo hacen? No

tengo tiempo para obtener a una respuesta porque, de pronto, se escucha el eco de un horrible alarido y un golpe.

La gente empieza a salir en estampida del lugar. Mis hermanas y yo nos paralizamos, asombradas ante este desplante de violencia. En el momento en el que vemos que en nuestra dirección se abalanza un grupo de Camisas Negras blandiendo macanas, persiguiendo a un grupo de hombres y mujeres que sostienen letreros, empezamos a correr. Peter toma mi mano y me jala hacia una salida.

—¡Diana! ¡Unity! —grito sobre mi hombro hacia mis hermanas, pero las pierdo de vista cuando mi marido me aleja cada vez más de nuestros asientos.

—¡Nancy! —Escucho el alarido de Diana, pero luego su voz se apaga.

Cuando llegamos a las puertas de salida, siento una mano en la espalda que me sujeta del saco y me jala hacia atrás. Suelto la mano de Peter, golpeo el suelo y siento pisadas en la espalda. Después, todo queda a oscuras.

Capítulo 14

Diana

8 de junio de 1934
Londres, Inglaterra

«¿M. estará bien?», se pregunta Diana en un arranque de pánico mientras permanece inmóvil en su asiento. En el Olympia Hall reina el caos a su alrededor y ella no puede ver el escenario porque las lámparas de arco exploran entre el público. Todo lo que puede pensar y sentir es preocupación por M.; el miedo la paraliza. No deben lastimarlo; demasiado depende de él. Ella depende de él.

¿Cómo se atreven a atacar a M.? ¿No entienden que él se preocupa por el pueblo británico, que sólo él tiene el poder para salvarlos de la misma desesperación económica y psicológica que se apoderó del pueblo alemán? Todos están perdidos sin él. M. tiene un plan para acabar con la incontenible pobreza y desempleo que asolan a la nación. Tiene un proyecto para llevar a Gran Bretaña a su antigua gloria e ideas para unificar a Europa, en lugar de promover las antiguas divisiones, aunque no abandona la idea de que Gran Bretaña debe prepararse militarmente para cualquier situación. ¿Cómo es posible que estos disidentes advenedizos, engañados con sus ideas de comunismo y pacifismo no lo comprendan? Son igual de malos y débiles que los

inútiles líderes británicos que están ahora en el poder.

De la nada aparecen Camisas Negras que la toman de la mano. Conforme la ayudan a ponerse de pie, el oficial con mayor número de condecoraciones le dice:

—El líder nos ha pedido que la llevemos a un lugar seguro, señora Guinness. La está esperando detrás del escenario.

La jalan hacia los escalones laterales del escenario, pero ella forcejea.

—¿Y mis hermanas? No podemos dejarlas —insiste, mirando hacia atrás para ver sólo una hilera de asientos vacíos.

En pánico, busca en el piso por si quedaron atrapadas bajo las pisadas de la multitud que huye de la sala. Pero Unity y Nancy no están por ninguna parte.

¿Qué demonios pasó con ellas? Diana tiene ganas de gritar. Nancy al menos tiene a Peter, para lo que sea que pueda servir. Pero, ¿y Unity? Está sola. Si algo le sucede a Unity, Muv y Farve nunca se lo perdonarán, sobre todo porque le prohibieron expresamente que llevara a Unity a este mitin. Ya apenas y le dirigen la palabra.

—Señora Guinness, tenemos que apresurarnos —dice el oficial.

Diana deja que formen un círculo a su alrededor. Se mueven como un solo cuerpo contra una marea de personas que huye hasta la pequeña escalera y cruzan el escenario vacío. Cuando llegan a los camerinos al fondo, donde ella supone que M. está vigilado, una mujer se abalanza sobre ella desde un pasillo a oscuras.

La mujer avienta a Diana al piso y la jala de cabello, gritando.

—¿Cómo puedes estar con este fascista asqueroso?

La mujer le rasguña las mejillas y Diana piensa es sus hermosos hijos, Jonathan y Desmond; sólo desea regresar ilesa a casa con ellos. ¿Quién los criará si ella

muere? La última vez que estuvieron juntos, posaron para un retrato que pintó el surrealista ruso, Pavlic Tchelichew, quien imaginó a Diana y a sus hijos con el cabello dorado y envueltos en sombras azules. Si tan sólo pudiera regresar a ese momento.

Con cachiporras, los Camisas Negras golpean a la mujer para quitársela de encima.

Diana se incorpora, se alisa el cabello y el vestido. Sus manos tiemblan, sin embargo, es impensable que se presente menos que perfecta ante M.

Uno de los Camisas Negras escolta a la mujer fuera del escenario, con las manos esposadas en la espalda.

—Ya estoy lista para que me lleven con el líder —dice Diana.

—Por supuesto, señora.

Escoltada por ambos costados, la conducen a un camerino donde más Camisas Negras están estacionados frente a la puerta. Se saludan en reconocimiento y uno de ellos abre la puerta para que ella pase.

Ahí se encuentra su amado M., con una mano sobre la cadera y el pulgar dentro del ancho cinturón negro que resalta su poderoso pecho; tiene todo el aspecto del líder que está destinado a ser, el líder que ella se asegurará que sea.

Se precipita en sus brazos y hunde el rostro en el cuello de él.

—Querida —dice M. levantando su cara por la barbilla, hacia la luz—, ¿qué le pasó a tu rostro? ¿Alguien te atacó?

—No es nada, mi amor. Un simple rasguño que tus hombres evitaron que llegara a mayores. —Le lanza una gran sonrisa—. Todo lo que importa es que tú estás seguro.

—Un poco de disturbios difícilmente pueden desviarme de mi curso —responde con una risita, aunque suena forzada. Ella nota que su piel

habitualmente atezada está pálida. Tiene miedo, pero por supuesto que no quiere mostrarse así ante ella—. La única razón por la que estoy en este vestidor es para evitar la publicidad negativa que podría tener mi implicación en un altercado. —Aprieta los puños—. Aunque me encantaría echar mano a esos detractores.

—Por supuesto, M. —murmura acercándose a él—. Fui una tonta por siquiera sugerir que podrías no estar seguro.

M. la abraza hasta que Diana siente su deseo por ella. Incluso aquí, su necesidad es apremiante, pero el caos frente a la puerta lo distrae.

—Sólo espero que esta ridícula protesta no cambie la percepción del público en cuanto a la BUF. Necesitamos el apoyo —explica.

Diana está contenta de haber esperado para revelar su plan, porque ahora es el momento perfecto para que M. entienda con exactitud lo que Diana puede ofrecerle a él y a la causa: lo indispensable que ella puede resultar.

Capítulo 15

Unity

8 de junio de 1934
Londres, Inglaterra

Unity observa el caos que se desenvuelve en el Olympia Hall. Esas manifestaciones le parecen irrespetuosas y vulgares, pero está más enojada contra la BUF que contra los disidentes. ¿Cómo es posible que una organización política dedicada al orden y a la autoridad haya permitido la entrada de posibles inconformes a su mitin clave? Hitler hubiera eliminado a los objetores, como un cirujano extirparía un tumor. Al permitir que esos manifestantes arruinen su mitin, Mosley ha demostrado su debilidad.

¿Adónde se fueron Nancy y Peter? Unity estira el cuello, se levanta para aprovechar su estatura y observar sobre la multitud frenética que intenta salir de la sala. No hay señales del sombrero distintivo de su hermana o del cabello rubio de su esposo. Diana, que había permanecido sentada con su acostumbrada actitud serena, con los pies juntos y las manos entrelazadas con elegancia sobre su regazo, al parecer impasible, ya no está cuando Unity la busca con la mirada. Afortunadamente no trajo a Ratular esta noche, la hubieran aplastado en el tumulto.

¿Qué debe hacer ahora que sus hermanas han

desaparecido? Ni hablar de buscar un teléfono y llamar a Muv y a Farve para pedirles ayuda. Se volverían locos si supieran dónde está.

Mientras busca las salidas, un grupo de gente arremete en su dirección y ella se ve arrastrada por el movimiento. Sus brazos y piernas se enredan con los de los hombres y las mujeres de todas las edades y posiciones sociales, incluso niños, y le cuesta trabajo mantener el equilibrio conforme avanzan en masa hacia la puerta de salida más cercana. Pero ella sabe que, si se cae, corre el riesgo de sufrir mucho más que una lesión, está en peligro de que la aplasten.

Pasan debajo de un balcón que contiene una hilera de asientos privados de lujo y Unity puede jurar que escuchó su nombre. Supone que debe ser Diana, voltea hacia el lugar donde estaban sentadas, pero no está por ningún lado. ¿Dónde demonios está Diana? ¿Abandonó a Unity para ir a buscar a su querido Mosley? Unity quiere pensar que es autosuficiente y fuerte, pero le duele y le enfurece que la hayan dejado atrás.

—¡Unity! —escucha una voz, ahora no hay duda de que la llaman.

Unity recorre la multitud con la mirada, intentando encontrar la fuente. Quizá son Nancy y Peter quienes están más adelante y la buscan. Pero en ese momento escucha:

—¡Aquí arriba!

Levanta la vista hacia el balcón y, entre las sombras, ve el perfil de una mujer con suéter rojo. ¿Podría ser la misma que advirtió en el otro mitin? Es claro que no hay nadie más aquí con ese color y eso no puede ser una coincidencia.

La mujer se inclina hacia adelante y un rostro inesperado se ilumina. Es Decca, su hermana de diecisiete años.

—¿Qué haces aquí? —grita Unity, incapaz de

entender cómo su hermana menor, una comunista a ultranza, está en un mitin fascista. ¿Habrá venido para protestar? ¿Qué dirían de todo esto Muv y Farve?

—No te preocupes por eso ahora —responde Decca —. Toma las escaleras a la derecha y ven aquí con nosotros. ¡Es más seguro!

Unity ve la escalera escondida debajo del balcón, a la derecha, y dado que todos están tan desesperados por salir en la otra dirección, está vacía. Logra salirse de la multitud y sube las escaleras corriendo. Su hermana la espera arriba; Unity nunca había estado tan feliz y aliviada de verla.

—¡Decca! —grita Unity acercándose para abrazarla.

—Bobo, mi querida Boud —responde Decca, usando los dos apodos de Unity al mismo tiempo y dándole unas palmaditas en la espalda—. ¿Estás bien? Parecía que estabas en aprietos. ¿Qué haces aquí sola?

—Soy yo quien debería preguntártelo, hermanita. Muv y Farve se morirían si supieran que estuviste aquí, protestando, ¡sola!

—No estoy sola, Bobo. El primo Esmond está aquí conmigo —dice señalando una figura familiar que ha estado esperando en el pasillo y ahora sale a la luz.

La madre de Esmond Romilly, Nellie, es prima hermana de Farve —igual que la hermana de Nellie, Clementine Churchill, la esposa de Winston, el político —; eso hace que los hijos Mitford sean primos segundos de los Romilly y los Churchill.

Decca continúa hablando mientras Unity y Esmond se saludan.

—De cualquier forma, Muv y Farve estarían igual de furiosos si te encontraran a ti aquí.

—Lo dudo, después de todo, soy la hermana mayor. Y tampoco estoy sola, vine con Nancy y con Diana.

—Eso es casi peor que si yo viniera aquí a escondidas con Esmond —ríe Decca—. Nancy y Diana ya

tienen edad para tener un mejor juicio, mientras que Esmond y yo somos muy jóvenes como para que nos perdonen nuestras tonterías.

Unity sabe que debería estar enojada con Decca por participar en los eventos de esa noche, pero no puede guardarle rencor a su hermana. Si bien sus creencias son erróneas, lo hace de buen corazón.

—¿Aunque hayas venido a protestar contra el mitin? ¿Como parte de la facción comunista?

Tan pronto como Unity vio a Decca con Esmond, entendió su presencia aquí. Si bien las inclinaciones políticas de Decca no son un secreto, «su lado del cuarto está prácticamente tapizado con el martillo y la hoz», piensa Unity, ella nunca la había visto que tomara acciones respecto a sus creencias. Pero Esmond, de dieciséis años, está cortado con otra tijera. A los quince, ya se declaraba públicamente comunista y, desde entonces, fundó una revista que propugna sus puntos de vista. También ha escrito varios editoriales, formó su propio grupo político y organizaba desfiles para ellos. Aunque Esmond es familia, Muv y Farve estarían furiosos si supieran que Decca estuvo aquí, sobre todo con él.

Decca se ruboriza y Unity sabe que la pescó con las manos en la masa. Sin embargo, la verdad es que ambas estarán en verdaderos aprietos si sus padres se enteran.

—¿Y qué dirían si supieran que estás a un paso de llevar a cabo tu gran plan para irte a vivir a Múnich y volverte nazi? —replica Decca.

—Bueno, yo no le diré nada a Muv y a Farve si tú no lo haces —propone Unity, más interesada en proteger y realizar sus propios planes que en frustrar las intrigas comunistas de Decca.

Las hermanas se estrechan la mano en acuerdo.

—Nunca estuvimos aquí —agrega Decca.

Capítulo 16

Nancy

4 de octubre de 1934
Londres, Inglaterra

Despierto jadeando, alarmada por la pesadilla recurrente que he tenido desde los eventos violentos en el Olympia Hall. La sensación de estar atrapada bajo todas esas pisadas, incapaz de levantarme o de respirar, se ha filtrado en mis sueños y ha tomado una gran variedad de formas y tramas. No obstante, sin importar la narrativa, los sueños siempre terminan de la misma manera: me cuesta trabajo respirar y trago una última bocanada de aire antes de quedar inconsciente.

Sentada en la cama, extiendo el brazo sobre la cobija de seda que era de Diana, y busco el hombro de Peter para tranquilizarme. Pero la cama está vacía. Entrecierro los ojos hacia el reloj en mi buró y veo que son las tres de la mañana. ¿Dónde diablos está? Una mejor pregunta sería por qué me enoja o me sorprende, si la ausencia de mi marido ha sido una de las pocas constantes en mi vida de casada.

Me recuesto, pero después de quince minutos inquietos, sé que no podré dormirme otra vez. Mi mente gira con los últimos recuerdos del sueño y con la preocupación de dónde se encuentra Peter. ¿Debería ponerme a trabajar? Casi se cumple el plazo para la

entrega del borrador de mi nueva novela, *Trifulca a la vista*, y necesitamos desesperadamente el dinero que recibiré cuando lo presente. Peter ya perdió otro trabajo y su principal contribución financiera estos días proviene de los ocasionales artículos que escribe para los periódicos.

Para aclarar mis ideas y poder concentrarme en la novela, recorro Rose Cottage y sólo me detengo para prender un cigarro. Le doy una calada profunda y camino en círculos en la sala, esperando el brillo suave del alba y los rayos que se reflejan en las ondulaciones del Támesis; amo la manera en la que danzan en el techo de las pequeñas habitaciones de esta casa, me hacen sentir como una embarcación rumbo a una tierra distante. Cómo han cambiado las cosas desde que nos mudamos aquí, cuando mi mente rebosaba de planes para ser la esposa perfecta y edificar un hogar seguro con Peter. Ahora, sólo finjo jugar ese papel. Incluso parece apropiado que el anterior residente de Rose Cottage fuera conocido como el Gran Sequah, un artista itinerante de la época victoriana que se disfrazaba y representaba a un jefe indio americano, aunque él fuera inglés hasta la médula. Ambos somos unos charlatanes.

Me acomodo frente a mi elegante y diminuto escritorio, un objeto de segunda mano de Swinbrook que puse en la sala de estar, frente a un gran ventanal que da al río. Antes de que pueda empezar a escribir, escucho el golpeteo de unas pisadas. Mis queridos *bulldogs*, Milly y Lottie, me miran con ojos amodorrados como para castigarme por mis trajines a medianoche. Pero luego se acurrucan a mis pies y los calientan mientras yo vuelvo a mi manuscrito.

Al igual que mis dos novelas precedentes, *Trifulca a la vista* es una comedia. De nuevo, me inspiro en los eventos y las personas de mi vida. Pero esta vez, los problemas escondidos detrás de la cursilería son los que

roen los bordes de mi conciencia. La historia gira en torno a una puesta en escena fascista al aire libre en un pueblo de la campiña inglesa. El personaje principal, Eugenia Malmains, no es muy distinto a Unity; da discursos animados en la plaza del pueblo sobre los fascistas llamados «Camisas Tricolores», y el capitán Jack, el líder del movimiento ficticio Union Jack, quien a su vez es muy parecido a Mosley. Dados mis sentimientos, no podía ignorar el telón de fondo político que se desarrolla a mi alrededor, en particular entre los miembros de mi familia. Mi deseo de que el fascismo fuera un tema central del libro surgió de mi propia inmersión compleja en este movimiento político.

Después del mitin en el Olympia Hall y de la violencia que los Camisas Negras infligieron a la menor provocación, sin duda bajo las órdenes de Mosley, ya no podía fingir que estaba en las mismas filas políticas que mis hermanas. ¿No vivimos en una sociedad donde se garantiza la libertad de expresión? ¿Mosley no podía soportar la más mínima crítica contra la BUF y su manera de dirigirlo? El pavoneo, la gesticulación, las banderas ondeando y las demostraciones fanfarronas que me hicieron reír en privado ahora me parecen amenazadoras, en lugar de divertidas. Sentí la necesidad de desenmascarar a Mosley y a su peligroso ejército de *hooligans* a través de mi escritura. También empecé a preguntarme si podía utilizar mi pluma para hacer que mis hermanas salieran de su locura.

Sin embargo, desde un principio supe que no podía atacar de frente ni a Mosley ni a la BUF. ¿Cómo decir directamente que el fascismo es una locura de la que tanto Mosley como Hitler participan? Diana es obra suya, por completo, igual que Unity, pero de diferente manera. Ir tras Mosley sería ir tras ellas y no quiero enemistarme con mis hermanas para siempre. Así que concebí esta otra manera: una comedia pícara que se

burla del fascismo británico. Con suerte, la novela pueda abrirle, poco a poco, los ojos al público del peligro que el fascismo supone. Sólo tienen que ver un poco más allá, a Alemania, para darse cuenta de lo que sucede cuando un líder fascista toma el poder.

Por supuesto Diana se enojó cuando supo cuál era el tema; sospecha que me voy a burlar de Mosley. Le importa un comino cómo pueda retratarla a ella y a Unity, porque en su mente, ellas sólo son soldados rasos del gran líder. Esto es precisamente lo que quiero que la gente entienda. Sin la participación voluntaria de hombres y mujeres como Diana y Unity, estos líderes fascistas no tienen poder. No tenemos que convertirnos en víctimas de su tiranía, como está sucediendo en Alemania y como podría pasar en Gran Bretaña. Aunque eso es precisamente lo que mis hermanas desean, y la razón por la que no quieren que publique mi libro.

A veces no puedo comprender a mis hermanas, y eso no sólo se debe a que son fascistas.

Regreso al capítulo que está parcialmente escrito, reviso la relación entre mis personajes y cómo representan a Mosley, la BUF y Unity —el capitán Jack, los Camisas Tricolores y Eugenia Malmains—. Me pregunto si el nuevo capítulo va demasiado lejos en cuanto a la dedicación de Eugenia respecto al fascismo.

¿El discurso que inventé para ella parecía demasiado estridente, tanto que ya no es gracioso? Recurro a mis propias experiencias, como hacen todos los escritores, y leo la breve disertación en voz alta para compararla con una de las propias diatribas de Unity. La similitud en el tono y la intención es asombrosa y decido dejarlo intacto.

De pronto, la puerta de la entrada se abre de un azotón y doy un salto.

—¿Prod? —pregunto furiosa porque hubiera estado fuera hasta esta hora sin mí.

¿Qué pasó con las noches que volvíamos juntos a casa al alba, vestidos aún para un baile en Blenheim o para cocteles nocturnos con amigos, y nos topábamos con los trabajadores del primer turno que llegaban a trabajar a la lavandería Pier House, a unos metros de Rose Cottage? Pero tengo sentimientos encontrados porque prefiero que sea él a algún ladrón.

Mi esposo entra trastabillando; parece menos apuesto así despeinado, con los ojos distraídos y arrastrando los pies.

—¿Eres tú, Nancy? —pregunta entrecerrando los ojos como si me viera a través de la niebla.

—¿Y quién más podría ser? —respondo sin mirarlo.

No quiero hablar con él ni mantenerlo despierto más tiempo del necesario. Es mejor que se vaya a la cama y duerma la borrachera antes de que yo diga algo de lo que pueda arrepentirme.

Cuando busca a tientas en la cocina se escucha el golpe de frascos y el tintineo de vasos.

—¿Sigues incursionando en ese libro tonto? —pregunta.

—Así es —respondo, incapaz de evitar agregar—: tenemos que pagar las facturas.

La cocina se queda en silencio un minuto y luego se escucha cada vez más fuerte el sonido de hielo contra cristal.

—Buen intento, Nancy. Me alegra ver que no sacas toda tu ira contra mí en el personaje de Jasper Aspect. ¿Estás dejando un par de pestes para decírmelas directamente a mí?

En general sí reservo mi furia para las páginas de mis libros —por ejemplo, Jasper en *Trifulca a la vista*, es un personaje secundario que busca a una heredera rica y se parece a Peter, aunque no le fue muy bien con eso de la heredera—, pero me sorprende que siquiera entienda mis emociones. En particular, me asombra que pueda

articular esta afirmación confusa. Sé que no vale la pena discutir cuando está borracho, así que mantengo los ojos en la página esperando que se vaya y pierda el conocimiento en la cama, como es habitual.

Al final escucho sus pasos en las escaleras y suspiro de alivio. Antes de la boda, cerré los ojos frente a los indicios sobre la mala conducta de Peter porque estaba desesperada por casarme. Incluso ahora, cuando ya no puedo ignorar sus defectos, debo hacer todo lo posible para que nuestra unión tenga éxito. Quiero tener hijos y no deseo padecer el estigma del divorcio que Diana sufre todos los días.

Pero eso no significa que deba quedarme callada por completo. Tengo otras vías para compartir mi voz. Regreso a un capítulo donde aparece Jasper el irresponsable, mujeriego y borracho; todos los días cuento con material para describirlo. En su boca pongo los pensamientos que ahora cruzan mi mente, como que el matrimonio en una apuesta horrible y sería mucho mejor apostar por un caballo.

Capítulo 17

Diana

4 de octubre de 1934
Múnich, Alemania

Diana lamenta tener que marcharse hoy de este pequeño y encantador departamento en Ludwigstrasse, en el corazón de Múnich. Ha disfrutado las semanas que ha pasado aquí, rodeada de mobiliario Biedermeier, atendida por una excelente sirvienta y cocinera, inmersa en un ambiente nazi por completo. Unity ha sido una guía excelente. Ha aprovechado bien su «educación en buenos modales» en la escuela exclusiva fundada por la baronesa Laroche. Aunque, pensándolo bien, Diana cree que la información más útil que ha recopilado Unity no proviene de la escuela, sino de sus propias exploraciones. Su hermanita ha demostrado ser muy ingeniosa.

Pero los hijos maravillosos de Diana la esperan en Londres, así como su amado. «M. estará muy contento por mi progreso hacia nuestro objetivo», piensa. Los contactos que ha hecho aquí en Múnich y en Núremberg en la *parteitag* de este año, le servirán a él en los meses y años por venir, en su empeño por constituir a la BUF como el destacado cuerpo político gobernante de Gran Bretaña. Compartió su plan con M. y le habló del papel

que ella podía desempeñar para unir a Gran Bretaña y Alemania en esta causa política común, al poner en comunicación a los líderes nazis con el propio líder de Diana. Ahora está muy entusiasmada de regresar a casa con él, con las manos llenas, y ofrecerle la primera etapa de su plan. Nadie más en casa sabe que ésta es la razón por la que vino a Múnich. Su familia, e incluso Bryan suponen que vino a ver cómo estaba su hermanita mientras los niños estaban con su padre. Sólo Unity conoce parte de la verdad.

Diana piensa en lo lejos que ha llegado en estas semanas, desde la *parteitag*. Cuando ella y Unity llegaron a Núremberg provenientes de Múnich, el 5 de septiembre, lo hicieron sin tener ni una sola entrada a ninguno de los tantos eventos de celebración y sin lugar donde hospedarse. Recurrieron a Hanfstaengl, quien se había portado tan entusiasta por su visita el año anterior. Sin embargo, la vehemencia con la que las rechazó —la reacción por haber decidido llevar a esas dos mujeres británicas tan maquilladas el año anterior fue muy violenta— ofendió a Diana y ambas se alejaron.

Diana no tenía la intención de pasar la noche en la estación de tren si sus esfuerzos en Núremberg resultaban infructuosos, y se hubiera dado por vencida en ese momento, de no haber sido por Unity. Su hermana estaba decidida a asistir a la *parteitag*, sin importar que tuvieran o no las entradas y la reservación de hotel, y no permitiría que las reprimendas de Hanfstaengl la disuadieran. La persistencia de Unity era asombrosa, cuando no se obsesionaba, por supuesto.

Su tren a Núremberg partió antes de despuntar el alba en Múnich, pero cuando bajaron al andén de su ciudad de destino, las calles ya estaban abarrotadas de gente, y cada café estaba lleno por encima de su capacidad. Al ver la situación, Diana sacó los horarios de tren de su bolso y empezó a buscar uno de regreso. No

obstante, Unity estaba resuelta.

Volteó a ver a Diana con una enorme sonrisa, tan contenta que olvidó esconder sus dientes grises como acostumbraba.

—¡Es maravilloso, Bodley! ¿No estás emocionada de que hayamos venido?

Antes de que Diana pudiera responder, Unity la tomó de la mano, la condujo a un *biergarten* que estaba a pocos pasos de la estación. Diana se preguntó por qué tendría tanta prisa, al tiempo que Unity la jalaba entre la multitud, sin dejar de parlotear durante todo el camino. La premura no es la manera en la que los Mitford hacen las cosas, ninguno de ellos.

—Sólo piensa que si aseguramos una posición en las calles hoy y ahí acampamos toda la noche, tendremos la mejor vista del Führer para el desfile de la mañana. ¡No necesitamos un hotel!

Sin duda, Diana no pensaba lo mismo y estaba a punto de decirlo cuando vio que dos hombres mayores se levantaban de una mesa compartida y entendió la prisa de Unity: sillas vacías.

Cuando se sentaron y le pidieron cervezas a la mesera que pasaba por ahí, sin considerar la hora, Unity empezó a conversar con entusiasmo en alemán con las personas con quienes compartían la mesa. Aunque Unity le enseñó a Diana un poco de alemán desde que llegó y ella misma había planeado inscribirse en la escuela Berlitz cuando volvieran a Múnich, ese intercambio animado no tenía para ella ni pies ni cabeza.

Al final, después de la charla larga con los nuevos conocidos, Unity volteó a verla y exclamó:

—¡Bien! ¿No es simplemente maravilloso, Nard?

—¿Qué es tan maravilloso, Bobo?

Diana no tenía ningún problema en usar sus apodos íntimos en público, porque suponía que ninguna de estas personas comunes hablaba inglés.

Unity señaló a un hombre mayor de cabello cano y barba hirsuta que hacía juego.

—Él es uno de los primeros cien mil miembros del partido —exclama casi en un grito y batiendo las palmas, encantada.

«¿En qué demonios está pensando mi hermanita?», pensó Diana. Pero no se lo preguntó porque, por su expresión excesivamente entusiasta, sabía que, si esperaba, ella misma se lo diría.

—¿Ves la insignia de oro que tiene en el pecho? —preguntó Unity.

Diana asintió.

—Sólo los miembros que se unieron al Partido Nazi en sus primeras etapas, los primeros cien mil, pueden portar esa insignia.

—En realidad, yo fui el número cien, el centésimo en ingresar al partido —interrumpió el hombre en inglés; luego miró a las otras personas que estaban ahí sentadas y, para ellas, añadió—: *Parteigenosse nummer hundert*.

Unity abrió los ojos como platos, ya fuera por la información que les acababa de dar o por el hecho de que hablara inglés, Diana no estaba segura.

—¡El número cien! —gritó Unity en inglés—. Entonces debió conocer al Führer en sus inicios.

El hombre esbozó una gran sonrisa.

—En efecto, aunque nuestro líder ha llegado muy lejos desde entonces. Es maravilloso ver a dos hermosas mujeres inglesas aquí, celebrando al Führer. ¡Ojalá lleven a su casa su mensaje!

Levantó su vaso hacia ellas y ellas bebieron cerveza con él y con el grupo variopinto de exsoldados y *hausfrau* bávaras que había en la mesa.

—¿En dónde se alojan? —preguntó el hombre.

Cuando Unity explicó el apuro en el que se encontraban, todos en la mesa expresaron su horror de

que dos jóvenes inglesas se quedaran en la calle durante toda la *parteitag*. El hombre sacó una libretita y un lápiz del bolsillo interior de su saco, garabateó unas cuantas palabras indiscernibles y arrancó el papel.

—Si van a la oficina nazi a cargo de los alojamientos con este papel —explicó, señalando un pequeño edificio con techo de teja roja—, ellos se asegurarán de que las atiendan bien.

Unity se lanzó en un torrente de palabras en alemán que Diana supuso que eran de agradecimiento, porque un momento después, todos en la mesa tomaron su turno para abrazarla.

«Qué afortunado resultó ese encuentro inesperado», piensa Diana mientras acaba de empacar para volver a casa. No sólo pudo vivir de primera mano los estimulantes discursos sobre todo lo que los nazis habían logrado en el año: creación de empleos, logros en agricultura, industria e infraestructura que la prensa británica ignoraba para darle importancia al antisemitismo y la violencia nazi; Unity le tradujo todo. Además, también conoció a varios miembros influyentes del partido. Cuando ambas regresaron a Múnich, Diana comenzó a fomentar esas relaciones organizando cenas en su departamento de la Ludwigstrasse y en visitas a la ópera; todo por M. y el futuro de la BUF. ¡Cuánto podría lograr su amante con el poderío y el apoyo del Tercer Reich!

Mientras empaca los últimos vestidos en su maleta de piel color rojo oscuro, Diana piensa en su éxito. No debería sorprenderse de que sus planes hayan dado frutos, después de todo, cuando se propone llevar a cabo una tarea, siempre lo logra. No hay nada en el mundo que Diana desee tanto que garantizar su lugar al lado de M.. Hará lo que sea necesario para tenerlo todo para él, al darle algo que nadie más le puede ofrecer, en particular esa miserable Baba: le brindará el apoyo del

partido nazi.

Capítulo 18

Unity

4 de octubre de 1934
Múnich, Alemania

La clase de alemán de hoy ha terminado y Unity salta de su asiento. Adelantándose a las chicas del internado de la baronesa Laroche y a las inglesas que no están internadas, pero aprovechan las clases de la baronesa, baja las escaleras de dos en dos y llega a la puerta principal. No puede arriesgarse a llegar tarde.

—¡*Fräulein* Mitford! —la llama una voz familiar.

En la privacidad de sus pensamientos, Unity considera a la dueña de esa voz como su carcelera.

Voltea hacia la hermosa casa familiar de la baronesa que se encuentra en una zona de Múnich que antes había sido exclusiva y aristócrata, donde ahora la baronesa ofrece educación y alojamiento a chicas acaudaladas, porque los estragos financieros de la Gran Guerra la obligaron a buscar algún tipo de ingreso. Unity vive y estudia aquí, como parte de la experiencia *para señoritas* que sus padres le permitieron. Desde que ella y Diana asistieron a la *parteitag* el otoño pasado, supo que su futuro estaba en Alemania. Pero fue hasta que Decca defendió con éxito su propuesta de ir a una escuela para señoritas en París, que Unity pudo convencer a Muv y a Farve que ella también quería

hacerlo. Sin embargo, no fue fácil debido al odio que Farve sentía por los hunos. Unity agradeció su buena suerte ya que su hermana menor no iba a contarles a Muv y a Farve que lo hacía por sus creencias fascistas. A diferencia de Decca, Unity mintió y pidió ir a Alemania donde pasaría tiempo estudiante alemán y su cultura, también asistiría a eventos sociales con chaperón. Muv se sintió aliviada de poder contar con lugar apropiado dónde dejar a Unity.

—*Ja, frau Baum*? —responde Unity, inclinando la cabeza en señal de respeto, como se espera de ella.

En la sociedad alemana, las muestras apropiadas de respeto son cruciales. Al menos, esta es una lección cultural que ha aprendido.

—Ha salido sin pedir permiso. —La expresión de *frau* Baum es adusta, como debe ser cuando pone en orden a las chicas exaltadas que están a su cuidado—. Tampoco nos informó dónde estaría.

—*Bitte verzeih mir, frau*. No volverá a suceder.

Unity mantiene la mirada en el piso y la cabeza inclinada.

—Está bien, *fräulein* Mitford, pero ¿adónde cree que va ahora? —insiste *frau* Baum. No es tan fácil engañarla como a Muv y a Farve, pero Unity ha encontrado maneras de hacerlo.

Se da una palmada en la frente como si no pudiera creer que olvidó responder. En realidad, sabe muy bien adónde va, puesto que es el mismo lugar al que va casi todos los días, aunque espera tener la oportunidad de no responder. Como ya se ha visto enredada en una pegajosa red de mentiras muchas veces, siempre que es posible prefiere decir la verdad, por lo que trata de que su respuesta tenga algo de verdad.

—Había pensado dar un paseo en el jardín Inglés con mi amiga Ariel Tennant y su primo, Derek Hill.

Es cierto, Unity tiene ese plan, pero para el fin de

semana, no para hoy.

Frau Baum la mira de arriba abajo con un escepticismo inconfundible. Abre la boca y Unity sospecha que le ordenará que se quede en la casa hoy. Sin embargo, en ese momento, desde el interior de los muros elegantemente tapizados del colegio de la baronesa Laroche, una voz aguda la llama y Unity queda en libertad.

Se echa a correr por la calle empedrada, disminuye el paso conforme se acerca a su destino y se limpia el lápiz labial. No estaría bien llegar al restaurante Osteria Bavaria desaliñada, jadeando y con la boca pintada. Mostrarse exhausta o con mal aspecto iría en contra de la mujer aria perfecta: escultural, rubia, con las mejillas coloradas por el sol o el deporte, de ojos azules, correcta y de buenos modales. Los alemanes describen este tipo de belleza como *auffallend*, y ella imagina que es la encarnación de esas cualidades; cree, incluso, que consideran atractiva su estatura.

Cuando Unity llega a la esquina del pequeño edificio de piedra de cinco pisos que alberga el restaurante y abre la puerta, el reloj de la entrada marca las dos en punto. Aunque *frau* Baum la retrasó, su hora de llegada es perfecta. Echa una mirada al acogedor establecimiento forrado de paneles de madera, decorado con acuarelas y grabados enmarcados; como ya pasó la hora del almuerzo está casi vacío, como siempre, salvo por unas pocas mesas con algunos clientes que saborean un café. Al fondo, detrás de un entramado de madera de media altura, el personal prepara una mesa para ocho personas, con la vajilla y la cubertería de plata más fina del lugar.

«Va a venir», piensa Unity estremecida. Quizá hoy sea el día.

Con un movimiento de cabeza saluda al dueño del restaurante, *herr* Deutelmoser, quien la esperaba a esta

hora. Unity se sienta en una mesa para dos personas que está cerca de la puerta de entrada; de su bolso saca la novela de Rudolf G. Binding, *Der Opfergang*, y le pide un café a una de las meseras. Lee distintas novelas que celebran las diferentes regiones germanas, libros que apoyan los ideales nazis como *Volk ohne raum*, de Hans Grimm, que también lleva en el bolso, y una obra clásica de William Blake, que tiene varias hojas dobladas por la esquina. Acomoda su libro, la taza y el platito de manera que pueda tener una vista excelente hacia la puerta, y empieza a leer, tratando de concentrarse en las palabras.

El silencio en el restaurante se rompe con el timbrazo del teléfono. *Herr* Deutelmoser responde la llamada y hace una seña a su personal que pone a todo el establecimiento en un movimiento frenético. Se sirven bebidas en la mesa para ocho, se encienden las velas, se colocan canastitas de pan en el centro y se acomodan los menús en el lugar de cada comensal. Después, los meseros se paran detrás de las sillas, preparados para servir. Unity también se prepara.

«Qué fácil fue determinar el programa diario del Führer», piensa conforme el segundero del reloj avanza. Cuando Hitler estaba en Múnich, vivía en el número 16 de Prinzregentenplatz, una plaza en un vecindario rico. A menudo almorzaba más tarde que la mayoría de los ciudadanos, y casi siempre en la Osteria Bavaria. Una procesión de Mercedes negros lo dejaban a él, a sus guardias y, en general, a sus mismos acompañantes todos los días: su fotógrafo oficial, Heinrich Hoffmann; su jefe de prensa, Otto Dietrich; el jefe de la cancillería nazi, Martin Bormann y algunos ayudantes. Algunas buenas propinas para las personas correctas y una amable insistencia de su parte le habían brindado esta información y la posibilidad de estar a menudo cerca de su amado Hitler.

Afuera, se escucha el rugido de los Mercedes. Una

puerta se azota y el restaurante queda abierto de par en par. Un guante negro indica que uno de los guardias está a un lado de la puerta. Dos oficiales armados entran primero para despejar el camino. Por último, Hitler entra con la correa de su pastor alemán en una mano y un látigo en la otra.

Unity apenas puede respirar. Aunque ha visto al Führer muchas veces antes, el efecto que tiene sobre ella siempre es el mismo. Su uniforme impecable, su cabello negro y bien peinado, y sus poderosos ojos azul grisáceo la hacen sentirse al borde del desmayo. A pesar de que esa sensación la abruma, mantiene los ojos fijos en él cuando pasa frente a ella, con la remota esperanza de que algún día encuentre su mirada.

Una vez que Hitler y sus hombres se sientan a la mesa, ella cambia su atención hacia el libro y el café, en apariencia. Durante el curso de su almuerzo de dos horas, lo observa por el rabillo para evitar alarmarlo a él o a sus guardias, sin dejar de pasar las páginas de su libro. Muchas mujeres acosan y buscan al Führer de manera habitual; incluso se le ofrecen desnudas debajo del abrigo, y Unity no quiere que la relacionen con ese tipo de conducta indecorosa. Hanfstaengl le dijo a ella y a Diana cuánto odiaba el Führer este tipo de comportamiento. Así que espera en silencio, cortés, paciente, hasta que él esté listo para ella.

Entonces Ella aparece a su lado; es la mesera amable de cabello cano, vestida con un atuendo tradicional de Bavaria, que siempre ha estado presente cuando Unity vigila. En lugar de rellenar su taza de café y preguntarle si desea algún pastel, que a menudo Unity acepta, se inclina y le murmura al oído.

—Pensé que le gustaría saber, *fräulein*.

—¿Saber qué, *frau*? —pregunta Unity entre dientes, temerosa de hacerlo.

¿Será posible que esta mujer le traiga un mensaje

de Hitler? Después de todo, acaba de servir las bebidas en esa mesa. Pero Unity no se atreve a tener esperanzas.

—Hoy, el Führer me preguntó quién era usted.

—¿En verdad?

El corazón de Unity late con fuerza y su voz tiembla. ¿Está sucediendo en realidad? ¿Podría ser el momento que tanto ha esperado?

—En verdad —afirma Ella con una gran sonrisa—. Primero mencionó que la había visto aquí varias veces, y cuando le dije que sólo sabía su nombre, uno de los ayudantes del Führer dijo que creía que usted era una chica inglesa que había venido a Múnich a estudiar.

—¿Dijo algo más? ¿Pidió conocerme?

—No, pero sus ojos se iluminaron cuando el otro caballero mencionó que usted es inglesa.

Unity toca la mano de Ella y le da un pequeño apretón.

—Gracias. Significa mucho para mí.

Cuánto hubiera deseado Unity que Diana lo presenciara. No le parece muy justo que, el mismo día que su hermana se regresa a Londres, Hitler por fin la haya advertido. Diana rentó un departamento en Múnich durante semanas; había esperado con ella, en esta misma mesa. Ahora, Unity está un paso más cerca de su objetivo, una proeza fascinante que logró a través de sus propios medios.

Capítulo 19

Nancy

14 de noviembre de 1934
Londres, Inglaterra

El techo alto y abovedado de cristal dispersa la luz, lanzando un brillo suave y cálido sobre el patio de palmeras del Ritz. «No me sorprende que a todas las damas les guste reunirse aquí a la hora del té, en lugar de en sus clubes», pienso. La luz cálida es muy favorecedora y hace que hasta la mujer más decrépita parezca más joven y considerablemente más amable de lo que revelarían su edad o reputación. «Las apariencias pueden ser engañosas», pienso al tiempo que echo un vistazo alrededor del lugar abarrotado, entre las columnas de mármol de remates dorados, las elegantes siluetas de varias palmeras y el barullo de las mujeres acicaladas que sé, por experiencia, que son espantosas tras bambalinas.

Me pregunto si la luz disimula las finas líneas alrededor de mis ojos y los pliegues en las comisuras de la boca que empiezo a advertir frente al espejo. Cuando ha bebido mucho, a Peter le gusta comentar sobre estos síntomas de la edad. Sin pensarlo, paso una uña rojo sangre sobre las arrugas que enmarcan mis labios.

«Basta», digo para mis adentros. «No puedes obsesionarte con las peleas y los malos momentos con

Peter. Sobre todo, no hoy». Hoy es un día de ligereza y humor, al menos hacia el exterior, de lo contrario nunca convenceré a Diana.

Justo en el momento en el que pienso en mi adorable hermana, ella entra al salón. Aunque las mujeres que están en el patio de palmeras fingen no advertirla, todo el ambiente en el lugar cambia cuando entra; es tristemente célebre por haber abandonado al apuesto heredero de Guinness y su vida perfecta por el *enfant terrible* del fascismo británico. Es como si a cada paso, sobre el piso de mármol, una diosa hubiera descendido hasta el ámbito de los mortales. Todas palidecemos frente a su brillo plateado y eterno; por eso, su presencia provoca que las mujeres se acicalen cuando ella pasa. ¿Me acostumbraré algún día al efecto que tiene Diana en las personas, o en mí?

Me levanto y nos besamos en ambas mejillas. Me pregunto cómo nos ven los comensales del patio de palmeras, el contraste entre nosotras.

—¿Cómo van las cosas con Prod? —pregunta mientras la mesera le sirve té, al que ella agrega un poco de limón.

Seleccionó con cuidado el momento para no hacer contacto visual. ¿Espera que, al apartar la vista, me motivará a hablar de mis confidencias? Presiento que Diana no quiere saber toda la verdad, que sin duda sospecha, pero que quizá no le provoca demasiada curiosidad.

—Si no se puede ser feliz, al menos hay que divertirse, ¿no crees? —respondo de la mejor manera sin recurrir a confesiones tristes, algo que no tengo la intención de hacer—. Y tengo muchas cosas que me divierten.

—¿Los chicos siguen armando escándalos?

No tiene que mencionar sus nombres para que yo entienda que se refiere a Harold, John y Evelyn, y a

quienes eran conocidos como la aristocracia escandalosa, aunque me pregunto si nuestra fama ha mermado en estos últimos ocho y pico años desde que nos pusieron ese apodo. Acostumbraban pasar su tiempo en casa de Diana, hasta que Mosley se convirtió en un elemento fijo en la escena. Los *Bright Young Things* y Mosley son como el agua y el aceite.

—¿A pesar de los mejores esfuerzos de Prod? Sí, lo hacen. Rose Cottage se ha convertido en su segundo hogar. —Bebo un poco de té, esperando ocultar mi incomodidad por esta exageración, pero no puedo evitar decirle—: Quizá por esa razón Prod casi nunca está en casa.

Dejo escapar una risita triste y Diana me lanza una mirada de preocupación.

—¿Estás bien, Naunce?

Me enderezo y sonrío.

—Bastante bien —respondo.

No voy a ser objeto de lástima de una mujer a la que todos tienen lástima. Las excentricidades de Mosley con su cuñada son bien conocidas y ampliamente vilipendiadas —los coqueteos con la hermana de su recién fallecida esposa son objeto de una aversión generalizada, incluso si sólo son rumores— y la indignación por la situación de Diana ha cambiado recientemente por simpatía.

Diana asiente. No cree que estoy bien y, a decir verdad, yo misma me lo pregunto. Pero si le permito entrar, si dejo que vea lo preocupada que estoy y lo sola que me siento, nunca podré lograr lo que tengo entre manos. Decido cambiar el tema a su propia vida.

—¿Cómo está Mosley?

—Muy bien —contesta con la mirada baja.

Sus mejillas se sonrojan y me maravilla el hecho de que, después de dos años y de los rumores constantes de los amoríos de Mosley, siga teniendo tanta influencia en

ella. Yo no puedo perdonar a Peter cuando sus ojos pícaros se desvían, sobre todo porque sospecho que sus manos, y quizá otras partes de su cuerpo, siguen el mismo camino.

—¿No le importan tus viajes a Alemania?

Ya he perdido la cuenta de la cantidad de veces que Diana ha viajado a Múnich tan sólo este año. ¿Qué demonios es lo que requiere su presencia con tanta asiduidad? «Sin duda tiene suficiente fascismo en casa como para tener que ir al extranjero por más», pienso. Este es un tema que nosotras, las hermanas Mitford hablamos cuando Diana y Unity no están presentes; incluso Tom en ocasiones actúa en contra de la lealtad desenfrenada que alguna vez sintió por Diana. ¿En verdad deberíamos preocuparnos por Unity? Si bien la manera en la que Muv nos crio fue improvisada, en el mejor de los casos, Diana actúa como si fuera la madre de Unity, no su hermana, lo que nos parece peculiar porque a ella nunca le interesó jugar ese papel hasta hace poco.

—Al contrario —responde sin dar más detalles.

Pamela y yo apostamos media libra a que Diana no daría ninguna razón de sus excursiones alemanas y, a decir verdad, me duele un poco que a mí no me lo haya dicho. Sin importar nuestros celos insignificantes y rivalidades entre hermanas, me siento más cercana a Diana que a mis otros hermanos, a pesar de la relación que tuvo con Tom en la infancia.

—¿Es porque aprueba el propósito?

Un poco de provocación. Si me esfuerzo demasiado para sacarle información, ella nunca me la dará. «Aunque podría ser útil tratar de entrometerme sin presionarla», pienso.

Diana no responde, sólo bebe su té y me ofrece una sonrisa serena. Cuando se convierte en una esfinge inescrutable, sé que su razón está bien enterrada, como

una momia, y que cualquier esfuerzo que haga sólo servirá para echarle más arena encima.

Continúo, como si me hubiera dado una respuesta.

—Ha sido muy bueno de tu parte ir a ver a Bobo de vez en cuando. Quién sabe qué podría hacer si permaneciera sola mucho tiempo.

Reímos y recordamos todas sus excentricidades como debutante en su presentación en sociedad, incluida aquella cuando planeó que Ratular apareciera en su baile final. Muv debió sentir un enorme alivio cuando enviaron a Unity con la baronesa Laroche.

Hacemos una pausa mientras rellenan nuestras tazas y, cuando la mesera se marcha, Diana vuelve a ponerse seria.

—Eres un poco dura con Bobo en *Trifulca a la vista*.

«Allá vamos», pienso. La razón por la que Diana organizó esta reunión: mi última novela. Dejé que Diana y Unity la leyeran antes de enviarla a mi editor.

—¿A qué te refieres? —pregunto con inocencia.

Sin embargo, sé exactamente a qué se refiere. Me he estado preparando para sus reacciones porque no podía publicar el libro sin el visto bueno de mis hermanas, ¿o sí?

—Oh, por favor, Naunce, el personaje tan poco halagador de Eugenia Malmains es una parodia clara de Unity —dice Diana.

—Admito que hay cierta similitud, pero Bobo dice que le agrada la descripción de Eugenia Malmains, con todo y los paralelismos —explico con cautela, sin mencionar el veneno hacia la representación del fascismo en general.

—Lo dice sólo porque Eugenia es atractiva, y todos sabemos lo ávida que está Unity por recibir halagos. Esos cumplidos nublaron su juicio sobre la manera en la que retratas su lealtad al fascismo.

—Apenas la describo como poco más que

totalmente desquiciada por el fascismo de lo que en verdad es. Unity acosa a Adolf Hitler, ¡qué puede ser más desquiciado que eso! —exclamo, llamando la atención de las matronas a mi alrededor. Bajando la voz, añado—: Eugenia es extremadamente más moderada comparada con Unity.

Diana se pone seria y arquea las cejas. Me doy cuenta de que está a punto de lanzarme un pequeño discurso sobre Mosley, que es la verdadera razón de sus objeciones a *Trifulca a la vista*.

Dudo que le importe cómo describo al personaje de Unity, pero sí le interesa mucho que pueda llamar la atención hacia Mosley y su movimiento, sin importar el cuidado con el que lo abordo.

—Tampoco estoy de acuerdo con la manera en la que tratas al pobre M. —agrega.

—Mosley no aparece en *Trifulca a la vista* —explico —. No uso la palabra fascismo, ni otro término que sugiera a Mosley o a la BUF.

Diana lanza una risita.

—No me tomes por tonta, Naunce. Ni siquiera te molestas en ocultar que Mosley es el capitán Jack. ¿Siquiera trataste de ser sutil cuando te refieres a la BUF? Digo, ¿no llamas Camisas Tricolores a los Camisas Negras? ¡Hasta riman, por Dios santo!

—*Trifulca a la vista* no es un libro sobre Mosley o el fascismo, Bodley; es una tontería sobre el amor, el matrimonio y el dinero que, por casualidad, sucede en una época en la que el fascismo está en auge. Sólo es el telón de fondo.

—No necesitas decirlo con todas sus letras; logras tu objetivo de burlarte de Mosley sin mencionar su nombre. —Su tono raya en la furia, pero se las arregla para dominarse. Por ahora. Con una voz controlada y fría, agrega—: Debo insistir, no publiques *Trifulca a la vista*.

¿Cómo puede pedirme eso? ¿No entiende que Peter y yo caminamos en la cuerda floja de la supervivencia socialmente aceptada y la penuria, y que el menor paso en falso nos llevaría directo a la indigencia? Sin hablar de que su solicitud es una absoluta hipocresía. ¿Por qué no es igual de importante para mí compartir mis puntos de vista como es para ellos divulgar sus creencias fascistas? ¿Por qué es aceptable que Decca quiera propagar sus enseñanzas comunistas, en oposición al fascismo, pero es atroz que yo hable de mi propia verdad? ¿Y por qué es de alguna manera reprobable que yo trate de convencer a las personas con el único medio a mi disposición, con la única arma con la que cuento, mi escritura?

Pero no menciono nada porque sé cómo tomará mis argumentos.

—Tengo que publicar el libro —digo en su lugar—. Peter y yo necesitamos el dinero para vivir. Yo no cuento con un exmarido que me dé dos mil quinientas libras al año.

Diana se estremece al escuchar la referencia a la generosa cantidad que Bryan le da para ayudarla a ella y a los niños. Me siento cruel al mencionarlo y me abstengo de señalar el apoyo financiero adicional que también le brinda Mosley. No me sirve de nada enemistarme por completo con ella y hago un esfuerzo por suavizar mis palabras.

—De cualquier modo, todas las referencias a los Camisas Tricolores y al capitán Jack son en broma, eso les quedará claro a todos los lectores, aunque los relacionaran. Más que alejar a la gente del fascismo, el libro los atraerá hacia él. Si hay algunas secciones que te parezcan particularmente inaceptables, podrías marcarlas y yo consideraría quitarlas —agrego con una pequeña sonrisa conciliatoria.

Diana no me devuelve la sonrisa. Se levanta y se

pone los guantes de piel suave, dedo por dedo.

—Voy a aceptar tu oferta, Nancy, revisaré el libro otra vez. Pero si encuentro algo, mi solicitud sigue vigente.

Capítulo 20

Diana

14 de noviembre de 1934
Londres, Inglaterra

Las sábanas se enredan en sus extremidades al grado de que Diana no sabe dónde empieza su brazo y dónde termina el de M. Cuando sus cuerpos están así de cerca, empapados de sudor y saciados, ella desea prolongar cada segundo. «Qué fugaces son estos momentos de éxtasis y unión», piensa, «sin embargo, es lo que me vincula a él». Desea paralizar este momento, como si fueran mariposas en una vitrina, pero M. no se deja capturar.

—¿Qué dijo Nancy? —pregunta M. con la voz ronca y la respiración entrecortada.

—Que, en realidad, la novela no trata de fascismo, que no tenemos de qué preocuparnos. Que los lectores considerarán el libro como la banalidad que ella pretende que sea.

Diana no sabe por qué de inmediato sus instintos protectores se alertan cuando se trata de Nancy, incluso con su amante. Sabe que las garantías que ella le dio son vanas, que sí deberían preocuparse por el retrato que su hermana hace de la BUF y de Mosley. Después de todo, la mayoría de los lectores sabrán cuál es la relación entre ellas dos, y la relación de Diana con Mosley: darán por

sentado que sus palabras se basan en la verdad. Sin embargo, no deja de ser leal a sus hermanas.

—¿Tú lo crees? —pregunta Mosley.

—Me gustaría creerlo.

Ella permanece recostada sobre su pecho.

—Entonces, debemos actuar. Presentemos una demanda por difamación, como la que presenté contra el *Daily News* por ese maldito artículo que publicaron en el *Star*, donde declaraban que yo tenía armamento listo para derrocar al gobierno.

Diana no dice nada al principio. Ha aprendido a callar, hacerlo esperar sus respuestas, su presencia, incluso su cuerpo. Sólo cuando se retiene, M. aprecia lo que le ofrecen.

—Mmm… —dice, trazando círculos suaves con un dedo sobre el pecho de Mosley—. Me pregunto si presentar una demanda por difamación contra un trabajo de ficción enviará el mensaje incorrecto a tus seguidores, sobre todo porque no creo que la ganemos.

Pudo sólo decir que Nancy es su hermana, pero sabe que esta táctica será más efectiva.

Conforme sus dedos bajan por el pecho, él cierra los ojos y suspira ante el placer que ella le brinda.

—Tienes razón, como siempre, mi exquisita diosa. —Abre los ojos y la mira—. Pero debemos hacer algo para detener a Nancy.

—Me ofreció editar las partes del libro que nos parezcan ofensivas antes de entregárselo a su editor.

—¿Lo hizo? ¿Cómo lo lograste? —pregunta, impresionado.

—Le expliqué que, de lo contrario, nunca más volvería a verla.

Diana sigue sin creer el ultimátum que le dio a Nancy, la hermana con quien se siente más cercana, aparte de Tom. No puede imaginar una vida sin la lengua afilada de Nancy, su brillante ingenio y compañía

animada, y espera que no tener que vivirlo; pero es un sacrificio que está dispuesta a hacer por M., sólo desearía que él hiciera algo similar por ella. Uno en particular: Baba.

Abrazándola con más fuerza, M. murmura en su cabello:

—Eres una maravilla.

—Eso dicen —susurra a su vez.

Se sienta a horcajas sobre él. Se besan y en cuando ella se deja llevar por la sensación de su lengua y el tacto de sus manos sobre sus pechos, él se aleja.

—No puedo —se queja, se incorpora y acaricia la piel de Diana con los nudillos—. No es que no quiera, pero no puedo.

Diana no puede creer que la rechace. Entiende que tenga reparos antes de que empiece el encuentro amoroso, pero no que la aparte en medio de la intimidad, cuando le ofrece su cuerpo. Se envuelve con una cobija, como si la tela de seda color durazno pudiera protegerla de su rechazo y se aleja de él sobre la cama.

Mosley se estira para tocarla, pero ella no se lo permite. Forcejean hasta que ella cae de nuevo en sus brazos. Está a punto de rendirse cuando él habla.

—Sabes que tengo que ver a Baba esta tarde. En menos de una hora.

Diana se paraliza. ¿En serio va a dejar esta cama para reunirse con Baba? Hace meses se enteró de que M. había permitido que su relación pasara a lo sexual; algo necesario, en sus palabras, para que Baba siguiera brindándole apoyo financiero y emocional para sus hijos. Él insistió en que eso no cambiaba sus sentimientos hacia Diana. Ella podía reprimir sus emociones sobre esta pequeña traición porque creía que M. había compartimentado su relación con Baba. Pero, ¿esto? ¿Dejar la intimidad con Diana para tener una cita

secreta con Baba? ¿Está conservando su energía sexual para ella? La rabia que Diana había podido contener contra Baba —una furia que sólo se había permitido dirigir contra ella, nunca contra él— remonta y amenaza con destruir la compostura que tanto le ha costado construir y cultivar.

—Por favor, Diana, está será la última vez. Lo prometo. —Respira profundo y luego espeta—: Y no quería decírtelo, pero ella me está ayudando con la BUF.

—¿Qué quieres decir?

Tanto el tono como el cuerpo de Diana permanecen rígidos.

—Está teniendo un amorío con el conde Dino Grandi, el embajador de Mussolini en Londres y, a su manera, se ha asegurado de que la BUF cuente con el favor del Duce.

«Confesarme esto debe provocarle más dolor que reconocer que depende del apoyo financiero de Baba para sus hijos», piensa Diana. Mosley también quiere mostrarse fuerte y poderoso, no depender de nada ni nadie para lograr su éxito. El hecho de que Baba haya fomentado su relación con Mussolini, de quien la BUF recibe un financiamiento importante —algo que Diana supo hace poco— no sólo es sorprendente sino irónico y frustrante.

Diana no habla; necesita pensar y planear. Tras su silencio e inmovilidad, reúne su rabia y fuerza de voluntad hasta que con ellas forma el filo de una navaja. Con esta arma, hará que M. sea sólo suyo.

Capítulo 21

Unity

14 de noviembre de 1934
Múnich, Alemania

Su pie golpea el suelo al mismo tiempo que el segundero del reloj. Al principio, la sincronicidad era aleatoria, pero conforme pasan los minutos y luego de una hora, lo hace de manera intencional. Unity no quiere que nadie piense que está demasiado ansiosa por ver al Führer. Odia las sonrisas afectadas de los cientos de acólitos que lo siguen por todas partes; ella quiere mostrarse diferente, como se imagina que es Diana.

La verdad es que Unity está nerviosa. Siempre se siente así cuando espera en la Osteria Bavaria. Levanta la taza para beber otro trago de café, tratando de mantenerla firme mientras su pie sigue golpeando el suelo. Tiene miedo de que, si abandona el movimiento repetitivo, pueda empezar con otro tic más compulsivo y menos apropiado, como sucedió cuando Muv y Farve la visitaron el mes pasado.

Los había llevado a la Osteria Bavaria a la hora acostumbrada, esperando que pudieran vislumbrar a Hitler. Si bien ella y el Führer aún no habían hablado, él sabe quién es, y cuando pasaba frente a ella, asentía en su dirección. Unity había esperado que este comportamiento tan caballeroso ayudara a que sus

padres no fueran tan severos en sus puntos de vista sobre el nazismo. Muv no tenía objeciones por la situación política en Alemania ni por el Führer en particular. Para ella, cualquier cosa era mejor que el comunismo, y creía que el Tratado de Versalles había sido muy injusto con los alemanes. Por su parte, Farve era más desconfiado que de costumbre con los hunos, tras las acciones de Hitler al tomar el poder, después la Noche de los Cuchillos Largos en particular, y los rumores que había escuchado sobre la manera en la que Hitler trataba a los judíos.

Esa tarde, para deleite de Unity, Hitler hizo más que saludar con un movimiento de cabeza, se inclinó respetuosamente en su dirección. El gesto la conmovió tanto que se levantó de un salto, pero por fortuna, el Führer no advirtió esta reacción exagerada porque tanto él como su comitiva ya habían avanzado hacia la mesa.

Se ruboriza al recordar esta actitud impetuosa y piensa en lo afortunada que fue de que Hitler no se hubiera dado cuenta; Unity duda mucho que él se decidiera a invitarla a su mesa si la hubiera visto.

Vuelve a su café y a su lectura cuando Ella se acerca a su mesa, aunque acaba de volver a llenar su taza. Unity le sonríe amable a esta señora mayor y Ella finge servirle más café al tiempo que le murmura a su oído.

—Escuché que le pedía a uno de sus guardias que viniera para pedirle que se reuniera con él.

Aunque Unity ha soñado innumerables veces con este momento, no puede creer que esté sucediendo. Con discreción, se alisa el cabello y voltea la cara para limpiarse los dientes y asegurarse que no están manchados de lápiz labial. Con cuánto fervor desearía tener el aspecto con el que la describió Nancy en *Trifulca a la vista,* en el personaje de Eugenia Malmains.

Un minuto más tarde, uno de los guardias

especiales de Hitler, un *Schutzstaffel* de uniforme negro y camisa parda, llega a su mesa.

—*Guten nachmittag, fräulein* Mitford. El Führer quisiera saber si le gustaría acompañarlo a comer.

—*Ja, ich würde so mögen. Danke* —responde con voz temblorosa.

Recoge su libro y su bolso y sigue al guardia hasta la mesa de Hitler. Había imaginado tantas veces este trayecto que sintió que no era la primera vez. Paso a paso, una duela tras otra, se acerca a los hombres que acompañan al Führer en la mayoría de las comidas: el fotógrafo y político Heinrich Hoffmann; el jefe de cancillería del Partido Nazi, Martin Bormann; el jefe de prensa, oficial Otto Dietrich; el jefe adjunto y asistente, Julius Schaub; los médicos de Hitler, Theodor Morell y Karl Brandt y el guardaespaldas personal, Wilhelm Brückner. Cuando se acerca lo suficiente como para tocar la mesa, Hitler se levanta de su silla para saludarla. Le sonríe y se inclina antes de jalar la silla que está a su lado para que ella se siente.

Una vez que se acomoda, Unity hace un esfuerzo por no mirar fijamente sus profundos ojos azul grisáceo. A esta proximidad, le maravilla su tez clara, su cabello castaño fino tan cuidadosamente peinado y la forma elegante de sus manos blancas. Espera que le dirija la palabra antes de hablar.

—Hablábamos de ópera, *fräulein* Mitford. ¿Tiene alguna que sea su favorita? —pregunta Hitler.

Unity sospecha que no hablaban para nada de música y que esta pregunta es una prueba. ¿Su respuesta estaría dentro de los dogmas arios? No decepcionaría a Hitler, sin duda no sobre este tema.

—*Mein* Führer, hay tantos compositores alemanes talentosos cuyas óperas admiro, como Mozart y Beethoven. Pero debo confesar que el trabajo de Richard Wagner tiene un lugar especial en mi corazón, en

particular, *El anillo del Nibelungo*.

Hitler se endereza en su silla, es evidente que la respuesta le complace.

—¿Es adepta a Wagner? No es común para una chica de su edad.

Con estas palabras de ánimo, Unity continúa. Ha ensayado esta misma conversación tantas veces en su mente que ahora la recita de memoria.

—Oh, sí, *mein* Führer. Mi abuelo, Bertram Mitford, era un querido amigo de la familia de Richard Wagner, sobre todo de Siegfried, el hijo del compositor. Por eso crecí escuchando la música de este gran hombre, a menudo en compañía de su familia.

Es muy liberador compartir su verdadero entusiasmo y que sea recibido de manera tan favorable, a diferencia de todos esos chicos con quienes la obligaron a bailar durante su temporada de debutante, quienes la miraban con recelo si ella mencionaba la ópera en lugar del *jazz*.

Todos los comensales guardan silencio, como si no pudieran creer lo que está diciendo. Unity tenía razones para pensar que su respuesta sería del agrado del Führer, pero por la expresión alarmada de estos hombres, ya no está tan segura. ¿Dijo algo incorrecto? ¿Wagner ha caído en desgracia? No puede imaginar que Hitler, quien ha acogido desde hace mucho las virtudes de Wagner y considera las óperas del compositor como un reflejo de los ideales alemanes, haya cambiado de manera tan drástica su punto de vista.

—¿Su familia es cercana a los Wagner?

La mira fijamente y ella siente la intensidad de su mirada.

—*Ja*, *mein* Führer. —Hace una pausa, baja los párpados y lo mira a través de las pestañas. Es una expresión coqueta que en ocasiones utiliza Diana con excelentes resultados, y Unity lo ha practicado en la

privacidad de su habitación en casa de la baronesa Laroche—. De hecho, mis abuelos me pusieron mi segundo nombre en honor a *herr* Wagner.

Hitler se inclina un poco hacia ella, hasta que sus manos prácticamente se tocan. Unity advierte que los otros hombres hacen la mismo. Al parecer, mucho depende de su respuesta a la pregunta que Hitler le va a hacer. Un escalofrío la estremece.

—¿Cuál es su segundo nombre? —pregunta.

—Valkyrie. En honor a la segunda de las cuatro partes de *El anillo del Nibelungo* de Wagner. Era la favorita de mi abuelo —responde mirándolo a los ojos de nuevo.

En la profundidad de sus miradas, ella siente la exquisita sensación de ser uno mismo.

«Podría morir ahora y sería feliz», piensa.

—*Die walküre* —repite él—, las guerreras vírgenes que elegían a los guerreros más destacados y los guiaban al Valhalla. La valkiria infundía suerte a quienes escogía.

—Sí, *mein* Führer.

—Quizá usted me brinde suerte, *fräulein* Unity Valkyrie Mitford. —Sus ojos brillan y su mano roza la de ella—. El destino unió nuestros caminos.

Capítulo 22

Nancy

28 de junio de 1935
Londres, Inglaterra

¿Para qué me molesté en eliminar tres capítulos completos del libro si Diana va a seguir enojada? En nuestra tensa reunión en el Ritz, le ofrecí editar *Trifulca a la vista* y quitar las secciones que le parecía que denostaban a Mosley y su movimiento. Ella y su amante pasaron una exagerada cantidad de tiempo revisando el borrador, marcando cada hoja con pluma roja hasta que parecían restos de sangre, esperando que yo cediera a todas sus exigencias.

Ni hablar de que sus correcciones harían que el libro fuera impublicable; Peter y yo no recibiríamos una sola libra del adelanto que tanto necesitábamos. Diana tiene el descaro de quien siempre ha obtenido lo que desea y empuña sus deseos como si fueran la espada de la justicia.

—¿Nancy? —Una voz me devuelve al presente. Alzo la vista y ahí está John Betjeman, en la primera hilera de gente que me solicita autógrafos por el lanzamiento de mi libro. —¿Puedo pedirle a una vieja amiga que me firme su último libro? —agrega.

—Sólo si no la llamas vieja —respondo con una sonrisa irónica, antes de levantarme para abrazarlo—.

Ha pasado mucho tiempo, querido.

—Si tu espléndido marido y tú no vivieran en el verdadero desierto de la sociedad de Chiswick, ¡no estaríamos tan distanciados! —responde con una carcajada que me contagia.

¡Cuánto he extrañado a mis amigos, sobre todo a Evelyn! A pesar de lo que le dije a Diana, mis amigos no han hecho de Rose Cottage su segundo hogar; está muy lejos del centro de Londres y les parece que Peter es demasiado desagradable como para pasar mucho tiempo ahí conmigo. Nadie quiere escucharlo hablar sin cesar, cuando está borracho, sobre los méritos de las casetas de peaje. Me he alejado mucho de mi antiguo grupo de amigos, salvo por algunas copas ocasionales.

—¡Tú dices! —respondo su broma y agrego—: ¿dónde está Penélope?

Dos años antes, John se casó en una ceremonia secreta con Penélope Chetwode, la encantadora y enérgica hija de un mariscal de campo que estuvo estacionado mucho tiempo en la India, y vivían en la campiña de Berkshire o de Oxfordshire, nunca recordaba en cuál.

—Ah, ya conoces a Pen, siempre ha tenido sus propios intereses culturales. Algo sobre la India, creo, siempre es algo sobre la India. —John me presenta un ejemplar de *Trifulca a la vista*, voltea a ver a las personas que hacen fila detrás de él y exclama para toda la gente que está en la librería—: ¡Escuché que va a ser un éxito de ventas arrollador!

Lanzo una risita y veo cómo varios de los presentes que buscan libros se dirigen a las pilas donde está mi obra. Mis labios dibujan un «Gracias»; me siento de nuevo y tomo mi pluma.

Cuando empiezo a escribir una dedicatoria personal en la portadilla, John se inclina hacia adelante.

—También escuché que hubo una pelea familiar

por el libro —murmura.

—¿Sí? —respondo sin levantar la vista, aunque estoy desesperada por escuchar el chisme.

—Sí, supe que el último ejemplar es una verdadera parodia de los seguidores de Mosley y que la hermosa Diana está muy nerviosa.

Me ofrece una sonrisa cómplice, la que le conozco cuando está en posesión de un chisme particularmente exquisito. ¿Dónde habrá escuchado eso?

Con una mirada maliciosa, reitero la semilla que planto como distracción a este tipo de chisme anticipado.

—Rumores como ese son buenos para las ventas, ¿o no?

Escucho que John respira profundo.

—¡Es encantadoramente retorcido! Fuiste tú quien empezó todos estos rumores; es una treta taimada e inteligente.

—Tengo mis momentos.

Miro a John a los ojos y, por primera vez en meses, siento que me miran. Es extraño e irónico porque, por supuesto, le acabo de mentir a John. Él ha estado al tanto de la verdad sobre Diana.

Peter se acerca despacio a nosotros.

—¡John, viejo amigo, qué gusto! ¿Te puedo traer un coctel? Montamos un bar improvisado para los amigos y la familia —dice, señalando una variedad de licores y cocteles que puso en un estante vacío.

Es la contribución más útil que ha hecho desde que nos casamos, aunque es obvio que la llevó a cabo para que él pudiera seguir bebiendo durante esta firma de libros.

John me guiña un ojo y luego se dirige a Peter.

—¡Vaya, eres muy inteligente!

Durante un segundo, veo a mi marido platicar amigablemente con mi viejo amigo, y pienso en lo

apuesto que se ve, tan colmado de promesas. ¿Por qué permite que la bebida, las mujeres y la pereza obstaculicen su camino y su potencial? Durante el año pasado, hubo momentos en los que su comportamiento me enfurecía y avergonzaba tanto que yo canalizaba esas emociones en Jasper, uno de mis personajes. Cuando le dediqué la novela a Peter, ¿lo hice con ironía? Después de todo, gran parte de los repugnantes puntos de vista que Jasper expresa sobre las mujeres provienen directamente de su boca. Me siento en una encrucijada, pero ninguno de los caminos que tengo delante es muy atractivo.

Suspiro y desvio mi atención al final de la fila. No vino ni un solo miembro de la familia Mitford; no esperaba a Diana y a Unity, por supuesto. Tampoco me sorprende que Muv y Farve no hayan venido, ya que Muv se ha puesto del lado de Diana y comparte su furia contra *Trifulca a la vista*; y Debo, a sus quince años, debe seguir su ejemplo. Pero, ¿y Pamela? ¿Está tan ocupada y enamorada de Derek Jackson, el estrafalario físico y reconocido jinete de carreras de obstáculos con el que ha estado saliendo —cuya simpatía por el fascismo ha hecho que Pamela, quien antes era apolítica, de pronto se declare leal a él—, que no puede venir? Y es evidente que Decca funciona con sus propias reglas, a pesar de su juventud y de que, decididamente, está en contra del fascismo, pero ¿por qué no vino? Sin embargo, de todos ellos, ¿por qué la ausencia de Tom me molesta tanto? Mi apuesto, ingenioso y ecuánime hermano siempre ha sido una fuerza estabilizadora en los sempiternos líos que estallan entre sus hermanas. Al parecer, el único Mitford con el que pensé que podía contar me ha abandonado.

Lo más frustrante es el hecho de que el motivo detrás del libro —abrir los ojos de mis hermanas ante los horrores del fascismo que se desarrolla frente a ellas— tiene el efecto contrario: ha propiciado que se

involucren cada vez más en él y con los hombres que lo encarnan.

Vuelvo a la firma de libros y platico un poco con los clientes de Hatchards, la respetable y más antigua librería en Inglaterra, y una de mis favoritas. Tras escribir una dedicatoria en uno de los ejemplares, alzo la vista y me asombra ver dos rostros familiares en la fila: Muv y Farve.

Aunque muero de ganas de levantarme de un salto y preguntarles por qué cambiaron de parecer, permanezco en mi lugar. Algunas de estas personas han esperado hasta una hora, y después de regañarme por haber escrito el libro, mis padres no se merecen un tratamiento especial.

Observo cómo se acercan y, cuando finalmente llegan al frente, exclamo:

—Qué gusto verlos aquí.

Muv se sube el cuello redondo de la blusa como para protegerse del frío que yo provoco en el salón, y Farve se aclara la garganta.

—Estamos orgullosos de ti —dice Farve—, sin importar la reacción de tus hermanas.

No es asombroso que sea él y no mi madre quien presente la pipa de la paz. Después de todo, he explotado información sobre mi familia en mis novelas anteriores y nadie, más que a Muv, pareció molestarse; Farve incluso parecía divertido.

Muv no dice nada, ninguna felicitación de su parte. Supongo que debería estar agradecida de que no me grite.

—Gracias, Farve. —Me pongo de pie y le trueno un beso en la mejilla—. Al parecer, a Unity no le importó, y sería muy difícil encontrar a una fascista entusiasmada por mi libro.

Unity había enviado sólo una carta en la que me pedía que no publicara el libro, pero desde entonces,

nuestros intercambios se han centrado en pláticas ligeras y en las veces que ha visto a Hitler.

—Bueno, a Diana no la ves por aquí, ¿o sí? —dice Muv mirando alrededor de la sala—. A ella y a Mosley los hiciste enfadar terriblemente. Siempre tratas todo como si fuera una broma.

—¿Debería entonces tratar todo como si fuera una tragedia? Es más fácil abordar la vida con un toque ligero que con uno pesado. De cualquier forma, eliminé tres capítulos del libro sobre el capitán Jack porque ellos me lo pidieron, por no decir que lo exigieron, y ahora no hay mención ni de él ni de su movimiento, salvo por tres referencias indirectas. Aunque Diana sigue negándose a verme.

—¿Qué esperabas? *Trifulca a la vista* es una sátira de los Camisas Negras. El movimiento fascista no es objeto de burla; tus hermanas están dedicadas a los cambios positivos que el movimiento desea llevar a cabo en el mundo —continúa Muv.

¿Qué demonios está diciendo Muv? ¿Diana la ha convertido a su causa? ¿Su reciente viaje a Múnich, en el que me dijeron que Hitler asintió en su dirección, cambió su opinión?

—Si es tan fuerte como piensan, entonces un poco de risas no los derrumbarán —respondo.

—Ahí vas de nuevo, Nancy, siempre el humor. Bromear no hará que tu hermana venga a Hatchards esta noche.

—Pero mis obras pagarán facturas. Sin los ingresos de mis libros, Peter y yo no podemos pagar la renta de Rose Cottage, y eso es algo de lo que Diana no tiene que preocuparse.

Podía ensombrecer la situación y provocar en mis padres simpatía en lugar de rabia si les dijera lo que le pasa al dinero que tan tontamente llevo a la casa: Peter lo saca de mi bolsa y se lo gasta en alcohol y apuestas.

Muv abre la boca y de inmediato la cierra. ¿Qué podrían decir ella o Muv? Sus propias decisiones financieras en las inversiones, junto con la crisis económica mundial, han despojado a sus siete hijos de la comodidad del dinero familiar, algo de lo que gozan la mayoría de nuestros amigos. Ahora, cada uno de nosotros debemos encontrar la manera de salir a flote.

¿Será por eso que el ostracismo de Diana me molesta tanto? ¿Será porque ya me siento abandonada por mis padres, junto a la deshonestidad y a las traiciones de Peter? Sencillamente no puedo entender cómo Diana puede renunciar a mí en favor de su religiosidad ciega por un hombre que la ha puesto en una posición tan precaria, al tomarla como amante y negarse a casarse con ella. Un hombre por quien sacrifica a su familia, cuando él no renuncia a ninguno de sus placeres egoístas, si es que son ciertos los rumores sobre su sórdida relación con su excuñada.

Dios mío, ¿hasta dónde puede llegar Diana por Mosley?

Capítulo 23

Diana

28 de junio de 1935
Múnich, Alemania

Las ruinas de un castillo, los campos otoñales, los campanarios de las iglesias que sobresalen y algunas montañas nevadas en la cima. El paisaje de Alemania se parece mucho al de Francia desde la ventana de su automóvil. La principal diferencia parece ser el idioma de los letreros en la carretera. Qué maravilloso y liberador es manejar de un país al siguiente, sola, con el cabello al viento y las manos sobre el volante.

«Sin duda, este coche es el mejor regalo que M. me ha dado», piensa. En una reciente escapada a París, le regaló este Voisin, un automóvil plateado elegante con techo curvo y un frente largo y extendido. Cuando lo maneja, se siente como un gato serval que corre veloz por la sabana, y se llena de gratitud al pensar que el coche estaba listo para que ella lo recogiera en París cuando Unity la mandó llamar.

Es extraño que Unity esté a cargo de todo esto. Gracias a su persistencia y obsesión, su peculiar hermanita ahora está en una posición de poder, precisamente ahora que Diana más necesita lo que ella puede ofrecerle; el premio que ha estado esperando de la primera *parteitag*, el trofeo que necesita más que

nunca, ahora que Baba está prodigando una enorme cantidad de dinero a M. El entusiasmo de Diana que crece conforme se acerca a su objetivo hace que olvide su enojo contra Nancy por publicar la novela a pesar de sus protestas.

Diana acababa de terminar una sesión con el artista de mosaicos ruso, Boris Anrep, en la National Gallery, cuando llegó el mensajero. Anrep le había pedido a once amigos que modelaran para ser las nueve musas, más Apolo y Dionisio, para el mosaico que estaba haciendo en el piso de la entrada del famoso museo. Los pocos elegidos estaban envueltos en togas, en posiciones reclinadas —Clive Bell como Dionisio, Virginia Woolf como Clío, Greta Garbo como Melpómene y Diana como Polimnia, la sagrada musa de la música y la oratoria—, cuando un hombre uniformado entró pisando con fuerza con un sobre para ella, que decía: «Urgente». Su corazón latió con fuerza durante un momento porque pensó que algo le había sucedido a Jonathan o a Desmond mientras estaban a cargo de Bryan.

Se disculpó con Anrep y los otros modelos y se apartó a un rincón tranquilo de la National Gallery para abrir el sobre con manos temblorosas. La nota era de Unity: «Ven a Múnich de inmediato. Lo conocí, a Él. Y quiere conocerte a ti». La emoción recorrió el cuerpo de Diana y esa misma tarde salió a París para recoger el Voisin.

El paisaje se hace cada vez menos bucólico y más urbano, pero en un sentido muy pintoresco, bávaro, si se ignoran las zonas afectadas por la guerra, por supuesto. Empiezan a advertirse casas con gablete estilo Tudor que se erigen en grupos alrededor de las plazas centrales y las iglesias hasta que, poco a poco, los campos desaparecen y los pueblos se convierten en una ciudad en expansión. Diana entra a la ciudad de Múnich; le parece tan encantadora como en su primera visita. ¿La

arquitectura y los paisajes alemanes le encantan porque ella y sus hermanas se han empapado de todo lo que es teutónico desde su juventud, gracias a su abuelo? ¿O se debe a que cada vez está más cerca de tener a M. por completo para ella, mientras que siempre que viaja hacia aquí se garantiza un lugar cada vez más importante entre la elite nazi? Sea la razón que fuere, este lugar es una gran promesa para el futuro.

El Voisin ruge sobre las calles empedradas conforme Diana se abre camino en la ciudad. Dobla algunas veces en la dirección equivocada y descubre que recorrer Múnich detrás del volante es muy diferente que hacerlo a pie o en taxi. Al final, las calles y los edificios se vuelven más familiares cuando se acerca a la Schellingstrasse, y está segura de que está muy cerca de su destino.

Diana lo ve: el letrero de la Osteria Bavaria. Baja la velocidad del Voisin, encuentra un lugar amplio frente a la banqueta y estaciona el automóvil, agradecida por haber encontrado un espacio poco común para maniobrar un vehículo tan largo. Se mira en el espejo de bolsillo, se riza las puntas del cabello y decide no volver a ponerse lápiz labial. Hanfstaengl le habló de las opiniones de Hitler sobre el maquillaje, y sus labios son rosados por naturaleza, lo suficiente como para brindarle el efecto que desea.

Cuando Diana entra al restaurante, la recibe el rostro de su hermana que la mira desde su mesa habitual, junto a la puerta. Unity se levanta de un salto y la envuelve en un abrazo demasiado fuerte.

—Está sucediendo, al fin está sucediendo —Unity casi canta al oído de Diana.

Sólo ella sabe lo que podría significar para Diana y M. esta presentación.

Diana convence a Unity para que se siente y pide dos copas de vino para calmar los nervios de ambas. Su

corazón se acelera al pensar en los errores que Unity podría cometer en este momento tan crítico si está exaltada.

—¿Está aquí? —pregunta Diana mirando alrededor.

Unity le da un trago al vino y niega con la cabeza. Luego señala hacia la mesa larga, semiprivada, donde el Führer acostumbra sentarse, y Diana ve que está vacía. ¿Manejó hasta aquí, dejando a sus hijos a cargo de la niñera durante casi una semana, para nada? ¿Y si Hitler se fue a Berlín?

—Pero la mesa está puesta para su llegada —agrega Unity—. Y Ella me dice que lo esperan a la hora acostumbrada —dice haciendo un gesto con la cabeza hacia la mesera—. A las dos.

Diana echa un vistazo al reloj cucú de la pared en la entrada. Faltan cinco minutos para las dos. Le alivia pensar que no entró a la Osteria Bavaria después de que el Führer estuviera sentado a la mesa y, con eso, perder la gran oportunidad de que las invite a cenar. Anhela que la manecilla de ese reloj avance a toda velocidad: está muy cerca de la meta.

Como si ella lo hubiera invocado, la puerta de entrada se abre de par en par y dos soldados entran marchando. Detrás de ellos, un hombre de cabello oscuro con uniforme los sigue, pero los guardias ocultan su rostro. Diana se paraliza. ¿Es él? No quiere mostrarse entusiasmada en exceso y desvía la mirada, pero el suspenso es insoportable.

Al fin, el hombre hace una pausa y gira hacia su mesa; sus guardias se detienen junto a él. Las botas negro brillante que son visibles entre las piernas de los guardias se acercan hasta que Diana puede distinguir el perfil familiar y el bigote. Es él.

¿Debería levantarse por decoro? Como raras veces se siente confundida, debate entre lo que imagina que es el protocolo y lo que para ella es amabilidad, la dama

siempre espera a que el hombre le presente sus respetos. En una fracción de segundo, toman la decisión por ella.

Hitler se inclina frente a ella y Unity y dice en alemán:

—Usted debe ser la señora Guinness.

Capítulo 24

Unity

30 de junio de 1935
Múnich, Alemania

El compás de *Die Feen* flota por todo el salón. Unity sabe que a los aficionados serios de Wagner, esta primera ópera les parece demasiado sencilla y juvenil porque habla de un reino de hadas. Sin embargo, a ella le fascina la ligereza de su música y su historia en particular. Unity deseaba que Diana hubiera podido quedarse un día más para que la acompañara, pero entiende las obligaciones que su hermana tiene con sus hijos.

Ada, el hada que sacrifica su inmortalidad a cambio de una vida con el hombre mortal al que ama, Arindal, exalta a Unity. No puede esperar a hablar de eso con Hitler.

Las lámparas que cuelgan del techo parpadean para indicar el intermedio entre los actos, y Unity se levanta junto con las otras chicas que viven con la baronesa Laroche. Se contonean por el pasillo siguiendo a *frau* Baum hasta el vestíbulo donde venden bebidas. Acuden a la ópera cada tres meses, y las chicas llevan el dinero suficiente para lo que se ofrece a la venta.

—¿No les parece que la trama es sumamente romántica? —pregunta Unity, de forma soñadora.

—¿Romántica? —exclaman Mary St. Clair-Erskine y Mary Woodise casi en un grito.

—¡No podría renunciar a mi inmortalidad por un hombre! —dice la primera.

—¡Sobre todo por alguien tan feo como Arindal! —opina la segunda.

Mary St. Clair-Erskine lanza una risita. El cantante que representa a Arindal es obeso. La mayoría de las veces, Unity le sigue la corriente a ella —aunque su hermano Hamish le rompió el corazón a Nancy—, pero no en esta ocasión.

—Yo sí —dice Unity—, porque sin duda daría mi vida por el Führer.

Al mencionar el nombre de su héroe, siente una punzada de culpa porque venir a este evento, implicó tomar un tren de Múnich a Dachau, caminar durante mucho tiempo y no asistir a su vigilia acostumbrada en la Osteria Bavaria. Espera que Hitler no la olvide en su ausencia.

Al escuchar el nombre de Hitler, las chicas miran a su alrededor y rápidamente cambian de postura.

—Bueno, claro, nosotras también —se corrige la primera, Mary—, pero él no es un simple mortal. —Jamás permitirían que nadie las escuchara y pudiera reportarlas.

Frau Baum y sus alumnas se abren camino a un pequeño puesto en el que venden postres, incluido el favorito de Unity, el *bienenstich*, un pastel de miel cubierto de almendras caramelizadas. Las chicas avanzan con cuidado para no tirar su pastel en busca de sillas libres en el vestíbulo. Conforme se abren paso entre la nutrida audiencia, Unity se topa con un hombre uniformado, bastante joven y de cabello rubio.

—*Es tut mir leid, offizier* —dice Unity alzando la mano en señal de disculpa.

—*Nein, es ist meine schuld, fräulein* —responde el

joven en disculpa, atrapando al tiempo su *bienenstich* antes de que se caiga del plato al piso.

Ambos ríen y ella se da cuenta de que este hombre no es un soldado común. Su uniforme negro distintivo y su camisa café le indican que es miembro de las *Schutzstaffel*, las ss, una unidad de elite cuya responsabilidad primordial es cuidar al Führer y a otros oficiales nazis de alto rango. Le parece familiar; Unity sabe exactamente dónde lo ha visto: en la Osteria Bavaria.

En ese momento, él también la recuerda.

—¿*Fräulein* Mitford? —pregunta.

—*Ja* —responde—. Usted es uno de los soldados especiales del Führer. Lo he visto en su compañía muchas veces, en la Osteria.

—Y yo a usted. —Se inclina ante ella—. Usted es una favorita de nuestro amado Führer.

Sus mejillas arden y espera que el rubor no le dé un aspecto ordinario o impropio de una dama, sino de recato. Los estándares de la feminidad aria son rigurosos.

—Tengo la fortuna de haber pasado algún tiempo en compañía del Führer.

—A menudo la describe a usted como un raro espécimen de la mujer británica aria perfecta.

Profundamente conmovida, Unity se lleva la mano al pecho. No podría imaginar mayor halago, no puede creerlo.

—¿El Führer dijo eso de mí?

El oficial de la *Schutzstaffel* esboza una gran sonrisa al comprender la trascendencia que sus palabras tienen en ella.

—En efecto, *fräulein*. —De pronto, su semblante se ensombrece—. Debo disculparme de nuevo, he sido muy grosero, no me he presentado. Soy el *unterfeldwebel* Schwarz, uno de los asistentes del Führer —agrega,

inclinándose al tiempo que golpea sus talones uno contra otro.

—Un placer conocerlo, *unterfeldwebel* Schwarz —responde ella.

Él señala una mesa que acaba de liberarse junto a la ventana.

—¿Nos sentamos mientras disfruta de su *bienenstich*? —pregunta.

Halagada y satisfecha de presumir esta relación con las otras chicas, Unity asiente y lo sigue hasta la mesita que tiene dos sillas. La conversación es fácil y se centra en particular en Hitler, sus gustos y aversiones y sobre todo de su película favorita, *Cabalgata*, que trata de las vicisitudes de dos familias inglesas durante la Gran Guerra y los años posteriores. Cuando la plática mengua, Schwarz señala la ventana.

—¿Ve ese edificio a la distancia?

Unity entrecierra los ojos tratando de distinguir la estructura en la luz menguante del día.

—Creo que sí —responde.

—Es el campo de concentración de Dachau. Tuve la suerte de visitarlo con el Führer la semana pasada, y estamos muy orgullosos de él —explica con una sonrisa.

Ella le devuelve una sonrisa apretada; aunque nunca había escuchado hablar del campo de Dachau, entiende que debería decir algo halagador.

—Deben estarlo.

—Le hemos dado muy buen uso a una fábrica de municiones abandonada. El edificio puede alojar a muchos prisioneros políticos que se oponen a las órdenes de nuestro Führer.

Unity comprende la importancia de las instalaciones.

—Por supuesto, todas las personas que se oponen a nuestro líder deben estar en la cárcel.

—Y lo están. En el futuro habrá otro tipo de

prisioneros ahí, otros enemigos del Reich, pero nos complace contar con este prototipo para tener cárceles similares aquí, en las afueras de Múnich.

Las luces empiezan a parpadear como señal de que deben volver a sus asientos para el segundo acto de *Die Feen*. *Frau* Baum aparece detrás de Schwarz, asombrada de ver que una de sus chicas habla con un oficial de la elite nazi. Jamás se atrevería a interrumpir una conversación con un miembro de la *Schutzstaffel*; Unity percibe su conflicto. Los buenos modales exigen que la mujer la lleve a su asiento, con las otras chicas.

Pero *Frau* Baum no tiene de qué preocuparse porque Schwarz se encarga de la situación.

—¿Puedo acompañarla a su asiento? Al parecer, la ópera está por comenzar.

Unity asiente y piensa en cuánto se reiría Decca si pudiera ver a su hermana, tan audaz y poco ortodoxa, actuar como la prudente chica aria, puesto que entre ellas jamás actuaron con modestia. Decca entendería mejor que nadie que Unity estaba haciendo realidad su sueño de infancia.

Unity avanza hacia la sala de concierto del brazo del soldado.

—Sería un honor para mí si quisiera que nos viéramos de nuevo, *fräulein* Mitford. ¿Para comer o quizá ir al cine? —pregunta Schwarz.

Unity se vuelve a ruborizar; sin duda le gustaría salir con este atractivo soldado, un ardiente nazi como ella misma. Pero, ¿a Hitler le importaría? ¿Sería incómodo almorzar en la Osteria Bavaria con el Führer si Schwarz está ahí? Está en conflicto y su rostro revela esta emoción.

—Siempre y cuando nuestro líder no se oponga, por supuesto —agrega él al percibir su confusión.

Unity asiente, agradecida de que entienda y comparta sus lealtades.

—Siempre y cuando nuestro líder no se oponga —repite ella.

Cuando Schwarz la acompaña hasta su butaca y se despide, a Unity la bombardean con preguntas. «¿Quién era ese soldado?». «¡Qué guapo está!». «¿Tiene novia?». «¿Cuál es su rango?». Imitando a su beatífica hermana Diana, Unity responde las preguntas con paciencia, conteniéndose hasta que le hacen la última, la que esperaba poder responder.

—¿Cómo lo conoces? —pregunta Mary St. Clair-Erskine.

Aunque desea dar de brincos y gritarle al mundo que ha comido con Hitler unas veinte veces, baja la mirada y dice en un murmullo:

—*Unterfeldwebel* Schwarz es uno de los guardias personales de los nazis de alto rango, y lo he visto varias veces, cuando el Führer me ha invitado a comer.

Frau Baum se queda sin aliento y las chicas lanzan grititos. Pero antes de que puedan acribillarla de nuevo con preguntas sobre Hitler, empieza el segundo acto. En la sala oscura, Unity siente las miradas de las otras chicas y de *frau* Baum. Un sentimiento inesperado de poder recorre su cuerpo; se deja envolver en esa capa de invencibilidad e importancia. Es la grandeza que inspira el Führer, y hará lo que sea necesario para conservarla.

Capítulo 25

Nancy

12 y 13 de julio de 1935
Surrey, Inglaterra

Es casi como en los viejos tiempos. Muv y Farve ríen con la majestuosa prima Clementine, a quien todos llamamos Clemmie, mientras Winston, su marido amante de los habanos, bebe un *whisky* con su hijo, Randolph, y con Tom, quienes siempre han sido muy cercanos. Decca y nuestro primo segundo, Esmond, están en un rincón, absortos en una plática privada, mientras Debo se encuentra en la pista de baile, eludiendo más invitaciones que la sobrepasan. Incluso Diana está aquí. No me ha dicho ni una sola palabra, pero platica encantada con Pamela y Derek; me pregunto si su alegría se debe a que Derek ahora se ha adherido al fascismo y, hasta cierto punto, también Pamela. O quizá se deba a que Mosley no está aquí.

La agitación política, los desacuerdos familiares y la fragilidad económica podrían estar pasando en algún otro lugar y a personas por completo distintas; no aquí, en Cherkley Court, la propiedad en Surrey de *lord* y *lady* Beaverbrook, para su gala estival anual. En este sitio, todos los invitados brillan como si el entorno fuera un joyero que impresiona y deja atónito; desde el edificio de estuco inmaculado, con sus vastas alas hexagonales y

columnas toscanas hasta los jardines perfectamente podados a los que se llega por una escalinata ancha que va desde la terraza baja, bordeada de un parapeto ornamentado. Me hubiera gustado seguir teniendo acceso al guardarropa de Diana para poder resplandecer tanto como este lugar, pero tengo que conformarme con un viejo vestido azul marino cuyo corpiño tuvo que arreglar el sastre local. Sin embargo, no engaño a ninguno de los invitados para que crean que este vestido Vionnet de 1928 cortado al bies pertenece a la última colección de Coco Chanel de 1935.

¿Dónde está Peter? Llegamos juntos en un coche rentado, un trayecto en silencio durante el cual recurrió a su inseparable petaca de plata. Supongo que sigue enojado por la pelea que tuvimos esta mañana sobre su espantoso coqueteo de anoche con la señora Mary Sewell en la partida de *bridge*. En realidad, no lo quiero a mi lado en esta fiesta, pero me preocupa dónde está y los problemas en los que se pueda meter.

Me disculpo con la gente a mi alrededor y camino a la galería, pensando encontrarlo ahí.

En un rincón oscuro, a la izquierda, veo que se mueven dos siluetas. Sus gestos parecen agitados y me pregunto si están peleando. Me acerco un poco más. Mis tacones resuenan con fuerza en esta parte casi vacía de la galería, pero las figuras no voltean en mi dirección. En ese momento, mi tacón golpea una muesca del piso de piedra; el sonido debió alertarlos, porque se separan y me miran; no pelean, sino que se besan: son Peter y una mujer que no conozco.

Doy media vuelta y me alejo de ellos, casi corro de regreso a Cherkley Court. Para mi consternación, llego a un debate en pleno y acalorado entre Winston, *lord* Beaverbrook y Diana. No le voy a dar a Diana —ni a Peter si regresa— la satisfacción de verme alterada. Enciendo un cigarro con manos temblorosas, tomo una

copa de champaña de un mesero que pasa a mi lado y la bebo de un solo golpe.

—¿Cuál es el problema aquí? —pregunto.

—Ah, señora Rodd —exclama *lord* Beaverbrook.

Tengo la sensación de que está a punto de pontificar. De pronto, no puedo soportar que me llame «Rodd». «Qué ironía», pienso. «Después de años de desear casarme, ahora el matrimonio me parece más un yugo odioso que una unión agradable».

—*Lord* Beaverbrook — lo interrumpo—, creo que nos conocemos desde hace mucho tiempo como para que me llame Nancy.

Diana alza una ceja, sorprendida de que proponga este nivel de familiaridad con nuestro estimado anfitrión. El magnate de los periódicos canadienses y marionetista político es un hombre de enorme riqueza y poder. Ocupó puestos en el gabinete antes de fundar el periódico *Daily Express*, dirigido a la clase trabajadora conservadora, aunque nunca ha invitado a ninguno de sus lectores a una de sus fiestas. Es gran amigo del primo Winston desde que yo tengo uso de razón, pero a menudo me parece sorprendente cómo se hicieron y siguieron siendo amigos, dado que en el pasado se involucraron en oposiciones políticas desagradables. Sin mencionar que la prima Clemmie no es adepta de *lord* Beaverbrook, y ella ejerce una gran influencia en Winston.

—La llamaré Nancy si usted me llama Max —dice en tono gracioso y cordial.

—Como decía —vocifera Winston tratando de retomar el debate que interrumpí—, necesitamos observar a este tipo, Hitler, de cerca. Por lo que me dicen mis fuentes, ya infringió varias de las condiciones del Tratado de Versalles y está reuniendo tropas, armamento y municiones más rápido de lo que podemos contar. Está al borde de provocar una guerra en el

continente.

Lord Beaverbrook resopla y abre la boca para formular su respuesta. Antes de que pueda hablar, Diana interviene.

—Creo que estás malinterpretando las intenciones del Führer, primo Winston. Necesita toda esa pompa y esplendor para levantar el ánimo de su pueblo, después de años de represión tras la Gran Guerra. Su enfoque principal es apuntalar la economía alemana para darle a sus ciudadanos empleo y vivienda. Y me atrevería a decir que él sabe mejor que nosotros lo que es importante para su gente.

Winston mira fijamente a Diana durante varios segundos sin hablar. El silencio es raro en él, y me preparo para la invectiva que viene.

—Es el Führer, ¿cierto? ¿Tu Führer? ¿Sabes que ese título se traduce como el «líder supremo» y que logró el título no por el voto de sus valiosos ciudadanos, sino por robo, usurpación, violencia y mentiras?

Diana duda y *lord* Beaverbrook no va a desperdiciar esta oportunidad de intervenir ahora que Diana dejó un vacío en la conversación.

—Puede que eso sea cierto, Winnie, pero no significa que debamos precipitarnos a una guerra. Apenas nos recuperamos de la última. El pueblo británico sencillamente ya no tiene ganas de peleas y de pérdidas. Tendríamos a la población haciendo ejercicios militares y fabricando municiones en una loca carrera armamentista. Me parece que Chamberlain no se equivoca esta vez, mantengamos la paz.

—¿Estás dispuesto a pasar por alto la manera en la que Hitler trata a la población judía? ¿Y de lo demás que les tiene reservado? Mis fuentes me dicen que está a punto de revelar todo un sistema legislativo que los relegará aún más. —Winston le sonríe a Diana, con una extraña sonrisa parecida a la del gato de Cheshire—.

Pero quizá esas ideas satisfacen a algunas personas de tu familia, Diana. He escuchado que la joven Unity ha estado muy ocupada escribiendo sus propios puntos de vista antisemitas en la publicación alemana *Der Stürmer*, bajo un título en el que menciona que es pariente mía.

Trago saliva. Al parecer, las noticias de las fechorías de Unity se han difundido. Nosotros escuchamos la noticia directamente de Unity, cuando incluyó el recorte de periódico de su artículo en una carta que le envió a Muv, junto con la traducción. Con orgullo manifiesto, nos dijo que se proclamaba públicamente como una «odiadora de judíos». Sentí náuseas cuando Muv me enseñó la carta. Les pregunté cómo podían dejarla quedarse en Múnich cuando ese era el resultado. Muv hizo como si no me escuchara.

¿Me equivoco o Diana está ruborizada? ¿Por fin mi hermana, la serena, perdió su legendaria compostura? No responde a la pequeña provocación de Winston y me pregunto si se mostraría mucho más vehemente, incluso beligerante, si Mosley estuviera aquí. Por un momento olvido todo sobre la traición que acabo de presenciar en la galería.

Espero ansiosa la respuesta de Diana cuando siento una palmadita en el hombro. Volteo a ver a Peter, de pie detrás de mí.

—¿Podemos hablar? —masculla; su mirada está nublada.

Mi estómago da un vuelco de repulsión, por él, por mí, pero asiento. No discutiré con él aquí en Cherkley Court. Simplemente no quiero que me avergüence frente a estos hombres tan reconocidos y frente a Diana; tal vez ante mi hermana más que nadie.

Caminamos hasta un rincón vacío.

—¿Cómo pudiste? —siseo—. ¿Siquiera sabes quién es esa mujer?

—Lo siento mucho, Nancy. Es el alcohol. Te

prometo que voy a dejarlo —tartamudea y se mece hasta que logra formular las palabras—. Nuestro viaje a Venecia será el principio.

Debemos salir mañana a mediodía en el primer trayecto de nuestro viaje a Venecia y al Adriático. Esperaba que significara un nuevo comienzo tras meses de discordia, pero ahora no puedo soportar la idea de estar sola con él durante tres semanas completas.

—No quiero hablar de esto aquí. Tenemos que llevarte a casa antes de que te portes más desvergonzado de lo que ya eres y me arrastres contigo.

Por fortuna, Tom aparece a mi lado.

—¿Todo bien, Naunce?

—No. Tengo que llevar a Prod a casa en un momento, antes de que dañe más nuestra reputación. ¿Serías un amor y podrías sacarlo de aquí? Veré quién puede llevarnos.

Me da un apretón en el brazo.

—Por supuesto. Ven, viejo —le dice a Peter, guiándolo hacia el vestíbulo.

Antes de irme, hay algo que quiero hacer. Miro alrededor en busca de Diana. ¿Adónde se fue? El reloj acaba de dar la una y sólo los invitados mayores se habrán ido temprano. No sé cuándo volveré a verla; esperaba hablar con ella sin que Mosley estuviera presente. Quizá, incluso, hacer las paces por *Trifulca a la vista*, que es lo que ha provocado que Mosley me haya vetado de su presencia y de cualquiera que sea la relación que comparten. Sin importar nuestras diferencias, no quiero perder a mi hermana, ya me siento bastante sola.

Capítulo 26

Diana

12 y 13 de julio de 1935
Surrey, Inglaterra

Diana se escabulle de Cherkley Court tan pronto como se acaba su conversación con *lord* Beaverbrook y Winston. Sube a su Voisin, agradecida por haber previsto manejar hasta ahí y haber ordenado a los sirvientes que mantuvieran el coche frente a la puerta para poder irse fácilmente. Sin duda la alivia poder escapar del inesperado interrogatorio de Winston sobre Hitler, Unity y los judíos. Pero esa no es la verdadera razón por la que huyó; ella y M. tienen una cita.

Mira su reloj de pulsera y se da cuenta de que es más tarde de lo que había pensado. Ella y M. se van a reunir en la ciudad, durante dos noches, antes de que él se vaya de vacaciones con sus hijos a Italia para el verano. Está decidida a hacer que esas noches sean memorables porque, aunque vaya a reunirse con ellos en la mansión de los Rennell, en Posillipo, Nápoles, la segunda semana, M. estará ahí solo con su excuñada la primera semana. Diana pretende que Baba palidezca comparada con ella, tanto en lo que puede brindar a nivel político como lo que puede hacer en la cama.

Acelera sobre los caminos aledaños a Surrey, suspira de alivio cuando al fin la ciudad aparece frente a

sus ojos. Entre Belgrave Square y Cadogan Place convergen cinco caminos en un solo punto peligroso, y disminuye la velocidad del Voisin para abrirse camino en el tránsito que, para su sorpresa, es bastante pesado dada la hora tardía. De la nada, un enorme Rolls Royce negro cruza volando la intersección, directo hacia ella. Diana pierde el control del volante y el automóvil se sale del camino, dando una vuelta de campana antes de aterrizar en un terraplén montañoso al borde del camino.

El tiempo se ralentiza. Escucha un crujido horrible y siente que vuela dentro y fuera del vehículo, poco a poco, como si el aire se hubiera vuelto tan viscoso como el agua. Su aterrizaje en el fondo de grava del terraplén le parece tan suave como una almohada; cierra los ojos y se deja llevar, aunque no por mucho tiempo.

Despierta cuando unas manos la levantan con cuidado y la alejan de ahí. Escucha murmullos y a una mujer que tartamudea:

—D…, no mires, querida. Su rostro… es te… terrible.

De pronto, Diana advierte el calor en su cabeza y mejilla. Con un enorme esfuerzo levanta un solo dedo para tocarse la cara. Una sustancia pegajosa mezclada con grava escurre desde su frente y cubre sus mejillas y nariz. «Qué será eso», se pregunta antes de perder de nuevo el conocimiento.

Cuando despierta, la luz la deslumbra tanto que instintivamente vuelve a cerrar los ojos. Poco a poco los abre y se da cuenta de que el brillo no se debe a los rayos intensos del sol del Mediterráneo, como había esperado, sino a la blancura desnuda de cada objeto que la rodea y al potente reflector sobre ella. Está en un hospital.

Se toca la cara, y recuerda vagamente la humedad caliente que sintió antes. ¿Era sangre? En lugar del arco

suave del pómulo y del elegante perfil patricio de su nariz, siente un hilo áspero y las muescas del pesado vendaje. Grita.

Unas monjas con toca entran corriendo a la habitación y Diana comprende que es un hospital de religiosas.

—Ya, ya, querida. Tu familia está en camino —dice una monja de rostro regordete que le da unas palmadita en la mano.

Todo en lo que Diana puede pensar es en M. Estará preocupado, preguntándose por qué no ha llegado.

—¿Puedo hablar por teléfono, por favor? Necesito hacer una llamada —dice, o trata de hacerlo.

La única palabra que suena clara en sus oídos es «teléfono».

—Shhh, querida —murmura la monja con amabilidad, dándole otra palmadita—. No es bueno que te agites. Estoy segura de que tu familia puede encargarse de todo. Debes descansar, tuviste un accidente terrible.

Diana intenta protestar, pero implica demasiado esfuerzo y la oscuridad se apodera de ella. Así pasa un día, o al menos lo que ella considera que es un día, un crepúsculo generalizado interrumpido por breves arrebatos de conciencia en los que aparecen Muv, Farve, Debo, Tom y Nancy. Pero no M., nunca M.

De pronto, sin previo aviso, está por completo despierta. Se yergue de un salto, se sienta en la cama y ve a su padre dormido en una silla al lado de la cama.

—Farve —murmura al hombre que de pronto le parece viejo y vulnerable—. ¿Farve? ¿Qué pasó?

Su padre abre los ojos y le sonríe.

—Qué bueno es tenerte de vuelta, querida.

—¿Dónde estuve? —pregunta medio en broma.

Trata de sonreír, pero el dolor recorre su cara y se da por vencida.

—¿Por dónde empiezo? —pregunta en tono de broma al tiempo que se frota los ojos—. Veamos. Todo empezó con un horrible accidente de tránsito. Te hicieron dos cirugías para reparar tu hermoso rostro. Y gracias a los esfuerzos conjuntos y la generosidad de *lord* Moyne…

«¿Qué demonios tiene que ver *lord* Moyne con su estancia en el hospital?».

—¿El padre de Bryan? —interrumpe.

—Así es. Puso manos a la obra en el gran esfuerzo para recomponer a Humpty Dumpty, e insistió en llamar al mejor cirujano de Londres, ese neozelandés, el doctor Howard Gillies. Y gracias a Dios, porque, a decir de todos los expertos, saldrás de este hospital tan encantadora como antes del accidente. No creo que ese hubiera sido el caso si nos hubiéramos conformado con esas puntadas gruesas e irregulares.

Diana suspira de alivio.

—Tengo una deuda con él.

Farve asiente y ella piensa en una pregunta más urgente. ¿Le dijo que había tenido dos cirugías? No recuerda ni una sola y, para ella, es como si hubiera llegado al hospital anoche. O quizá uno o dos días antes.

—¿Hace cuánto tiempo que estoy aquí? —pregunta.

—Diez días, creo. —Hace una pausa—. No. Han sido once, si contamos el día que llegaste.

—¿Once días? —exclama asombrada.

—Sí. Si te preocupan Jonathan y Desmond, puedes estar tranquila, están con Bryan, y la niñera, claro. Y Muv y yo hemos ido a verlos, no queríamos que te vieran así, por eso no los hemos traído.

Aunque ama a sus hijos, sabe que Bryan y la niñera se encargan bien de Jonathan y Desmond. Además, esa no es su principal preocupación.

—¿Y Mosley?

Su padre se pone rígido. Nunca le ha preocupado

ocultar cuánto le desagrada M. por la manera en la que interfirió en el matrimonio de Diana.

—¿Qué con Mosley?

—Debe estar muy preocupado. ¿Dónde está?

Farve aparta la vista, como si prefiriera no responder la pregunta.

—No sé, Diana, no ha venido al hospital.

—¿Qué quieres decir? ¿Sabe lo que pasó?

—Sí. Cuando no llegaste la primera noche, nos llamó, a tu madre y a mí, luego a tu hermana Nancy porque nosotros no respondimos de inmediato. Se lo dijimos. Pero al parecer tenía planes de llevarse a los niños a Italia y decidió no cambiarlos.

Diana siente náuseas. ¿M. se fue a pasear a Italia con su excuñada mientras ella se sometía a dos operaciones, alternando entre estados de conciencia e inconsciencia a solas? Se tranquiliza respirando con regularidad.

—¿Estás bien? —pregunta Farve.

—Sí —responde en voz baja, avergonzada por tener que vivir esta decepción a la vista de su padre.

Afortunadamente no fue Nancy quien se lo dijo.

—¿Cuánto tiempo debo estar en el hospital? —pregunta para cambiar el tema.

—Creo que el médico dijo que otro mes.

—¿Un mes? —exclama asombrada.

Hace los cálculos y piensa en la magnitud de su larga estadía en el hospital. La segunda semana de las vacaciones de M. está por empezar, el periodo en el que se suponía que Diana llegaría para reemplazar a Baba, ahora y para siempre. Si no llega pronto a Italia, Baba creerá que ha tomado el lugar de Diana y ella no tiene intenciones de permitir que eso suceda. No importa la insensibilidad de M., ella ha hecho demasiados sacrificios por él y por su futuro juntos como para tirar todo por la borda debido a su egoísmo temporal. Diana

ganará esta batalla.

—Farve, tienes que ayudarme.

Aunque todo el cuerpo le duele, la cara en particular, se acerca a él. No puede arriesgarse a que la escuche una de las monjas.

Él se inclina hacia adelante en su silla; su expresión habitualmente estoica se transforma en aprehensión.

—Lo que quieras, Diana. ¿Quieres que llame a la enfermera? ¿Necesitas más analgésicos? ¿O quieres que llame a tu madre?

—Necesito que me ayudes a escapar y llegar a Italia.

Capítulo 27

Unity

23 de julio de 1935
Hesselberg, Alemania

Han pasado casi cuatro semanas desde que vio al Führer. Unity podría contar los días, incluso las horas, si le preguntaran, pero nadie lo hace. Las chicas de la baronesa Laroche, *frau* Baum, e incluso las amigas que hizo en Múnich gracias a la hermana de Ernst Hanfstaengl, Erna, pueden leer en su rostro la larga separación y confirmarlo en los periódicos que informan de la presencia de Hitler en Berlín, Carinhall, Heiligendamm y Rosenheim; en cualquier parte salvo en Múnich. Tras haber hablado con él, cenado con él, reído con él, Unity no puede soportar estar sin él; es como si le arrebataran su objetivo en la vida. Cada día que pasa la pone más ansiosa, y la hace mucho más imprudente.

Ansía la presencia de Hitler y ese vacío se acumula como una necesidad física. Cuando el *unterfeldwebel* Schwarz la invita al cine durante la ausencia del Führer, decide no esperar el permiso de Hitler y acepta. En la oscuridad y la soledad de la sala, imagina que es él quien está a su lado, vestido con su uniforme nazi, en lugar de Schwarz. Unity se inclina hacia él y lo besa, jadeante de deseo, no por el cuerpo que está a su lado, sino por el del líder que él juró proteger.

Puesto que el contacto amoroso con Schwarz fracasa en saciar sus deseos, Unity se arriesga a llamar la atención de Hitler desde la distancia, asegurarse de que sepa que su dedicación sigue siendo constante y profunda. Cuando Julius Streicher, la persona a cargo de la propaganda nazi y de la publicación de *Der Stürmer*, le pide que comparta sus opiniones sobre el pueblo judío, ella accede sólo si su periódico cambia su posición pública sobre Mosley y la BUF. Habían acusado antes a Mosley de su posición tibia hacia los judíos y Diana le pidió a Unity que hiciera todo lo que estuviera en sus manos para que los nazis estuvieran más dispuestos a colaborar con la BUF. Con el acuerdo de Streicher en mano, Unity redacta una carta para su publicación en la que va más lejos que antes, incluso más lejos de lo que en realidad cree, defendiendo con violencia que se eliminen a los judíos de la sociedad en Alemania e Inglaterra, y en la que declara que odia a los judíos.

Después de la reacción a su carta, Streicher le pide que hable en el festival nazi en Hesselberg y Unity acepta, encantada. La celebración se llevará a cabo en el histórico sitio nórdico donde se realizaban las fiestas paganas del solsticio de verano. Los nazis habían invitado a la gente local a que usaran sus trajes tradicionales y un brazalete con la suástica mientras escuchaban los discursos de líderes claves del partido.

Va en un Mercedes-Benz con la ventana abierta, en medio de una caravana al mitin de Hesselberg; el viento le vuela el cabello hacia atrás, está sentada entre las esposas de dos oficiales nazis que ha llegado a conocer en cenas a las que Hitler la invitó en la primavera, Magda Goebbels y Anna Ribbentrop. Las multitudes se apartan para abrirle el camino a los imponentes vehículos negros como si fueran el mar Rojo bíblico. Unity sabe que no sería prudente hacer referencia al Antiguo Testamento en este grupo de nazis. Casi lanza

una risita por la manera en la que los ciudadanos, algunos de ellos agobiados por sus trajes regionales, se precipitan para salir del paso del desfile de Mercedes-Benz. Tal es el poder del Führer.

Con precisión militar, los automóviles se acercan al escenario y se estacionan en una hilera perfecta. Los *unterfeldwebel* que los esperan se apresuran a abrir sus puertas al tiempo que la banda empieza los acordes de la versión del himno nazi *Horst-Wessel-Lied*. Al bajar del coche, Unity entrecierra los ojos bajo la luz brillante del sol, y sigue a los oficiales de alto rango y a sus esposas por la escalera hasta el estrado, repleto de banderas nazis. Avanza sobre el escenario con un paso confiado, ya no es ninguna principiante torpe, y se forma junto a las celebridades, de cara al público. Está encantada con su papel en este boato y tiene que hacer un esfuerzo para limitar su sonrisa y no mostrar sus dientes. «Ni siquiera Nancy se atrevería a reírse de mí ahora», piensa.

Mientras estudia a las multitudes conformadas por la juventud hitleriana, los soldados y la población local que llevan las banderas rojas que ondean al viento como un campo de amapolas, Unity advierte su creciente emoción al escuchar los enérgicos discursos del *reichsmarschall* Hermann Göring y de Streicher, quienes enfatizan sus frases con golpes en el atril del podio, igual que su líder. Unity se pone más nerviosa conforme espera su turno para hablar. ¿Honrará adecuadamente a Hitler con sus palabras y su mensaje? ¿Escuchará los detalles sobre su entusiasmo y le recordará su dedicación? Cuando Streicher le hace una seña para que se reúna con él en el podio, el aplauso y los vítores le infunden energía y hacen que desaparezca cualquier ansiedad. «Esto es para el Führer», piensa. Entonces lo hace.

Con los guantes negros para causar mayor efecto,

Unity se dirige a la multitud con el saludo nazi; ésta reacciona con un enorme clamor de aprobación.

—¡*Heil* Hitler! —gritan emocionados.

Se acerca al micrófono y, en su discurso bien ensayado, declara su lealtad al pueblo alemán y a su lucha, adhiriéndose al Partido Nazi como el medio para elevarlos. Después, reitera las partes más apasionadas de su carta al *Der Stürmer*, lo que provoca los gritos salvajes de los asistentes al mitin y unas palmaditas en la espalda de parte de Streicher y de Göring.

Cuando Unity regresa a su lugar en la fila que está sobre el estrado, Magda y Anna le sonríen en aprobación. «Qué extraño», piensa. Aquí, entre las filas de estos nazis, siente que pertenece mucho más que cuando la presentaron en la corte a la reina de Inglaterra durante su temporada de debutante. Estos líderes y sus esposas la eligieron a ella; nadie se las endilgó por obligación, abolengo o herencia, como sucedía en su familia, su sociedad o la Corona.

Absolutamente feliz, levanta el brazo en un saludo nazi final y mira triunfante a la multitud que vitorea. «Sin duda, esto obtendrá la atención y la aprobación de Hitler», piensa. Quizá, incluso su amor, para así suplantar a Eva Braun en sus afectos. Unity reza porque así sea, porque si no tiene a Hitler, ¿qué le queda? ¿Qué tendría que ofrecerle a Diana? ¿Quién es ella sin él?

Capítulo 28

Nancy

20 de agosto de 1935
Oxfordshire, Inglaterra

Soy una tonta. Sin duda es lo que dirá Evelyn cuando se entere el fin de semana, cuando nos veamos para tomar una copa. ¿Será que permití que el sol dorado de Italia y las aguas cálidas del Adriático me embrujaran, como lo han hecho con sus visitantes durante siglos? Porque cuando Peter y yo regresemos de nuestras vacaciones de verano, continuaré con mi matrimonio.

Durante los veintiún días de viaje Peter mantuvo la promesa que me hizo en Cherkley Court, aunque ese día estaba ebrio y arrepentido. En nuestros paseos en góndolas por los canales de Venecia, las cenas en las terrazas de los palacios, las salidas al mar, se mantuvo sobrio y atento; su mirada y su afecto se concentraron sólo en mí. Fue la luna de miel que nunca tuvimos.

Espero que dure.

La grava cruje bajo las llantas cuando Peter se estaciona en la entrada de Swinbrook House, la casa de Oxfordshire que Farve construyó en 1926 cuando las penurias financieras lo obligaron a renunciar a nuestra amada propiedad familiar. Incluso nosotras, las

hermanas, le dimos un triste adiós a la espiral descendente de la familia: de Batsford Mansion a Asthall Manor hasta acabar en Swinbrook House. Supongo que, visto desde fuera, Swinbrook parece lujoso, con sus tres pisos encumbrados, su extensión amplia y simétrica y su posición elevada en la colina. Pero para mí, mis hermanas y Tom, sencillamente no puede compararse a los maravillosos hogares en los que vivimos de niños: Batsford Park, que parecía un castillo instalado en diez mil acres de terreno o Asthall, con sus habitaciones olvidadas y sus pasillos dispersos, que, si bien era más pequeño, se ubicaba en un terreno de dos mil acres. Esos lugares son el repositorio de nuestros recuerdos de infancia, no esta estructura austera recién construida con sus dieciocho recámaras. En Swinbrook House no hay ningún refugio Hon, esa pequeña habitación, cálida y acogedora, donde nos escondíamos para contarnos secretos. Esta casa no inspira a la magia.

Conforme nos acercamos a la fachada principal, pienso en Diana. Le envié una carta cuando estuvimos de viaje, pero no recibí respuesta. Supongo que se repone del accidente, y en verdad espero que el tiempo haya aliviado su dolor. ¿Qué tendré que enfrentar hoy de su parte? ¿Seguirá resentida por *Trifulca a la vista* o su peligroso accidente la habrá hecho recapacitar y dejar a un lado los sentimientos mezquinos?

La imponente puerta principal se abre de par en par antes de que tengamos tiempo de tocar. Rosie nos da la bienvenido con tanto entusiasmo que me hace darme cuenta de que hace siglos que no vengo de visita a Swinbrook House.

—Señor y señora Rodd, ¡qué gusto!

No había necesitado venir, ya que mis padres siempre están en la ciudad, visitando a una u otra de mis hermanas que se han presentado en sociedad en estos últimos años. Pero debí regresar para visitar al personal;

después de todo, son Rosie, la nana Blor, así como varias de las sirvientas que llevan años con nosotros quienes nos han brindado el amor y el afecto consistentes que la distraída Muv y el temperamental Farve no nos ofrecían.

Abrazo a Rosie con fuerza. ¿Cuántas veces fue mi refugio cuando las burlas y el maltrato de mis hermanas me abrumaban? ¿Cuántas noches me consoló de mis pesadillas hasta que me quedaba dormida, porque sabía mejor que nadie que no podía molestar a Muv o a Farve, cuya reacción violenta era legendaria cuando interrumpía su sueño?

Hablamos unos minutos de la familia de Rosie y luego nos lleva a la terraza, donde servirán el almuerzo.

—Sus padres ya están ahí y algunos de sus hermanos —dice guiándonos hacia las enormes puertas de vidrio que dan a la terraza—. Los están esperando.

—Preferiría quedarme aquí contigo —respondo apretando un poco su mano.

—Ah, mi niña, lo sé, pero el deber llama —dice al tiempo que señala el camino con una inclinación de cabeza y un ligero empujoncito.

Salimos a la terraza de piedra que da al pueblito pintoresco, hogar del *pub* Swan y no de mucho más. Muv y Farve están sentados a cada extremo de la larga mesa de hierro forjado, como si fuera un comedor listo para un evento formal; Tom, Decca, Debo, Pamela y Derek se encuentran repartidos en medio. Tom es el primero que nos ve, apaga su cigarro sobre la balaustrada y se acerca a saludarnos. Extiende una mano para estrechar la de Peter.

—Viejo, ¿cómo has estado?

—Un poco mejor que como me viste la última vez —responde Peter refiriéndose al terrible estado en el que se encontraba durante la gala de *lord* Beaverbrook.

—No te preocupes, amigo —dice al tiempo que me abraza con fuerza—, mucho menos ahora que pusiste

esa hermosa sonrisa en el rostro de mi hermana.

Le sonrío a Tom, agradecida por sus palabras. No es habitual que me halaguen cuando estoy en esta compañía. Nadie más se levanta, por lo que rodeo la mesa, saludando con un beso en la mejilla a cada uno.

—¿Dónde está Diana? ¿Y Unity? Pensé que había venido de Múnich a visitarnos.

—Más bien la volvieron a llamar de Múnich —explica Decca entre dientes.

—Una visita muy breve —agrego.

—Fue suficiente —masculla Pamela.

Mis hermanas no hacen sus comentarios en voz tan baja como para que Muv no las escuche; las fulmina con la mirada.

—¿Qué? —desafía Decca a Muv, algo que ha estado ocurriendo cada vez con mayor frecuencia—. ¿Vamos a fingir que, cuando las excentricidades de Unity llegaron a las primeras planas de los periódicos, tú y Farve no insistieron en que volviera a casa? ¿O que, cuando llegó, ustedes ya no podían esperar a que se marchara?

Farve refunfuña y Muv cambia el tema.

—Nancy, ¿te gustaría un coctel? ¿Peter?

Volteo a ver a mi esposo, preguntándome si esta será la ocasión en la que cambie su buen comportamiento.

—Una limonada para mí está bien —responde para mi gran alivio.

—Yo también. Suena refrescante.

Decido cambiar de rumbo y preguntar por Diana, quien no ha respondido ninguna de las cartas que le he enviado. Hoy, más que nada, había esperado hacer las paces con mi hermana, la extraño.

—Pensé que Diana también estaría aquí, con Jonathan y Desmond. —Un horrible pensamiento cruza mi mente—. Ya salió del hospital, ¿verdad?

Decca y Debo lanzan una risita.

—¿No te has enterado? —pregunta Decca.

—¿Enterado de qué?

—Farve la ayudó a escaparse del hospital San Jorge poco más de una semana después del accidente —explica Debo, contenta de saber el chisme por una vez.

—Pensé que debía quedarse más de un mes —digo confundida.

De hecho, pospuse nuestro viaje al Adriático hasta que Diana salió bien de su segunda cirugía. Sólo las palabras optimistas del médico sobre su recuperación me dieron la tranquilidad para poder irme.

—Así era —interviene Debo—, pero no podía soportar estar separada de Mosley.

—Creí que él se había ido a Italia con sus hijos unos días después del accidente.

—Se fue —responde Decca. Supongo que ahora es su turno para dar las escandalosas noticias—. Por eso Farve la sacó a escondidas del hospital, la ayudó a tomar un tren a Nápoles y de ahí tomó un avión a la casa de Mosley.

—¿Sola?

—Sí, con la cara completamente vendada —canturrea Debo en un afán por no quedarse atrás en el chisme.

Pamela ha guardado silencio, quizá no quiere que Derek conozca esta faceta de su familia. Incluso nos pidió específicamente que la llamáramos Pamela en presencia de Derek, nunca *Woman*.

Estoy sorprendida. Incluso para Diana, a pesar de su absoluta devoción hacia Mosley, esto es indignante y peligroso. Pero lo que más me deja atónita es que mi padre fuera su cómplice. Volteo a verlo, pensando en el cuidado que teníamos cuando éramos niños para no despertar a «la bestia»; sólo cuando nos sentíamos intrépidos, y absolutamente aburridos, hacíamos apuestas para ver hasta dónde podíamos llegar para

molestarlo y que estallara su legendario mal humor, un juego que Unity siempre perdía. Sin embargo, el rostro de Farve muestra su habitual expresión estoica y sigue cortando el jamón. ¿Qué demonios le pasó por la cabeza para que accediera a algo tan impulsivo? Se lo preguntaría, pero no quiero arriesgarme a sacar a «la bestia» la ahora.

—¿Comemos? —pregunta Muv, fingiendo que este intercambio tan extraño nunca tuvo lugar.

Durante la comida, a Peter y a mí nos acribillan con preguntas sobre Venecia y el Adriático. Espero hasta que sirven el *Eton mess*, un delicioso postre de merengue, fresas y nata, para volver a la conversación sobre Unity.

—Entonces, ¿cómo estuvo la visita de Unity?

El silencio reina en la mesa. Dios mío, ¿qué sucedió mientras yo estuve fuera? Nunca había presenciado una comida familiar con los Mitford que fuera tan callada.

—¿Qué pasó? —insisto.

—Nada —responde Muv entre dientes.

Hasta Decca y Debo bajan la mirada y mantienen la boca cerrada.

—Decidió practicar su tiro al blanco durante una fiesta de la iglesia —dice al fin Farve.

—¿Cómo?

¿Oí mal? Sin duda no quiso decir que Unity disparó un arma real en la feria anual de verano en San Oswaldo, un evento muy apreciado en el que las damas de la localidad organizan rifas y compiten por los mejores ejemplares de rosas y pepinillos, mientras los niños juegan al aro y juegos de azar y los hombres beben cerveza. Debió referirse a alguna de las atracciones que montan las mujeres de la iglesia.

—Sí —responde sin dejar de masticar su último bocado de *Eton mess*—. Se disculpó, justo a la mitad de la competencia de tartas Bakewell y empezó su práctica de tiro detrás de la iglesia. Claro, todos llegaron

corriendo, pensaron que alguien había muerto.

—¿De dónde sacó una pistola?

Estoy horrorizada y no sé si reír o llorar.

—No lo sabemos, pero supongo que a la gente con la que se junta le sobran armas —explica.

—Habíamos esperado que una visita a casa podría ayudarle a recuperar el control —interviene Muv.

—Quizá así fue, Muv. Tal vez el «control» de Unity consiste en ser una nazi que carga pistola y porta una suástica —dice Decca sin molestarse en ocultar su enojo.

«Qué difícil ha de ser ver a su hermana presa del fascismo, el enemigo encarnizado de todo en lo que Decca cree», pienso.

Muv no contesta.

—¿Llevaba un brazalete con la suástica mientras estuvo en casa? —pregunto.

—Hasta en la feria de la iglesia —dice Decca.

—Y en el *pub* Swan —agrega Debo.

—¡Dios mío! —exclamo empujando mi silla hacia atrás.

—Winston dice que los nazis la están usando para su propaganda, para animar al pueblo inglés a que piensen bien de ellos —dice Farve—. Ya sabes, si una joven inglesa de alta alcurnia puede ser amiga de Hitler y vivir feliz en la *nueva Alemania*, tú también puedes. Algo así.

—¿Los nazis no se dan cuenta de que la gente le tiene aversión a Unity? —comenta Decca con una risita.

—¡Jessica! —la reprende Muv.

Volteo a ver a Peter, está boquiabierto; supongo que esa es la reacción normal a esta conversación. Por fin cierra la boca y la vuelve a abrir para hablar.

—¿Por qué estamos aquí sentados, hablando como si el comportamiento de Unity fuera normal? ¿Por qué bromeamos? Una cosa era cuando asistía a unos cuantos mítines de la Unión Británica de Fascistas con sus

hermanas mayores; pero otra muy distinta es acosar a Adolf Hitler. ¿Portar una suástica en Swinbrook? ¿Disparar un arma en la feria de una iglesia? Debemos hacer algo con ella, por ella.

Podría besarlo. Es la primera frase lógica sobre Unity que he escuchado hasta ahora.

—Peter tiene razón —digo—. Tenemos que hacer algo para ayudarla. Para empezar, sacarla de Múnich.

—Sí —me secunda Peter—. ¿Por qué le permitieron que volviera?

Muv nos mira despectiva. ¿Qué más podría hacer ante la sutil indirecta contra ella y contra Farve?

—Cuando hablas de sacar a Unity de Múnich estás sugiriendo que hay algo malo con sus creencias. Unity tiene derecho a pensar lo que quiera, estés o no de acuerdo con sus ideas, así como ustedes dos, hasta diría que Decca tiene derecho a las suyas.

Nunca antes había escuchado a Muv defender el derecho de las personas a su punto de vista político. No puedo evitar creer que la motiva el deseo de que Unity permanezca en Alemania. O quizá sólo quiere pelear conmigo. Cualquiera podría ser la razón, o ambas.

—Muv, no estamos en contra de las creencias de Unity, nos preocupa su comportamiento. Apoyar a un movimiento político por medio del voto, o incluso al participar en una protesta, es muy diferente a mudarse a otro país, seguir a su líder y luego volver a casa haciendo gala de su fascismo con una pistola —explico lo más tranquila que puedo.

Para mi total asombro, Farve asiente.

—Nancy tiene razón, Sydney.

Muv abre los ojos como platos y Farve hace una pausa antes de continuar.

—Pero quizá no tenemos que hacer que vuelva ahora. ¿Y si enviamos a una de las niñas para que la vigile y vea de quién se rodea, que nos informe?

Muv considera la idea y, por el brillo en sus ojos, veo que le parece mucho más preferible que hacer que Unity regrese.

—¿Deberíamos enviar a Diana? Sin duda ella sabe moverse en Alemania —pregunta Muv.

—Me parece difícil darle ningún crédito a Diana para tomar buenas decisiones en este momento —dice Peter—. ¿No acaba de salirse del hospital sin consentimiento médico para cruzar media Europa y encontrarse con su amante? De cualquier modo, ¿no debería estar descansando para curarse de las cirugías?

Decca y Debo resoplan e incluso Pamela ríe un poco. Muv no dice nada. ¿Cómo podría?

Continúo la conversación donde Peter la dejó.

—Sin hablar de que pasó varias semanas con Unity en Múnich, en compañía de los nazis, y jamás pareció alarmada por el comportamiento de Unity. Diana no es una candidata que pudiera traerla de vuelta. Además, ¿Diana sigue en Italia con Mosley?

—Sí, se está recuperando allá. Quizá no hay nada de qué preocuparse con Unity. —Muv entrecierra los ojos y voltea a verme—. Tal vez lo único que quieres es molestar otra vez a tus hermanas porque no compartes sus puntos de vista, como hiciste con *Trifulca a la vista*.

¡Estoy cansada de ser el objeto de su ira y su desagrado! ¿Alguna vez piensa Muv que la razón por la que soy mordaz es porque necesito convertirme en una navaja para sobrevivir a esta familia? Deseo desesperadamente alejarme de esta controversia y volver a la paz efímera que encontré con Peter en el Adriático. Pero, ¿cómo puedo hacerle eso a Unity? Si hay una probabilidad de que ella u otras personas corran un riesgo, nunca me perdonaré no haber tratado de ayudar. Sobre todo, porque es claro que nadie más lo hará.

Peter toca mi mano y me mira a los ojos. Debe advertir el conflicto en el que me debato, mi deseo de

huir frente a las ganas de ayudar. Aprovecha la ocasión para convertirse en el marido que prometió ser y habla en mi nombre.

—¿Por qué no enviamos a Tom?

Capítulo 29

Diana

20 de agosto de 1935
Nápoles, Italia

Diana mira hacia la bahía de Nápoles, al Vesubio; su mirada se entretiene en la isla de Capri que sobresale en medio del mar cerúleo. Cuánto le encantó el día que pasó en Capri con M., sólo ellos dos. Lejos del oído de los niños y de la mirada de Baba, nadaron, cenaron, bebieron e hicieron el amor en su yate de treinta pies y tres cabinas, el Vivien. Su rostro, que aún está en recuperación, estuvo todo el tiempo oculto por completo de los fuertes rayos del sol gracias a unos impresionantes sombreros de ala ancha. Ese día al lado de M. Diana sintió que había ganado.

Su triunfo no había sido una conclusión inevitable cuando llegó a la mansión en Posillipo. Subestimó la gravedad de sus lesiones, el viaje y el vuelo de Croydon a Marsella, seguido por el trayecto en hidroavión a Italia y el tren hasta la zona acaudalada de Nápoles que se extiende en una colina verde con maravillosas vistas a la bahía de Nápoles. Débil y con un pésimo aspecto por el cansancio, llegó a mitad de una cena formal que M. daba para el príncipe heredero y la princesa de Italia, a quienes Baba conocía desde su juventud.

Cuando el mayordomo llevó a Diana hasta él, con

media cara oculta detrás de un encantador pañuelo de seda, la expresión de M. no tuvo precio.

—Diana, qué… qué… —tartamudeó y la rodeó con sus brazos—. Mi pobre, hermosa diosa, ¿cómo lo hiciste?

—Siempre dijiste que yo era una maravilla —le murmuró en el cuello.

Él la recompensó con un beso tierno y delicado en su rostro lastimado.

M. se había disculpado con sus invitados para acomodar a Diana en una de las tantas recámaras de la mansión, pero Diana pudo escuchar a Baba y a M. que discutían en el corredor. La furia de Baba recorrió el pasillo hasta la lujosa habitación de invitados y debajo de las sábanas de algodón donde yacía Diana, como si su ira quisiera estrangularla. Diana estaba muy satisfecha con esto; después de todo, perturbarla era la intención de su visita.

Los siguientes tres días, M. tuvo separadas a ambas mujeres, nada difícil dado que Diana necesitaba descansar y recuperarse. Su recámara contaba con una terraza con vista a la bahía; ella era feliz pasando de su cama a la tumbona, bajo la luz del sol, con el rostro cubierto, interrumpida sólo por las periódicas visitas de su amante. Toleraba que Baba y M. estuvieran tan cerca de ella sólo porque sabía que su presencia en la casa provocaba una división entre ellos. Nunca se quejaba del tiempo que M. le dedicaba a su excuñada; Diana jugaba la partida larga.

A los tres días de vivir bajo este acuerdo, Diana escuchó que Baba iba y venía echando chispas por la casa, dando órdenes a los sirvientes mientras empacaba sus cosas. Sus gritos de «insufrible» e «intolerable» se escuchaban en las escaleras y los pasillos; Diana no sabía si estos exabruptos tenían que ver con ella o con M. Cuando él regresó de dejar a Baba en la estación de tren, Diana ya estaba instalada en la recámara principal que

su némesis acababa de desalojar. Y durante las siguientes semanas, cuando iban a velear y a nadar, cuando cenaban y jugaban con los niños, el viaje fue exactamente lo que ella había esperado.

—Querido —dice Diana pasando los brazos alrededor de su cuello—. ¿Tienes absolutamente todo lo que necesitas?

—Bueno… —responde hundiendo el rostro en el cuello de Diana, al tiempo que evita con cuidado las vendas que aún le cubren la cara—, ¿cómo puedo tener todo lo que necesito si tú no vas a estar ahí?

Ella ríe y lo mira con una gran sonrisa.

—Te estaré esperando aquí a tu regreso, sólo serán cuatro días cortos.

—Cuatro días importantes —aclara. Luego agrega —. Gracias a ti.

Con una sonrisa beatífica, como si no hubiera sido fácil para ella organizar un almuerzo en su honor en Múnich, en el que el anfitrión sería Hitler en persona, responde:

—Es lo menos que te mereces.

—Puede ser justo lo que necesitamos para que la BUF siga fuerte —explica él, como si no fuera evidente.

Tras la partida de Baba, M. le hizo otra confidencia a Diana: desde hacía varios años, Mussolini había subsidiado a la BUF con cinco mil libras al mes. El dinero llegaba en diferentes divisas a través de una agencia que tenía vínculos internacionales, propiedad de un viejo amigo de M. Pero después de los eventos violentos en el Olympia Hall, las membresías de la BUF habían mermado y los consejeros de Mussolini le dijeron que probablemente el fascismo británico no lograría tener el empuje que esperaban. Los pagos disminuyeron y el futuro de la BUF estaba en riesgo; sobre todo cuando Mosley perdió el favor de *lord* Rothmere, también a

causa del mitin en el Olympia. M. se entusiasmó mucho cuando Diana le dijo que tenía la solución, aunque por supuesto no mencionó que esperaba resolver dos problemas con ese almuerzo que había organizado con Hitler: apoyar a la BUF y acabar con la ayuda que M. necesitaba de Baba. Era necesario que M. creyera que fue él quien había tomado la decisión de abandonarla.

—Sin duda, querido. Sé que así será —dice con un beso suave y largo.

Cuando él sale y cierra la puerta a su espalda, Diana toma una botella de champaña, una copa de cristal y baja las cien escaleras que llevan de la mansión a la playa. Sobre la magnífica bahía cayó el crepúsculo y muchos de los barcos regresaron a sus muelles, dejando una vasta extensión de un azul sosegado poco habitual. Diana sirve el espumoso en la copa tulipa hasta el borde, la levanta para brindar consigo misma y la apura de un solo trago. Después se quita el vestido blanco de seda y se echa al mar, triunfante.

Capítulo 30

Unity

22 de agosto de 1935
Múnich, Alemania

«Gracias a Dios, Tom no llega hasta la próxima semana», piensa Unity. Aunque su hermano habla perfecto alemán, obtuvo su título en Derecho en Berlín y desde hace mucho tiempo le encanta todo lo teutónico, nunca se sabe cuáles serán sus opiniones. Unity no puede arriesgarse a que él cometa un error. Y dadas las extrañas circunstancias de su visita y su gran sospecha de que sus padres lo enviaron a espiarla, le preocupa mucho cómo pueda comportarse entre una multitud de nazis.

Esta noche es especial. La habían invitado antes a varias cenas y salidas de altos funcionarios nazis, aunque en general de tipo más público. «Les gusta presumirme, casi como un trofeo», piensa con una sonrisa. Pero esta noche es la primera vez que la incluyen en el círculo de allegados, quizá porque fue su idea este evento.

Cuando recibió la carta de Diana donde le hablaba de los problemas financieros de la BUF tras la decisión de Mussolini de reducir el financiamiento, supo que su arrogante hermana le pedía de manera velada que

ayudara a Mosley. Se sintió indescriptiblemente conmovida porque ella podía en verdad hacer algo por su hermana. «Una vez que me decidí, fue increíble lo fácil que pude organizar esta presentación de Mosley a Hitler», piensa.

Tras su desastroso viaje a casa, esta carta había sido muy significativa para ella. Nadie la apreció cuando estuvo en casa de Muv y Farve. De hecho, le mostraron su desacuerdo en que usara el mismo atuendo con el que se vestía en Múnich: toda de negro, con su hermoso brazalete rojo con la pequeña suástica dorada y, cuando hacía frío, sus guantes negros de piel. Unity sabía lo llamativa que se veía con su uniforme nazi, y le dio mucha tristeza que su familia rechazara su atuendo, en lugar de halagarla como ella había esperado. Y eso no fue nada comparado con el escándalo que hicieron cuando practicó al tiro en esa tediosa feria de la iglesia de san Oswald. ¿Cuál era el problema de practicar un poco cuando todo el mundo estaba fuera de alcance? Desearía que todos esos ingleses obtusos, en particular quienes llegaron apresurados al escuchar los disparos en san Oswald, pudieran verla ahora en el epicentro del poder nazi, donde la celebraban por sus puntos de vista y su vestimenta, en lugar de denigrarla.

Unity echa un vistazo por el departamento de Hitler, donde se dará el almuerzo privado; ha estado aquí antes, cuatro veces, en pequeñas reuniones. Hoy el lugar está abarrotado de obras de arte y decorado con ramos de flores. Tanto en la sala como en el comedor hay varias mesas cubiertas con manteles de lino, copas de cristal y cubiertos de plata. La lista de invitados es igual de impresionante; además de los altos oficiales acostumbrados, Hitler invitó a algunos aristócratas y alemanes célebres, incluida la hija del káiser, la duquesa de Brunswick, y a algunos miembros de la familia del famoso compositor Richard Wagner. «Diana estaría

contenta», piensa Unity, «porque si Mosley da una buena impresión es posible que cuente con nuevo financiamiento».

—*Fräulein* Mitford —la llama Winifred Wagner.

Unity se abre paso entre los invitados hasta llegar a la viuda de Siegfried Wagner, quien fue amigo de su abuelo. Piensa en lo indisolublemente entrelazadas que están su vida y la del Führer y cómo todos esos elementos compartidos los han unido hasta llegar a este momento destinado. Sabe que es parte de algo mayor que ella misma, que ha encontrado su propósito al lado de Hitler.

—Qué gusto verla, *frau* Wagner —saluda a Winifred en inglés con un cálido abrazo. Aunque Winifred se considera alemana y fue adoptada por un familiar alemán a la edad de ocho años, ella nació en Inglaterra, de padres ingleses—. Espero que esté bien.

—Con el Führer a cargo, ¿cómo no estarlo?

Sonríe radiante hacia el amado líder, de quien ella y su difunto marido han sido amigos durante más de una década. De hecho, según decían los rumores, durante el tiempo en que Hitler estuvo encarcelado en la década de los veinte, los Wagner le proporcionaban la comida y la papelería que usó para escribir su autobiografía *Mein Kampf*.

—No podría estar más de acuerdo con usted, *frau* Wagner —exclama Unity.

—Entiendo que usted y nuestro amigo se han vuelto muy cercanos —agrega Winifred con una sonrisa cómplice, casi maternal.

A su pesar, Unity siente que se sonroja. No le gustaría que ni Winifred ni nadie en el círculo de allegados de Hitler pensara que tiene grandes aspiraciones.

—Soy afortunada de poder pasar un poco de tiempo con nuestro líder.

—Cuenta con su favor, mi pequeña Valkyrie. Debería sentirse muy orgullosa de eso —dice Winifred dándole unas palmaditas a Unity en el brazo—. De hecho, mencionó que le gustaría organizar un evento especial para usted durante el Festival de Bayreuth.

El festival es un evento anual que se celebra en verano, en el que se representan óperas de Wagner en un teatro diseñado especialmente.

Unity no puede creer las palabras de Winifred, sería un honor inconcebible.

—¿Un evento para mí?

—Sí —explica Winifred bajando la voz—. Quizá desea que sea una sorpresa. Será mejor que esto quede entre nosotras.

Unity asiente y en ese momento Mosley pasa junto a ella.

—Hola, otra vez, mi pequeña fascista —le murmura.

Ayer que llegó, pasaron la mayor parte del día juntos. Unity le explicó todo lo que tenía que saber sobre Hitler. Hoy sabe que Mosley debe concentrarse en forjar relaciones con los líderes reunidos aquí para convencerlos de la importancia de la BUF en la misión global de los nazis. Unity dispuso a su lado un intérprete que le ayudara en sus conversaciones con las personas que no hablaban inglés.

Streicher acompaña a Mosley, y ambos hacen una pausa para hablar con un oficial al que Unity no reconoce. Mientras escucha a Winifred, que le habla del programa del Festival de Bayreuth y de los cambios que están haciendo en su famoso escenario, escucha con disimulo la conversación de Mosley con estos hombres.

—Creo que nos gustaría que la BUF se alineara más con nuestras creencias centrales —le dice Streicher a Mosley con ayuda del intérprete, mientras los otros caballeros asienten con entusiasmo.

—Ya estamos en estrecho acuerdo con la ideología nazi, eso no será un problema —responde Mosley en un tono tan servicial que Unity jamás le había escuchado—. ¿Hay un área en particular en la que le gustaría que nos concentráramos?

Streicher le regala su sonrisa extraña y perturbadora.

—Bueno, la BUF sólo ha rozado el problema de los judíos. Nos agradaría mucho que hiciera una declaración pública reprobando la manera en la que la comunidad judía británica controla la prensa, las fábricas, los bancos, incluso el cine. Si la BUF estuviera dispuesta a ir más allá y hacer un llamado a que se acabe con esta corrupción judía, no sólo en Inglaterra sino en toda Europa, bueno… —Su sonrisa se ensancha aún más—, eso contribuiría a convencer al Führer de que tenemos los mismos intereses.

Unity advierte la ligera mueca en el rostro de Mosley, aunque coincide de inmediato con su interlocutor.

—La BUF estará honrada de hacer una declaración pública que proclame su afinidad con las creencias nazis sobre los judíos.

Streicher entrelaza los dedos sobre su enorme vientre y exclama:

—Excelente, me alegra que así lo vea. Déjeme presentarle a nuestro anfitrión, *herr* Hitler. Creo que le dará mucho gusto conocerlo.

Los hombres cruzan el salón hasta el rincón donde Hitler habla con un grupo y, con una sonrisa, Unity vuelve a brindarle su total atención a Winifred. Está segura de que Diana estará contenta con su obra.

Capítulo 31

Nancy

28 de julio de 1936
Londres, Inglaterra

Estar tranquila. Permanecer ecuánime. No dejar que me saquen de mis casillas. No excederme en el trabajo.

Esas fueron las órdenes del médico porque Peter y yo llevamos dos años tratando de tener un bebé, sin éxito.

Ya me habían dado este consejo antes, pero fue hasta que el escándalo sobre Unity y Diana durante el verano que decidí seguir las instrucciones del médico. Me ayuda que Peter siga portándose bien. Parece que hemos adquirido el hábito de ser amables uno con otro, a fin de cuentas, es más importante que el amor. Su presencia, sorprendentemente estable, me permite mantenerme alejada de mi familia y de mi conflicto político, que sin duda empeoró cuando los fascistas italianos invadieron Etiopía, lo que aumentó el miedo que sentía por Unity y el fascismo en expansión. He podido concentrarme en actividades saludables.

Alejarme de la controversia familiar y de la presión social me ha ayudado en mi último proyecto, uno que me cautiva y me mantiene ocupada, sin hablar de que me brinda un ingreso muy necesario y no es muy extenuante: un encargo inesperado de mi primo y amigo

Edward, *lord* Stanley de Alderley.

Los Stanley de Alderley no sólo son familiares nuestros, han sido un pilar de la vida aristocrática británica. Cuando Edward heredó el castillo familiar en Escocia, descubrió un verdadero tesoro en unas cartas antiquísimas que abarcaban varios siglos. Quiere que catalogue los miles de escritos, que les dé un sentido histórico y los sintetice. Me dijo que yo era su candidata ideal, no sólo por mi talento para escribir sino porque por mi estrecha relación con la familia, comprendía sus peculiaridades y caprichos. El padre de Farve, mi *abuelo malcriado*, como lo llamábamos por sus provocaciones y su comportamiento en ocasiones censurable, se casó con *lady* Clementine Ogilvy, una hija del conde de Airlie que pertenecía a la familia Stanley. De este modo, supongo que soy una Stanley por la rama materna de Farve; así que también se trata de escribir mi propia historia.

Siento una paz desconocida frente a mi pequeño escritorio que da a la ventana del mirador en Rose Cottage. Con cada página frágil y amarillenta de las cartas de Stanley que levanto y estudio, siento que desvelo una parte de mí misma y de nuestro pasado colectivo. De todas estas maravillosas pepitas de oro que están en las cajas, una en particular llama mi atención: un intercambio de mediados del siglo XIX entre María Josefa, *lady* Stanley de Alderley, y su nuera Henrietta Stanley. María nació en 1771, su inteligencia era poco común y había recibido una educación privada superior a la acostumbrada en la época; se dio a conocer por escribir sobre el derecho de las hijas a elegir a su esposo y compartía esos puntos de vista con su nuera Henrietta, una defensora de la educación de las mujeres. Siento afinidad con estas damas, tan sorprendentemente modernas.

—¡Escucha esto, Prod! —le grito a Peter, quien está en su estudio fumando y leyendo—. María felicitaba a su

nuera Henrietta por regañar a su marido, John, el hijo de María, porque no defendía con más vehemencia los derechos de las mujeres. ¿No te parece maravilloso?

—Parece algo que se podría escribir en esta época, no hace setenta y cinco años —responde.

—¡Precisamente! —exclamo—. Creo que a las lectoras modernas les interesaría saber que algunas mujeres históricas compartían sus inquietudes y creencias. Podrían aprender una o dos cosas de estas mujeres.

—¿Piensas escribir sólo sobre Henrietta y María?

Es precisamente la pregunta con la que he estado coqueteando.

—Tal vez —contesto—. ¿Qué te parece un libro titulado *Las damas de Alderley*?

—Genial. Muy tu estilo.

Mientras considero esta posibilidad, bajo el brazo para acariciar a Milly y a Lottie, que como siempre están a mis pies. ¿Por qué mi propia familia no es como estas dos Stanley, Henrietta y María? ¿Por qué no usan su intelecto, posición social y contactos para abogar por un cambio positivo en lugar de empecinarse en poner a los fascistas en el poder, aquí y en el extranjero? Por los periódicos y las cartas que Unity y Diana le envían a Muv, sé que están en Múnich para los Juegos Olímpicos. Qué enorme pérdida de talento y oportunidad: cuántos estragos pueden causar. ¿Debería hacer algo respecto a mis hermanas y sus peligrosos puntos de vista? ¿Debería hacer algo más allá de escribir ficción sobre el tema como lo hice con *Trifulca a la vista*? Siento como si me mantuviera al margen de la vida cuando el mundo empieza a fracturarse a mi alrededor, mientras espero un hijo que podría no llegar nunca.

«Basta», me digo. Pensar en mis hermanas y en sus maniobras políticas sólo me pondrá ansiosa y me exasperará. Mis nervios han estado bastante tranquilos

estos últimos meses. Es muy posible que no resulte nada de su comportamiento conflictivo, más que mi preocupación. En su lugar, respiro hondo y regreso a la encantadora carta de María. Aunque su mundo político parece anticuado, también es manifiestamente determinado comparado con el de hoy.

Escucho los pasos de Peter cuando entra en la sala de estar. Me aprieta los hombros y mira hacia el Támesis que brilla bajo los rayos dorados y cobrizos del crepúsculo.

—Qué hermosa está la luz esta tarde.

Descanso mi cabeza sobre su brazo y pienso en lo maravilloso que es tener a alguien en quien confiar, después de todo, no es algo con lo que me haya criado.

—¿Te gustaría que saliéramos a cenar al *pub* Bell and Crown? —pregunta.

Si alguien me hubiera dicho hace cinco años que mi noche ideal sería pasar un día hurgando en cartas antiguas, seguido por una cena en un *pub* con mi esposo, hubiera pegado de gritos. Y Evelyn se hubiera muerto de la risa… Hace mucho que no veo a Evelyn, pero el plan me parece perfecto.

—Vamos.

¿Extraño las fiestas alocadas y las borracheras de mis días de mi *jeunesse dorée*, mi juventud dorada? ¿Echo de menos volver a casa a las seis de la mañana, con la misma ropa con la que había salido la noche anterior, mientras la gente empezaba su día laboral? A veces sí. Pero luego pienso en lo cansadas y solitarias que esas veladas eran en realidad. Sé que estoy contenta de haberme alejado de los días y las noches de caos que vivíamos antes en Rose Cottage. Por ahora.

Capítulo 32

Diana

28 de julio de 1936
Berlín, Alemania

«El lugar es idílico», piensa Diana sobre la casa ministerial decorada con flores. Una verdadera falange de oficiales nazis de alto rango los rodea; de un fonógrafo ondean notas de Wagner en el aire cálido de verano; una túnica dorado pálido cubre su blusa de terciopelo negro y lleva un ramo de rosas, crisantemos y claveles en las manos. No es lo que todas las mujeres desearían para su boda, pero es perfecto para M. y Diana.

La ceremonia no tiene la grandeza ni la suntuosidad de su primera boda, en la que caminó por el largo y exquisito pasillo de la iglesia de santa Margarita, en la Abadía de Westminster, con la cola del vestido sostenida por una de sus once damas de honor, ante cientos de aristócratas y miembros de la alta sociedad. La boda se publicó en las primeras planas de casi todos los periódicos ingleses y los proclamaron como «la pareja de la década». Todo fue una fachada vacía y deslumbrante.

Este evento sencillo y privado es por completo distinto y, por esa razón, perfecto. Ella y M. necesitan que la boda se haga en secreto, sobre todo por el interés de la prensa en la BUF, cada vez más controvertido, y la

constante fascinación de todo lo que tiene que ver con los Mitford. Mosley está particularmente preocupado por la ira de Baba si su unión sale a la luz; no puede arriesgarse a que ella trate de calumniarlo en público e interfiera con el apoyo y el poco dinero que la BUF todavía recibe de Italia o de algunos aristócratas conocidos.

Diana y Mosley hablaron de casarse en Gran Bretaña, pero no hubieran podido hacerlo en secreto. Incluso si hubieran celebrado la boda en privado, tenían que registrarla y eso se hubiera descubierto al final; los periodistas estaban constantemente abrumándolos sobre una unión matrimonial, en particular el inoportuno hijo de Winston, Randolph. Diana habló de este problema con Hitler durante sus viajes cada vez más frecuentes a Berlín, un fenómeno que comenzó cuando el Führer le sugirió a Diana que lo visitara en Berlín. En su residencia privada en la vieja cancillería, ambos descubrieron cuánto disfrutaban la compañía del otro.

Las veladas eran sorprendentemente informales y cómodas. Compartían *à deux* una sencilla comida vegetariana y una película, pero nada más. Él nunca inició ningún contacto íntimo o sexual, siempre se mostró reservado y cortés. Muy pocas veces las conversaciones giraban en torno a la política, Hitler pensaba que no era un asunto de mujeres. Sin embargo, cuando lo hacían ella actuaba como una ardiente fascista, aunque no se acercara a la vehemencia de Unity o de M. Ambos están de acuerdo en que haya paz y unidad entre Gran Bretaña y Alemania. Lo que Hitler esperaba en los intercambios de esas veladas agradables era una descripción de lo que ella había escuchado sobre las relaciones anglo-germanas, en particular si tenían algo que ver con su primo Winston. Para ella, este era un intercambio inocuo para su futuro compromiso financiero en la BUF.

—Por supuesto que Mosley y yo queremos casarnos —dijo en respuesta a la amable pregunta de Hitler sobre su futuro con Mosley, después de explicarle su situación poco habitual. Evitó mencionarle la relación adúltera entre Baba y Mosley, por miedo a su reacción. Diana sabía que el Führer podía ser inesperadamente moralista.

—Es natural que quieran casarse. Ese es el deseo de toda mujer y el interés de la mayoría de los hombres —respondió.

Diana había escuchado distintas versiones de este argumento, un punto de vista interesante para un líder que defiende el matrimonio y las familias con tanta fuerza, pero que siempre tuvo una excusa para no casarse con su propia amante.

—Usted no, Führer. Usted jamás podría estar en la categoría común de «la mayoría de los hombres».

Lanzó una risita. Diana sabía cuánto disfrutaba los elogios ligeros e inocentes.

—Bueno, mis deberes con Alemania son tales que jamás podría ser el dedicado marido y padre de familia del ideal nazi.

—Alemania es la más afortunada por su entrega y sacrificio —agregó Diana, lo que le ganó una palmadita en la mano por sus esfuerzos.

—Pero debemos encontrar la manera de volver realidad sus deseos. Una mujer de su belleza y posición debería tener la posibilidad de casarse con quien desea. —Hizo una pausa y, justo cuando ella estaba a punto de agradecerle sus palabras, él se puso de pie—. ¿Qué tal si se casaran aquí, en Alemania? Yo podría expedir un permiso especial del Reich para su matrimonio y no habría necesidad de presentar nada públicamente en Inglaterra.

—¿Haría eso por nosotros? ¿Nos haría ese gran honor?

Se levantó de su silla y se puso frente a él. Él le tomó la mano y la sostuvo con cuidado sobre su palma pálida.

—¿Para la belleza teutónica que servirá como puente entre Alemania e Inglaterra? Para mí, será un gran placer.

¿Diana aprovechó este amable gesto de Hitler para ejercer una sutil presión en Mosley para que se comprometiera a casarse? Quizá. Después de todo, las pláticas que habían tenido sobre su compromiso habían consistido en pretextos y promesas vagas de parte de M., y Diana se estaba cansando de estas evasivas. Nunca lo molestaba o presionaba y, al final, no tuvo que hacerlo: Hitler lo hizo.

Por fin se encuentra ahora ante el juez, con M., lista para convertirse en su esposa. «Cuánto tardó en llegar este día», piensa, lanzando un profundo suspiro de satisfacción. Si tan sólo sus hijos pudieran estar aquí. Odió tener que dejarlos para hacer este largo viaje, en el cual la boda sería sólo la primera parte, porque los niños ya están grandes como para darse cuenta y saber cuánto tiempo estuvo ausente, pero era necesario. Los viajes constantes a Alemania se han vuelto agotadores, pero sabe que debe mantener su condición dentro del círculo de allegados de Hitler para beneficio de Mosley y para el suyo propio.

Su único testigo, Unity, llama su atención. Diana sabe lo nerviosa que está por ser la única dama de honor y el único miembro de la familia presente. Su desequilibrio, un entusiasmo casi histérico, le recuerda que tendrá que mantener vigilada a su hermana menor. La manera en la que Unity llegó al seno del poder alemán la ha vuelto un poco inestable; y hablar de su regreso a Inglaterra, como Muv y Farve sugirieron

cuando Tom regresó para informarles que todo parecía estar bien con Unity, no es una posibilidad. Diana necesita a Unity en Alemania porque requiere tener acceso a Hitler. Sería extraño que Diana viajara a Alemania sin la excusa de visitar a su hermana.

Diana desvía su atención de Unity, le sonríe a su amado. Su cabello oscuro, espalda ancha y su presencia poderosa son tan imponentes en este momento como la noche en que lo conoció. El camino para afianzar a M. ha requerido más valor y abandono del que creyó posible, pero nunca dudó de que tendría éxito. Siempre ha confiado en su fuerza de voluntad.

Aunque el ministro de Propaganda del Reich, Goebbels, no adora a Diana porque sospecha de todo lo británico, su casa en Berlín se ha vuelto la capilla de bodas, y el desayuno de celebración será en su residencia en Wansee. Diana no cuenta con ningún miembro de su familia con quien celebrar esta unión, a excepción de Unity. No es tradicional, cierto, pero el camino que ha tomado no es común.

Capítulo 33

Unity

1 de agosto de 1936
Berlín, Alemania

La suntuosidad es imponente, mucho más incluso que cuando Unity asistió a las diversas *parteitag* en estos años. Es indescriptible la emoción que siente al ver que la llama olímpica entra al enorme estadio, la joya del complejo deportivo recién construido, abarrotado con más de cien mil espectadores. Qué orgullosa se siente de estar aquí en los estrados especiales, detrás del podio de Hitler, el día de la inauguración de los Juegos Olímpicos, parte integral de esta nueva y poderosa Alemania; clave para garantizar la armonía entre Alemania y Gran Bretaña. Hitler le aseguró que ése también era su objetivo.

El público guarda silencio cuando Hitler entra al estadio. Todas las miradas están en él cuando acepta un tributo floral de una niña pequeña, y Unity está encantada de que el resto del mundo pueda ver al Führer amable que ella conoce tan bien; la persona detrás del líder firme y poderoso que se presenta siempre. El silencio perdura en el estadio cuando Hitler sube las escaleras al podio y se prepara para hablar. El público piensa que les dará un discurso frenético y dramático, como los que han visto en innumerables

noticieros cinematográficos, pero Unity sabe que eligió un enfoque diferente para este escenario.

El Führer se para frente al micrófono y hace una pausa antes de empezar.

—Declaro inaugurados los Juegos Olímpicos de Berlín, que marcan la decimoprimera Olimpiada de la Era Moderna —dice con calma, despacio y sin hacer muchas gesticulaciones:

El estadio se queda inmóvil durante un largo segundo, esperando que Hitler hable más. Unity tiene que sofocar una risita ante la maestría y la forma inesperada en la que Führer está manejando hoy las expectativas del mundo. Cuando por fin asiente, la señal para que empiece el desfile, la audiencia lanza vítores ensordecedores. El desfile comienza.

La primera de las cuarenta y nueve naciones empieza a marchar por la pista y pasa frente al estrado de invitados especiales alemanes e internacionales donde se encuentran Unity y Diana. Casi cuatro mil atletas vestidos con los atuendos distintivos de su país marchan y saludan agitando las manos. Alemana tiene casi cuatrocientos cincuenta contendientes y Estados Unidos es su mayor competidor.

Después de casi una hora de esta procesión, Unity y Diana se sientan, al igual que quienes están frente a ellas. El Führer permanece de pie todo el tiempo y Unity se pregunta si alguna vez lo ha adorado más que en ese momento.

Cuando Hitler hace el saludo nazi a los atletas de cada país, Unity advierte que sólo los italianos, los representantes de Mussolini, tienen la cortesía de devolver el mismo saludo. Los atletas británicos se niegan a usar ese gesto; si bien Unity se considera patriota, esta falta de respeto la avergüenza. Desea más que nunca que los esfuerzos de Mosley por hacer de la BUF el partido político dominante en Inglaterra hubieran

tenido éxito ya. Si hubiera triunfado, los deportistas británicos también usarían el saludo nazi aquí hoy. Aunque nunca se lo diría a Diana, Unity tiene serias dudas de que Mosley logre tener la misma clase de triunfo que Hitler. Pero quizá, sólo quizá, es posible que Unity sea capaz de interceder a favor de Mosley. Lo desea con fervor; ¿de qué otro modo podría lograr su sueño de una alianza entre Gran Bretaña y Alemania?

Bajo el estruendo de la enorme banda de música, Unity escucha a dos oficiales nazis en la gradería:

—No me parece que sea un boicot.

Sabe que se refieren al llamado público de parte de algunas facciones de las comunidades británica y estadounidense para boicotear los Juegos, para manifestar su desacuerdo con las políticas de exclusividad aria del Tercer Reich. Lo que alimentó la protesta fue la exclusión de su club de algunos atletas judíos de las instalaciones deportivas y de las asociaciones, en particular los casos del campeón de peso completo, Erich Seelig, del equipo alemán de boxeo; el tenista alemán de gran nivel, Daniel Prenn, a quien sacaron del equipo de la Copa Davis y a Gretel Bergmann, una atleta de clase mundial.

El otro oficial resopla.

—Los malditos británicos y estadounidenses hicieron todo ese alarde, y lo único que lograron fue quedar como mentirosos.

—No hay evidencia de discriminación contra los judíos aquí en Berlín, ¿o sí? —responde el otro con una carcajada.

—Nuestro buen Goebbels se aseguró de eso.

Unity recuerda la actividad frenética durante los meses previos a las festividades olímpicas: se quitaron de las paredes todos los letreros que anunciaban las regulaciones de actividades semíticas y los periódicos dejaron de arremeter contra el pueblo judío, a quien

culpan de todos los males, pasados y presentes, que padece Alemania.

—Fue una jugada brillante permitir que la esgrimista judía, Helene Mayer, compitiera por Alemania.

—Cómo es posible que Alemania persiga a los judíos si una atleta judía lo representa en los Juegos Olímpicos, ¿cierto?

—Exacto, aunque me enferme ver cómo nos saluda.

Unity hace un esfuerzo por desviar su atención de estos hombres; por un momento, sus palabras la perturban. ¿Por qué se siente así, sobre todo hoy? Ella cree firmemente en todo lo que representan, y mucho más; lo ha demostrado en conversaciones, lo ha publicado en periódicos, lo ha formulado en sus discursos en los mítines; debería estar feliz este día, pero hay algo que le molesta a su conciencia. Se niega a escuchar esa voz, la acalla.

De pronto siente una mirada. ¿Alguien la vio hacer una mueca por los comentarios sobre Helene Mayer? Debe tener cuidado. Esos nazis de alto rango están celosos de su relación especial con Hitler y sabe que están al acecho de cualquier error. Aunque esta plática sobre los judíos le parece vulgar, no hará nada para poner en peligro su relación con el Führer. Dirá y hará lo que sea necesario para promover su vínculo y su misión.

Mira alrededor de manera furtiva. Diana no la observa, está haciendo un esfuerzo por reprimir un bostezo. Unity sabe que a Diana le aburren terriblemente todas estas prácticas, nunca ha sido muy adepta al lanzamiento de disco, pero es consciente de la importancia de este espectáculo. Aunque Unity está resentida por las reuniones *à deux* entre Hitler y Diana, es feliz por tener a su hermana a su lado. Juntas hacen una pareja formidable.

En ese momento, Unity advierte a Eva Braun. En las pocas ocasiones en las que sus caminos se han cruzado, la hostilidad de Eva ha sido evidente; sin duda alimentada por los rumores de agitadores como Goebbels. Unity pensó que, una vez que Hitler instaló a Eva en Berghof como su amante oficial, desaparecería cualquier sombra de celos. Ambas tenían papeles diferentes, pero igual de importantes, que jugar en el destino de Hitler. Unity sería quien lo elevaría hasta su posición divina como Führer Supremo de Europa.

Capítulo 34

Nancy

4 de octubre de 1936
Kent, Inglaterra

¿Cómo esperan que me quede aquí sentada escuchando su plática frívola, su parloteo sobre esposas y amantes, las últimas veladas y quién se vistió cómo? ¿No se dan cuenta de lo banal que es todo eso? El nudo en mi estómago aumenta con cada sandez. Quiero gritar, pero en su lugar esbozo una pequeña sonrisa falsa para Muv y la prima Clemmie, y me disculpo para levantarme de la mesa, dejando que Debo y Pamela se encarguen de la conversación.

Camino hasta la ventana y por ella veo el jardín del primo Winston. A decir de Clemmie, toda la casa ha sido idea de Winston; él compró Chartwell en un capricho hace años, cuando ella acababa de dar a luz a su hija menor, Mary, y nunca se la ha adjudicado como suya. El jardín, en particular, le pertenece a él; una gran cantidad de proyectos sin terminar se extienden sobre las áreas verdes, incluido un muro de ladrillo a medio construir que, al parecer, también es uno de los planes de Winston. No puedo imaginarlo usando overol, con la mezcla hasta los codos y manipulando ladrillos.

¿Por qué vine hoy para someterme a este asalto a la normalidad? Conforme pasan los meses y mis esperanzas

de embarazarme se esfuman, he aprendido que me siento más segura con el pasado. Las cartas amarillentas y manchadas de los Stanley; los intercambios mordaces entre María y su nuera Henrietta: ahí puedo perderme sin molestia o enojo, sin ningún asalto a mis pensamientos o emociones.

Si mi situación no mejora, si no puedo embarazarme otra vez este mes, ¿me perderé para siempre en el pasado? No me cuesta imaginar un futuro al que dedico años examinando esas cartas, escribiendo un volumen tras otro sobre el legado de la familia Stanley, al tiempo que pospongo mi propio porvenir triste y sola.

El olor a puro permea el aire; volteo y encuentro a Winston a mi lado. ¿Cómo hace un hombre tan robusto para moverse con tanto sigilo? Ni una sola de las duelas crujió cuando cruzó la habitación hasta llegar a mí.

—Duraste más tiempo en la conversación de lo que hubiera creído —dice dándole una profunda calada al puro.

—¿Cuánto tiempo creíste que duraría?

—Quince minutos. —Voltea a ver su reloj de pulsera—. Soportaste veintitrés. Mucho más de lo que yo hubiera podido aguantar.

—Ni siquiera te sentaste con nosotras.

—Soy un hombre que conoce sus límites.

Rio.

—Me parece que tus límites son famosos —digo.

Como lo son sus excentricidades. Mis hermanas y yo a menudo nos preguntamos cómo la elegante y recatada Clemmie tolera, incluso consiente, sus necesidades singulares y sus horarios diarios aquí en Chartwell, incluidos los baños de varias horas, además de verlo trabajar, la mayoría de los días, acostado en su cama, en pijama, hasta la hora del almuerzo. ¿Clemmie prefiere este aislamiento tan peculiar a la humillación

que tendría que soportar en espacios más públicos a los que están acostumbrados? En estos sitios, enfrenta la burla y el ostracismo por las declaraciones de su marido sobre la amenaza de los nazis y el daño que el primer ministro Chamberlain le está haciendo a Inglaterra con su actitud conciliadora. Las personas no quieren escuchar la verdad; la ficción es mucho más agradable.

—Hace tiempo que quiero tener una conversación privada contigo, ¿sabes?

¿Qué demonios querrá Winston de mí? Siempre tengo la sensación de que, tanto mis hermanas como yo, le parecemos insoportablemente frívolas, aunque sin duda no pudo formarse esa opinión con base en largas conversaciones que haya tenido con nosotras. Siempre prefería hablar con Farve y Tom, acompañado frecuentemente de su hijo Randolph.

—¿Conmigo? ¿A qué debo el placer?

Se saca el puro de la boca un momento y lo utiliza para señalar hacia la ventana.

—¿Caminamos por el jardín? Parece que el clima no va a cambiar.

—Suena divino —respondo. ¿Qué más podía decir?

Mientras nos paseamos por el jardín de Winston, con su vista al lago artificial, hablamos primero de la propiedad y de los planes que tiene para ella. Después, sin transición, va al grano.

—No sé si alguna vez te dije cuánto disfruté *Trifulca a la vista*.

Me detengo de golpe.

—¿Leíste *Trifulca a la vista*?

Me ofrece una sonrisa pícara con el puro en la boca.

—¿Por qué te sorprende? Mis intereses literarios son vastos y variados.

Le devuelvo la sonrisa.

—Nunca dudaría de la amplitud de tus lecturas. Es sólo que *Trifulca a la vista* es más paja que nada. En la

familia no fue muy popular.

Winston resopla.

—Imagino. Las páginas estaban plagadas de Mosley y Unity, ¿no es así?

Lo miro con falsa modestia.

—No sé a qué te refieres. El capitán Jack y Eugenia son personajes de ficción.

Ignora mi comentario y continúa con el tema que quiere tratar.

—Los puntos de vista que compartes sobre el fascismo en ese libro son cualquier cosa menos paja.

—Cierto. Escribir es mi manera de expresar mis opiniones. En realidad, las mujeres no tenemos muchas vías en las cuales se pueda escuchar nuestra voz —explico mientras caminamos sin prisa.

—Comparto tus puntos de vista. —Se detiene y me mira—. He visto cómo se comportan esos chicos de Hitler; he estado siguiendo de cerca sus intrigas, gracias a mis fuentes. No importa lo que ese idiota de Chamberlain diga, el fascismo es una amenaza para nuestro país; ya sea en Alemania o en nuestro territorio.

—No soy experta en fascismo alemán, pero he sido testigo de primera mano del daño que puede y ha causado su modalidad inglesa. —Hago una pausa y añado—: Uso sátira y humor porque son las únicas armas de las que dispongo, y la verdad atañe muy de cerca a varios miembros de mi familia.

—Esos miembros de tu familia son los que me preocupan, Nancy.

No necesitaba mencionar a Unity y a Diana para dejar claro de quiénes habla.

—A mí también —admito.

Me pregunto por qué de pronto Winston se interesa en el bienestar de mis hermanas. Es cierto que siempre ha sentido un cariño especial por Diana quien, junto con Tom y Randolph, pasaba más tiempo en Chartwell que

el resto de nosotros, pero no creo que albergue algún afecto especial por Unity. Pocas personas lo hacen fuera de la familia.

—¿Diana y Unity te hablan de Hitler? —indaga.

Su pregunta no me sorprende. La obsesión de Winston por Hitler y sus planes es bien conocida, aunque sea una postura muy poco popular en el gobierno de Chamberlain, así como entre los aristócratas a quienes atrae el fascismo y el nazismo como un antídoto contra el comunismo.

—No puedo decir que Diana y yo seamos muy cercanas estos días. Habrá adivinado que *Trifulca a la vista* tiene algo que ver con esto. Y con Unity, en fin, ella no ha venido mucho a Inglaterra. Su hogar está en Múnich y ese no es un lugar al que yo muera por ir.

—Ya veo. Aunque ya no estoy en la posición que antes disfrutaba, sigo teniendo relaciones con el corazón del poder en Inglaterra, y me preocupa que Hitler pueda explotar a tus hermanas, a Unity, más que a Diana. Esto será cada vez más importante en los días por venir. Sé de buena fuente que Alemania e Italia están considerando una alianza.

Me estremezco al pensar que los dos poderes fascistas unirán fuerzas.

—¿A qué te refieres cuando dices que Hitler podría explotar a mis hermanas? ¿Con fines de propaganda? —pregunto perpleja.

Puedo entender por qué alguien puede disfrutar llevar a la hermosa Diana del brazo en una rueda de prensa o un evento público, pero Unity es una bala perdida, en el mejor de los casos.

—En parte. Sin duda las exhibió en los Juegos Olímpicos. Su presencia entre todos esos nazis hace que Hitler sea más atractivo para los ingleses, supongo que ese es su objetivo. Y Unity se ha presentado como su portavoz en contra de los judíos.

Hago una mueca de disgusto al escuchar esa desagradable referencia.

—¿Cuál es la otra parte?

—Sacarles información.

—¿Crees que Hitler está obteniendo información valiosa de Unity? —Me río—. A ella le importa más aprender qué postres prefiere su amado Führer que hablar de estrategia militar. Incluso con Diana sería exagerado decirlo. No es que Mosley tenga acceso a lo que se hace al interior del gobierno ni a las decisiones clave en cuanto a política internacional, incluida Alemania.

—Tal vez tus hermanas no tienen malas intenciones y no se dan cuenta de la importancia de lo que han escuchado en compañía de la alta sociedad inglesa, ni de lo que hayan divulgado o puedan divulgar. —Le da una calada al puro mientras observa el paisaje—. O quizá sí. Es posible que tú estés en una posición privilegiada para averiguarlo o puedes mantenerte al margen de la batalla que se prepara, y sólo escribir sobre ella.

Permanezco callada, no estoy segura de qué es lo que me pide y me sorprende su perspicacia sobre mi actual estado de ánimo.

Al sentir mi confusión, agrega:

—Es una invitación, Nancy, para que ayudes a cambiar la dirección del futuro del mundo.

Capítulo 35

Diana

4 de octubre de 1936
Londres, Inglaterra

Qué aspecto tan poderoso tiene su esposo ahí, en el podio improvisado en Cable Street, en el East End de Londres, desde donde habla a los Camisas Negras de la BUF sobre continuar la marcha después del desfile que realizaron en Royal Mint Street. «Su esposo», piensa de nuevo. Cuánto adora pensar y usar esa palabra cuando habla de M. Aunque ya antes ha tenido un cónyuge, estar casada con M., y vinculada a un gran destino a través de él, la complace de manera extraña.

En ese momento, M. voltea en su dirección y sus ojos se abren como platos. Le había advertido que no asistiera, pero ella quería estar ahí para ver su triunfo. El día después de que él salió de su nueva casa, Wootton Lodge, en el norte de Inglaterra —una casa mágica de piedra del siglo XVII a la que se llega al final de un camino de kilómetro y medio bordeado de hayas y enclavada en las faldas de las cumbres nevadas de las colinas de Weaver Hill, donde los chicos pueden deslizarse como si fuera un tobogán casi todo el año y M. puede pescar trucha en uno de los varios lagos de la propiedad—, Diana se escapó a Londres para sorprenderlo en el mitin. Y ahora observa cómo el placer

y luego la frustración transforman el rostro de M. al verla en la periferia de la multitud enfurecida, reunida para protestar.

El pueblo judío del East End, antifascistas y partidarios del comunismo por igual, se ha reunido para manifestarse en contra de Mosley y de este mitin de la BUF. Diana calcula que son miles. La posición pública de la BUF en cuanto a la comunidad judía ha suscitado su antagonismo. Desde la visita de Mosley a Alemania el verano antepasado y su ceremonia de bodas el pasado, la BUF se ha pronunciado de forma más clara en cuanto a los peligros que representa la comunidad judía, pasando de un relativo silencio sobre el tema —Mosley no dijo ni una sola palabra sobre judaísmo en su manifiesto *The Greater Britain*— a atacar con todas sus fuerzas a esta población. Tan sólo la semana pasada M. dio una entrevista en la que proclamó que la llamada voluntad del pueblo está determinada por el sector financiero judío.

Mosley había hecho exactamente lo que Streicher le había pedido en su primera reunión, y a cambio la BUF ha recibido la generosidad del Reich. Aunque Hitler no ha hecho ningún comentario —quiere que la posición de la BUF parezca haberse originado de su propio movimiento—, en privado, compartió su satisfacción con Diana. A ella le alegra lo que ha forjado tras bambalinas, incluso si es un poco desagradable. Sólo desea que los ciudadanos británicos puedan ver el mérito de la reforma social propuesta por M. sin que se expresen de manera tan vulgar, pero también sabe que, sin el apoyo de Hitler, la BUF podría dejar de existir. ¿Qué pasaría con M. en ese caso? Esta postura política era una mal necesario.

La muchedumbre se hace más ensordecedora. Levantan los puños y letreros que dicen «No pasarás». Los protestantes gritan y ordenan a los Camisas Negras

que se vayan de East End, un vecindario con una fuerte población judía; la razón principal por la que M. lo eligió para este mitin. Los opositores trataron de bloquear la marcha antes de que empezara, pero el gobierno estuvo de acuerdo con el argumento de M.: él y su organización debían tener permiso de libre discurso y autorizaron la marcha. Aunque los encargados estuvieran del lado de Mosley, Diana sabe que muchos políticos murmuran sobre la impaciencia de M. con el gobierno británico existente, pero se pregunta por qué M. debería ser paciente cuando el sistema está fallando frente a sus propios ojos. El gobierno actual favorece a la vieja guardia, no al pueblo británico, y M. tiene todo el derecho de actuar y arriesgarse; sin hablar de que los ciudadanos de Gran Bretaña odian el cambio.

—¡Lárguense del vecindario! —grita un joven rufián.

El cántico «¡Fuera!» se generaliza y ahoga las consignas y canciones de la BUF. De pronto empiezan a volar objetos: ladrillos, sillas, botellas de vidrio, todo cruza sobre la cabeza de la muchedumbre y aterriza con sonidos atronadores. Se pueden escuchar otros gritos, diferentes, no el grito de guerra de los objetores, sino alaridos. Diana ve sangre que escurre sobre el rostro de una joven y empieza a retroceder hasta que golpea la pared de ladrillo de una carnicería.

Diana se agacha para evitar una botella de leche; ahora se da cuenta del gran error que cometió al ignorar las advertencias de M. Le dijo que podía estallar la violencia. Sin embargo, como sucedía con todo, Diana siguió sus propios planes y esta noche, en sus proyectos estaba apoyarlo, hubiera o no peligro. Y aquí está ahora.

Mira alrededor, no encuentra ningún camino fácil para salir. Sin embargo, puede ver que llega una multitud de policías. Justo cuando siente una ola de alivio, observa que los disidentes no sólo atacan a los

miembros de la BUF, sino también a la policía, algunos con palos envueltos en alambre de púas. ¿La violencia ha escalado más allá de la BUF y ahora incluye a la policía porque el gobierno permitió la marcha?

Diana está atrapada entre los manifestantes, la policía ineficaz, la barricada que le bloquea la salida e, incluso, por los oficiales de la BUF que no pueden pasar entre el grupo de gente que rodea el podio donde todavía está M.

Un enorme adoquín pasa silbando junto a su cabeza y se estrella contra la ventana de la tienda, enviando esquirlas de vidrio sobre la multitud. Diana siente que la empujan cuando la gente trata de correr; tropieza y casi cae al suelo, pero logra enderezarse en el último segundo. Jadeando, sabe que estuvo a punto de ser aplastada.

Mira sobre la multitud y ve que M. está hablando con un hombre a quien reconoce como Philip Game, el comisionado de policía. «¿Qué hace?», se pregunta. No es posible que M. esté aceptando las exigencias de los disidentes o que esté en marcha un cambio de opinión del gobierno. Eso significaría debilitar a Hitler terriblemente, justo cuando Mosley ha logrado demostrar fuerza y lealtad al Führer. Sería un acontecimiento desastroso que socavaría la solidaridad que al fin ha logrado forjar, gracias a ella.

La furia amenaza con apoderarse de ella. ¿M. acabará con todo el laborioso progreso que ella ha hecho con Hitler, los mimos interminables y las lisonjas amables que tuvo que llevar a cabo para convencer al Führer de que Mosley es su hombre en Inglaterra? ¿Mosley se burlará de sus esfuerzos con su debilidad?

Más tarde, uno de los hombres de M. aparece a su lado y la lleva por un callejón, lejos del caos. Todo en lo que Diana puede pensar es en M., en si habrá cometido ese tremendo error. ¿Dónde está M. y qué está

haciendo? ¿Qué más tendrá que hacer Diana para demostrarle a Hitler que su esposo y su organización son uno con la causa nazi?

Capítulo 36

Unity

4 de octubre de 1936
Múnich, Alemania

Unity recorre de un lado a otro su nuevo departamento, un espacio elegante que Hitler le regaló con un roce de la mano y un beso amable. Ella aplaudió de alegría al ver la enorme sala con su hermosa vista al Jardín Inglés, y se lanzó a sus brazos por este obsequio tan generoso, aunque él desestimó su gratitud.

—No es nada —dijo—. Los dueños judíos ya no lo necesitaban.

Ella vio una pequeña sonrisa debajo de su bigote. Y como siempre, le gustó complacerlo.

Pero sólo una cosa podría satisfacerla ahora: la presencia de su Führer. Sentada en el reposabrazos del sofá gris topo que venía con el departamento, Unity se levanta de un salto un segundo después. Es incapaz de estar quieta un momento siquiera. Si Muv pudiera ver cómo camina, fuma y masculla para sí misma, la describiría como inquieta. Pero Unity sabe que la palabra «inquieta» no alcanza a describir la agitación que siente, el fuego que la consume.

«¿Dónde está Hitler?». Aunque sabe que Alemania e Italia están en pláticas para celebrar un tratado, y que él está ocupado en ese esfuerzo monumental, eso no calma

sus nervios. Quisiera buscar a uno de sus oficiales y hacerle, a gritos, la pregunta que la atormenta día y noche. Pero sabe que no obtendrá respuestas si pierde los estribos. Un estallido público no es propio de una mujer aria, debe encontrar otra manera.

Hace dos meses que Unity no ve a Hitler, desde los Juegos Olímpicos. No lo ha visto en ninguno de los lugares a los que acostumbra ir: la Osteria Bavaria, la Königsplatz rodeada de sus edificios oficiales, su departamento en Prinzregentenplatz, ni siquiera en la cervecería que frecuenta con sus militares, Hofbräuhaus am Platzl. Ha esperado innumerables horas, días, con la inútil esperanza de echar una sola mirada a su amor, a su razón de ser. La eludió en Múnich e incluso en Berlín, en su sede oficial y su residencia. El único lugar donde no lo ha buscado es en el departamento de Eva, en la Wasserburger Strasse, cerca del propio departamento de Unity. Y no lo ha hecho sólo porque teme las represalias de la mujer, quien es bien conocida por sus celos y por no escatimar en tomar medidas para garantizar la atención del Führer, aunque eso signifique atentar contra su propia vida.

¿Por qué se alejó de Unity? ¿Qué hizo ella para recibir este castigo? ¿En verdad está tan ocupado? Las lágrimas escurren por sus mejillas por el dolor de esta separación, la más larga que ha padecido y la única para la que no le dio ninguna explicación, ni nota alguna. Es como si el vínculo que los une se estirara hasta el punto de casi romperse, y el dolor de este distanciamiento y la idea de una posible separación le parecen intolerables.

Unity enciende un cigarro con la colilla aún ardiente del anterior e inhala profundo. Si tan sólo supiera por qué dejó de llamarla podría redimirse. ¿Había hecho algo incorrecto en los Juegos Olímpicos? ¿Con Eva, con Goebbels? Sabe que el ministro de propaganda de Hitler la tiene en muy alta estima porque

es ciudadana inglesa, pero la amistad de Diana con su esposa, Magda, ha mitigado ese juicio tan contundente. ¿Diana habrá hecho algo para ofender al Führer? Había cabeceado varias veces de manera obvia durante las ceremonias y los juegos olímpicos. Quizá el Führer piensa que ya no puede contar con el apoyo de las famosas hermanas Mitford en eventos públicos.

Por las ventanas en arco de la sala, mira las copas de los árboles de maple del Jardín Inglés, cuyas hojas empiezan a adquirir un hermoso tono dorado. Intenta razonar, imagina una conversación con Diana, la única que es capaz de tranquilizar sus nervios crispados o aligerar su estado de ánimo. «Oh, Bobo», diría Diana con una alegre risita, «sabes que *herr* Hitler tiene un país que gobernar, volver a militarizar la región de Renania, conquistar un continente. Su ausencia no es una señal silenciosa de que has perdido su afecto, sino un indicador de su diligencia. Trata de no ofenderte, querida». Y Unity sería capaz de reírse de sí misma. Sin embargo, ahora que está sola en su departamento, esa despreocupación le parece imposible y sólo imagina lo peor: el exilio.

Un soldado solitario de las *Schutzstaffel* —las SS—, marcha en la periferia del Jardín Inglés y a Unity se le ocurre una idea. Corre al baño, se vuelve a poner lápiz labial, se endereza la blusa y, precipitándose a su recámara, se quita la falda de *tweed* para vestirse con la falda y el saco del uniforme negro fascista y sus guantes. Asiente satisfecha ante su reflejo en el espejo de cuerpo completo y sale de su departamento a grandes zancadas; baja la escalera de caracol y sale por la puerta principal, hasta el camino que rodea el parque.

Se detiene un momento para confirmar la ubicación del soldado y camina por la banqueta hacia él. Con la mirada baja y la cabeza inclinada, avanza en su dirección. Justo antes de toparse con él, se enjuga unas

lágrimas que había contenido.

Chocan uno contra otro, justo como Unity lo había planeado. Mira al soldado a la cara con los ojos arrasados por las lágrimas y exclama una disculpa:

—*Es tut mir leid!*

—*Mach dir keine Sorgen, junge dame* —responde él amablemente, deteniéndose para asegurarse de que ella está bien.

—Es que estoy tan desconsolada por el Führer —dice Unity en un alemán sin ningún acento; las horas de estudio y práctica han dado frutos—. No puedo pensar más que en su seguridad y su salud.

El joven oficial de las SS, un ario perfecto de cabello rubio y ojos de un azul tan claro que parecen traslúcidos, se yergue aún más con una expresión alarmada.

—¿Le pasó algo a nuestro líder? ¿Acaban de hacer un anuncio oficial en el radio?

Este soldado también debe saber algo de los rumores sobre Alemania e Italia.

—No, no —le asegura—. Es sólo que…

Unity hace un esfuerzo para que su voz se apague, como si no pudiera pronunciar las siguientes palabras.

—Es sólo que ¿qué?

—Acabo de tener un sueño horrible sobre nuestro amado Führer —murmura llorando de nuevo—. Si tan sólo pudiera ver su rostro y confirmar por mí misma que está bien, me quedaría tranquila.

La expresión del soldado se suaviza y sus labios dibujan una sonrisa benévola.

—*Junge dame*, creo que, si algo le hubiera pasado a nuestro líder, yo lo sabría. Estoy familiarizado con sus programas diarios y todo está en orden. —La sonrisa se vuelve orgullosa—. Después de todo, soy miembro de las *Schutzstaffel*.

Las SS son sólo el reflejo de la gloria y el poder del

líder a quien protegen; por lo tanto, no son nada comparadas con él. Sin embargo, Unity sabe que su reacción es un elemento crítico en esta danza en la que representa su coreografía. Si quiere lograr su objetivo, debe fingir que está impresionada. Abre los ojos como platos y su boca dibuja un círculo de sorpresa. En silencio, ruega que su expresión parezca natural, después de todo, nunca ha sido muy buena para fingir.

—¿Usted es miembro de las SS?

—Así es —responde dándole una palmadita en el hombro—. Le prometo que, si nuestro líder estuviera en peligro, yo lo sabría.

Unity pone la mano sobre la del soldado.

—Oh, qué afortunada soy de haberme topado con usted. —Ambos ríen por la pequeña broma y ella agrega —: De cualquier manera, sólo deseo ver a nuestro Führer. Espero que no me considere codiciosa o malagradecida por su amabilidad.

—De ningún modo, *junge dame*. La considero una nazi devota y esa cualidad es la más atractiva en una dama.

Unity baja la mirada con modestia.

—¿Puedo invitarlo al departamento de mi familia a tomar té como agradecimiento? —pregunta en voz baja.

El soldado mira la hilera de edificios que bordean el Jardín Inglés; viviendas imponentes y lujosas que sólo se pueden permitir los alemanes más ricos o los favoritos de Hitler.

—¿Vive cerca?

No se molesta en ocultar su asombro.

Unity señala su departamento.

—Justo ahí. —Sabe que a él le parecería impropio que viviera sola, por lo que se apresura a agregar—: Con mis padres y nuestra ama de llaves, aunque en este momento están de viaje.

Él echa un vistazo a su reloj de pulsera y luego a

Unity.

—Mi turno casi termina, supongo que lo apropiado es que la acompañe a su casa, dado el estado en el que usted se encuentra.

Unity asiente y lo toma por el codo para guardar el equilibrio. Caminan juntos hacia su departamento y la conversación sólo gira en torno al Führer y al glorioso destino de Alemania. Unity hará cualquier cosa, sacrificar su cuerpo y su alma si es necesario; incluso insinuársele a este joven oficial de las SS para que así le confíe el paradero de Hitler. Debe encontrar a su amado Führer y probarle de nuevo cuánto vale.

Capítulo 37

Nancy

23 de enero de 1937
Londres, Inglaterra

Mi nueva pluma fuente Montblanc Meisterstück recorre el papel grueso color marfil, llenando mi habitación con el agradable rasgueo de su movimiento. El sonido es mucho más placentero que la resonancia metálica de las cacerolas que Mary, la sirvienta, hace en la cocina, o que la puerta principal que Peter azota enojado de camino al trabajo o donde quiera que finja ir todos los días. Qué alivio es poder tomar mi pluma para ahogar todos esos ruidos desagradables, hundirme en la historia de *Las damas de Alderley*, lejos de los pleitos constantes con mi esposo y las preocupaciones omnipresentes en cuanto a la cirugía de fertilidad que me ha confinado a esta cama desde hace más de quince días.

Vuelvo a la introducción de mi manuscrito. Me resulta muy difícil condensar los temas tan ricos que veo surgir de las vidas de María y de su nuera Henrietta, por quienes siento un gran orgullo familiar. Por Dios, mi antepasada *lady* Stanley fundó Girton College en Cambridge, en 1869, para brindarle a las mujeres una oportunidad de tener una educación de primera categoría.

¿Cómo fue que mi familia pasó de esa perspectiva

tan elevada sobre las mujeres y la educación, al rechazo de mis padres a enviarnos, a nosotras, a una escuela formal? La excepción fue Unity, a quien no podían esperar sacar de la casa. Es para quedarse atónito.

Cierro los ojos un momento y me pregunto cuál es el elemento más importante de la época de las Stanley. La respuesta no tarda en llegar. Me conmueven la calma, la estabilidad firme de sus ideas políticas, independientemente de que surgieran del anticuado sentido de su privilegio aristocrático. Me emociona la manera en la que tomaron decisiones a partir de una preocupación digna por los ciudadanos, incluidas las mujeres. Sobresale en el crudo contraste con las ideologías políticas caóticas e inseguras que prevalecen en la actualidad, en las que el miedo de la pérdida de los medios financieros está provocando que se abandone el sentido común del altruismo. ¿Estoy feliz de escribir *Las damas de Alderley* porque añoro esa Inglaterra de antaño, que desapareció hace tanto tiempo? Nunca pensé que yo fuera tan formal.

Con un ademán ostentoso, pongo el punto final de la última oración en la última página del montón de papel. Coloco la pluma sobre la mesita de cama; examino su exterior en esmalte y platino, y sacudo la cabeza al pensar que estuve a punto de devolver este encantador e inesperado regalo de Navidad que me hizo Peter.

—¿Me compraste una Montblanc Meisterstück? —le pregunté de manera retórica sobre la pluma fuente fabricada en Alemania—. Bien podrías poner una suástica nazi adornada con un moño bajo el árbol de Navidad.

Ni siquiera a Muv y Farve, que no son grandes admiradores de Peter, les pareció correcto mi comentario la víspera de Navidad y me dijeron que me disculpara y aceptara el regalo. Más que ese obsequio de

manufactura alemana, mi enojo se debía, sobre todo, a que volvió a esas noches largas de libertinaje y ebriedad. Estoy segura de que mi marido no me ha perdonado, y sé que yo no lo he perdonado a él. Pero aún lo necesito, aunque sólo sea para tener un bebé.

Extiendo el brazo sobre la cama para tomar una hoja nueva de papel, pero siento una punzada de dolor en el abdomen. Me toco el vientre con pánico. ¿Me lastimé por hacer ese movimiento tan descuidado? El legrado al que me sometí, necesario para remediar mis problemas de fertilidad, me obliga a guardar cama y hacer los menores movimientos posibles para poder sanar; eso dijo el médico. Cuando le pregunté si era seguro escribir en cama en una mesita como charola me ignoró, como si fuera imposible que una actividad tan anodina me dañara. Pero el médico subestimó la fuerza de mi mente errante e inquieta, y la capacidad de mi cuerpo para seguirle el ritmo.

El dolor se calma y mi miedo junto con él. Recuerdo que el doctor me advirtió que sentiría dolores y molestias, así como punzadas fuertes, pero si pasaban rápido, todo estaría bien. Y debe estar bien.

Inhalo profundo, coloco la hoja en blanco sobre la mesita y empiezo a escribir otra vez. Alguien toca la puerta de mi recámara y me interrumpe.

—¿Señora? —dice Mary.

—¿Sí? —respondo tratando de no sonar molesta.

—Disculpe que la interrumpa, tiene visita.

¿Una visita? Nadie llamó ayer para saber cómo estaba, pero los *Bright Young Things* no planean exactamente con anticipación; ya no son jóvenes, como le recordé a Evelyn y a Anthony Powell cuando vinieron a verme hace dos días. Hicieron una mueca ante la pequeña provocación, pero no contraatacaron porque sabían que era cierto. El primer comentario que salió de la boca de Evelyn cuando entró a mi habitación fue la

crítica por haberme sometido a cirugía por un bebé que sólo serviría para atarme para siempre al insufrible Peter. También dijo que siempre pensó que «yo conseguiría a un hombre mejor». Sus palabras me lastimaron, sobre todo porque tiene razón.

—¿Quién es? —pregunto.

—Su hermana.

Quiero pedirle que sea más específica, después de todo tengo cinco hermanas, pero sé que mi tono mostrará mi enfado, y ya llegué al límite de la paciencia de Mary. No puedo permitirme perderla; con mi escritura como único ingreso apenas podemos pagarle.

Sin decir una palabra más y sin un asentimiento de mi parte, la puerta se abre y entra Diana, hermosa como siempre. Estoy tan asombrada con su presencia en mi pequeña casa que no puedo hablar. No la he visto en semanas, desde la boda a finales de diciembre de Pamela y Derek Jackson, el peculiar renacentista apasionado por la física, la equitación y el fascismo en igual medida. Incluso en ese evento apenas y nos saludamos. La boda abarrotada le permitió a Diana evadirme y, para ser justos, estaba muy ocupada porque Pamela, de quien se había vuelto inseparable debido al fascismo de Derek, la llamaba todo el tiempo. Sin hablar de que lo único en lo que pensaba la gente durante la boda era en la escandalosa abdicación del rey debido a su amor por Wallis Simpson; era muy difícil imaginar algo así. Al parecer, la única pregunta presente era quién podía renunciar a un trono por una mujer.

—Nancy —dice Diana a modo de saludo, con esa voz suya tan suave.

Siempre sé cuáles son sus sentimientos hacia mí por el nombre con el que se dirige. No he escuchado mi apodo, «Naunce», desde que publiqué *Trifulca a la vista* hace ya casi dos años; lo sigue considerando una traición personal.

—Diana, qué inesperado placer —digo con cautela.

—Muv me contó de tu cirugía y pensé en venir a verte para saber cómo estás, ahora que estoy en Londres. Sobre todo, porque Muv y Farve se fueron con Unity a Alemania; ella iba a manejar su coche nuevo.

Siento la tentación de preguntar por qué no los acompañó, ya que siempre aprovecha para darse una vuelta por Alemania, pero me abstengo. Esta visita que me ofrece en son de paz es inesperada, pero muy bienvenida y no quiero que esta pequeña reunión termine antes de empezar. Extraño a mi compañera favorita de la infancia. Una referencia a nuestras rencillas políticas perturbaría esa intención.

—Te lo agradezco mucho. —Hago un gesto para señalar la recámara y luego mi camisón—. Recuperándome, como puedes ver.

Mira a los pies de la cama y luego hacia mí, una solicitud callada para que le dé permiso de sentarse. Asiento y ella se acomoda en el borde. Incluso ese movimiento del colchón me provoca molestia en el abdomen y hago una mueca de dolor.

—¿Estás bien, Naunce?

Mis ojos se empañan al escuchar mi apodo. Me apresuro a amarrar mi bata de seda para no tener que mirarla.

—Tanto como debería —respondo; luego cambio el tema—. Extraño ver a tus hijos. ¿Les gusta la nueva casa?

Me sorprendió su mudanza a Wootton Lodge, la propiedad alejada en Staffordshire. El norte de Inglaterra está muy lejos de ser el centro de la sociedad, donde Diana florece, pero supongo que es apropiado para el trabajo de Mosley en el área de Manchester; y mantenerlo alejado de la tentación de otras mujeres es conveniente para Diana.

Su rostro se suaviza.

—Ellos también te extrañan. M. la disfruta mucho, le encanta pescar trucha en los lagos que rodean la casa. —Su rostro adquiere una expresión soñadora cuando menciona a Mosley. No puedo creer cómo este hombre sigue cautivando a mi hermosa e impenetrable hermana. ¿Cuál es su secreto?—. Es un placer verlo deshacerse de su pesada carga de líder, aunque sea sólo un momento.

No la corrijo, yo le pregunté por Jonathan y Desmond, no por Mosley; él no me importa en lo más mínimo. En su lugar, dirijo de nuevo la conversación a mis sobrinos sin recurrir a mis burlas acostumbradas.

—¿A los chicos les gusta?

—Se sienten en la gloria con los bosques alrededor y los campos de jacintos silvestres en los que juegan o andan a caballo en otoño y primavera, y adoran las colinas nevadas por las que se deslizan en invierno —responde con una sonrisa casi beatífica.

—Suena ideal. ¿Y tú? ¿Disfrutas volver a esa suerte de esplendor natural que tanto gozamos en nuestra infancia? —pregunto con una risa.

Diana sonríe.

—Cuando estoy ahí, lo disfruto. Pero últimamente he viajado mucho para ayudar a M. con su trabajo.

¿Diana se refiere a sus viajes a Alemania? El único otro viaje fueron sus vacaciones de verano al Mediterráneo. Es interesante que describa sus excursiones a Alemania como trabajo; antes fingía que iba a Múnich para ver cómo estaba Unity. En mi mente se enciende una señal de alarma al recordar esa extraña conversación con Winston. Me pregunto si es la confirmación de sus sospechas de que mis hermanas están en Alemania por algo más que su extraña devoción por los fascistas. Los intereses son ahora mucho mayores que en el momento en que tuvimos la conversación, ya que ahora Alemania cuenta con nuevas alianzas: Italia, en octubre, y Japón, en noviembre.

Estudio a mi hermana, tan encantadoramente fría con esa media sonrisa enigmática. Si voy a continuar con mis pesquisas privadas, tendré que irme con cuidado. La esfinge es conocida por guardar sus secretos con una violencia feroz.

Capítulo 38

Diana

24 de enero de 1937
Londres, Inglaterra

Diana sabe que la gente la mira boquiabierta por su atuendo, su cabello, sus joyas y sus hermosos hijos. Ella desea protegerlos de esas miradas y especulaciones infames; es absolutamente repugnante hacerlo en una iglesia. Pero sabe que no puede enfrentarse a los feligreses de santa Margarita, ya sea con palabras o con acciones, de lo contrario la etiquetarían como algo mucho peor que la pecadora, como ya la clasifican, por su divorcio de Bryan Guinness y el supuesto adulterio con Oswald Mosley. No puede hacerle eso a los chicos y se obliga a que no le importe; cuando sus planes den frutos, esas miradas habrán cambiado de la repugnancia a la reverencia.

El párroco empieza el servicio y ella vuelve su atención hacia el altar. Mantiene las manos en la nuca de sus hijos rubios y se obliga a concentrarse en el sermón. Detrás del ministro se alza un imponente vitral del siglo XVI con la exquisita y maravillosa imagen de la Crucifixión, que la hechiza hasta que advierte que también conmemora la unión de Enrique VIII con Catalina de Aragón, la antítesis del tipo de unión que ella desea tener con Mosley. Cuando acaba el servicio y

los feligreses empiezan a dispersarse, espera que los bancos de la iglesia se vacíen antes de guiar a sus hijos por el pasillo.

—Diana, Diana —. La voz le parece extrañamente familiar.

Finge que no la escucha, y ella y los niños siguen su camino.

Unos sordos pasos suenan detrás de ella hasta que siente una mano sobre el hombro.

—¿Diana?

A esta distancia, la voz es inconfundible. Diana hubiera deseado no venir hoy a la iglesia, o que sus padres estuvieran aquí para que le sirvieran de escudo. Después de todo, ella no asiste a misa muy seguido, y mucho menos con los niños. Pero ellos ya tienen cinco y seis años de edad y puesto que los servicios regulares serán parte de su educación escolar, quiere que se sientan cómodos en los bancos y con los rituales de las misas largas.

Da media vuelta y fuerza una sonrisa.

—Buenos días, Winston. Es encantador verte —dice.

—Encantador es una palabra que yo usaría para describirte a ti, Diana, no a mí —responde Winston con los labios curvados alrededor de su desagradable puro apagado.

Winston extiende la mano para tomar la suya, por lo que tiene que soltar los deditos suaves y regordetes de Desmond. Luego, ese hombre robusto se inclina y le besa la mano con sorprendente delicadeza. Diana hace un esfuerzo por no estremecerse.

«Qué equivocado está este hombre con sus diatribas en contra de Hitler y los nazis», piensa. Son intentos obvios y desesperados para regresar al poder. No es de asombrarse que haya puesto en su contra a gran parte de la sociedad y a casi todo su partido político. No tiene ni

idea de lo que habla y sus invectivas se volverán en su contra. Pero ella no puede decir nada, todavía no. Llegará el momento, cuando Mosley esté en el poder.

—Qué coincidencia verte aquí. Justo pensaba en tu pobre y atribulada hermana en el camino de la casa a la iglesia —dice entre dientes conforme avanzan por el pasillo, lado a lado, una vez que Diana le dice a Desmond que tome la mano de Jonathan. Winston y Clemmie tienen un departamento cerca de la Catedral de Westminster, de la que forma parte santa Margarita, y en ocasiones vienen aquí cuando Winston no está en Chartwell debido a sus sórdidas movidas políticas.

—¿Qué hermana? Tengo muchas de dónde escoger.

—¿Todas tienen problemas? Hubiera pensado que la palabra «atribulada» sólo podía describir a Unity.

—Supongo que es cuestión de juicio y perspectiva —responde evasiva.

—En mi caminata de esta mañana pensaba en cómo la propaganda nazi de ese hombre, Julius Streicher, utiliza a Unity, puesto que siempre la describe como parte de la familia de Winston Churchill.

Diana no advierte cuando él hace una pausa. Puede ver con claridad adónde quiere llegar, y es un lugar al que ella no quiere ir. Nada bueno saldría de enfrentar a Winston ahora o admitir nada; ni para ella ni para Mosley.

—¿No estás muy preocupada por tu hermana? —insiste para provocarla; sabe que ella no puede quedarse callada frente a una pregunta tan descarada.

—¿Por qué habría de estarlo? Unity siempre ha sido muy firme y consistente en sus creencias. En Alemania no sólo es libre de expresarlas, sino que tiene la oportunidad de participar en la causa en la cual cree.

—¿No te preocupa que tu hermana se haya convertido en una… una… —tartamudea en busca de una palabra, algo inusual en Winston, quien en general

es muy prolijo—, compañera de Hitler? ¿O su portavoz?

Diana sabe hacia dónde va Winston, ha escuchado los rumores sobre Unity, en Alemania y en Inglaterra: que intercambia favores sexuales por información sobre Hitler y su paradero, que tiene toda una serie de oficiales de las SS con quienes mantiene amoríos ilícitos, que a veces organiza orgías con todos ellos, que en verdad es la amante de Hitler. Diana no es ingenua, sabe que Unity podría tener relaciones sexuales con uno o más de los guardias de Hitler. De hecho, ha visto evidencias en el departamento de Unity. Pero el resto de los rumores, las múltiples parejas sexuales, las orgías, ser amante de Hitler… a Diana le parece que son calumnias motivadas por los celos. Al menos eso es lo que ella se dice.

—¿Por qué me molestaría la amistad que Unity tiene con Hitler, Winston? Yo misma he pasado mucho tiempo con el Führer, en cenas, óperas y festivales. Siempre me ha parecido bastante caballeroso.

—¿Sus políticas no te parecen ofensivas? ¿Sus acciones?

—¿Por qué estaría en contra de las políticas que le devuelvan el orgullo a Alemania, después de que languideció de vergüenza tras la Gran Guerra? ¿Por qué deberían parecerme ofensivas las medidas económicas que disminuyen el desempleo?

La luz del sol del domingo la enceguece cuando salen del oscuro interior de santa Margarita. Debe entrecerrar los ojos para mirar a Winston.

—¿Y qué dices de su práctica de colocar a sus oponentes en campos de concentración? ¿Qué hay de las Leyes de Núremberg? —insiste.

Diana no muerde el anzuelo sobre los judíos y se concentra en el tratamiento que da Hitler a los disidentes.

—Por supuesto que creo que no está bien encarcelar

a alguien sin que tenga un juicio. No podemos encerrar gente sólo porque piensa diferente. Pero, ¿por qué tenemos que criticar a Alemania por algo que Gran Bretaña hace una y otra vez en Irlanda del Norte, en nuestras colonias en India y África, por ejemplo? Quienes viven en casas de cristal no deberían arrojar piedras; ¿no fue lo que dijo hoy el ministro en el sermón de hoy?

—*Touché* —dice Winston con una risita—. Pero Unity ha adoptado el antisemitismo nazi como propio, y ahora se le cita de manera rutinaria como una odiadora de judíos, según sus propias palabras. ¿No te molesta que Hitler tenga tanta influencia sobre ella? Odio pensar en los actos desagradables que pudiera perpetrar en la búsqueda de los objetivos de él.

Diana fuerza una carcajada.

—Se ve que no conoces bien a Unity, primo Winston. Nadie tiene una voluntad tan férrea y nadie puede forzarla a hacer algo que ella no quiera; ni Muv ni Farve ni sus hermanas ni Hitler. Así que yo no perdería mi tiempo preocupándome por que haya sido… ¿qué, Winston?, ¿hipnotizada?

—¿Y tú? —pregunta Winston estudiando el rostro de Diana con atención.

—¿Yo? —dice furiosa. Se da cuenta de que arquea una ceja con indignación—. ¿Crees que yo soy susceptible a una influencia indebida?

El rostro de Winston destella arrogancia, luego impaciencia y por último humor.

—¿Lo eres?

—¿Cómo te atreves? —espeta Diana.

Endereza los hombros y mira fijamente a ese hombre mezquino, redondo y pretencioso. Le enfada que este impostor piense que alguien como Hitler, incluso Mosley, son capaces de manipularla cuando, de hecho, es ella quien ejerce todo el poder. Hace uso de un

autocontrol considerable para mantener su fachada tranquila e implacable.

Winston no responde, se limita a chupar su maldito puro y a mirarla fijamente, como si fuera una especie nueva que hay que clasificar mediante las características que la identifican para entonces asignarle un nombre latino.

Diana recupera la compostura y sonríe.

—Primo Winston, ¿no fuiste tú mismo quien alguna vez escribió que no deberíamos juzgar la vida de un hombre hasta que la muerte le haya puesto término? Difícilmente estamos en esa etapa, la totalidad de la obra de Hitler no está ni cerca de haber terminado, y la mía tampoco.

Capítulo 39

Unity

25 de enero de 1937
Múnich, Alemania

La risa de Muv hace eco en los altos techos bañados de oro. Farve ríe con ella y, muy pronto, su anfitrión también. Unity sonríe al escucharlos, maravillada por su gran fortuna. La gente a la que más ama, Muv, Farve y Hitler, está reunida en un solo lugar. Es evidente que están contentos en compañía unos de otros y su alegría resuena por todo el salón. ¿Alguna vez había sido tan feliz?

Qué bendición ha sido que Diana decidiera quedarse en Londres y no acompañar a sus padres en este viaje. Aunque Unity agradece que su hermosa hermana comparta su pasión por la causa nazi, Diana prefiere ser la única Mitford bajo los reflectores. A menudo, hace que Unity permanezca en las sombras. Con frecuencia se pregunta por qué Diana insiste en monopolizar toda la atención aquí en Alemania, cuando siempre está en el centro en todas las áreas de su vida. Sin mencionar que tiene a Hitler por completo para ella durante sus visitas a Berlín. Unity sólo quiere un poco de Hitler para ella y, al fin, hoy lo tiene. Es como si esas largas y dolorosas semanas lejos de él nunca hubieran sucedido.

—¿Otro *éclair*, *lady* Mitford? —pregunta Hitler a Muv con la traducción de Unity; ya tiene la mano en la charola de plata cubierta de *strudels* y *éclairs* que está sobre la mesa entre ellos. El Führer está sentado en una silla tapizada de color ciruela oscuro junto a Farve, en tanto que Muv y Unity ocupan un sofá que hace juego frente a ellos. Unity ha pasado varias tardes aquí, sola con el Führer, compartiendo comida exquisita y estudiando los bocetos de ella; siendo también artista, Hitler entiende bien lo satisfactorio que puede ser su cuaderno de dibujo, y comparten la manera en la que el arte puede ser una fuerza poderosa en política.

—Qué amable, *herr* Hitler. Me encantaría otro —responde Muv, Unity traduce. Hace una pausa antes de tomar uno de la charola—. Este es un honor especial —agrega, sabiendo que Unity traducirá sus palabras y su énfasis.

Hitler ofrece los *éclairs* a Unity y a Farve, cada uno toma el suyo con obediencia. Le parece que nunca había visto a su padre, siempre tan tempestuoso y voluble, tan intimidado y humilde. Si bien el departamento de ocho recámaras de Hitler en Prinzregentenplatz es bastante lujoso y está adornado con flores, sabe que es el hombre el que ha impresionado a Farve, no su residencia.

Unity ya los había presentado, por supuesto. Sus padres estuvieron en compañía de Hitler en dos *parteitags* y en varios mítines, y se habían visto en la Osteria Bavaria. Pero esto es diferente por completo.

—¿Una invitación privada para tomar el té en el departamento de Hitler? —preguntó Muv, incrédula—. ¿Sólo nosotros cuatro?

Incluso Farve intervino al preguntar si Unity había entendido bien. Unity disfrutó su asombro cuando ella les informó que se trataba de un honor indescriptible que sólo el círculo más íntimo recibía, y que había pospuesto su viaje a su casa de las montañas sólo para

verlos.

—Ya veo de dónde sus hijas sacaron esos maravillosos ojos azules, *lady* Redesdale —dice Hitler, poniendo con cuidado la charola sobre la mesa mientras Unity traduce.

¿Muv se sonroja? Unity piensa que jamás había a su madre ruborizarse. Cuando Muv lanza una risita nerviosa como respuesta, confirma su sospecha. Unity siente escalofríos; quizá Farve crea que es impropio que su madre se comporte de manera tan coqueta, tan infantil, aunque sea con el Líder Supremo… o tal vez, precisamente, porque se trata de él.

Pero Farve no advierte nada inoportuno en la reacción de Muv porque se atreve a bromear:

—Sin duda no los sacaron de mí, *mein* Führer.

Hitler ríe. Unity se da cuenta de que esta es la primera vez que Farve se dirige a Hitler como *mein* Führer, su líder. Ha cambiado de opinión sobre el partido nazi. De hecho, estuvo rotundamente de acuerdo con el discurso que dio el ministro Joachim von Ribbentrop durante el banquete del club anglo-alemán en Londres al que todos asistieron, justo antes de las vacaciones y de la boda de Pam; pero Farve evitó meticulosamente el título. ¿Habrá adoptado por completo los puntos de vista de Unity sobre los nazis y su sueño de una alianza entre Alemania y Gran Bretaña? Sin duda, Muv ya lo hizo.

—Estoy seguro de que se benefician de su sabiduría, *lord* Redesdale, aunque no del color de sus ojos —dice Hitler jalándose un poco el bigote—. Sin duda fue usted quien heredó a sus hijos el gran talento de escritura que mostró en la carta que publicaron en *Times* la primavera pasada.

«Ahora es Farve quien se sonroja», piensa Unity mientras le traduce a su padre lo que dijo Hitler. Es extraordinario. No puede esperar para contárselo a sus

hermanas, sobre todo a Decca. Aunque ella y las opiniones políticas de su hermana más cercana sean por completo contrarias, Decca estará muy impresionada por la reacción de Farve.

—Bueno, F… Führer —tartamudea Farve. Unity se da cuenta de que el título no es algo que pueda decir de manera natural—. Me parece que la manera en la que se ha tratado a Alemania desde la guerra es absolutamente poco inglesa y decididamente injusta, y pensé que ya era hora de que alguien lo dijera. Por supuesto, primero presenté esos mismos puntos de vista en la Cámara de los Lores.

Todos los hermanos Mitford se asombraron cuando su padre acudió a Londres a compartir su nueva perspectiva. Hasta ese momento, sólo había ejercido su derecho a comparecer en la Cámara de los Lores, algo relativamente reciente puesto que Farve sólo era el segundo *lord* de Redesdale, cuando sus derechos de nobleza parecieron estar en riesgo.

Hitler se yergue en su silla, aunque su postura siempre es erguida, y asiente.

—Por eso le estaré eternamente agradecido. Los alemanes no contamos con muchos adeptos en Gran Bretaña estos días.

No nombrará a Winston en voz alta, pero todos sabemos que habla de él. La relación familiar entre ella y Winston nunca deja de avergonzarla, y a Unity le alegra no tener que decirlo cuando traduce.

Farve mira a Unity y luego de vuelta a Hitler.

—Unity nos ha abierto los ojos sobre lo que pasa, en realidad, en Alemania. También escuchar sus discursos lo ha hecho, por supuesto.

—Me alegra —dice Hitler, y deja que el silencio se apodere de la habitación.

Al parecer, espera que Farve llene ese silencio.

Farve se sonroja y Unity advierte que no es el

mismo rubor de bochorno por los elogios de Hitler, sino de ira. Espera que su padre no estalle, como acostumbra.

—Le dije a todos esos aristócratas y políticos vanidosos de la Cámara de los Lores que se equivocan. ¡Cómo pueden pontificar sobre Alemania cuando la mayoría de ellos no ha venido aquí para ver con sus propios ojos cómo usted ha puesto las cosas en orden!

Unity le lanza una mirada de advertencia a su padre mientras traduce sus palabras al alemán. Aunque lo que está diciendo es correcto, sencillamente sería un error que se lanzara en una de sus diatribas incontroladas.

Farve se da cuenta y suaviza el tono.

—Un ejemplo, Führer: sus críticas al tratamiento que Alemania le da a los judíos son muy ingenuas. He visto a muchos judíos aquí y se les trata con perfecto respeto si siguen las reglas que les impusieron. Sólo usted puede evaluar a la población en su país y determinar quiénes y qué amenazas suponen. Si siente que esa es la manera más segura de manejar a la población judía, ¿quiénes somos nosotros para juzgar? Se les dio la oportunidad de marcharse, si así lo deseaban. Sencillamente no tenemos el mismo conocimiento que usted tiene y es inaceptable que algunos de mis compatriotas actúen como si supieran más que usted. Era hora de ponerlos en su sitio.

Hitler se lleva las manos al corazón cuando Unity reitera los sentimientos de su padre en alemán; los ojos de Unity se llenan de lágrimas al ver que el Führer está tan conmovido.

—Qué emocionante, *lord* Redesdale. Tenemos una deuda por su noble servicio. —Voltea a ver a Unity y agrega—: Es más de lo que merezco, puesto que ya nos ha dado mucho. Usted comparte a su valiosa hija conmigo aquí en Múnich. La compañía constante de mi valkiria personal no sólo me consuela, sino que me

inspira a creer que, un día, podremos lograr que Alemania y Gran Bretaña compartan un mismo objetivo. Ese es su deseo más ferviente y el mío también.

Unity casi se queda sin aliento al escuchar a su amado Hitler describir su sueño como el suyo propio. Este es su deseo más profundo, el que le murmura al oído cuando están solos. Aunque en verdad nunca están solos. Las SS siempre están a su lado, protegiendo el mayor tesoro de Alemania.

—Eso es lo que esperamos también. Después de todo, algunos de nosotros todavía reconocemos los vínculos históricos, políticos, culturales y de sangre entre Gran Bretaña y Alemania.

Hitler casi da un brinco al escuchar a Farve.

—Sus palabras son tan bienvenidas y agradables como una de las óperas de Wagner.

—Mi padre ayudará como pueda en Gran Bretaña, *mein* Führer —interviene Unity emocionada—. Igual que yo, cree con firmeza que debemos encontrar una manera en la que Gran Bretaña y Alemania estén en paz. Si podemos unirnos, debemos ser amigos—. ¿Cierto, Farve? —agrega mirando a su padre con un mandato disfrazado de pregunta.

Unity sabe quién detenta el poder ahora.

Capítulo 40

Nancy

20 de marzo de 1937
San Juan de Luz, Francia

¿Por qué siento como si me hubieran asignado esta tarea porque no tengo nada que perder? Ni posición social ni título, ninguna profesión meritoria, ningún marido prometedor. Sin duda, no tengo hijos. Supongo que debería estar agradecida de que la solicitud me sacara de casa y me devolviera al mundo.

Muv niega completa y categóricamente que esa sea la razón por la que me seleccionaron. Afirma que mis creencias políticas —si hubiera que definirme, sería socialdemócrata— me hacen la candidata perfecta para rescatar a Decca, sencillamente porque soy la única cuyas creencias políticas no le parecen tan aberrantes a mi hermana menor, y por eso tengo mejores oportunidades para hacerla volver. Para horror de todos, una de mis hermanas se ha vuelto comunista hecha y derecha, y huyó a España con Esmond Romilly, comunista e hijo de la prima Nellie, hermana de Clemmie. Mi trabajo consiste en convencerla de que vuelva a casa, al seno fascista de nuestra familia burguesa.

«¿Cómo?», podría preguntarse cualquiera. No tengo la menor idea. Decca puede ser socialmente más

agradable que Unity; en su temporada de debutante estuvo hermosa y fue popular, aunque algo reticente. Sin embargo, es terca en la misma medida. Y por lo que dicen, Esmond también lo es; quizá eso explique su decisión de escaparse del internado para publicar una revista de izquierda antes de unirse a la Brigada Internacional para luchar contra el fascismo en la Guerra Civil española, con Decca pisándole los talones.

Todo este maldito asunto es ridículo y desafortunado. Sin embargo, Peter y yo nos fuimos a esa costa de Francia para llegar hasta el HMS Echo, en el que convencieron a los fugitivos que abordaran, sólo porque el embajador le dijo a Decca y a Esmond que les prohibirían el paso a los españoles refugiados si no los acompañaban. Debo admitir que fue una idea genial de su parte. Ahora estoy aquí, entre los almacenes y los cordajes del puerto de San Juan de Luz, donde amarrará el HMS Echo, preguntándome cómo demonios voy a arrastrarla a casa, con Muv y Farve, al tiempo que me las arreglo para llamar la menor atención posible de los reporteros que también están aquí reunidos.

—Dios mío, ¿son ellos? —pregunta Peter señalando al muelle donde amarrará el destructor, en el que una pareja extremadamente joven está de pie, hombro con hombro, con un grupo de españoles sucios. Me asombró que mi exmarido se ofreciera a acompañarme en esta misión de rescate; había pensado que tendría que hacerlo sola. «Tengo que vigilar a la señora, en caso de que esté esperando bebé», había dicho con un guiño, recordándome la razón principal por la que me quedé con él.

Entrecierro los ojos hacia el barco, bajo el sol poderoso del Mediterráneo, y trato de distinguir a la pareja que Peter señala. Por fin, localizo a mi encantadora hermanita, con su cabello negro y cuerpo flexible. Aunque el HMS Echo se acerca rápidamente a la

concurrida dársena francesa, su mirada está fija en Esmond; lo mira con ojos brillantes.

—Esa condenada niña está enamorada —murmura Prod hacia mí; es el comentario más astuto que haya hecho jamás.

Si bien encontró su devoción por el comunismo de manera honesta o, al menos, como una reacción comprensible al fascismo ferviente que le impuso su compañera de cuarto de la infancia, Unity, este desarrollo romántico dificultará mi tarea sobremanera. Supongo que Decca ha reforzado su compromiso con la causa comunista.

Ahí nos quedamos mientras ellos dos avanzan tranquilamente por la rampa de desembarco, tomados de la mano, con sólo dos pequeños bolsos entre ellos. Sus sonrisas despreocupadas desaparecen cuando alzo la mano para saludarlos y Decca me ve.

—¡Malvada! ¡Nos tuviste muy preocupados! Muv no ha dejado de llorar a mares.

—¡Por los mil demonios! ¿Qué hacen ustedes dos aquí? —pregunta—. Esta es una emboscada —agrega en voz alta para quien pueda escucharla.

Le doy una calada profunda a mi cigarro antes de responder, para evitar agredirla verbalmente.

—Bueno, querida hermana, no estaría aquí en San Juan de Luz si tú no hubieras falsificado una carta en la que unos amigos te invitaban a visitarlos en Francia, para, en realidad, huir con Esmond —respondo señalado a mi primo segundo, con quien me he encontrado algunas veces durante las vacaciones en casa de la prima Clemmie y a quien considero desagradablemente agresivo—. Muv y Farve se pusieron como locos, muertos de preocupación cuando se enteraron de que no estabas en Dieppe. ¿Te das cuenta de que hasta que la madre de Esmond recibió una carta en la que le informaban su paradero y posible matrimonio, nuestros

padres no hicieron nada más que esperar junto al teléfono una llamada de la policía? Pensaban que habías muerto.

El arrepentimiento cruza el rostro de Decca hasta que voltea a ver a Esmond, cuya actitud y expresión son rotundamente desafiantes en contraste. Al verlo, sus rasgos cambian y reflejan los de él.

—¿Qué derecho tienes de imponerme tus ideas de clase alta? Tengo más de dieciocho años y debería tener la libertad de elegir qué quiero hacer. Deseo trabajar con los cuerpos de prensa en la Guerra Civil española, con Esmond. —Sus palabras suenan como si salieran directamente de la boca de él. ¿Qué le pasó a mi hermana? Su rostro se descompone en una expresión enfurecida—. ¿Fuiste tú quien tramó todo para que tomáramos este barco? ¿Eres responsable de la presión gubernamental que prácticamente nos obligó a abordar?

—Baja la voz, Decca —interviene Peter—. Los reporteros pululan en todo el muelle. Tu pequeña aventura ha llenado los titulares de los periódicos y nos gustaría mantener esta reunión fuera de la prensa. La intervención del gobierno fue obra de la madre de Esmond, no de tu hermana o tus padres, así que tu enojo está mal dirigido.

Esmond mira a Peter con desdén.

—Que los reporteros escuchen nuestra historia —anuncia con voz estridente—. Más ingleses deberían estar preocupados por lo que pasa en España. Es el presagio de la batalla más grande entre fascistas y comunistas que se desarrolla en el continente, a nuestro alrededor, y que los británicos ignoran por comodidad.

En mi opinión, este joven desagradable tiene razón, pero no es el momento ni el lugar para tener una discusión política acalorada. Además, su tono es insoportable. Tenemos que controlar esta situación.

Pero Peter no puede evitarlo.

—Ya estoy harto de tus sermones, jovencito —espeta—. Nancy y yo no somos tus enemigos, simplemente estamos aquí para asegurarnos de que están bien y para ofrecerles apoyo en nombre de los Mitford, en caso de que Decca quiera volver a Londres. Deberías…

Este intercambio está a punto de estallar y eso no me ayudará en la tarea que me han asignado. La actitud de Peter de mirar hacia abajo al joven y jugar el papel de hermano mayor sólo hará que Esmond y, en consecuencia, Decca, se aferren más a su posición; vi cómo su rostro enrojeció al mencionar el apoyo financiero de la familia. No necesitamos más obstinación, sino un poco de sensibilidad que, sé, mi hermana es capaz de mostrar.

—Lo que Peter quiere decir es que hemos estado preocupados por ti y sólo queremos hablar un poco —interrumpo a Peter—. A la vuelta de la esquina hay una cafetería tranquila donde sirven un *coq au vin* delicioso. ¿Podemos invitarlos a comer y beber algo?

Los ojos de Decca y de Esmond se iluminan con la palabra «comer» y me pregunto hace cuánto tiempo tuvieron una comida como Dios manda. Sin esperar a que respondan, tomo el bolso de Decca, Peter se lleva el de Esmond al hombro y empezamos a caminar las pocas cuadras hasta el café.

Escucho a mi espalda la voz de Esmond.

—La única razón por la que estoy dispuesto a hablar contigo es porque escribiste *Trifulca a la vista*. El resto de los Mitford son unos nazis.

Aunque tengo muchas ganas de responderle con un agradecimiento burlón, permanezco en silencio. Agradezco haberme mordido la lengua, porque mi hermana avanza para caminar junto a mí, lo que me da la oportunidad de preguntarle:

—¿Cómo le hiciste para pagar esta aventura?

Muv me dijo que ella y Farve le habían dado a Decca treinta libras para el viaje que ellos pensaban que haría con amigos, pero ese dinero debió acabarse hace tiempo. Hasta donde yo sabía, su único ingreso debía ser el pequeño salario que Esmond recibía de Reuters.

—Sabes que siempre tengo ahorros para huir de casa —responde con una risita.

Rio con ella. Me divierte recordar que Decca escondía dinero desde que era prácticamente una niña pequeña.

—Lo había olvidado.

Rememoro todas las veces que Diana, Unity y yo molestamos a Decca sobre el montón secreto de centavos y libras que atesoraba, destinado siempre para su escape. Al parecer, el dinero finalmente cumplió su cometido.

—¿Estás bien, Decca? Todos hemos estado muy preocupados por ti —digo pasando mi brazo libre sobre sus hombros huesudos.

Siempre ha sido delgada, pero durante su estancia en España se ha puesto escuálida.

Para mi alivio, no se deshace de mi abrazo; en su lugar, coloca su mano sobre la mía.

—Ha sido maravilloso… —calla al darse cuenta cómo podría interpretarse que describa la guerra de España con entusiasmo desbordado—. Quiero decir, me encanta estar con Esmond y trabajar juntos por algo más grande que nosotros mismos.

—¿Aunque signifique vivir con Esmond sin estar casados?

—Sobre todo por eso —responde con una risita traviesa—. En fin, Esmond siempre dice que el matrimonio es un constructo clasista y burgués.

—Por supuesto que eso dice —mascullo para mí misma, con cuidado de no ser hostil con Decca o forzarla a que me dé un largo discurso sobre las maravillas del

comunismo.

Llegamos al café y nos sentamos en una de las mesas con superficie de mármol.

—¿Por qué no sacan a Unity de Múnich? —pregunta Decca—. ¿Por qué Muv y Farve sólo consideran necesario que ustedes vengan a buscarnos a nosotros?

—Muy buena pregunta —dice Peter entre dientes.

No lo culpo, él ha preguntado lo mismo a mis padres una y otra vez, pero ese comentario no ayuda en nuestro argumento actual.

Lo fulmino con la mirada y respondo lo mejor que puedo a algo que yo misma no dejo de preguntarme.

—Supongo que se debe a que ella pidió permiso antes de irse a Múnich y pasó por los requisitos normales: se quedó en un internado aceptable en el centro de la ciudad, se inscribió a clases de alemán, etcétera. No se escapó en secreto con un joven, mientras fingía que estaba de vacaciones con sus amigos.

Arquea las cejas al escuchar mi interpretación sobre Unity en contraste con ella. Voltea a ver a Esmond y dice:

—¿Cómo es posible que acepten que Unity viva en un departamento que le ofreció el líder nazi fascista de Alemania y que él obtuvo de una pareja judía a quien, seguramente, envió a un campo de concentración? ¡Un departamento al que no sólo invita a oficiales de las SS cuando y como le da la gana, sino donde recibe al mismo Hitler! Sin embargo, es más que reprensible que Esmond y yo trabajemos en España para las personas a quienes los fascistas reprimen y atacan con violencia, sólo porque tienen inclinaciones comunistas.

Su comentario me deja muda y, por un momento, también Peter y Esmond permanecen callados. Decca ha puesto sobre la mesa la naturaleza inconsistente de mi misión y la hipocresía de nuestros padres y de la gente

como ellos. Supongo que Muv y Farve lo explicarían afirmando que Unity está segura porque cualquier trato que puedan acordar Chamberlain y Hitler aseguraría la relación entre ambos países, o que, si esa paz no durara, entonces quizá Gran Bretaña y Alemania se alinearán con Mosley cuando tome el control en casa. Entonces Decca está, de algún modo, en riesgo, pero sería una mentira. La verdad se encuentra en el abismo que hay entre sus opiniones sobre el fascismo y el comunismo, que se crea sobre la base de sus propios intereses y miedos. Qué personal puede ser lo político.

Capítulo 41

Diana

20 de marzo de 1937
Berlín, Alemania

Diana pensó que había sido inteligente dar excusas para no hacer el viaje a Múnich con Unity y sus padres en enero. «Berlín», murmuró para sus adentros. «Ahí es donde debo ir». En Berlín tenía a Hitler sólo para ella, sin el parloteo servil e incesante de Unity, y donde podía ejercer la mayor influencia sobre él. Pero, ¿haber esperado venir a Alemania hasta este viaje secreto de primavera fue un error terrible y engreído? ¿Qué pasaría con Decca y Esmond, que ahora estaban en todos los periódicos bajo titulares alarmantes como «Otra Mitford anarquista», sólo que ahora comunista? ¿La aventura de Decca la enemistaría con Hitler y minaría su plan?

Camina por su *suite* en el hotel Kaiserhof, retorciendo el collar de perlas que cuelga de su cuello, sin dejar de mirar las manecillas del reloj que avanzan sobre la repisa de la chimenea. «Si mi decisión fue inteligente, lo sabré esta noche», piensa, «si el Führer me llama para invitarme a su residencia en Reichskanzlei».

Cuando salió de Londres y aterrizó en Berlín, siguió el protocolo acostumbrado: llamó a la oficina central para informarle al personal del Führer de su presencia y disponibilidad. En general, el teléfono sonaba alrededor

de las seis de la tarde para hacerle la invitación; ella cruzaba la plaza Wilhelmplatz con paso rápido hasta el departamento de Hitler, donde pasaban la velada en pláticas agradables o disfrutando una película. Diana sabe que la gente especula sobre su relación, se pregunta qué tan ilícito y depravado es el tiempo que pasan en privado; todos morirían de aburrimiento si supieran que Hitler la admira desde la distancia. Al parecer, la considera un ejemplo de feminidad aria perfecta e intocable, a la que hay que disfrutar sólo de lejos. A menudo se pregunta cómo reaccionaría si en algún momento él se le insinuara.

Son las siete de la tarde y aún no la han llamado; empieza a inundarla el temor. ¿Hitler considera que el apellido Mitford está mancillado por la absurda aventura de Decca y de Esmond para ayudar a los comunistas en España? ¿El hecho de que no se haya comunicado con ella hoy es una señal de que desea mantenerse a distancia? Esto sería un desastre para su estrategia y su influencia en M.

Diana está tentada a recurrir a las tácticas de Unity y acosar al Führer. Le son familiares los lugares en Berlín donde podría hacerlo, e incluso podría hacer una visita improvisada en Reichskanzlei. «Si tan sólo Hitler pudiera verme», piensa, «todo se arreglaría entre nosotros».

De pronto, la enormidad de la situación se aclara en su mente: ella está aquí, una mujer sola en una habitación de hotel en Berlín, mientras sus hijos están a más de mil kilómetros de distancia, con la niñera. Aparte del Führer, no conoce a nadie en la capital de Alemania. Aunque siempre se ha dicho que ella controla la situación, la realidad es que está a la entera disposición y capricho de uno de los líderes mundiales; uno que, según se rumora, es despiadado y cruel. No importa que siempre se haya mostrado como un perfecto

caballero.

¿Qué demonios está haciendo? ¿Todos estos riesgos valen la pena? «Qué extraña sensación es cuestionarse a sí mismo», piensa.

En ese momento suena el teléfono. El timbre la sobresalta y cuando llega corriendo a contestar, prácticamente está sin aliento.

—*Guten abend.*

—*Gnadige frau, wollen sie zu unshieruber common?*

Es la llamada que esperaba.

—*Es wäre mir ein vergnügen* —responde de manera obediente.

Cuelga el auricular y se apresura en la habitación: se asegura de que su ropa y su rostro estén perfectos: lleva un conservador traje de *tweed* azul claro que no obstante, resalta su figura; apenas usa polvo pero no lápiz de labios o maquillaje. Luego, bolso en mano, baja las escaleras de la entrada del hotel Kaiserhof y sale a la Wilhelmplatz. Hace un gran esfuerzo por no salir corriendo para cruzar esa enorme y espaciosa plaza hasta llegar a la guarida de Hitler.

Una vez que se encuentra segura en los aposentos del Führer, Diana se permite hundir en los cojines acolchonados del sillón de piel, le da un sorbo a su cordial de violeta y mira el fuego de la chimenea, fingiendo satisfacción y comodidad. Las flamas naranja rojizo bailan en el amplio hogar, lanzando un brillo cálido y seductor en el salón. El aroma de los leños quemados flota en el aire y cuando mira al Führer, advierte en su rostro la tranquilidad que ella deseaba que tuviera. Ahora es el momento.

Terminan su plática cómoda y ligera sobre sus conocidos mutuos, el tipo de conversación que Diana sabe que lo relaja, y se concentran en sus bebidas y el fuego.

—Espero que el doctor Goebbels ya no esté enojado

conmigo —dice Diana en tono coqueto—. Cuando nos vimos el pasado diciembre, su disgusto era evidente, y odio que alguien en su entorno piense mal de mí.

Hitler la lanza una media sonrisa.

—¿Cómo podría alguien estar enojado con la hermosa Diana Mitford? —Hace una pausa para fingir corregir su error—. Lo siento, con *lady* Mosley.

Diana baja la mirada con el recato que a él le gusta.

—Es muy amable conmigo, *mein Führer* —responde.

—Sólo digo la verdad, *lady* Mosley —agrega sin dejar de sonreír—. Yo sí puedo llamarla *lady* Mosley, aunque el resto del mundo no sepa de su matrimonio, ¿cierto?

Diana advierte el placer que él siente de tener un secreto con ella.

—Por supuesto, *herr* Hitler —dice—. Sé que mis secretos están a salvo con usted.

De un rincón oscuro de la habitación sale un oficial con uniforme negro con dos jarras de cristal. Cuando vuelve a llenar la copa de Diana y luego sirve agua mineral fresca para Hitler, ella vuelve al tema que trae en manos, lo que la trajo a Berlín.

—Entonces, ¿el doctor Goebbels ya me perdonó por cualquiera que haya sido mi pecado? ¿Quizá fue el hecho de que *lord* Mosley y yo lo incomodamos al casarnos en su casa? Adoro a su esposa, Magda. Espero que él no se ponga en mi contra.

—Imposible, *lady* Mosley. Goebbels se queja de todo y de todos, creo que lo sabe. Sin duda refunfuñó sobre las cien mil libras que el partido envió al banco Morgan en diciembre pasado para la organización de *lord* Mosley. No obstante, sus quejas jamás me pondrían en contra de usted, nada lo haría.

Diana levanta su largo índice manicurado y lo pasa a lo largo de la manga del brazo de Hitler. Él se estremece de manera casi imperceptible y ella sabe que

ésta es su oportunidad.

—No puedo decirle lo aliviada que me siento al escuchar eso, *mein* Führer. Llevo varias noches intranquila por la preocupación, por no saber cuál es el motivo del descontento de Goebbels, y me tranquiliza que su desagrado se deba al apoyo financiero que su partido le dio a la BUF, no a mí o a mis actos personales.

Diana no menciona lo crucial que fue esa inyección de dinero para la organización de Mosley; un acuerdo que a ella le llevó más de ocho meses de conversaciones cuidadosamente estructuradas y súplicas sutiles. Desde que Mussolini disminuyó en gran medida su apoyo económico la BUF se encontró en grandes aprietos; fue necesario que Mosley hipotecara sus propiedades para mantener el grupo a flote y luego hacer serios recortes a su presupuesto personal, incluida la mudanza de sus hijos a Wootton Lodge para que vivieran con él, Diana y los hijos de ella. Esto enfureció a su examante, Baba, quien no quería que Mosley o sus hijos tuvieran nada que ver con Diana. Recaudar fondos para la BUF fue mucho más difícil en diciembre, cuando el gobierno promulgó la Ley de Orden Público que le otorgaba a la policía el derecho de cancelar asambleas públicas y marchas, que habían sido una fuente de ingresos para la organización. Diana no le cuenta nada de esto a Hitler porque no quiere que piense que la BUF es demasiado débil como para aliarse con ella.

—Nunca con usted —dice Hitler casi en un murmullo.

—Me siento mucho más tranquila, se lo agradezco —agrega—. Espero que sepa que la BUF cuenta con los seguidores necesarios para respaldar la causa fascista en Gran Bretaña y Alemania, sin importar lo que intente hacer el gobierno inglés para socavar su poder y su financiamiento.

—Ese maldito gobierno es una atrocidad —espeta él

al tiempo que sus ojos azul grisáceo destellan de furia.

Durante un segundo, por primera vez Diana siente miedo en su presencia. Sin duda él percibió su incomodidad, porque sus labios vuelven a dibujar esa sonrisa paciente y caballerosa.

—Por supuesto, sé que la BUF y nuestro Partido Nazi comparten los mismos valores y objetivos. Mosley ha demostrado ser un verdadero creyente.

Diana tenía ganas de llorar. Jamás le preocupó lo que Goebbels pensara de ella; hablar de su descontento sólo le sirvió para que Hitler hablara del financiamiento de la BUF sin que ella tocara el tema de forma explícita; pero sí le interesa mucho saber qué piensa Hitler de Mosley y de la BUF. Su afirmación es más generosa de lo que hubiera soñado, y la pauta perfecta para su plan.

—Usted, yo, Mosley, Unity… Creo que todos compartimos el mismo sueño. El sueño de una Alemania alineada con Gran Bretaña, suceda lo que suceda. —Mira a Hitler a los ojos—. Queremos asegurarnos de que la BUF sea fuerte cuando llegue ese día, para que pueda servir como aliado en Inglaterra. Si bien estamos agradecidos por los fondos que envió recientemente, no queremos que piense que el bienestar financiero de la BUF dependerá siempre de su partido. Tenemos un plan para garantizar nuestra vitalidad.

Es visible la sonrisa bajo el bigote de Hitler.

—¿Y en qué consiste, *lady* Mosley?

—Diana —sugiere ella.

—Diana —repite lentamente, saboreando el sonido del nombre en sus labios.

—Una empresa radiofónica.

Capítulo 42

Unity

20 de marzo de 1937
Múnich, Alemania

Unity lee con atención los periódicos alemanes, nacionales y regionales. El *Münchener Beobachter, Münchner Neueste Nachrichten, Berliner Tageblatt, Berliner Morgen-Zeitung, Berliner Abendpost, Neue Preußische Zeitung, Frankfurter Zeitung und Handelsblatt* e incluso el *Bayreuther Tagblatt*. Había solicitado todas las publicaciones con la intención de examinar a fondo cada página para estar segura de que habían aceptado su petición. Hasta ahora, no ha visto ni una sola mención del terrible incidente que implicó a Decca y a Esmond. Esta omisión es un tremendo alivio puesto que Unity no quiere que se sepa que su hermana es comunista. ¿Qué haría de la reputación de Unity como nazi ferviente, dado que el comunismo es su enemigo natural? Hitler cumplió su promesa de enterrar la noticia en Alemania.

Pero su estado de ánimo se ensombrece cuando piensa en Decca. ¿Qué le pasó a su pobre hermana para que se extraviara tanto?

«Sus inclinaciones no son una sorpresa», piensa Unity. Recuerda su recámara de infancia; el lado de Unity estaba adornado con suásticas y las fotografías más hermosas de Mussolini y Hitler, en tanto que el de

Decca tenía hoces y martillos en las ventanas. De algún modo, esas diferencias políticas expresadas en la habitación no impidieron el vínculo de hermandad ni que desarrollaran su propio lenguaje infantil, el *boudledidge*, que sólo ellas dos entendían, y Debo un poco. La relación incluso soportó un crucero mal planeado por el Mediterráneo el año pasado, que Muv había organizado para distraer a Unity, a Decca y a Debo mientras Farve vendía Swinbrook House y el terreno de mil quinientos acres en Oxfordshire por sus aprietos económicos. Incluso una diferencia, en cuanto a si Unity debería llevar, enfrente de la duquesa de Atholl, el prendedor de la suástica que Hitler le regaló, resultó tan sólo en una pequeña escaramuza olvidada y perdona muy pronto.

Unity se pregunta si Decca está celosa de su éxito con Hitler o si eso es lo que la motivó aún más. Después de todo, lo único que Decca ha podido lograr en su actividad comunista es huir hasta los márgenes de la Guerra Civil española pisándole los talones a Esmond Romilly, mientras que Unity se encuentra en el verdadero seno del nazismo, como amiga personal y cercana del Führer. Nunca se lo ha planteado así a su hermana —quien, en todo caso, en su última carta describe su huida como una gran aventura—, pero la boca de Unity se tuerce a media sonrisa al pensar en sus propios triunfos.

Tres golpes secos suenan en la puerta y ella sabe exactamente de quién se trata. Corre hasta la entrada y abre con un saludo nazi. Ahí se encuentra su hermoso oficial teutón de las SS, con su cabello increíblemente rubio, Erich Widener. Qué fortuito había sido su encuentro en octubre pasado, en el Jardín Inglés.

Unity le hace una seña para invitarlo a entrar al departamento oscuro que se ensombrece cada vez más conforme el crepúsculo se instala en Múnich. Él examina

el salón, todas las superficies están repletas de periódicos arrugados.

—Veo que mi teniente entregó los periódicos que solicitaste.

Unity toma su mano y le da un ligero apretón.

—Gracias. Aprecio mucho tu amabilidad —dice en un canturreo.

Él se acerca y le murmura al oído.

—Es un gusto hacer cosas para ti porque disfruto que estés en deuda conmigo.

—Y yo disfruto estar en deuda contigo —susurra Unity a su vez—, porque pagarte es maravilloso. Cuando soy yo la que elige, claro está.

Erich se inclina para besarla, pero ella aparta la cabeza en resistencia fingida. Este forcejeo de poder es un juego familiar entre los dos, uno que a Unity le encanta jugar, siempre y cuando ella gane.

Fingiendo resistirse a su abrazo, se contonea contra su cuerpo hasta que él acaba por presionar sus labios contra los de ella y, en ese momento, se rinde por completo. Ella inhala el aroma de su colonia y del jabón para ropa que usa en su prístino uniforme, y lo envuelve con su boca, sus brazos y manos hasta tenerlo bajo su influjo. Su ardor se intensifica cuando imagina que se trata de Hitler.

De pronto, ella se aparta.

—Recuerdo que había otra cosa que debías enviarme, además de los periódicos.

Los ojos de él brillan de deseo y la jala para abrazarla de nuevo.

—No, no, no —se niega Unity alejándose—. No hasta que me des lo prometido.

Lo estudia mientras ella se resiste a su abrazo; ama el poder que tiene sobre él, su oficial personal de las ss.

A diferencia de todas las otras veces en que han jugado, esta vez no se detiene. Unity conoce su propia

fuerza física y cree que puede detenerlo, pero confía en nunca llegar a ese punto; sólo necesita afirmar la amplitud de su autoridad como la *vertraute* especial del Führer.

—No creo que quieras hacer eso —dice Unity.

La advertencia es clara en su tono de voz, aunque intenta mantener el volumen bajo y equilibrado.

Erich se detiene y deja caer los brazos a los costados. Todo el deseo que se había apoderado de él segundos antes, desaparece, para ser reemplazado por el miedo.

—Lo… lo siento, Unity. No sé qué se apoderó de mí.

Unity tiene que reprimir una carcajada al ver la abyecta expresión de terror en el rostro de Erich. «Es divertido», piensa, «cuánto disfruto ver el miedo y la lujuria en igual medida en su rostro». Pero no puede permitirse disfrutar estos sentimientos, sobre todo, instigarle ese miedo, puesto que necesita a este oficial en particular. Ha demostrado ser infinitamente útil para conseguir información que le ha permitido interceptar el camino del Führer y así poder continuar su relación con él como si nada hubiera pasado.

—No es necesario que te disculpes, querido Erich —murmura haciendo su mejor esfuerzo por tranquilizarlo —. Entiendo con exactitud que te dejes llevar. Yo también me dejo cautivar por ti.

—¿Estás segura? —Extiende la mano para acariciarle la mejilla con ternura. No olvida que ofender a Unity sería equivalente a ofender al Führer.

—Por completo —responde entrelazando sus dedos con los de él; luego, con la mano libre recorre con la uña de arriba abajo el frente de su uniforme—. Entonces, ¿trajiste contigo el regalo que me prometiste? —pregunta bajando la voz, en un tono profundo y sugerente.

—Sí. —Parece aliviado de que ella haya vuelto a su pequeño juego, que al parecer haya olvidado sus excesos.

—Pues no me hagas esperar más, yo tampoco te haré esperar —dice Unity al tiempo que desabotona poco a poco los botones de plata de su uniforme—. ¿Cuándo volverá el Führer a Múnich?

—Al final de la semana —responde él jadeando.

—¿Dónde está ahora? ¿En Renania? —continúa sin dejar de desabotonar el uniforme.

Piensa que es lógico, puesto que habido mucho que organizar desde que Hitler entró con tres mil tropas en la región, hace casi un año exactamente, para desasosiego de varios países europeos que afirmaron que había sido una violación del Tratado de Versalles.

—No, en Berlín.

Unity se detiene, tratando de recordar algún asunto urgente que requiriera la presencia de Hitler en la capital. La última vez que cenaron juntos no mencionó nada, y le parece extraño que haya regresado sin tener un motivo apremiante. Es bien conocida la preferencia del Führer por Múnich, antes que Berlín.

—¿Por qué Berlín? —pregunta tratando de encontrar el motivo.

Él la mira fijamente.

—¿No lo sabes?

Ella niega con un movimiento de cabeza.

—Fue a encontrarse con tu hermana.

Capítulo 43

Nancy

28 de diciembre de 1937
Londres, Inglaterra

Caminamos sobre basura cuyo origen es indiscernible; nos cubrimos la nariz con pañuelos para ocultar el olor. Peter murmura que está a punto de vomitar, pero en un esfuerzo por prevenir mis propias náuseas, me digo que no son desechos podridos, sino el aroma salobre de un mar cercano, aunque sé que eso está lejos de ser la verdad.

El departamento de Decca, en Rotherhithe, está *casi* cerca del mar. Pero su edificio está en un suburbio pobre, y el área que bordea el verdadero océano es un muelle de trabajo rebosante de marineros malhablados y almacenes cuyo hedor va a la par. Apenas puedo creer que mi hermanita viva en estas circunstancias; ahora sé que Muv no exageraba.

Cuando Peter y yo no tuvimos éxito para convencer a Decca y a Esmond en San Juan de Luz para que vinieran a casa con nosotros, Muv y la madre de Edmond, Nellie, viajaron a Bayona, adonde la pareja salió huyendo. Puesto que Farve estaba furioso con la idea de que su hija viviera en pecado con un comunista, las madres estaban decididas a verlos casados; sobre todo cuando se enteraron de que Decca estaba

embarazada. La boda se llevó a cabo, con el vestido de seda de Harrods que Muv había llevado de Londres para la ocasión. Después, las madres se impusieron sobre los recién casados y los convencieron de volver a Inglaterra, por el bien del nuevo bebé, pero no se dieron cuenta de que su regreso a casa no implicaba necesariamente una intimidad familiar. La pareja eligió como hogar una zona urbana deteriorada, y los Mitford sólo teníamos permiso de visitarla cuando Esmond salía del departamento para ir a su trabajo, en una agencia de publicidad.

Peter baja el pañuelo de su nariz para tocar la puerta de madera endeble con la mano enguantada. Nadie abre y lo intenta de nuevo. En ese momento escucho un sollozo ligero y una voz que grita:

—¿Sí? ¿Quién es?

Peter me mira incrédulo al escuchar la bienvenida informal de mi hermana, ninguno de los dos hemos vivido jamás en una casa que no tenga al menos una sirvienta que pueda responder a la puerta. Peter abre la boca y la cierra, inusitadamente. Tomo las riendas y hago girar la perilla.

—Decca, somos Peter y Nancy. ¿Podemos entrar? —pregunto entrando a una habitación que supongo es la cocina, por la mesa endeble, dos sillas, una vieja estufa ennegrecida que hay en un rincón y un fregadero con el esmalte despostillado, en el otro.

—Aquí —exclama desde otra habitación.

Me alivia que el departamento tenga otras recámaras; quizá son mejores que ésta.

Peter y yo atravesamos el diminuto recibidor cocina en tres pasos y entramos a una habitación que debe servir tanto de recámara como de sala. ¿Cómo llegué a esa conclusión? Por el hecho de que una cama estrecha y una cuna están en el rincón más cercano a la chimenea, en tanto que, en el centro, hay dos sillas y un

sofá de dos plazas en el que está sentada mi hermana, pálida y delgada. En ese momento advierto el orinal junto a la cama. Mi consternación ante tales condiciones de pobreza me deja muda. ¿Por qué elegirían esto para ellos y para su bebé?

—Ah, ¡qué bueno verte, Decca! —Peter logra decir para recuperar la compostura, algo que hace más rápido que yo. Incluso agrega—: ¿Es tu bebita, la que tienes brazos?

—Sí —responde acomodando al bulto rosado para que la veamos, con un orgullo evidente—. Ella es Julia.

A primera vista, parece como si Decca nos presentara un montón de cobijas, pero puedo ver un rostro diminuto y delicado entre los pliegues, tan rosado como las cobijas que la envuelven. Tiene los ojos cerrados, así como los labios también rosados, y una intensa punzada de nostalgia se apodera de mí.

Dejo caer mi bolso en el suelo y me acerco a ella.

—¿Puedo cargarla?

—Por supuesto, Naunce. —Decca se levanta y me ofrece ese hermoso bulto—. Julia, ella es tu tía Nancy.

Tomo en mis brazos a la diminuta bebé y me inclino para aspirar su aroma.

—Dios mío, Decca. Bien hecho —le digo a mi hermana pequeña, pensando en lo fácil que fue tener a esta hija no planeada.

Me parece un milagro comparado con los tres largos años en los que Peter y yo hemos tratado de hacerlo sin éxito. Pero cuando veo su expresión exultante al ver a su bebé en mis brazos, lo único que me queda es sentirme feliz por ella.

—Toc, toc.

La inconfundible y melodiosa voz de Diana flota en el departamento y veo la expresión abatida de Decca. En el momento en el que Muv nos dio permiso de ir a Rotherhithe, Decca sabía que sus hermanas la visitarían,

cuando Esmond hubiera salido al trabajo, por supuesto.

Diana entra tan despreocupada y elegante como si se abriera paso en el Savoy. Al ver a Julia en mis brazos, aplaude y exclama:

—¡Bien hecho, Decca!

—Gracias —responde, aceptando un regalo para la bebé cuya envoltura es bastante complicada—. No debiste. Tenemos todo lo que necesitamos.

Diana mira alrededor.

—Lo dudo mucho —dice, arrugando su hermosa nariz como si un tufo maloliente hubiera pasado frente a ella—. Nancy —agrega a modo de saludo.

Hoy no es Naunce, pero me ofrece una sonrisa cálida. Dudo que Mosley hubiera sido tan amable. Si bien le permitió a Diana que me viera, ha mantenido una prohibición oficial de que me presente frente a él, algo que instituyó desde *Trifulca a la vista*. A mí no me molesta en lo más mínimo poder evitarlo.

Le devuelvo el saludo en la misma medida.

—Diana.

No hace ningún intento por cargar a la bebé; en su lugar, se dirige a Decca:

—Abre el regalo.

Como sabe que las protestas no funcionan con Diana, Decca rasga el grueso envoltorio color crema y corta los moños con un cuchillo de la cocina, si así se le puede llamar al espacio en la entrada. Levanta un ropón hecho de varias capas de encaje color marfil que sólo podría describirse como frívolo.

—Es hermoso, Diana, pero no podemos aceptarlo —dice Decca dándole el ropón a Diana.

Diana parece nerviosa por primera vez.

—¿Qué quieres decir?

—Jamás permitiría que nuestra hija usara algo tan burgués. Va en contra de mis creencias. Julia está perfectamente bien en las sencillas ropas de algodón que

está usando ahora. —Hace una pausa y agrega—: Y Esmond jamás aceptaría un regalo tuyo, por las ideas que Mosley y tú defienden.

Las hermanas se miran y, por primera vez, no se me ocurre ningún comentario. Compuesta y firme, Decca ha hecho lo que pocos: desestabilizar a Diana. Me pregunto si la reacción de Decca sería tan mesurada y tranquila si supiera que, tan sólo anoche, Diana y Mosley fueron las estrellas de una recepción en la embajada alemana a la que no sólo asistieron mis padres y los de Peter, sino también toda la alta sociedad de Londres, incluidos los Churchill. Sentí un gran amor por Peter cuando declinó nuestra invitación en yidis.

En ese vacío, hago un intento por hacer las paces entre las hermanas.

—Diana, ¿quieres cargar a Julia?

Diana extiende los brazos, toma a la bebé y va con ella a la cocina. Escucho que empieza a hablar con Peter, y pronto el sonido de arrullos llega desde la otra habitación. Decca voltea a verme.

—¿Cómo puedes ser tan complaciente con ella, Nancy? Leí *Trifulca a la vista*. Sé que ves, tan claro como yo, los horrores que acarreará el ascenso del fascismo en Europa, ya sea la variedad local de Mosley o la versión salvaje de Hitler.

Yo misma me hago esta pregunta. Salvo por el sentimiento ocasional de desconfianza y consternación por el comportamiento de mis hermanas, he contenido mis emociones al respecto. Pero en realidad tengo más de qué preocuparme: el estado de mi matrimonio, la falta de un bebé, la inestabilidad de nuestro mundo. Creo que tengo miedo de que, si me permito sentir incluso una de esas cosas, una oleada de emociones se apoderará de mí y no sobreviviré al diluvio.

—Supongo que yo no tengo otro sistema de creencias que sea lo suficientemente fuerte, como tú

tienes el comunismo. Sencillamente sé que no me gustan los fascistas —respondo lo único que me viene a la cabeza.

—No tienes que ser miembro del Partido Comunista para pelear contra la política que Diana defiende. —Su enojo contra Diana es inconfundible, pero no escucho que diga nada similar de Unity—. Es indignante.

—¿Sientes lo mismo con Unity? En todo caso, me parece que ella es mucho más furibunda en su lealtad al fascismo que Diana.

—Quizá te parezca extraño, dado que Unity ha sentido esa fascinación tan peculiar por los nazis desde que éramos niñas. Dios mío, nadie lo sabe mejor que yo, tenía que irme a dormir todas las noches viendo las fotografías de Mussolini y de Hitler. Pero no. Culpo a Diana por haberla llevado a Múnich y por haberle dado acceso a los nazis; por aprovechar los contactos que hizo Unity para sus propios fines, para Mosley en particular. Sabe lo influenciable y extrema que puede ser Unity, y Diana fue quien unió el destino de nuestra hermana al de Hitler. Sin ella, la obsesión de Unity por Hitler y todo lo nazi hubiera muerto de muerte natural. —Sacude la cabeza—. Nunca podría perdonarme si no tomara una posición contra el fascismo, por el bien de Julia. No puedo permitir que el mundo sea gobernado por dictadores sin pelear en su nombre.

Las palabras de Decca me entristecen de manera inexplicable y me hacen sentirme increíblemente inútil.

—Quizá puedo permitirme ser complaciente porque no tengo en mis manos el futuro de nadie por quien preocuparme, excepto el mío —recito de memoria, como lo he hecho tantas veces.

Mi hermana pequeña me mira con tanta tristeza que me doy cuenta de que no oculté mi propio dolor tan bien como acostumbro hacerlo. Esta compasión es inesperada, y estoy tan poco acostumbrada a ella que

mis ojos se llenan de lágrimas. Decca extiende la mano y aprieta la mía porque se da cuenta de que esta conversación ha despertado mi propio sufrimiento.

Junto a la pena surge un enojo espontáneo; una parte de mí que había estado congelada se derrite. ¿Por qué nunca hablamos sobre lo que en verdad está sucediendo, lo grande y lo pequeño? Mi dolor por ser infértil; nuestra mutua preocupación por la obediencia de Unity a los nazis; el desdén que sentimos por el embeleso de Diana ante Hitler y Mosley, y la manera en la que explota a Unity para sus fines; mi preocupación porque Decca se hubiera apresurado a abandonar su juventud por el comunismo y la maternidad; la gran batalla entre el fascismo y el comunismo que se preparaba en todo el continente y que nos obligaría a todos a rendir cuentas.

¿Por qué fingimos normalidad cuando los tiempos que vivimos son menos que normales?

Tengo ganas de gritar, pero en su lugar, pienso en la propuesta que me hizo Winston catorce meses atrás. ¿Elegiré el camino autocomplaciente de la escritura para esconderme en el pasado y expresar mis opiniones bajo un disfraz de ficción, o indagaré en las actividades de mis hermanas y actuaré con valor? Siento que una llama se enciende en mi interior y sé cuál será mi respuesta.

Capítulo 44

Diana

1 de enero de 1938
Brandemburgo, Alemania

—*Mein* Führer, creo que es su turno —dice Magda Goebbels con una alegría cautelosa en la voz.

Diana casi puede leer su pensamiento incrédulo: «¿Es verdad que *herr* Hitler está aquí, en mi casa de campo, jugando un juego de mesa en Año Nuevo?».

—Me parece que es el turno de *lady* Mosley. —Hitler hace un gesto con la cabeza hacia Diana.

Aunque todos saben que el Führer no acata las reglas, si bien nadie se atrevería a decirlo en voz alta, por alguna razón que sólo él conoce, quiere que sea el turno de Diana.

—Por supuesto, *mein* Führer, me equivoqué —dice Diana, inclinando la cabeza en disculpa.

Magda le aprieta la mano bajo la mesa y Diana hace un esfuerzo por no reír. De todos los eventos sorprendentes que ha presenciado durante estos años, en los que se le ha insinuado a la jerarquía nazi, su amistad con la imponente rubia dorada, Magda Goebbels, ha sido la más sorprendente. La Primera Dama extraoficial del Partido Nazi. Entre este pequeño grupo de mujeres a las que Hitler admira, Magda es el centro: una criatura

social prudente y serena, cuya calidez contrasta con la frialdad de Diana. En ocasiones, Diana se maravilla de que esta mujer, que representa el ideal ario a la perfección, pueda ocultar tan bien su astucia.

—Déjenme pensar, déjenme pensar —dice Diana golpeando con su larga uña la superficie de la mesa, aunque sabe cómo responder a la pregunta del juego.

Desde que Magda le dijo que jugarían Analogías después de cenar, empezó a planear su respuesta. Mira al semicírculo alrededor de la mesa que está conformado por ella, Magda y la *umgebung* de Hitler, su pequeña comitiva, y le ofrece a Hitler una pequeña sonrisa.

Sólo entonces advierte que Hitler se inclina hacia adelante, en espera de su respuesta.

—La analogía de la flor de nuestro Führer es un lirio atigrado —dice.

Por eso él cambió el orden de participación en el juego, para saber qué piensa Diana de él. «Es curioso que el hombre que pronto será el líder mundial también se sienta inseguro», piensa.

Su *umgebung* sostiene el aliento en espera de la reacción de Hitler. Cuando él sonríe y lanza una buena carcajada, todos lo imitan. Estos hombres han presenciado muchas de sus invectivas, estallidos que acababan en violencia, incluso contra su círculo íntimo; por lo tanto, es palpable su alivio ante esta reacción bienvenida. Por su parte, Diana jamás dudó de su capacidad para cautivarlo.

Después de unos turnos más, el juego termina. Como si obedecieran a una señal secreta, dos sirvientas entran al salón, una con una charola de *éclairs* y pastelillos, la otra con una botella de agua mineral para el Führer y café para los demás.

—¿Comeremos aquí el postre en lugar de en el comedor? —pregunta Hitler cuando le empiezan a servir.

La habitación se paraliza durante un segundo. El doctor Goebbels, la *umgebung*, Magda y las sirvientas permanecen inmóviles al escuchar el pequeño juicio del Führer, como si los hubiera hechizado la bruja de un cuento de los hermanos Grimm. Magda es la primera en reaccionar.

—Por supuesto que no, *mein* Führer. Nuestro personal confundió mis instrucciones y serán reprendidos como corresponde. Tomaremos el postre en el comedor.

Los invitados se levantan y empiezan a salir del salón, sin dejar de mirar de reojo los movimientos de Hitler, como de costumbre. Con un movimiento de la mano, Hitler les ordena que continúen.

—Vayan. Quiero tener una palabra en privado con *lady* Mosley.

Diana inhala profundo a medida que el salón se vacía y sólo quedan los dos. En silencio, reza para que la intención de este momento a solas tenga que ver con su propuesta de una radio comercial, y no algo más. Debido a los malos humores y al temperamento explosivo de Mosley, sabe que él es incapaz de apoyar a la BUF más tiempo. Incluso las inyecciones de efectivo que Diana pudo obtener del Partido Nazi sólo retrasarán lo inevitable. Y entonces, ¿qué será de Mosley?

Si tan sólo Hitler pudiera sacar partido de su idea de la radio comercial, la BUF podría resurgir. Ella y Mosley contarían con dinero suficiente, como el primer ministro conservador, el capitán Leonard Plugge, quien obtuvo la licencia para la radio francesa y creó una estación comercial exitosa, Radio Normandie. Aunque el plan de Diana es mucho más ambicioso: espera entretejer una red de estaciones de radio alemanas que cubran todo Gran Bretaña y brinden entretenimiento ligero, algo que actualmente no existe pero que sabe que la gente muere por ello. Diana desea que Hitler vea la

ventaja financiera y el beneficio político de este plan.

Diana le lanza todo el poder de su mirada a Hitler, quien está sentado frente a ella en una silla de piel capitonada rojo oscuro, decorada con estoperoles.

—Me hace el honor de hablar conmigo, *mein* Führer.

—He pensado en su propuesta.

Es difícil que Diana se emocione, pero esta vez su corazón se desboca.

—Que destine tiempo para tomar en cuenta mi pequeña idea, cuando tiene que gobernar Alemania, forjar alianzas con otros países y expandirse en otras áreas germánicas significa mucho para mí.

Lo apacigua con el tipo de halagos que ella sabe que a él le encanta escuchar, y al enumerar esa letanía de sus recientes logros, sobre todo tras la nueva alianza de Alemania con Italia y Japón en el Pacto Antikomintern, hace que sus ojos brillen de placer.

—Mis consejeros no estaban a favor —explica, estudiando su expresión por la noticia—. Pero creo que el plan es prometedor, ellos no pueden verlo. Entiendo casi mejor que nadie el poder de la radio. Por favor, explíquemelo de nuevo, ofrézcame el beneficio de su perspectiva.

—Con gusto. Como sabe, la BBC tiene la licencia de difusión en toda Gran Bretaña e Irlanda del Norte, y luchan contra todo intento de que alguien se apodere de sus ondas de radio. Sin embargo, la BBC ofrece muy poco entretenimiento ligero y pensamos que el mercado en Gran Bretaña e Irlanda del Norte está listo para eso, un mercado por el cual los publicistas pagarían muy bien. Si la BUF pudiera instituir un sistema de radio comercial fuera de Inglaterra al tiempo que se hace de un punto de apoyo sólido en este tipo de mercado en entretenimiento ligero, al transmitir la programación en el país, entonces podríamos obtener ingresos seguros para la organización

de Mosley y para nuestros inversionistas. El lugar ideal para establecer esta estación de radio, tanto por razones financieras como políticas, es Alemania. —Hace una pausa y baja la mirada con deferencia—. Pero sólo con su venia y permiso, por supuesto.

Hitler no habla; sus manos forman un triángulo mientras la estudia. ¿Está satisfecho con la breve presentación o este es el aterrador silencio antes de dar un juicio salvaje sobre los cuentos que ella escuchó, pero que nunca ha experimentado? Diana no sabe si debería continuar o esperar una señal de su parte, y por segunda vez en su vida, algo parecido al miedo se apodera de ella. La primera vez, por supuesto, también fue con Hitler.

Diana decide recurrir al modo directo al que él está acostumbrado, tanto con ella como con Unity. Hace un esfuerzo para que su voz no vacile y revele su nerviosismo.

—Ya establecimos la estructura corporativa para proteger la implicación de Mosley del ojo público y no darle ninguna razón a la inteligencia británica para que investigue la estación de radio o a nosotros. Todo está preparado, en caso de que *mein* Führer decida que este plan vale la pena.

—Sensato, muy sensato —interrumpe el Führer. Pero antes de que Diana pueda relajarse, pregunta—: ¿Qué ganaría Alemania si facilitara la estructura de esta estación de radio, aparte del rendimiento financiero sobre su inversión?

La pregunta asombra a Diana. Había creído que la sinergia entre el Partido Nazi y la BUF era clara, que no tendría que decir en voz alta la perspectiva que se erige frente a todos ellos. Pero al parecer, Hitler desea que ella haga explícito su compromiso; Diana no sacrificó su primer matrimonio y su reputación para casarse con un líder político fracasado. Juntos, ella y Hitler, harían que

la BUF y Mosley tuvieran éxito para poder unirse al Führer en ese día propicio en el que su partido gobierne Europa.

—Esto permitirá que la BUF se posicione con firmeza cuando usted, *mein* Führer, esté listo para hacerse del timón de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, para poner a su servicio un gobierno local. —Hace una pausa para dar un efecto dramático—. Son ondas de radio consagradas y listas para dar órdenes y comunicar a sus nuevos súbditos.

Capítulo 45

Unity

4 de enero de 1938
Múnich, Alemania

—*Verdammtes englisches mädchen*.

Unity escucha la voz grave de un hombre que proviene de la biblioteca. Es una voz desconocida, pero dada la cantidad de oficiales nazis de alto rango que no conoce en esta reunión, no le sorprende. Lo que sí la asombra son las palabras: «la maldita inglesa». Sólo hay una chica inglesa esta noche en la fiesta, y sabe que se refieren a ella. ¿Qué hizo para enfurecerlos? Sabe que su relación cercana con el Führer hace que muchos la celen, pero hacer esos comentarios sobre ella en voz alta es algo por completo distinto. Y puesto que es contrario a los puntos de vista de su líder, es peligroso.

—*Was sind ihre motive?*

Unity escucha la respuesta al comentario que el hombre hizo de ella; esta vez, le parece que debería reconocer la voz. Lo tiene en la punta de la lengua, como si hubiera hablado con esa persona hace algún tiempo y sus palabras se hubieran quedado en su cabeza, latentes.

El intercambio sigue sorprendiéndola. ¿Cómo se atreven a cuestionar sus motivos? ¿Qué otros motivos tendría alguien que apoya y admira a Hitler? Su éxito es

el triunfo de todos, del mundo entero; no puede entender que alguien pueda contemplar siquiera otra posibilidad. ¿Qué no todos son parte de esta gran cruzada?

Se aleja del pasillo que está junto a la biblioteca y regresa a la sala. Trata de pensar en esta velada, una suerte de reemplazo de la celebración de Año Nuevo, ya que Hitler pasó las vacaciones con Goebbels. Ha trabajado mucho para mejorar su estado de ánimo y olvidar que Diana tuvo el honor de pasar el verdadero día con él. Pero se siente amargada. Su profundo enfado por la última victoria de su hermana en la lucha por el afecto de Hitler vuelve a surgir. Unity se detiene un momento y trata de sonreír antes de entrar al salón.

De inmediato, la conversación en curso llega hasta el pasillo.

—Sin duda no lo hace por el dinero. El Führer paga su departamento y sus viajes, pero eso es algo que ella podría pagar de su bolsillo. —El hielo tintinea en el vaso de cristal y Unity se da cuenta de que el hombre que habla, al que no reconoce, hace una pausa para servirse una copa—. ¿Será una espía para los británicos?

¿Una espía? ¿La están acusando de espionaje? ¡Cómo se atreven! Nadie se ha mostrado más leal a *herr* Hitler que ella, ni siquiera sus oficiales. ¿Cómo es posible que estos hombres no entiendan la adoración que siente por Hitler, su creencia en su grandeza y la simple felicidad que le brinda estar a su lado? ¿Cómo pueden dudar que ella quiera lo mismo que todos los demás? El éxito del Führer y las alianzas con otras naciones europeas, incluida Gran Bretaña. Empieza a hervir de furia y tiene que recurrir a todo su autocontrol para no salir corriendo a la biblioteca y golpear a estos dos hombres.

—Está muy bien conectada en la alta sociedad británica, de donde provienen la mayoría de sus

hombres políticos. Está relacionada con ese mosquito molesto, Winston Churchill, quien ha decidido poner a la opinión política y pública en contra del Führer. ¿Quizá fue él quien la mandó?

—¿O el MI5? Eso explicaría por qué siempre sabe el paradero y los itinerarios de Hitler mejor que nosotros. Siempre me ha parecido sospechoso que esté esperando en el restaurante o en el salón de té al que él tiene pensado acudir.

Al escuchar esto, Unity reprime una carcajada. Estos supuestos líderes nazis son estúpidos e ingenuos. No tienen idea de lo bien informada que está la guardia personal de las SS de Hitler y de la relación tan cercana que Unity tiene con varios de ellos, en particular con Erich. Quizá son estos mismos oficiales que están hablando en quienes Hitler no confía, o al menos no debería.

—Deberíamos asignar a alguien para que la siga y nos mantenga informados. El Führer habla de manera muy despreocupada en su presencia y no me gustaría que ella compartiera esas confidencias con sus conocidos ingleses.

—Quiero suponer que los asuntos que discutimos cuando ella está presente son los que a él no le importa que se sepan en Inglaterra. De cualquier modo, yo pensé que ya se había asignado a alguien para seguirla.

—Parece que no. —Sigue una larga pausa y luego una explicación—. El Führer se sigue oponiendo. Está demasiado encaprichado con las excentricidades inglesas de estas hermanas Mitford como para considerar seriamente la sugerencia de que podrían ser peligrosas. Su descaro, que a él le parece tan desagradable en otras personas, en ellas lo considera encantador, en ningún sentido una amenaza.

—Es un poco imprudente, ¿cierto? ¿No tenerlas bien vigiladas?

El silencio reina durante un buen tiempo y Unity está a punto de marcharse a la sala cuando escucha que uno de los hombres masculla.

—¿Estás llamando imprudente al Führer?

—No, no —se apresura a responder la voz familiar para defenderse—. Sólo quería decir que la decisión de no hacer seguir a Unity es un poco imprudente, una elección que, sin duda, tomó un teniente de poco rango. Jamás se podría describir al Führer como descuidado. Nunca. De cualquier forma, sé que nuestro Líder Supremo está detrás de la brillante idea de usar a Unity como propaganda. Streicher le dio buen uso en esa entrevista con el *Münchner Zeitung* y la «Carta de una joven inglesa», en el *Stürmer*…

—Y no olvides los mítines —interrumpe el otro oficial.

—Sí —dice el oficial de la voz conocida, claramente aliviado de que el otro esté de acuerdo—, fue excelente en los mítines y podría ser un buen medio para ablandar la posición de los ingleses frente al Partido Nazi. Después de todo, si a alguien de su medio, a un miembro de su familia como Churchill, por ejemplo, le parece que nuestro gobierno es atractivo…

—Quién sabe cuántos más puedan simpatizar —interviene el otro.

—Exactamente. Eso podría facilitar que nos reciban cuando lleguemos y marchemos por las calles de Londres.

Unity experimenta un súbito sentimiento de orgullo hasta que recuerda cómo empezó esta conversación: con las sospechas en torno a ella y los comentarios traidores sobre Hitler, de que era imprudente, que hizo ese hombre cuya voz le resultaba familiar. Ahora sabe qué hacer, ese hombre se merece un castigo por su traición, por su falta de fe en la causa nazi y en la persona de Hitler. Sólo desearía saber quién es el responsable.

—Putzi —dice la voz desconocida—, ¿cómo crees que nos recibirán cuando marchemos por las calles de Checoslovaquia y Polonia?

Unity deja de escuchar. Su mente está ocupada, pues ahora sabe que el ofensor es Putzi Hanfstaengl, el jefe de la Oficina de Prensa Extranjera nazi. El mismo Putzi que se distanció de Unity y de Diana cuando le pareció que su maquillaje no se adaptaba al ideal ario. No puede permitir que este traidor permanezca en el entorno del Führer.

Sin molestarse por suavizar sus pisadas conforme avanza por el pasillo hasta la sala decorada de damasco plateado en las paredes, con muebles que contrastan con el estallido de color de la flor de las nieves, las favoritas de Hitler y que para él tienen un significado simbólico, así como de las rosas rojas de invernadero que hacen juego con la bandera nazi. Unity tiene ganas de llorar al pensar en alterar esta escena tranquila con sus noticias. ¿El Führer se sorprenderá?

—*Mein* Führer —dice Unity al tiempo que toma asiento en la silla tapizada que Hitler le reservó a su lado.

—¿Dónde has estado, *mein schatz*? —pregunta amable, mirando a Magda Goebbels—. Hemos tenido una conversación muy entretenida sobre el salón de té de Múnich donde sirven los *éclairs* más deliciosos.

Unity sabe cuánto disfruta Hitler estos pequeños intercambios con el grupo de mujeres de su círculo íntimo y odiaría cambiar el tema. «Pero tiene que hacerlo por su propia protección y por el bien del partido», piensa. Reúne fuerzas para decepcionarlo y murmura:

—*Mein* Führer, tengo que informarle de un asunto grave. Tiene que ver con Putzi Hanfstaengl.

Mientras continúan su conversación en voz baja, Unity piensa que quizá por fin logró ganar la batalla por

el amor del Führer en esta lucha continua contra Diana: le está revelando a un traidor.

Capítulo 46

Nancy

24 de marzo de 1938
Londres, Inglaterra

Me acomodo en la dura silla de madera de la Galería de los Forasteros. Desde mi asiento en primera fila tengo una vista aérea de la sesión; espero que sea un buen lugar para escuchar el debate que se desarrolla abajo. Sin embargo, hay una polémica en particular que ruego no escuchar hoy.

Soy una forastera, en sentido literal, en la Galería de los Forasteros. Nunca antes tuve ningún deseo de visitar la Cámara de los Lores. ¿Por qué perdería mi tiempo escuchando los sermones de los mismos viejos decrépitos que permanecen en la periferia de la pista en todos los bailes? Si quisiera aburrirme hasta el cansancio con ellos, habría aceptado sus invitaciones a bailar hace años.

Pero hoy es distinto. Hoy estoy desesperada por evitar un desastre. Lo escuché durante la cena de anoche con Muv y Farve, y espero que mi presencia ayude a evitar que suceda. Esta catástrofe no empezó anoche. No puedo decir el momento preciso en que comenzó, pero si tuviera que adivinar, diría que fue cuando mis padres visitaron Múnich por primera vez para saber cómo estaba la incontrolable Unity. Algunas señales de esta

probable calamidad se remontan a hace años, pero en verdad escaló poco a poco con el tiempo, hasta que llegó a su punto máximo hace menos de dos semanas.

A partir del 11 de marzo, hace menos de dos semanas, la BBC y los periódicos empezaron a reportar que Hitler había cruzado la frontera de Austria con sus tropas, contraviniendo a todos los tratados. Para el domingo 13 de marzo, los diarios anunciaron la total anexión de Austria a Alemania. Dependiendo de la fuente de información, los austriacos bailaron de felicidad por esta reunión con sus primos alemanes, hermanos de sangre, según algunos, o experimentaron terror y violencia. Supongo que es probable que ambas sean verdad, dependiendo de las inclinaciones de cada persona y, francamente, de si se trataba de disidentes políticos o judíos.

Por supuesto, el tema de la apropiación de Austria por Alemania surgió con mis padres, puesto que Unity les informaba con frecuencia sobre sus glorias y victorias; aunque no a mí, puesto que soy persona *non grata* en asuntos políticos por atreverme a cuestionar su decisión de vivir en un departamento que se les quitó a unos judíos que había sido desalojados. Durante una cena anoche en Quaglino, uno de los pocos restaurantes que Farve visita cuando está en Londres, Muv mencionó lo adorable que fue que Unity hubiera podido ser testigo, de primera mano, de cómo los nazis entraron a Viena.

—¿Cómo puede ser adorable ver que un país invada a otro? —pregunté asombrada por su comentario.

No podía creer que mi madre describiera como adorable una invasión brutal a una nación.

Muv arqueó la ceja derecha ante mi pregunta.

—Es adorable ver que austriacos y alemanes están reunidos y celebran convertirse en un solo país. Después de todo, son un solo pueblo —resopló—. No tienes que

ser tan sarcástica sobre algo tan hermoso, Nancy. Siempre tan amargada —masculló.

Peter vino en mi ayuda.

—Con todo respeto, quizá algunos exaustriacos no están celebrando.

Peter es una maravilla con mis padres, aunque solo sea con ellos.

—No es eso lo que Unity ha escrito en sus cartas; ella estuvo en Viena desde el principio. Supongo que sabe si los ciudadanos parecían felices o no —resopló de nuevo—. No sé qué periodicucho farsante acostumbras leer, pero cualquier publicación que se respete debería publicar la verdad sobre la feliz unión de Austria y Alemania.

Farve azotó el puño sobre la mesa, haciendo que la mitad de los comensales dieran un salto. En general lograba controlar sus exabruptos cuando estaba en público, pero esta conversación lo perturbaba.

—Demonios, Nancy —exclamó. Siempre dirigía su ira contra mí, aunque también la sintiera contra Peter—. Ya basta. Tú no has ido a Alemania, tú no has conocido a Hitler, no estás en ninguna posición para juzgar esta anexión de Austria a Alemania. Si hubieras escuchado cómo hablaba el Führer de este plan, estarías de acuerdo en que sus intenciones son trazar un camino correcto y justo. Cualquiera que no esté de acuerdo es libre de marcharse. Pero, por lo que sé, la mayoría de los austriacos están a favor. Si nosotros los ingleses pudiéramos tan sólo apartarnos del camino de Hitler y dejar que los alemanes hagan lo que tienen que hacer, entonces no tendríamos que preocuparnos por otra maldita guerra.

—Pero, ¿qué hay de…?

¿Dónde estaba el padre que acostumbraba despotricar sobre los hunos contra quienes peleó en la Gran Guerra? ¿Dónde estaba el padre que acostumbraba

perseguirnos con sus perros de caza cuando fingíamos ser esos mismos hunos en el supuesto juego alegre que él llamaba «caza a los niños»?

—Ningún «pero», Nancy. No vengas aquí a soltar las tonterías que leíste en algún periódico de pacotilla. Estoy harto y cansado de tus puntos de vista no corroborados, y pienso dar mi opinión en la Cámara de los Lores mañana.

Atacó su filete. Peter y yo nos miramos.

Tras algunos intentos infructuosos para convencerlo de que no llevara a cabo ese acto precipitado —«Una cosa es creer esas tonterías y otra muy distinta apoyarlas en público», argumenté— me di por vencida y decidí venir hoy al Parlamento. ¿Pensaba realmente que Farve podría poner un alto o suavizar su diatriba si me viera al frente y en el centro, con la mirada fija en él, desde la Galería de los Forasteros? No, pero nunca me perdonaría si al menos no lo intentara.

Azotan el martillo y se abre la sesión.

—Mis lores, fuimos convocados el día de hoy para debatir la postura de nuestra nación, Gran Bretaña, ante la invasión de Austria por parte de Alemania —anuncia *lord* Snell con su voz nasal y toma un sorbo de agua antes de continuar.

Me anima el hecho de que *lord* Snell use la palabra «invasión» en lugar de «anexión», tan popular en los periódicos. Indica una comprensión más profunda de los actos de Hitler, y Snell es conocido por su postura firme en contra del crecimiento del fascismo y de la conciliación con los nazis.

Quizá no sea la única que tenga esperanzas hoy.

Mi padre se pone de pie ante sus pares y mi estómago da un vuelco.

—Deseo proponer un punto de vista que cuenta con

cierta popularidad, aunque se ha discutido poco.

Se aclara la garganta; Farve está nervioso. Aunque ya ha hablado antes frente a sus pares y ha hecho insinuaciones sobre su apoyo a Alemania, incluso él se da cuenta de que esto es diferente. Lo miro fijamente, esperando que haga contacto visual conmigo y piense, de nuevo, antes de lanzar su discurso, pero está resuelto y mantiene los ojos fijos en todo, menos en la Galería de los Forasteros. Por último, tose con fuerza y levanta la vista hacia mí, con una expresión de reconocimiento y recriminación en igual medida, conforme niego con la cabeza y coloco las manos en un gesto de súplica.

Cuando se aclara la garganta de nuevo y empieza su discurso, sé que mis esfuerzos han sido en vano.

—Me parece que todos estamos de acuerdo sobre la inevitabilidad de que Austria fuera parte de Alemania. Varios de mis compañeros lores lo mencionaron aquí en sesiones anteriores. —Inhala hondo para ocultar su nerviosismo y prosigue—: Pero en lo que pocos han reparado es en la bienvenida cálida y entusiasta que el pueblo austriaco le dio a *herr* Hitler cuando llegó. Creo que la mayor parte de los antiguos ciudadanos de Austria admira al Führer alemán como su héroe, y están encantados de llamarse otra vez alemanes. A excepción de esos pocos comunistas, judíos y liberales que están en desacuerdo. Todos deberíamos estar agradecidos de que *herr* Hitler fuera capaz de reunir a esos dos países sin derramamiento de sangre o guerra, como la que sucede ahora en España.

Farve continúa. En la Galería de los Forasteros se escuchan vítores emocionados, junto con la parte correspondiente de abucheos. «Esos abucheos no son sorprendentes», pienso, «pero los vítores sí me parecen algo asombroso».

Me conmociona cómo las palabras de Farve suenan como si vinieran de la boca de Unity. O quizá, para ser

más exactos, de la de Hitler. Es asombroso cuando vienen de un hombre que durante toda su vida ha odiado a los hunos con una intensidad que rayaba en la rabia, seguida de una rápida sucesión de su desprecio por todos los forasteros; por las «ranas», como llama a los franceses, los estadounidenses y por cualquiera que no fueran sus hijos, su esposa y unos cuantos países amigos.

«Dios mío», pienso, «¿cómo fue que mi familia se convirtió en el megáfono de Hitler?». ¿Cómo, y por qué, se las arreglaron Diana y Unity para hacer esto? Si nunca hubiera escrito *Trifulca a la vista*, ¿mis hermanas hubieran tratado de convencerme a mí también? Sobre todo, porque en algún momento estuve dispuesta a usar la camisa negra.

Ciertos miembros de la familia Mitford se han convertido en una suerte de hierba mala y artera que crece en suelo inglés, capaz de suplantar a nuestras plantas nativas. Debo ser un jardinero incansable y evaluar este nuevo y extraño crecimiento. ¿Debo arrancar esta hierba de raíz?

Capítulo 47

Diana

24 de marzo de 1938
Staffordshire, Inglaterra

Yace en su cama, inmóvil por completo. «Si no muevo un solo miembro, ni siquiera un dedo, quizá las náuseas pasarán», piensa. Quizá le proporcione alivio y le permita volver a ser ella misma de nuevo, en lugar de la mujer enferma en la que su embarazo la ha convertido.

El sonido de Jonathan y Desmond que juegan en el gran césped al frente de la entrada oeste de Wootton Lodge entra a su recámara por una pequeña abertura de la ventana. La risa de sus hijos la hace sonreír, en particular porque sabe que están bajo la mirada pendiente de la niñera, y voltea la cabeza hacia el sonido. Un error. Con el movimiento viene otra oleada de náuseas que casi la obliga a usar de nuevo el tazón de porcelana que está junto a su cama.

Intenta desviar su atención de su propia desdicha hacia el programa de radio. Fred Astaire canta su canción estrella, «They Can't Take That Away From Me», llega a su punto más alto y la inunda antes de apagarse, llevándose con él la imagen del cantante dándole una serenata a Ginger Rogers entre la neblina en la cubierta de un barco, de la película *Shall We Dance*. ¿Vio esa película con Evelyn? No lo recuerda; qué atareado ha

sido el año pasado. Las viejas amistades han desaparecido ahora que tiene tantas responsabilidades.

La voz de un locutor reemplaza las notas finales de la trompeta y hace que Diana vuelva al presente y a su malestar físico. El informe noticioso exacerba su aflicción, porque puede sentir que las oportunidades se le escapan entre los dedos mientras yace en cama. Mientras el presentador reitera la exuberancia con la que el pueblo austriaco recibió a Hitler y a sus tropas cuando cruzaron la frontera hace casi dos semanas, no hace ninguna referencia a las tropas de avanzada que rodearon a miles de disidentes para llevarlos a campos de concentración para que el camino de Hitler quedara libre. «Quizá no sea del dominio público», piensa Diana. Después de todo, Unity la mantuvo informada de muchos detalles privados; su hermana menor ha estado en Austria desde que los nazis llegaron y, por supuesto, tiene un acceso sin igual a Hitler. El informe incluye un resumen de cómo los nazis han cambiado, sin interrupciones, el poder gubernamental de Austria a Alemania, con unas pocas quejas verbales de otros países, a pesar de la clara infracción al Tratado de Versalles.

Cuánto le gustaría a Diana estar ahí. Sabe bien lo agradable que puede ser el Führer cuando todo sale como él quiere, y nada podría hacerlo más feliz que el exitoso reencuentro de su país de origen, Austria, y su amada Alemania. Si pudiera viajar a Austria ahora, sin las náuseas por todos y todo, entonces podría finalizar el trato de la radio que M. necesita con tanta desesperación. En su lugar, aquí está postrada, cautiva de su propio cuerpo y de este bebé.

Por supuesto que quiere tener el hijo de Mosley, pero el momento no pudo ser peor. Aún no han anunciado su boda; no querían enfrentar la cólera personal y financiera de Baba, sobre todo ahora que

están tan apretados de dinero y ella sigue proporcionando los fondos de Curzon cuando él lo solicita, a regañadientes. Sin embargo, ahora con el bebé en camino, apenas pueden evitarlo. Mosley quiere que Diana tenga a su bebé, no sólo que crie a los hijos Guinness. A ella le parece encantador, por supuesto, y acepta con gusto cualquier cosa que la vincule para siempre con este hombre escurridizo.

No obstante, Mosley parece no entender lo decisiva que es la participación de Diana para asegurar su futuro. No entiende que sin sus maquinaciones en Alemania el negocio de la radio comercial —que no sólo sostiene a la BUF ahora, sino que jugará un papel integral para los nazis en el futuro— no estaría sucediendo. No entiende que , sin Diana, su vínculo con Hitler y los nazis ni siquiera existiría. No entiende que el mismo Hitler le dijo que, después de Austria, ella tendría «su longitud de onda».

Todos esos largos y agotadores viajes a Berlín y a Múnich, donde ella ha desplegado su encanto y su intelecto para propiciar una relación entre los nazis y la BUF le han permitido a Mosley ser el mejor candidato cuando suceda lo inevitable: otra *Anschluss* nazi, esta vez entre Alemania y Gran Bretaña. De lo contrario, M. podría ser relegado al páramo de la historia o algo peor. Diana no permitirá que eso suceda.

Suspira, tratando de hacer que el malestar desaparezca con la sola fuerza de su voluntad. Su juego final se acerca y eso, más que ninguna otra cosa, le brinda paz.

Capítulo 48

Unity

24 de marzo de 1938
Viena, Austria

Unity se quita los zapatos, abre de par en par las puertas del balcón de su habitación en el hotel Imperial y mira la Heldenplatz, la Plaza de los Héroes —llamada así por los soldados que liberaron al pueblo de Napoleón en el siglo XIX y de los turcos en el XVII— que se extiende ante ella, vasta, enorme. Esta noche, varios grupos de ciudadanos llenan el centro y los soldados custodian el perímetro, pero ella recuerda a la multitud de doscientas cincuenta mil personas que cubría cada centímetro hace tan sólo unos días y ovacionaba a Hitler. La emoción la inunda al pensar en las masas que comparten la magnífica gloria del Führer.

Extiende los brazos como lo hizo Hitler en este mismo lugar hace unos días; imagina por un segundo que toda esa adoración es para ella. Gira y gira en el balcón hasta que se marea y cae al suelo entre risas. Qué feliz está de haberse apresurado a salir de Múnich para llegar a Viena y ser parte de la *Anschluss*, haber presenciado la historia en carne y hueso. Después de todo, varios desconocidos la pararon en las calles de Viena para preguntarle si podían besarle la mano porque el Führer la había tocado. Le parece que los austriacos

también la adoran un poco, y disfruta la sensación.

Hace ya algunas semanas que sabía que algo se preparaba, sobre todo cuando los nazis austriacos presionaron al canciller Kurt Shuschnigg para que nombrara a varios nazis en puestos del gobierno. Luego vinieron las reuniones de emergencia en Alemania, los murmullos entre los oficiales de alto rango que se apagaban cuando Unity se acercaba, el humor exultante de Hitler.

Cuando el 11 de marzo obligaron a Schuschnigg a renunciar y Hitler dispuso que su hombre, Arthur Seyss-Inquart, tomara su lugar, supo que la acción militar no tardaría. Sin embargo, no sospechó que sería tan pronto. Más tarde, al día siguiente, 12 de marzo, Erich le informó que el 8.° Ejército de la *Wehrmacht* entraba a Austria.

Sin siquiera molestarse en empacar, subió a su automóvil y salió a toda velocidad para reunirse a la fila del cortejo de Hitler. Llevaba el pie a fondo en el acelerador y su preciada suástica dorada bien visible sobre la solapa, en caso de que la detuvieran. Detrás de la procesión oficial, siguió de cerca a Hitler hasta la frontera con Braunau, luego hasta Linz y por último hasta Viena. Al ver que los ciudadanos de la antigua Austria recibían a su amado Führer entre vítores, con ramos y coronas de floras y blandían banderas nazis, sus ojos se llenaron de lágrimas. Ella sabe cuánto implicó esta unión.

A pesar de su relación cercana con Hitler, no había esperado ningún tratamiento especial cuando llegara a Viena. La banca de un parque hubiera bastado como cama. Lo único que quería era estar en Austria en ese gran evento. Pero cuando uno de los guardias del Führer la vio —debió informar a su líder—, le reservaron una habitación en el hotel Imperial, no muy lejos de la suya. Cuando Hitler se preparó para dar su discurso ante las

multitudes en la Heldenplatz el 15 de marzo, invitó a Unity a su balcón, a su lado, junto con los miembros más importantes del partido.

Unity nunca se había sentido tan orgullosa. Hitler dio el discurso para el que había nacido: explicó cómo el Reich había entrado en Austria, su patria, su lugar legítimo, como un libertador para devolverla a Alemania; cómo se convertirían en una «Alemania superior». Al contemplar a su maravilloso ídolo tan de cerca, lloró al ver su felicidad.

Tan pronto como terminaron las fiestas esa noche, y un poco borracha después de beber varias copas de champaña para celebrar, se sentó frente al escritorio blanco y oro, en la habitación de hotel ornamentada de damasco rojo, y tomó una hoja de papel con el membrete de hotel Imperial.

«Farve, nunca adivinarás dónde estuvo tu Bobo estos últimos días», escribió. Después detalló la comitiva por toda Austria y la maravillosa bienvenida de los ciudadanos. Lo conminó a que compartiera esta información porque «los periódicos británicos sin duda contarán una historia diferente, una falsa y llena de violencia y daños que jamás ocurrieron». Después escribió una carta similar al esposo de la prima Clemmie, Winston, quien le estaba causando tantos problemas al pobre Hitler. Unity tiene que hacer su mejor esfuerzo para cambiar la horrible percepción que tienen los británicos del Führer, para que el destino de Gran Bretaña y Alemania puda ser el mismo y, así, ella no se vea divida entre ambos.

Escucha que tocan a la puerta y gira la cabeza. Aunque sabe que hay soldados nazis vigilando el pasillo, se pregunta sobre los rumores de los disidentes. No ha visto un solo opositor, pero eso no significa que hayan desaparecido. «Basta», se dice, «pareces paranoica con esa actitud negativa como la de Nancy o Decca, cuando

deberías tener una fe total en Hitler y en sus planes».

Respira hondo, avanza hacia la puerta y la abre de par en par.

—*Mein* Führer —exclama en un gritito de sorpresa. Recupera la compostura y hace una leve reverencia—. Es un honor verlo. Sé que ha estado sumamente ocupado con la *Anschluss*, nunca pensé que tuviera tiempo para mí.

—Siempre tengo tiempo para *meine Walküre* —responde Hitler con su voz más agradable.

Unity se lleva la mano al corazón, siempre se conmueve cuando él usa su apodo y le dificulta encontrar palabras para responder; desea tanto complacerlo.

—Sobre todo porque tu padre, el estimado *lord* Redesdale, habló tan favorablemente del Reich hoy, en la Cámara de los Lores —agrega después del silencio—. Dio un poderoso discurso a favor de la anexión de Austria a Alemania.

—¿Eso hizo?

La noticia supera los sueños más descabellados de Unity. Sabe que sus visitas a Alemania le habían cambiado los puntos de vista antihunos, pero jamás pensó que Fave pudiera asumir esa actitud en público frente a sus pares.

—En efecto. —Su sonrisa es amplia e inconfundible bajo el bigote—. En ese discurso hizo referencia a asombrosos recuentos de primera mano sobre cómo el pueblo austriaco dio la bienvenida a nuestras tropas; recuentos que, sospecho, provienen de ti.

Unity mira a Hitler a los ojos, pero no puede sostener su mirada. De pronto recuerda unas líneas de Shakespeare que Decca o Debo debieron recitar en los interminables ensayos de sus obras de teatro: «deslumbra mis ojos». Nadie, nunca, la ha mirado con tanta admiración y cariño; sin duda no sus padres o sus

hermanas, quienes parecían considerarla como peculiar o molesta. Unity hará cualquier cosa para ganarse, de nuevo, esta maravillosa adoración de su amado Führer.

Capítulo 49

Nancy

27 de septiembre de 1938
Londres, Inglaterra

Mi mano queda suspendida sobre el picaporte de latón de la puerta del número 26 de Rutland Gate. No quiero estar aquí, quiero regresar a la cama, bajo las cobijas, en camisón a mediodía, o sentarme en el sofá con pantalones flojos y suéter, una copa de brandy, de vino de Burdeos, de champaña o de jerez, lo que tenga más a la mano a las cinco de la tarde, y volver a la cama un par de horas más tarde. Estos son los únicos lugares que he podido tolerar las últimas semanas y yo soy la única compañía que he podido soportar, aparte de mis perros. No estoy lista para este ataque violento de la familia ni para la aprehensión.

Pero debo hacerlo.

A principios de mes, cuando perdí al bebé —el único milagro que tuvo a bien crecer en mi útero en tres años— me di dos semanas de duelo por la pérdida del hijo nonato que empezaba a formarse en mi vientre. Catorce días para llorar, beber, fumar, aislarme y entregarme a cualquier capricho destructivo que pudiera tener, y dejar atrás esos años en los que intenté desesperadamente procrear.

Ignoré las llamadas y las notas de mi familia y mis

amigos, incluso de Evelyn. Si bien no desterré a Peter de la casa de manera oficial, él encontró muchas otras camas dónde dormir, algunas de las cuales pertenecían a otras mujeres. No me importaba; nuestro matrimonio de conveniencia se basaba en la cortesía y en nuestros constantes esfuerzos por tener un hijo, no del amor. Quería regodearme en mi dolor, sola, en particular porque sé que todos lo consideran excesivo comparado con la pérdida de un verdadero hijo. Mi pobre hermana Decca perdió a su bebé, Julia, cuando la niña contrajo sarampión la primavera pasada. La muerte de su dulce niña motivó a Decca y a Esmond a mudarse a Estados Unidos este verano, aunque lo atribuyeron a la intolerable situación política en Europa. Muv, incluso Farve, lloraron el hecho de que una de sus pequeñas hijas emigrara y la pérdida de la bebé que Farve ni siquiera conoció, puesto que era parte del castigo por el comportamiento de Decca.

Mis catorce días acabaron. Ahora debo estar a la altura de la llama que encendieron en mí, la que reduje a flama tras la *Anschluss* y el inquietante discurso de Farve en la Cámara de los Lores. La primavera pasada, antes de que me embarazara, empecé a hacer una lista de los viajes de Diana a Alemania y fragmentos de conversaciones que escuché sobre sus actividades, así como las de Unity, que leí con cuidado en viejas cartas y recordé en pláticas, en un esfuerzo por darle sentido a sus planes y evaluar cualquier clase de peligro que pudieran suponer, teniendo en mente la propuesta de Winston. Pero cuando al fin quedé embarazada este verano, seguí a pie el consejo de mi médico y guardé reposo. Esos esfuerzos fueron en vano y ahora debo volver a abocarme a los actos insidiosos de las dos hermanas Mitford. Hoy comienza mi nuevo plan.

Levanto la aldaba y la dejo caer. El golpe es seco y fuerte, pero nadie abre la puerta. Toco con mis nudillos

enguantados lo más fuerte que me atrevo. ¿Por qué no abre algún mayordomo o sirvienta? Sé que las finanzas de Muv y Farve están en pésimas condiciones después de varias pérdidas importantes —recientemente vendieron la propiedad de Swinbrook y miles de acres de tierra para compensar la creciente deuda—, pero, ¿habrán despedido hasta el personal más básico?

Como la puerta permanece cerrada, rodeo el edificio de estuco de cuatro plantas, una casa independiente del siglo XIX en una lujosa zona de Knightsbridge. La entrada está a la izquierda, avanzo frente a las enormes ventanas de mirador que están en el centro y a la derecha. Ahí está mi familia, indiferente a mi llegada. Toco en la ventana, hasta que Diana voltea en mi dirección.

Me hace una seña para indicarme que abrirá la puerta principal y regreso al porche toscano. Diana abre y todo lo que veo al principio es su sonrisa resplandeciente. Qué feliz me hace que estemos en buenos términos otra vez, que haya podido compartimentar su enojo por *Trifulca a la vista* para continuar con nuestra relación, aunque tenga que ser lejos de la presencia de Mosley. Pero después puedo ver a mi hermana por completo y siento como si me dieran una bofetada.

Su embarazo es avanzado. Por supuesto que me comentaron del embarazo de Diana, y ambas intercambiamos una divertida llamada telefónica en el verano, cuando creíamos que nuestros hijos tendrían edades similares. Sin embargo, no la había visto en meses, puesto que ella estaba en Wootton Lodge o en Alemania, y yo seguía las órdenes del médico de guardar reposo. Ver cómo acaricia su vientre con amor es más de lo que puedo soportar; es un recuerdo doloroso, casi físico, de mi propia pena.

Extiende los brazos y exclama como en un arrullo.

—Naunce.

Dejo que me envuelva en un abrazo, pero cuando siento su vientre redondo contra el mío, plano, me aparto de ella.

—¿Cómo está Unity? —pregunto sin mencionar el embarazo de Diana.

No confío en mí como para ocultar mis emociones.

—Lo verás tú misma —responde mientras avanzamos hacia el salón.

Al escuchar nuestros pasos, Unity, vestida por completo con el atuendo nazi, se levanta del sofá y extiende el brazo en saludo nazi, ignorando las protestas de Muv de que debería descansar.

—Qué bueno verte, Naunce. Lamento lo del… del…

La interrumpo, no quiero que hable en voz alta de mi pérdida. Me siento junto a ella y le tomo la mano.

—Gracias, Bobo. Ahora siéntate y descansa, como dice Muv.

Nos acomodamos como podemos en la sala, y Unity se vuelve a recostar en el sofá. Mi hermana pequeña, que no puede evitar parlotear mientras juguetea con su prendedor nazi de oro, dice:

—Oh, Naunce, Diana nos estaba contando una historia muy divertida. Continúa, por favor.

—Bueno, ¿pueden creer que mi chef, Grimwood, y mi mayordomo, James, presentaron su renuncia el mismo día y al mismo tiempo? —pregunta Diana con una voz graciosa.

—No me digas —respondo, esperando no sonar tan sarcástica como me gustaría.

¿Diana no se da cuenta de que la situación de Muv y de Farve es tan crítica que apenas cuentan con el apoyo mínimo? ¿Que yo no tengo personal, aparte de una sirvienta que hace todo? Contar la terrible desconsideración de dos miembros de su vasto personal no es el tema de conversación más sensible. De hecho,

tan pronto como Muv y Farve vendan esta casa en Londres, se mudarán a la pequeña isla escocesa que Farve compró por impulso, llamada Inch Kenneth, y ahí tendrán su residencia principal. Yo todavía no la he visitado, pero según Debo, quien esta tarde visita a unos amigos, la describe como para morir.

—No has escuchado lo más gracioso, Naunce. ¡Di… Diana, cuéntale! —exclama Unity casi en un grito. Nunca ha tenido la capacidad de moderarse.

Diana mira a Unity con frialdad, y nuestra hermana menor de inmediato deja de hablar. Me pregunto si esa es la forma en la que Diana maneja a Unity en el tenso entorno nazi.

—Ambos me presentaron su renuncia en el piso de la cocina, adonde fui a buscarlos cuando ninguno de los dos se presentó cuando llegaron varios invitados. Nunca hubiera esperado encontrarlos tirados en el suelo, entre fragmentos de porcelana de Dresde, sobre una alberca de su propia sangre —dice Diana, esperando que estallemos en carcajadas.

Aunque yo no le veo la gracia, hago un esfuerzo por esbozar una sonrisa.

—Se habían enfrascado en una gran pelea que terminó a golpes y en la doble renuncia —interviene Unity como explicación.

Diana continúa el relato.

—Ninguno de los dos podía soportar seguir trabajando con el otro, así que pensaron que la única solución era renunciar al mismo tiempo.

—¿Te imaginas? —dice Muv riendo.

Diana ríe con ella.

—Les juro que tuve que recurrir a todas mis dotes de negociadora para lograr que Grimwood y James se quedaran en Wootton Lodge, más de lo que requirió convencer a los quisquillosos ministros alemanes para que se interesaran en nuestro negocio de radio

comercial.

«Ah, eso es», pienso al ver cómo mi hermana se ruboriza por la información que se le acaba de escapar. «Un negocio de radio comercial con los alemanes». Este es el motivo de todos los murmullos de hace más de un año, y quizá la explicación de sus tantos viajes a Alemania. ¿En qué consiste ese negocio de la radio y entre quiénes es el acuerdo? Supongo que una compañía controlada por Diana, Mosley y alguna entidad gubernamental alemana. Me parece una época poco favorable para un nuevo acuerdo comercial radiofónico entre una empresa británica y el gobierno alemán, puesto que se trata de un mercado controlado por la BBC y muy protegido por el gobierno británico. Después de todo, el primer ministro Chamberlain pasó varias semanas en Alemania hablando con Hitler; luego se reunió con este último, con el dictador italiano, Mussolini y el primer ministro francés, Édouard Daladier. Un esfuerzo enorme para llegar a un acuerdo y, así, evitar la guerra entre Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética, por un lado, y Alemania, Italia y Japón, por el otro, debido a la ocupación de los Sudetes, al oeste de Checoslovaquia, por parte de Alemania. Debe haber mucho más detrás que lo que deduzco ahora y tendré que revisar mi línea de tiempo y mis notas sobre las actividades de mis hermanas ahora que tengo esta nueva información.

—No me hagan caso —se apresura cuando se da cuenta de su error—. Cuéntanos cómo te sientes Unity.

—Casi por completo repuesta —responde tosiendo un poco.

Durante su visita anual al Festival de Bayreuth este verano, Unity contrajo neumonía, empeoró tanto que Muv tuvo que ir a Alemania a cuidarla.

—Ya veremos qué dice el médico sobre eso —masculla Farve, con razón. Fue él quien tuvo que salir a

toda prisa a Núremberg unas semanas después de que Muv regresara de Bayreuth para ir a buscar a Unity cuando se enfermó gravemente de gripe en la *parteitag*. Piensa que nunca se restableció por completo de la neumonía y que eso la dejó más susceptible al resfrío.

—De todas formas, el médico de Hitler, el doctor Morell, dijo que me atendería cuando regresara a Múnich. No podría estar en mejores manos —explica Unity, alegre.

Hitler había puesto a su médico personal a disposición de Unity en Bayreuth, y ella está muy orgullosa de eso.

—Pues no fue muy útil la primera vez, puesto que volviste a enfermarte —espeta Farve.

—Estoy bien. Voy a regresar, te guste o no, Farve —grita Unity.

Ignoramos a Farve y seguimos hablando de la salud de Unity y del diagnóstico de los médicos locales. Al parecer, el consenso médico apoya el deseo de Unity de volver a Múnich en una semana aproximadamente. Pero una pregunta persiste, con más urgencia que nunca: ¿por qué Muv y Farve le permiten ir a un país que está en una situación política inestable y agresiva? Un país que bien podría entrar en guerra con Gran Bretaña si Chamberlain no puede negociar la paz. Imagino lo que diría Winston. Es una suerte que Peter no esté aquí, porque le diría pestes a Muv, a Farve y a Diana. Entre más lo pienso, yo también debería hacerlo. ¿No me comprometí a tomar medidas?

—¿En verdad creen que es prudente que Unity regrese a Alemania? —pregunto.

Todos me voltean a ver como si me hubiera convertido en Medusa. Los miro y me doy cuenta de que cada uno tiene sus razones para permitir, incluso exhortar, a Unity que vuelva a la telaraña. Muv y Farve son incapaces de controlar a su hija obstinada y rebelde

y Diana necesita el acceso a Hitler y los altos oficiales nazis que Unity le puede ofrecer, sin hablar de que es un pretexto decoroso para hacerle tantas visitas.

Nadie responde hasta que Unity espeta:

—Dejen de hablar de mí como si no estuviera. Nancy, sé que aún crees en algunas de las cosas que escribiste en *Trifulca a la vista* sobre el Führer. Ya te perdoné por publicarlas en ese horrible libro, pero no lo he olvidado.

La furia en su voz es real; debo tener cuidado con ella.

—No tiene nada que ver con los puntos de vista de Hitler, pero sí todo que ver con la agitación política y militar en el continente. ¿Qué pasará si Chamberlain no puede negociar la paz? Podrías quedarte atrapada detrás de las líneas enemigas; me preocupo por mi hermana menor.

La miro y veo en ella a la niña perdida y solitaria que era.

Una sonrisa engreída aparece en su rostro y veo que su rabia ha disminuido.

—Naunce, no necesitas preocuparte por mí. Estoy segura en el seno de los nazis. Hitler y sus hombres me defenderán hasta el final; después de todo, soy su valkiria.

Sus fantasías son preocupantes, pero si se lo digo, me arriesgo a que se enfurezca y nos enemistemos. Mientras considero qué debería decir, ella agrega:

—Después de todo, *mein* Führer está a punto de convertirse en el gobernante de todos nosotros. Espera a que todos vean lo que hará después de Checoslovaquia.

Miro a mi alrededor para medir la reacción de las palabras de Unity; sólo Diana no parece sorprendida.

—Señora —dice la niñera de Diana asomándose por la puerta, antes de que yo pueda responder—, los niños quieren hacerle una pregunta.

—Ya voy —responde Diana haciendo un esfuerzo por levantarse—. Quizá no debí traer a Jonathan y a Desmond a ver a la tía Unity, han sido muy molestos —agrega antes de salir.

—¡Tonterías! —exclama Muv.

—¡Para nada! ¡Yo necesitaba verlos! —añade Unity.

Ahora que Diana se ha ido, la sala queda en silencio. De pronto pienso que también me gustaría ver a los chicos y me levanto.

—Hace siglos que no veo a Jonathan y a Desmond, voy a asomarme —digo.

Voy al pasillo del fondo, hacia el estudio, donde supongo que están los hijos de Diana con la niñera, puesto que no los he visto ni los he escuchado desde que llegué. La puerta del estudio está entreabierta y la empujo un poco sin anunciarme, esperando darles una sorpresa a los niños. El disgusto continuo que Mosley expresa por mí ha hecho que no pueda ver a los chicos lo suficiente, y por un segundo me preocupa que no me reconozcan.

Me asomo para echar un vistazo y veo a Diana de rodillas frente a sus hijos, está corrigiendo la postura de los niños. ¿Qué hace, sobre todo en su estado? De pronto se pone de pie y les ordena:

—Muy bien, chicos, ahora que están bien erguidos, escuchemos lo que tienen que decir.

Retrocede unos pasos y puedo ver bien a Jonathan y a Desmond. Los adorables niños de cabello rubio tienen una mano extendida sobre la frente en un gesto de saludo. ¿Qué demonios está pasando aquí? Terminan el saludo y exclaman:

—*Heil* Hitler!

Diana aplaude, emocionada, y les ofrece una gran sonrisa.

—¡Perfecto! Sólo se necesitaba un pequeño cambio para que estuviera bien. Y queremos que sea perfecto

para cuando venga el Führer, ¿cierto?

Los niños asienten con fuerza.

—¿Respondí a todas sus preguntas sobre cómo saludar correctamente al Führer? —agrega—. Si es así, regreso con sus abuelos y sus tías.

Lo que acabo de presenciar es tan inquietante que tengo ganas de gritar, pero en su lugar me tapo la boca con la mano. Me alejo de la puerta sin hacer ruido, esperando que el piso de madera no cruja. Cuando volteo para tomar el pasillo que da a la sala, veo a la niñera parada en las sombras. Durante un segundo nuestras miradas se encuentran y me quedo paralizada, pero me obligo a fingir que no ha pasado nada inapropiado y sigo avanzando. Sin embargo, cuando paso frente a ella me mira de manera muy extraña; en parte quiero detenerme y preguntarle, pero no puedo.

De regreso a la sala me despido con gestos exagerados porque deseo que Diana escuche desde el pasillo; necesito que crea que he estado aquí todo el tiempo. ¿Qué haría si supiera que fui testigo de esa traición, de lo que creo que mi hermana es capaz?

Capítulo 50

Diana

27 de septiembre de 1938
Londres, Inglaterra

Diana cierra bien la puerta principal cuando Nancy sale. Tiene que empujar con fuerza hasta que escucha el cerrojo, pero por instinto presiona un poco más para estar segura. Tiene los nervios a flor de piel, está al borde de una crisis. La visita de Nancy a la casa de sus padres en Londres ahora que Unity está aquí ha resultado mucho más arriesgada y peligrosa de lo que pensó.

Ama a su hermana mayor, por supuesto. De alguna forma ella es la oscuridad frente a la luz de Diana, su otra mitad. Pero la brecha política y personal entre ambas se ha agrandado al paso de los años y ha hecho casi imposible una relación íntima con Nancy. Porque la ingeniosa, sumamente vigilante Nancy es la única que podría darse cuenta de todo el plan de Diana, y sencillamente no lo puede permitir.

Permanece en el pasillo de la entrada y se pregunta qué pudo haber escuchado Nancy en los pocos minutos antes de que se fuera. «Qué estúpida soy», piensa Diana. ¿Por qué no insistió en acompañarla a la salida? Se acaricia el vientre, sabe la respuesta: este embarazo tan poco oportuno la tiene agotada y la hace cometer

errores.

Repasa en su cabeza la plática que tuvieron en la sala después de que Nancy se marchó con tanta teatralidad, dando abrazos a diestra y siniestra, incluso al reticente Farve y la siempre fría Muv. Unity volvió a la conversación sobre Hitler y la invasión completa de Checoslovaquia, sin importar los términos que pudieran acordar Chamberlain, Mussolini, Daladier y el Führer. Por las muchas cenas que ha tenido Diana en Berlín con líderes nazis, sabe bien que Unity tiene razón. Pero revelar este tipo de información a más personas —líderes del gobierno británico, incluso— la comprometería y haría que ella y Mosley se convirtieran en espías británicos o traidores en un santiamén, en lugar de ser los socios comerciales y políticos que esperan ser cuando suceda la inevitable dominación de Hitler.

Por fortuna, Diana recuerda que ignoró el parloteo de Unity sobre la invasión a Checoslovaquia y cambió el tema de conversación. Aunque no sabía que Nancy estaba por ahí, no quería que sus padres supieran nada de los planes de Hitler que pudiera socavar cualquier acuerdo al que llegara Chamberlain, ningún rumor que hubieran podido escuchar. Sus padres han brindado un apoyo maravilloso al régimen nazi, sobre todo Farve, con sus discursos y sus cartas, y no quiere arriesgarlo de ningún modo. Necesitan permanecer unidos en los días por venir y ella tiene mucho qué hacer para convencerlos una vez que Hitler termine la invasión de Checoslovaquia.

«Que alivio», piensa. «Sus comentarios fueron inofensivos». Exhala de manera audible y de pronto recuerda que, justo después de que Nancy hiciera tanto escándalo para irse y Diana lograra cambiar el tema de los nazis en Checoslovaquia, Muv le preguntó a Diana si podía regresar a Alemania con Unity, quizá podía

aprovechar el viaje para trabajar en el convenio de la estación de radio comercial. Diana respondió que no podía porque el bebé estaba por llegar y, en cualquier caso, casi había terminado los permisos y licencias necesarios para abrir la estación en Alemania para transmitir entretenimiento ligero en Bélgica y algunas partes de Gran Bretaña. «Demonios, ¿qué pensaría Nancy de eso si lo hubiera escuchado?», piensa. Quizá lo más importante era saber qué haría con esa información.

Diana trata de recordar la escena. ¿Qué había hecho Nancy mientras merodeaba en el pasillo? ¿Se puso los guantes despacio, un dedo tras otro? ¿Hurgó en su bolso como si buscara algo? ¿Se puso con cuidado su peculiar lápiz labial rojo sangre frente al espejo del pasillo? ¿Qué hubiera hecho si Diana la hubiera sorprendido espiando? ¿Por qué tenía tanta curiosidad como para escuchar a escondidas?

—Diana —dice Muv desde la sala, interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí —responde.

No quiere apurarse a menos que sea absolutamente necesario. Aunque aún faltan poco más de dos meses para que nazca el bebé, ya se siente enorme y torpe.

—Te llaman por teléfono.

¿Quién sabe que está ahí? ¿El personal de su departamento en Londres que ella y Mosley rentan? Él debió urgirlos a que la localizaran.

—¿Quién es?

—Mosley.

Al escuchar el nombre de su amante —su esposo, a veces lo olvida— se apresura al teléfono. Toma el auricular de manos de Muv y gira contra la pared para tener un poco de privacidad.

—Hola, querido —dice en un murmullo.

—No mencionaste que tú y los niños irían a Rutland Gate.

—No quería molestarte con detalles sin importancia sobre esta visita a Unity y a mis padres —responde, con cuidado de no mencionar a Nancy. Mosley la sigue considerando como una enemiga y quizá siempre sea así —. Y sé que estás ocupado preparándote para ir a París.

Aunque Diana ya estableció los términos principales del acuerdo de la radio con los hombres de Hitler ese verano, no quería que M. sintiera que no había jugado un papel importante; aunque ambos sabían que no hubiera sido una realidad sin ella. Cuando llegó el momento de afinar la estructura de la organización —algo delicado, dado que el gobierno alemán sólo podía otorga licencias de transmisión a empresas alemanas y, por esa razón, los abogados crearon una serie de entidades de transferencia que terminaban en la compañía Wire Broadcasting Ltd., la empresa de Diana y de Mosley— y las restricciones de la programación que podían ser negativas para Alemania y Gran Bretaña, Diana sugirió que Mosley y su abogado se reunieran con los negociadores alemanes, el empresario Johannes Bernhardt, el inversionista bancario Kurt von Schroeder y el asistente de Hitler, el capitán Fritz Wiedemann en el lado alemán de París. De ese modo, M. estaría fuera del alcance de la inteligencia británica y, lo más importante, no se sentiría emasculado por el triunfo de Diana.

—Quería revisar los términos que faltan del contrato contigo antes de irme esta noche —explica M. con evidente disgusto—. Después de todo, tú insististe en manejar casi todas las negociaciones hasta hoy.

Diana se tensa. Gracias a sus tácticas más encantadoras y brillantes, el plan de la radio ha llegado tan lejos. Sugerir que, de alguna manera, ha monopolizado las negociaciones para su propio placer es ridículo e insultante. Pero no hace ningún comentario; sabe cómo tomaría Mosley una reacción tan vehemente y no tiene intenciones de pelearse con el hombre al que

desea más que a nada, en gran medida porque es el único que no se ha rendido ante sus tretas. No ahora que por fin está a punto de asegurar todo lo que desean como pareja a nivel de seguridad financiera, ingresos para su grupo político y el derecho a sentarse junto a Hitler cuando conquiste Gran Bretaña; y todo lo que desea como mujer: ser la esposa de Mosley y darle un hijo.

Mosley ha insistido en mantener su matrimonio en secreto estos últimos dos años, salvo a la familia inmediata, por supuesto. Al principio era porque tenía miedo de enemistarse con Baba, pero conforme pasó el tiempo, se hizo claro que su relación con Diana afectaría su vínculo financiero, independientemente de su estado civil. Sin embargo, para entonces, ya tenía otra razón para seguir guardando el secreto. Las negociaciones de la radio comercial ya estaban muy avanzadas y Diana necesitaba asegurarse de que Mosley no tuviera ningún vínculo oficial con la empresa, para no incitar la curiosidad de la inteligencia británica. Pero ahora que casi está a punto de dar a luz y que el trato de la radio está por concluirse, el momento se acerca.

—Los niños y yo regresaremos al departamento dentro de poco —responde tragándose su descontento y le promete a Mosley volver pronto a casa para ayudarlo con el contrato de la radio.

Capítulo 51

Unity

27 de septiembre de 1938
Londres, Inglaterra

Unity se levanta del sofá y trata de arrebatarle el teléfono a Diana.

—¡Basta! —grita su hermana manoteando como si fuera un mosquito molesto.

Unity detesta que la traten así, sobre todo Diana. Le recuerda su infancia, cuando se sentía extraña y torpe comparada con sus divinas hermanas. A pesar de los celos intermitentes que ahora siente por la belleza y el encanto de su hermana, sin hablar de la facilidad con la que ha logrado forjar una relación con el Führer, Unity la admira, incluso la idolatra en cierto sentido. Unity había llegado a creer que Diana sentía lo mismo por ella, o al menos aprecio.

—Pero quiero hablar con Mosley —lloriquea Unity.

Odia el sonido de su voz, pero no puede evitarlo. Extraña demasiado a Hitler y quiere decirle que su valkiria volverá pronto a Alemania.

—Tengo un mensaje que quiero que le dé al capitán Wiedemann cuando lo vea en París —insiste—. Un mensaje importante que el capitán Wiedemann tiene que darle a *mein* Führer.

—¿Cómo sabe Unity que voy a París y con quién

me voy a reunir? —le pregunta Mosley a Diana, pero su voz es lo suficientemente alta para que Unity lo escuche—. ¿Qué le has dicho?

Sus palabras sorprenden a Unity. ¿Por qué no quiere que ella sepa sobre su viaje y lo que va a hacer ahí? ¿Qué no están todos del mismo lado, del lado del Führer y del fascismo? ¿Del lado de quienes quieren que Gran Bretaña entienda que la paz entre la nación de origen de Unity y su patria adoptiva, Alemania, será para bien de estas dos grandes naciones? ¿Que juntos merecen gobernar toda Europa?

—Shhh —murmura Diana al teléfono mientras se aleja de Unity hasta donde se lo permite el cable.

—¡No me calles! —grita Mosley.

Aunque Diana se ha alejado hasta un rincón de la sala con el teléfono, lo puede oír no sólo Unity, sino también Muv y Farve, quienes la miran fijamente.

—Te puede oír —dice entre dientes.

—No me importa si el maldito Hitler puede oírme. Eres mi esposa, no me vas a decir que me calle, mucho menos por la maldita Unity.

—No podemos pelearnos con Unity —responde Diana en voz baja—. Y en todo caso, no deberías hablar así de mi hermana.

Ignorando por completo el deseo de Diana de que permaneciera lejos, Unity se acerca a ella lo suficiente y observa cómo el exquisito rostro de su hermana se descompone y su postura siempre erguida se desploma. ¿Cómo se atreve un hombre como Mosley a hablarle así a su hermana? Él es un fascista de imitación, en el mejor de los casos, ¿no había cambiado de partido tres veces antes de establecerse en el fascismo? Definitivamente no la merece. Unity sabe muy bien que Diana es quien tiene verdadera fe en Hitler y en el Reich, y que se manifiesta a través de Unity, por supuesto.

Unity empieza a pensar que quizá Mosley no sea un

socio digno de Hitler, que, tal vez, alguien más podría servirle mejor al Führer cuando él logre su alianza con Gran Bretaña; Diana o ella misma.

Una fría determinación la invade y le da la espalda a su hermana. Conforme se acerca a la mesa del teléfono, escucha que su madre la llama, conminándola que vuelva a recostarse. Incluso Farve le habla cuando Unity empieza a toser. Pero no tiene ninguna intención de retirarse, necesita proteger a su hermana y proteger sus países, Alemania e Inglaterra, todo en un solo movimiento.

Unity se acerca al teléfono y extiende el índice hacia la base de baquelita negra. Escucha el grito de su hermana, «¡No!», pero nadie la detiene y cuelga, desconectando a Mosley y a Diana. Nadie se interpondrá en su camino.

Capítulo 52

Nancy

2 de agosto de 1939
Perpiñán, Francia

—¡Señora, señora!

Me llaman unos hombres a través de la reja de alambre de púas. Extienden las manos por la parte baja de la reja, donde los bordes no son cortantes, para tratar de sujetarme por el borde de mis pantalones. La desesperación de los refugiados es tangible y desgarradora.

—Lo siento, señores —respondo con una de las pocas frases en español que he podido aprender entre mis tareas.

Me gustaría poder ofrecerles más. Las disculpas son inútiles cuando tienen el estómago vacío y su futuro es incierto.

Cruzo el sórdido campo hacia la sección de mujeres, donde también están sentadas detrás de una reja de alambre de púas como si fueran criminales cuando, su único crimen ha sido escapar de España para venir a Francia, lejos de las ejecuciones masivas que realizan el general fascista Francisco Franco y sus ejércitos. Al ver los rostros sucios y consumidos de las mujeres, muchas de ellas con niños colgando de sus delgados vestidos de algodón o en sus brazos magros, rodeadas por perros y

animales de granja, me pregunto por millonésima vez cómo cruzaron los formidables Pirineos para escapar. Cuando esta pobre gente miserable por fin pudo cruzar la frontera, ¿por qué Francia no los recibió con los brazos abiertos? Si bien supongo que los franceses están más preocupados preparándose para la guerra contra Alemania que por los ataques contra estos refugiados y debería dársele crédito por no enviarlos de vuelta a España; tener a esta gente desdichada en el limbo requiere de muchos voluntarios para su cuidado, y los recursos menguan en nuestro intento por encontrar un país que reciba a estas multitudes empobrecidas y hambrientas.

Cuando me acerco al trabajador que cuida la reja, lamento que todo lo que tengo conmigo sean mensajes de sus familiares en el campo de los hombres y no comida. A pesar de no traer nada, al entrar las mujeres me rodean con grandes sonrisas. Por razones de decencia, los organizadores del campo de refugiados separaron a hombres y mujeres, dividiendo así a familias, inmediatas y extendidas. Otras dos ayudantes y yo llevamos y traemos mensajes entre ambos campos, su único medio de comunicación. Entiendo las razones de la separación por género, pero es muy duro y excesivo en un tiempo que ya es, extremadamente, difícil.

Pronuncio mal los apellidos en español y distribuyo las cartas; cuando voy a la mitad, siento una palmadita en el hombro.

—¿Nancy? —pregunta una voz familiar.

Volteo y veo a Peter.

Para mi asombro, en primavera mi esposo viajó a Perpiñán para ayudar a cientos de miles de refugiados que escapaban de la violencia del fascismo de Franco, un acto de altruismo que nació ante la frustración de la pasividad e inacción. Me llevó algunos meses juntar el valor para reunirme con él, inspirada por sus artículos

en el periódico y las muchas cartas en las que describía las deplorables condiciones en que viven aquí. También buscaba un propósito después de mi aborto. Además, ya no había más evidencias en contra de mis hermanas que me obligaran a quedarme en Inglaterra y seguir recopilando información sobre ellas. Después de todo, Diana tuvo a su bebé y Unity había vuelto a Alemania. Que Diana convirtiera a sus hijos a las juventudes nazis no era suficiente, al menos no lo creo, no aún.

Si viniera aquí a pasar tiempo con Peter en lugar de ayudar, me hubiera sentido muy decepcionada. Peter me recibió en la estación de tren con un beso distraído en la mejilla y de inmediato me presentó a un ayudante y le dio instrucciones para que ayudara a distribuir raciones de comida a los refugiados a la hora de la cena. Desde entonces, sus responsabilidades lo han mantenido alejado de mí la mayor parte de los días y las noches. El caballero inglés que parecía perdido, salvo para asistir a cocteles en las noches, está lleno de significado aquí en Perpiñán; es parte integral del funcionamiento eficiente del campo de refugiados. Está casi irreconocible, pero me pregunto cuánto tiempo hará falta para que las rutinas de Londres borren esta pátina de resolución. ¿Cuánto tiempo haría falta para que la mía desapareciera?

—¿Me necesitas para algo? —pregunto pasándole el resto de las cartas al guardia.

—Quiero que asignes a los refugiados y a sus familias en las cabinas y literas del barco que va a México. Tenemos una lista de las personas que irán a bordo y sus nombres están en orden de prioridad, con base en la fecha de llegada al campo. Y alguien tiene que hacer la dura labor de encontrar espacio para ellos. —Me limpia la mejilla—. ¿Te importaría intentarlo? Nadie es mejor que tú para organizar maravillosamente.

—El elogio fue un buen intento —respondo con una

sonrisa irónica.

Me devuelve la sonrisa y recuerdo al Peter del bar Savoy, las noches de cocteles con Evelyn, los restos de las veladas. De pronto, vuelve al asunto en cuestión.

—Buena chica, Nancy —dice dándome unas palmaditas en el brazo como si fuera una colega y no su esposa—. No queremos peleas cuando estén a bordo.

Me examina como si en verdad me viera desde mi llegada hace más de un mes.

—¿Por qué no duermes unas horas? Te ves exhausta y tienes todavía hasta mañana en la tarde para asignar las cabinas y las literas.

Su sugerencia es sorprendentemente compasiva. Si no tengo cuidado podría terminar enamorándome de este Peter, un hombre por completo distinto con el que intercambié votos matrimoniales y con quien compartí una casa en Maida Vale, adonde nos mudamos después de Rose Cottage. Podría terminar deseando seguir casada con este Peter.

—Si insistes —respondo.

—Insisto —dice dándome un beso en la frente para luego responder a las preguntas de Donald y Humphrey, sus dos asistentes que lo esperan pacientes.

Aprieto su mano a modo de despedida y avanzo en el crepúsculo hacia la zona de voluntarios donde levantaron tiendas de campaña. «Qué hermoso lugar podría ser este pueblo de la costa francesa para pasar las vacaciones», pienso en los destellos del Mediterráneo azul celeste y el asombroso castillo de ladrillo naranja que domina el horizonte. Salvo que los campos de refugiados han invadido la periferia de la aldea y las áreas costeras, claro está.

Llego a mi tienda de campaña y sólo me detengo a lavarme las manos que están llenas de tierra en una vasija que tiene agua fresca, que algún voluntario considerado colocó en la mesa común. Conforme froto

debajo de mis uñas —en estado lamentable, Muv lloraría de pena— me pregunto cómo mis hermanas y, más recientemente, Tom, pueden soportar un régimen que ha engendrado esta catástrofe de cientos de miles de refugiados desplazados y desesperados. El gobierno se encuentra más preocupado por el poder y la ideología que por los ciudadanos a los que debería gobernar. ¿Diana y Unity seguirían alabando a su precioso Hitler si fueran testigos del sufrimiento de las madres y niños que acabo de dejar en el campo de mujeres? ¿Si vieran con sus propios ojos los cientos de bebés, muchos de los cuales nacieron en el campo o nacerán en el barco?

«Basta», pienso. «Si te permites especular sobre cómo Unity y Diana pueden enarbolar esa maldita bandera nazi con orgullo y, posiblemente, dañar a su propio país al difundir información confidencial con el hombre que pronto será nuestro enemigo, nunca tendrás las escasas tres horas de sueño que te dieron. Basta», me ordeno de nuevo cuando me asaltan más ideas sobre los negocios y las alianzas estratégicas que Diana está forjando para ayudar a Hitler y su plan de gobernar Gran Bretaña.

—Basta —digo en voz alta cuando me reprendo por sólo ser capaz de recopilar información inocua sobre Unity y Diana: listas de lugares a donde han asistido, fechas de viajes, oficiales nazis que han conocido, pero nada sustancial que relacione sus creencias fascistas con actividades en contra de Inglaterra; y luego no tener el valor para compartirlo con Winston de cualquier forma.

Este pensamiento da lugar a otra espiral: «¿por qué quiero encontrar algo condenatorio sobre mis hermanas?».

Trato de calmarme y volver a concentrarme en las tres horas que podré dormir, lo demás puede esperar. Son tres horas más de las que dormí anoche, y tres horas más de lo que Peter ha tenido durante casi cuarenta y

ocho horas.

Ignoro los periódicos que están apilados junto a mi catre, que utilizo como material para escribir una novela en la que pueda darle sentido a la locura política a mi alrededor y al papel que juegan mis hermanas en ella. Estoy demasiado cansada. En su lugar, me quito la ropa sudada, me limpio lo mejor que puedo mientras me pregunto, ¿cuándo tratar de espiar a Diana y a Unity dejó de ser suficiente en mi guerra contra el fascismo? ¿Cuándo tuve la necesidad de hacer más para cambiar la trayectoria de esta terrible época, no sólo amasar información sobre los sospechosos negocios alemanes de mi hermana y de escribir novelas sobre eso? No puedo identificar la hora o el día, pero una mañana desperté y la flama se convirtió en una obsesión incontrolable de reunirme con Peter en España para ayudarle con los refugiados de la guerra de Franco. Quería ensuciar mis manos blancas con el trabajo real, ayudar a las víctimas del fascismo, más allá de recopilar, sin ánimo, información sobre el paradero de mis hermanas o garabatear personajes ficticios que luchan contra problemas similares. Ahora que evalúo hasta dónde tengo que llegar para impedir que mis hermanas extiendan la tiranía nazi, creo que necesitaba verlo con mis propios ojos.

Capítulo 53

Diana

4 de agosto de 1939
Bayreuth, Alemania

—¿Más té, *lady* Mosley? —pregunta Hitler ofreciéndole a Diana la más tierna de las sonrisas.

A veces le parece difícil creer que este amable caballero, con los modales más impecables, sea la misma persona que, de manera tan audaz e inesperada, violó los Acuerdos de Múnich en marzo, que le permitieron a Chamberlain regresar a casa como un héroe y un pacificador.

A pesar de los términos de ese pacto firmado entre Gran Bretaña, Francia, Italia y Alemania —en él Hitler acordó estar satisfecho con «reclamar» la parte alemana de Checoslovaquia llamada los Sudetes—, para horror del mundo entero, invadió el resto de Checoslovaquia unos meses después.

—Con mucho gusto, *mein* Führer. Gracias —En respuesta, levanta su taza de porcelana, una pieza fina con un grabado de la suástica en oro.

¿Cómo se las arregla Hitler para que esta vajilla nazi personalizada esté disponible en el restaurante del hotel Goldener Anker, donde se aloja cuando está en Bayreuth para el Festival Wagner? Quizá el hotel cuenta con una reserva lista para usar en cualquier momento.

Mientras Diana mira cómo vierte el líquido aromático, desearía estar en casa arrullando e inhalando el dulce aroma de su pequeño de ocho meses, Oswald Alexander, a quien llaman Alexander. Está en una edad adorable, aunque su llegada al mundo fue todo, menos eso. Cuando nació, ella y Mosley no tuvieron más opción que anunciar públicamente su matrimonio y la noticia suscitó un aluvión de proporciones inesperadas. La consternación y la furia de Baba eran de esperar, pero el asombro y la molestia del pobre Nicholas, el hijo de M., fueron muy dolorosos para todos. Diana se había encariñado con los hijos de Mosley, y si bien ellos no tenían un sentimiento recíproco porque Baba les había inculcado demasiados cuentos de hadas sobre la madrastra mala, los niños adoraban a Jonathan y a Desmond, y eso la enternecía.

Conforme se acercaban las vacaciones de Pascua de Nicholas en su internado, se calmó un poco y Diana pensó que todo había pasado. Se instaló en Wootton Lodge para pasar una buena temporada con los tres niños y Mosley, y los hijos de él los visitaban en ocasiones; hasta que Hitler decidió ocupar toda Checoslovaquia bajo las narices de Chamberlain, Mussolini y Daladier. Si bien ella había anticipado este golpe, asombró mucho a la nación y a la gente a su alrededor. El primer ministro Chamberlain no hizo una proclamación de guerra; un sentimiento fatídico se había apoderado del país y Mosley se puso muy nervioso. Sólo las numerosas multitudes entusiastas que acudieron en julio a la reunión en el salón de exhibiciones de Earls Court, una manifestación por la paz y no por la guerra con Alemania, pudieron tranquilizarlo durante un tiempo.

Mosley volvió a preocuparse por la estabilidad financiera de la BUF. ¿El acuerdo de la radio continuaría si se declaraba la guerra? ¿Cómo mantendría a flote a la

BUF hasta que Hitler invadiera Gran Bretaña sin los fondos que proporciona la estación de radio? M. sabe que vendrán, cree que el ejército alemán es imparable. Estas preguntas eran el sonsonete constante en Wootton Lodge, y ningún argumento conciliador podía aliviar la angustia de su esposo. Al pobre Alexander tuvo que dejarlo al cuidado de la niñera mientras Diana viajaba a Alemania para llevar a cabo su magia, de nuevo; por eso ahora está ahí sentada.

—¿Le emociona ir a la ópera esta noche? —pregunta tratando de mostrar fervor o, al menos un entusiasmo genuino en la voz.

La verdad es que la ópera le parece terriblemente aburrida y que el amor que le tiene el Führer a esta música tediosa es uno de los aspectos más desagradables de estos viajes. ¿Cuándo podrá hablar del asunto por el que Mosley la envió? ¿Cuándo podrá descubrir si el negocio de la radio está finiquitado, si la estación está en marcha y el convenio intacto, independientemente de los cambios en los Acuerdos de Múnich?

—Ah, sí —responde con un tono reverente—. *Der Fliegende Holländer* será inspirador.

Mientras ella, Hitler y Unity platican sobre la representación de esta noche y el esplendor y la magnificencia de las decoraciones en la Festspielhaus, Diana piensa en cuán diferente es el festival este año. El estado de ánimo está mitigado y el número de jóvenes soldados rubios de mejillas rosadas que, en años anteriores estaban por todas partes, ahora ha disminuido. Varios en sus filas han sido reemplazados por soldados vendados que cojean, a quienes trajeron para que Wagner los inspire en su recuperación, y si bien ella duda de que las agobiantes producciones de Wagner sean lo que el médico recetó, también sabe que nadie rechaza una invitación de Hitler.

—Y será un bálsamo tenerlas a ustedes dos como

mis invitadas especiales —agrega inclinando la cabeza con cortesía y ofreciendo una sonrisa a cada una.

Diana sabe que en verdad disfruta presentarse en el Festival de Bayreuth con las aristócratas hermanas Mitford del brazo, quienes tienen vínculos familiares estrechos con el propio Richard Wagner.

—Su presencia aquí ayuda a calmar mi espíritu abrumado y me brinda la esperanza de un futuro pacífico para Gran Bretaña y Alemania —añade.

Unity aprieta el brazo de Hitler. Para ella, el bienestar del Führer siempre es lo más importante, Diana lo sabe bien.

—¿Está usted bien? —pregunta Unity.

—Oh, sí, *meine walküre*, mi cuerpo no padece, es sólo mi espíritu el que está abatido.

—Haría cualquier cosa por ayudarlo —dice Unity como en un lamento.

—Lo sé —responde dándole unas palmaditas en la mano—. Pero creo que está fuera de tu alcance. Me has suplicado sobre este tema una y otra vez, y me duele que mi deber sagrado me obligue a hacer algo que te lastime.

«¿De qué demonios está hablando?», piensa Diana.

Parece que Unity entiende, porque abre mucho los ojos y exclama.

—¡No!

Hitler mira de inmediato a sus guardias, quienes examinan el salón de té. Los otros pocos comensales no voltean en su dirección, aunque sin duda escucharon el grito de Unity; no se atreven.

¿Qué secreto conoce su hermana que le provoca tanta alarma? ¿Cuál es el siguiente paso que van a dar los nazis? Ella no puede preguntar; mostrar curiosidad sería inapropiado. Sin embargo, Diana reza porque lo que sea que Hitler les haya ordenado a sus tropas, el maldito Winston no sea quien tenga la razón: al buscar

la paz, Chamberlain garantizó la guerra.

El Führer extiende los brazos y toma la mano de Diana y la de Unity. Cuando sujeta a cada una, baja la voz y dice:

—Por su propia seguridad y protección les voy a contar un secreto que sólo conocen mis generales de mayor rango y mis ministros. Ambas deben regresar a Gran Bretaña después de la representación de esta noche. Muy pronto no será seguro para ustedes permanecer en Alemania.

Diana se estremece; ahora es clara toda esta plática confusa y vaga.

—La guerra es inevitable —explica, aunque no sea necesario—. Podría suceder en cuestión de días o semanas. En cualquier caso, el único lugar seguro para *meine lieblinges* es su hogar.

—¡Pero usted prometió la paz entre Gran Bretaña y Alemania! ¡Y este es mi hogar! —lloriquea Unity; luego empieza a sollozar.

Es patética.

¿Qué pasará con la estación de radio de la que tanto depende? ¿Pueden hacer funcionar ese negocio en estas circunstancias? Estas preguntas cruzan una y otra vez la mente de Diana. Después de todo, el gobierno británico no tiene idea de su acuerdo con el gobierno alemán. La guerra no impide necesariamente llevar a cabo el negocio de la estación de radio comercial.

Hitler suelta la mano de Diana y, con ambas manos elegantes, de una palidez sorprendente, envuelve la de Unity.

—Lo sé. Claro que lo sé. Has demostrado ser una verdadera nazi y la *walküre* de Alemania. Pero el gobierno de tu país no quiere fumar la pipa de la paz que le he ofrecido una y otra vez, como tampoco quiere reconocer el destino de reunir a todas estas naciones y pueblos lejanos en una sola nación. Gran Bretaña ni

siquiera desea que reúna al pueblo alemán que, debido al Tratado de Versalles, quedó bajo el control del gobierno polaco. Incluso bajo mi protección, *meine lieblinges*, no sería seguro que se quedaran aquí.

Unity jadea conforme sus sollozos aumentan y Diana se pregunta si, en esta urgencia de Hitler de que ellas se marchen, hay algo más que pura preocupación. Al enviar a Unity a casa, ¿el Führer está enviando un mensaje a Gran Bretaña de que está hablando en serio? ¿El retorno de Unity constituye un ultimátum?

Diana permanece tranquila. No importa si, al urgirlas a salir de Alemania, tiene motivos ocultos o no. Sabe qué debe hacer para lograr sus fines. Voltea a ver a Hitler y dice:

—Me niego a creer que esta será la última vez que lo vea, *mein* Führer. *Lord* Mosley seguirá su cruzada por la paz e, independientemente de su éxito, estoy segura de que usted prevalecerá y que nos volveremos a encontrar en Inglaterra, cuando todos estemos unidos. Mosley, Unity y yo lo estaremos esperando, listas a su lado para lo que necesite.

¿Diana advirtió una lágrima en el ojo de Hitler? Como nada se resbala por su mejilla, se pregunta si fue un juego de la luz.

—Esa es mi gran esperanza, mi hermosa *lady* Mosley —anuncia, con una suerte de bravuconería exagerada—. Hasta entonces, todavía nos queda *Deer Fliegende Holländer* y esta noche.

Capítulo 54

Unity

4 de agosto de 1939
Bayreuth, Alemania

Unity recuerda cada detalle del momento en el que el mundo entró en las tinieblas.

Una brisa ligera refresca la tarde húmeda en el patio del restaurante del hotel Goldener Anker. De alguna manera, las tazas de té hirviendo se enfrían a pesar del calor. En la charola de plata se apilan los *éclairs* favoritos de Hitler.

El paisaje bucólico de Bayreuth se compensa con los relucientes estandartes y banderas nazis color carmesí que ondean al viento. El rostro de su hermana y de su adorado Führer esbozan una sonrisa.

Recuerda cómo se sintió un minuto antes de recibir la terrible noticia: euforia por tener el honor de esta reunión privada con el Führer, antes de la apertura del Festival de Bayreuth; una sorprendente falta de celos y resentimiento contra Diana por compartir esta ocasión especial con ella, quizá porque se mostró muy reservada, algo inusual en su hermana; la anticipación del reflector, literal, que brillaría sobre ella y Diana esta noche, en la representación de *Der Fliengende Holländer*, cuando entraran al balcón reservado para los invitados especiales de Hitler; paz por haber logrado su meta en la

vida.

Pero luego llegó la noticia. Su amado Führer dijo las palabras que había temido tanto, frases que ella le rogó que jamás pronunciara. En ese momento, todo se oscureció.

El siguiente recuerdo claro es cuando sale del restaurante del hotel Goldener Anker. Su brazo descansa sobre los hombros de Diana, soportanto, al parecer, su peso. Unity se siente endeble, vacía de esa fuerza vital que la inunda cuando está en presencia del Führer. ¿Dónde está? Dos de sus guardias marchan frente a ellas, pero no puede ver al líder por ninguna parte.

—¿El Führer se fue? —le pregunta a Diana con voz ronca, como si hubiera estado gritando.

Diana la mira de reojo.

—¿No lo recuerdas?

Unity niega con un movimiento de cabeza, no confía en su voz.

—Perdiste la compostura cuando nos dijo que debemos salir de Alemania. Lloraste, sollozaste, fue terrible. Cuando tu actitud empeoró y empezaste a gritar, el Führer te apretó el brazo una última vez y se marchó de la mesa. Luego, sus guardias nos sacaron —explica Diana—. En verdad, Unity, entiendo que estés molesta, pero no puedes hacerle eso al Führer. Sus ciudadanos se alarmarían y agitarían mucho si vieran que hizo estallar en alaridos a una chica inglesa.

—¿Eso hice? —pregunta con un graznido.

Todo lo que sucedió después de que las conminó a marcharse está borrado de su mente.

—Eso fue exactamente lo que hiciste. Justo antes de que te pusieras de rodillas y le suplicaras acabar con esa acción militar antes de que empezara.

—Dios mío —murmura Unity casi para sí misma.

Diana permanece en silencio mientras aleja a Unity de los guardias y del hotel. La guía hacia Hofgarten, el

parque cargado de robles y hayas que serpentea por Bayreuth; no se detiene hasta que llega a un claro donde no hay espectadores, y es en ese momento cuando explota.

—¿Puedes imaginar qué pensaron todos esos aristócratas alemanes que estaban a nuestro alrededor? Hay una sola interpretación. —Diana mira fijamente a Unity—. Que él ha compartido la noticia más secreta, la peor, con nosotras. Que Alemania está a punto de entrar en guerra con Gran Bretaña. ¿Por qué querrías poner a Hitler en esa posición cuando él nos confió esa información confidencial?

—Lo siento —murmura Unity.

La indignación de Diana es evidente.

—No es conmigo con quien debes disculparte, sino con el Führer. Y te sugiero que lo busques y le solicites formalmente su perdón antes de la inauguración del festival esta noche.

—Lo haré.

—Por supuesto, si te recibe después de ese melodrama —masculla Diana, en la demostración más larga y explícita de furia que Unity jamás haya visto en su hermana, habitualmente tan serena.

«Debió ser una especie de locura», piensa Unity. ¿Cómo pudo permitir que llegara tan lejos? ¿Comprometer así a su amado Führer? Sólo su abyecta consternación al saber que ambos países, esos dos pueblos a los que amaba y consideraba propios, estuvieran en guerra podía llevarla a extremos tan inestables.

—Tenemos suerte de estar vivas, Unity. ¿No te das cuenta de que muchas personas han sido asesinadas por mucho menos? —dice Diana, echando humo.

Esta declaración debería infundirle miedo a Unity, y sospecha que esa es la intención de Diana; sin embargo, ocurre lo contrario: Unity siente una oleada de

alivio al pensar que este dolor podría acabar.

Unity sabe lo que debe hacer.

—Aún ruego que el Führer pueda evitarla, pero si hay una guerra no podré soportarlo, Diana. No seré capaz de presenciar una masacre entre mis dos patrias. No podré soportar la idea de que no pude evitar que sucediera, que no fui capaz de convencer al Führer. Y no sobreviviré separada de él. Si hay guerra, habré fracasado. —Voltea a ver a su hermana, olvidando todos sus sentimientos envenenados de codicia y celos que han carcomido su relación a lo largo de los años, y se permite simplemente sentir el amor puro por su hermana de sangre y creencias—. Diana, me suicidaré.

Capítulo 55

Nancy

3 de septiembre de 1939
Inch Kenneth, Escocia

Recorro la casa lúgubre, golpeada por el viento, que ahora es el hogar de mis padres en Inch Kenneth; es una isla remota de kilómetro y medio de largo, en el archipiélago de la Hébridas en Escocia, que Farve compró por impulso cuando tuvo que vender Swinbrook. Sólo puedo imaginar que cuando decidió ser propietario de la isla, era un maravilloso día soleado, porque si bien esta colina verde salpicada de rocas escarpadas y playas es mágica en esos raros días de sol, durante las temporadas de lluvia, que son habituales, es más que desoladora. Pero supongo que la desolación es algo que nos va bien a todos en este momento.

Fumo un cigarro tras otro, aunque ninguno de ellos me ofrece el alivio deseado, y me niego a salir de esta habitación. Aquí es donde la radio tiene mejor recepción y tengo que escuchar las noticias. El ultimátum que el primer ministro Chamberlain le dio a Hitler hace dos días vencía a las once de la mañana; han pasado cinco minutos después de la hora: Alemania no ha respondido. En su lugar, el Tercer Reich sigue su asalto en Polonia que, desde mi punto de vista, es equivalente a un rechazo flagrante de las órdenes de Chamberlain de

retirarse. Sin embargo, no pierdo la esperanza de que pueda lograrse la paz hasta que escuche las palabras en voz alta en la BBC, cualquiera que sea el resultado. «La radio se ha vuelto nuestro salvavidas», pienso.

Por fin, el radio cobra vida con urgencia, interrumpiendo un interludio musical; Muv y Farve entran apresurados a la habitación. Echo un vistazo al reloj que está sobre la chimenea, son las 11:15 a. m. La voz de Chamberlain llena la sala y me siento a la deriva cuando anuncia su decepción: «La larga lucha para preservar la paz ha fracasado». Sé que eso sólo puede significar una sola cosa para el defensor más aguerrido de la conciliación: estamos en guerra.

Muv lanza un grito y Farve se desploma en el sofá. Yo permanezco paralizada, incrédula. Aunque hace ya algún tiempo entendí que la guerra era inevitable, una cosa es saberlo a nivel intelectual y explorarlo en la novela que empecé a escribir en Perpiñán, *Pigeon pie*, y otra muy distinta aceptarlo a nivel emocional. Mi mente imagina futuros horribles, y sólo el calor del cigarro encendido que quema mis dedos me devuelve a la realidad.

«Peter», pienso, y salgo corriendo hacia el teléfono. En su última carta me habló de sus planes de alistarse en el ejército en el momento en que se anunciara la guerra, ya que es demasiado viejo para que lo llamen a filas. ¿Estará ya en la fila de alguna deprimente oficina de reclutamiento? Uno esperaría que utilizara su red de amigos de la escuela, pero con mi marido nunca se sabe. Desde que regresamos de Perpiñán hace unas semanas ha sido un verdadero fanático del cambio mundial. Me gustaría despedir a mi esposo en persona, aunque estos días es más un compañero que una pareja; sin embargo, tendré que conformarme con el teléfono. También me gustaría hablar con Tom, quien, para mi gusto, ha estado muy cerca de las líneas fascistas estos días; y por

supuesto, con mi querido Evelyn.

Paso rápidamente frente a la sirvienta y la cocinera que están llorando en un rincón del vestíbulo principal, llego a la salita donde está el teléfono y me encuentro con que Muv ya está llamando.

—Por favor, Diana, llamé a Múnich, pero el teléfono de Unity está fuera de servicio, según lo que me dijo la operadora. Estoy… estoy… —Hace una pausa porque sus sollozos le impiden seguir hablando—, muy preocupada por ella.

Sigue un silencio y luego Muv vuelve a hablar.

—Por supuesto, entiendo que fue su decisión, que el mismo *herr* Hitler la conminó a volver a casa, pero eso no me tranquiliza en cuanto a su bienestar y…

Diana debió interrumpirla, porque Muv calla a media frase. Su rostro enrojece conforme pasan los segundos, hasta que explota.

—¡Cómo te atreves! Siempre estuviste dispuesta a llamarle y escribirle a tu hermana cuando servía para tus fines, pero ahora que que tú y Mosley pueden salir dañados, no quieres hacer nada por tu pobre hermana, tan sensible…

La voz de Diana ha subido tanto de tono que puedo escucharla gritar por el auricular, su voz llega hasta el pasillo. No entiendo sus palabras, pero lo que sea que esté diciendo, ha logrado acallar la furia de Muv.

—Entiendo que debes proteger a tu familia y sé que estás embarazada.

¿Embarazada? ¿Diana está embarazada otra vez? Nadie me lo dijo. Jamás hubiera creído que cualquier otra información me conmocionara más que el anuncio de Chamberlain, pero me equivocaba. Me recargo en la pared para recuperar el equilibrio.

—Está bien, querida. Si recibo noticias te llamaré. Le diré a tu padre que le mande un telegrama porque las líneas telefónicas no funcionan. Cuídate.

Muv da media vuelta para alejarse del teléfono y se topa directamente conmigo.

—¿Estás bien, Nancy? Estás pálida. Claro, esta declaración de guerra nos tiene muy mal a todos. —Sin esperar mi respuesta, sigue barbullando—: estoy tan preocupada por nuestra pequeña Unity, tan sola y asustada detrás de las líneas enemigas. Claro, no digo que Hitler sea nuestro enemigo.

Toda la preocupación y la rabia acumulada en mi interior por la guerra, por la enferma fascinación que mi familia tiene por Hitler y ahora por el embarazo de Diana, estalla.

—¡Por el amor de Dios!, ¿de qué estás hablando, Muv? Gran Bretaña está en guerra con Hitler. ¡Nuestro país y nuestros ciudadanos están en grave peligro! —vocifero.

—Oh, Nancy —dice agitando la mano como si se quisiera deshacerse de un mosquito molesto—, Hitler aprecia al pueblo británico y nuestro modo de vida. Nuestro país estará bien. Estoy más preocupada por lo que el pueblo británico o el alemán pudieran hacerle a Unity en Alemania.

—¿No has visto lo que ha pasado en todos los países que Hitler ha invadido? ¿Los checos? ¿Los polacos? Muv, en Perpiñán vi, con mis propios ojos, las cosas horribles que le hacen los fascistas a la gente. No te equivoques, Hitler hará lo mismo con los ciudadanos británicos, y algo peor a los soldados.

—Tú no conoces a Hitler, Nancy —responde Muv alzando la voz—. Y estaríamos mucho mejor bajo sus órdenes que bajo las de nuestros líderes. ¿Sabes lo que nos hará el gobierno actual? Va a instituir una suerte de orden mundial socialista que nos arrebatará el poco dinero y la posición que nos quedan; o peor, dejará que los comunistas tomen el poder. Ya lo verás.

—Espero nunca ver a Gran Bretaña bajo el control

de Hitler —espeto en el mismo volumen.

Farve está parado en el umbral de la sala y nos observa. Muv y yo callamos un momento, me pregunto qué dirá. Ha estado inusitadamente silencioso desde que los nazis atravesaron la frontera de Polonia y Chamberlain emitió el ultimátum, aunque le he escuchado algunos comentarios negativos sobre el Tercer Reich desde la invasión de Checoslovaquia, violando con ello los Acuerdos de Múnich. ¿Farve seguirá con ese apoyo extraño a Hitler y se pondrá del lado de Muv, o recuperará la cordura?

—Ese tipo no jugó limpio —masculla. Cuando se aleja de nosotros, escucho que dice entre dientes—: Malditos hunos.

Exhalo. Al menos uno de mis padres no se balancea sobre el abismo de la adoración nazi. Pero aún tengo que lidiar con Muv.

—No debemos ganar esta guerra —dice Muv echando chispas—. Por nosotros, por supuesto, pero sobre todo por Diana y Unity. ¿Qué pasará con tus hermanas si gana Gran Bretaña? Quiero decir, Diana y Mosley están aquí en Inglaterra, pero se han declarado públicamente a favor del fascismo y de Hitler. Debemos seguir su ejemplo y hacer todo lo que esté en nuestras manos para asegurarnos de que suceda lo correcto. Y Unity… —No puede acabar su frase.

Sus palabras me dejan muda. No sólo antepone las necesidades de sus dos hijas favoritas por encima de las del resto, como siempre, sino que las está poniendo por encima de lo que es mejor para toda la nación. Y en el proceso, me exhorta a cometer traición, al parecer como ella y mis hermanas. Sin duda me aseguraré de que suceda lo correcto, aunque mi definición de «lo correcto» es muy distinta a la de Muv. Ya no tengo que continuar compartiendo la información que he recopilado sobre Diana y Unity, por limitada que sea,

con Winston. Al fin y al cabo, el adorado Führer de mis hermanas es ahora el enemigo jurado de Gran Bretaña.

Tras emitir su decreto, Muv no quiere saber nada más de mí, tiene asuntos más importantes. Se aleja y llama a Farve.

—David, tenemos que enviarle un telegrama a Unity.

Me quedo sola en el recibidor y me apresuro a tomar el teléfono; no pienso llamarle primero a Peter. Abro el cajón de la mesita y saco la agenda telefónica de Muv, en busca de un número en particular. He postergado compartir esta información porque no estaba preparada y, en todo caso, aún no tenía ningún maldito documento, pero no es «correcto» mantenerla oculta por más tiempo.

Tras varios intentos fallidos con la operadora local, al fin escucho que el teléfono llama.

—¿Hola?

Reconozco la voz, gracias a Dios.

—Prima Clemmie, soy Nancy Mitford Rodd. Disculpa que te interrumpa, seguramente estás muy ocupada en estos momentos tan difíciles, pero tengo que hablar con Winston.

Capítulo 56

Diana

3 de septiembre de 1939
Staffordshire, Inglaterra

Diana no puede mirar a Mosley. Si sus ojos se encontraran, él sabría que ella es testigo de su abatimiento; su ánimo se hundiría tan bajo que, quizá, nunca podría levantarse. No puede permitir que esa angustia la sobrecoja, ha hecho demasiados sacrificios como para permitirse ahora el fracaso. No, ella se asegurará de que Mosley salga adelante, como siempre lo ha hecho.

Chamberlain sigue hablando sin cesar en el radio, pero la mente de Diana está en otro lado; no aquí, en la acogedora biblioteca de madera en Wootton Lodge, donde los pájaros trinan y las flores adornan el jardín que está al otro lado de las puertas francesas. No escucha el trascendental anuncio del primer ministro en la BBC, acompañada de Baba, Mosley y sus otros hijos, Nicholas, Vivien y Micky, así como los suyos, Jonathan y Desmond; todos salieron corriendo a Wootton Lodge por el tiempo que durara la guerra, junto con las niñeras y, por supuesto, el bebé Alexander, quien está en su cuarto. La guerra… le cuesta trabajo pensar siquiera en esa palabra.

No, sus pensamientos están fijos en la estrategia.

¿Cómo pueden ella y Mosley permanecer seguros y, al mismo tiempo, prepararse para la victoria indiscutible de Hitler, para ese maravilloso momento en el que, al fin, Mosley gobierne tras una paz negociada? M. le ha asegurado que el ejército inglés no está a la altura de la máquina de guerra alemana, y Diana cuenta con eso. No es que desee sublevarse, ni pensarlo; lo que necesita es un plan que le permita matar dos pájaros de un tiro para determinar cómo puede entrar la estación de radio en sus planes.

La transmisión termina y el grupo empieza a dispersarse, cada uno a sus propias tareas y preocupaciones. Distraída, Diana le da unas palmaditas en el hombro a una de las sirvientas que está llorando y le murmura palabras tranquilizadoras en el oído a Jonathan y a Desmond, quienes parecen perplejos y aterrados al mismo tiempo. Avanza tranquilamente y rodea a Mosley y a Baba, enfrascados en una conversación; han logrado acordar cierta cortesía por los tiempos de guerra, aunque no sea por completo un perdón.

Diana necesita silencio y soledad para averiguar cuáles son los siguientes pasos a seguir. Mosley ya tomó una medida audaz y dio un paso en falso; ella sabe que debe manejarlo con cuidado o, de lo contrario, terminará por quedarse rezagada durante todo el tiempo que dure la guerra. El 1.º de septiembre, cuando Chamberlain emitió su ultimátum a Alemania, M. publicó una declaración en la que proclamaba que «esta guerra no es una pelea del pueblo británico, sino una pelea de finanzas judías», y luego solicitó que «todos los miembros que son libres de continuar nuestro trabajo aprovechen la oportunidad que está entre sus manos para despertar al pueblo y exigir la paz». Esas palabras quizá complacieron a Hitler, pero no serán populares entre los ingleses, ni con su gobierno, ahora en tiempos

de guerra. «¿Esa declaración habrá encendido la alerta para que la inteligencia británica indague?», se pregunta.

Diana entra a la sala y ve que Vivian ya está ahí, por lo que se dirige a la estancia. Baba se ha marchado y Mosley permanece de pie, mirando por las amplias ventanas hacia el jardín impecable. Trata de salir de puntitas, en reversa, pero las duelas de la vieja madera crujen y Mosley voltea.

—Ah, Diana, justo la persona que quería ver. He estado pensando en cómo formular mi declaración pública para la BUF.

Normalmente, Diana intercambiaría ideas con él y le ofrecería escribir todas sus ideas, sobre todo para suavizar y manipular el mensaje; por eso le duele decir lo que está pensando.

—¿Estás seguro de que es prudente, querido? ¿Después del anuncio de Chamberlain? —No se atreve a decir «Declaración de guerra»—. Quizá en unas semanas.

Mosley se yergue y coloca los brazos en jarras, como si estuviera sobre una tribuna y ella fuera uno de sus solicitantes.

—Los seguidores de la BUF estarán esperando que los oriente. Llevamos varios años forjando un camino hacia la paz y estarán en conflicto entre lo que nuestro país les exige hacer y lo que su consciencia y su partido político les solicitan.

—Ya veo.

Se sienta en el extremo del sofá azul claro y se hace pequeña. Por instinto, sabe cómo manejar esta situación, pero quisiera no tener que entrar en esta prolongada representación para que parezca que no hay rupturas. «No importa», se dice, «es necesario».

—Siempre sabes qué es lo mejor, cariño, y si crees que la BUF necesita tus instrucciones, entonces debes dárselas —continúa—. Aún a costa de tu libertad.

En su rostro se dispara una alarma.

—¿Qué quieres decir? ¿A costa de mi libertad?

Diana agita la mano como si su libertad no fuera tan importante como sus creencias.

—Bueno, sin duda la BUF, en tanto una organización fascista, está ahora, en la lista de organizaciones que la inteligencia tiene en la mira, y estarán monitoreando nuestras actividades y declaraciones públicas. Lo que es seguro declarar en tiempos de paz podría considerarse traición en tiempos de guerra. Pero sé que tu compromiso con tus seguidores supera tus preocupaciones personales y que tomarás las decisiones correctas en nombre de la BUF.

Diana sabe que Mosley no tiene intenciones de sacrificar su libertad por la BUF; es demasiado político como para rendirse. Como esperaba, sus palabras lo hacen recapacitar sobre una declaración apresurada.

—Entonces, ¿tú modificarías nuestra declaración anterior?

—Mmm… —Finge considerar la pregunta, con cuidado de no criticar su última proclamación—. Creo que evitaría decir que esta es una guerra de finanzas judías, dado que Gran Bretaña ha entrado de manera oficial en la pelea. Quizá, en su lugar podrías reconocer la guerra y conminar a los miembros de la BUF que sigan las órdenes del gobierno. Eso despistará a la inteligencia británica.

—¡Brillante, querida, como siempre! —exclama M. al tiempo que asiente, contento con su sugerencia.

—Sin embargo, quizá puedas dar a entender que la BUF continuará con su trabajo y luchará por la paz. ¿O eso sería una clara oposición? No creo que haya nada en contra de la gente que defiende el pacifismo.

—No, creo que eso es justo lo que hay que hacer. —Le da un beso en la mejilla y se dirige al escritorio; toma su pluma fuente, papel y empieza a escribir el borrador.

—Aunque queramos la paz por las razones menos pacifistas —murmura para sí mismo lanzando una risita.

—¿Me disculpas, querido? Tengo que ver qué sucede con Unity —dice Diana, aunque no tiene intención de hablar a Alemania en este momento.

Sólo puede imaginar cómo una acción así sería percibida por la inteligencia británica, que sin duda tiene intervenidos los teléfonos. De cualquier forma, en el fondo de su corazón sabe que, si son ciertas las palabras de Unity durante la última visita de Diana a Bayreuth, ya no podrá ponerse en contacto con su hermana pequeña.

—¿Unity? —pregunta Mosley, frunciendo el ceño, confundido.

¿Habrá olvidado a su hermana? ¿A la que ha demostrado ser tan útil para su causa? Ella ha sido parte fundamental de la supervivencia de la BUF y de su futuro; Diana no puede creer que Mosley se haya olvidado de Unity. ¿Diana desaparecerá de la conciencia de Mosley el día en que ya no le sea útil?

—Se quedó en Alemania, incluso después de que el Führer nos exhortó a que nos fuéramos, ¿lo recuerdas? —pregunta Diana.

—Ah, sí —responde sin alzar la vista del papel.

«Sí que puede ser frustrante», piensa Diana.

Inquieta, sube la escalera de caracol hacia su recámara. Cuando llega al rellano, escucha que un vidrio se rompe en esa dirección. Corre hacia el lugar de donde provino, preocupada de que el bebé que apenas empieza a caminar se haya escapado de la vigilancia de la niñera y se haya lastimado.

Abre la puerta de su recámara de par en par y se sorprende al ver a Baba. Quiere preguntarle qué demonios hace la miserable excuñada de Mosley en su espacio íntimo, pero recuerda que estarán atrapadas en Wootton Lodge, juntas, durante meses, o quizá años. En

ese momento, Diana ve las cortinas oscuras que Baba debería estar colgando; o al menos eso es lo que ella quiere que Diana piense como motivo de la invasión de su vida privada.

—¿Está todo bien? Escuché que algo se rompió —dice Diana.

Baba voltea a ver al piso donde están tirados unos pedazos de vidrio sobre la alfombra. ¿De dónde viene todo este vidrio? De pronto, Diana ve la fuente: la fotografía enmarcada y autografiada de Hitler que Diana tiene en su buró se cayó al piso y se hizo trizas.

—Fue un accidente —dice Baba, como si fuera una explicación, sin disculparse.

Pero Diana se da cuenta de que no fue ningún accidente. Lo sabe: en el futuro cercano no sólo tendrá que enfrentar a los enemigos del exterior, sino también a los del interior.

Capítulo 57

Unity

3 de septiembre de 1939
Múnich, Alemania

Unity gira la perilla para apagar el radio hasta que escucha un clic. Todos estos días en que ha estado escuchando la transmisión llegaron a su fin. Siente alivio porque la larga espera terminó y miedo de haber llegado a la inevitable conclusión.

Hace un esfuerzo para que sus manos dejen de temblar, entra a su recámara y abre el armario. Elige el uniforme nazi más formal, el que reserva para los mítines y las ocasiones especiales con Hitler. Se pone la blusa y falda negras, se abotona el saco ajustado y se asegura el prendedor de oro con la suástica en la solapa. Le agrada la imagen aria perfecta que se ve en el espejo, y sonríe mientras aplica el lápiz labial rojo oscuro, su pequeño acto de rebelión.

Camina hacia la mesa del comedor, donde tiene apilados los telegramas de Muv y Farve sin abrir, porque no puede arriesgarse a sentir una debilidad momentánea ante sus súplicas, y un solo telegrama del cónsul británico donde le ordena salir de Múnich. Levanta las cartas que le escribió a Diana y a su amiga la baronesa Von St. Paul, que sobrevivirá a cualquier guerra y en la que Unity puede confiar para que honre sus últimos

deseos a pie juntillas. Debe poner todo esto en el correo antes de… en fin, antes.

Después saca una llave de su bolsillo y abre el cajón cerrado con llave de su escritorio. Ahí se encuentra su posesión más preciada: la pequeña pistola Walther, cuya cacha está decorada de concha nácar; Hitler se le regaló para su protección. Lloró al recibir el regalo más considerado y generoso que haya recibido en su vida.

«Qué hermosa se ve la cacha aperlada bajo la luz del sol», piensa cuando atrapa un haz de luz que entra por la ventana abierta al meterla en su bolso.

Observa alrededor de su departamento y piensa en lo feliz que ha sido ahí, sirviendo al Führer, siendo parte de su glorioso plan, aunque su papel haya sido pequeño. Si bien le falló miserablemente a Gran Bretaña al no evitar la guerra, no lamenta su relación con Hitler. Anhela quedarse en este limbo alemán, pero su lógica le dice que ya no puede servir a dos amos, y sólo queda un camino por recorrer.

Respira profundo, descuelga el teléfono y se pone los guantes negros de piel, dedo tras dedo. Luego, abre la puerta de su departamento y baja las escaleras hasta salir a la brillante luz del sol que ilumina las calles de Múnich. Durante un minuto entrecierra los ojos hasta que se ajustan a la luz, y luego pasea por el camino familiar del Jardín Inglés, uno de sus lugares favoritos en todo Múnich.

Camina por el sendero que bordea el río Isar y no se detiene hasta que encuentra la banca perfecta. Ahí, a la sombra de una haya, sin ninguna otra persona a la vista, Unity se sienta e inhala hondo. La luz del sol forma un patrón veteado sobre su uniforme negro; mete la mano a su bolso negro que hace juego y saca su hermosa y pequeña pistola. «No me arrepiento de un solo momento», piensa. Unity coloca el arma con cuidado contra su sien y jala el gatillo.

Capítulo 58

Nancy

4 de septiembre de 1939
Londres, Inglaterra

Pensé que nunca regresaría a Londres.

Después de mi discusión con Muv sobre la declaración de guerra, insistí en marcharme de Inch Kenneth de inmediato. Muv no se opuso a mis deseos, nunca lo esperé. De hecho, estaba tan ansiosa de deshacerse de mí que se ofreció a llevarme al pequeño muelle donde podía tomar un ferry que me llevaría a la Isla de Mull. Este sólo era el comienzo de un largo y accidentado camino de vuelta a Londres, seguido de un trayecto en automóvil para cruzar Mull y luego un viaje en barco hasta la costa de Escocia para, finalmente, tomar un tren nocturno de Escocia a Londres. No es de extrañar que Debo suplicó nunca tener que volver a visitar la isla de nuevo. En algún momento del trayecto de la casa al muelle, Muv amenazó con bajarme del coche y obligarme a caminar si no dejaba de calumniar a «su» Hitler.

Cuando por fin puse un pie en la estación de Londres, desaliñada y exhausta tras una noche en blanco, sentí como si hubiera entrado a una ciudad por completo distinta a la que había dejado tan sólo dos semanas antes. A pesar de que era lunes en la mañana,

el tránsito habitual de los hombres de negocios tocados con sombrero negro que se apresuran a sus oficinas es menos denso de lo que pudiera pensarse. Había esperado ver cambios en los edificios, que los lugares de recreación estuvieran cerrados, como Chamberlain había ordenado, por ejemplo; pero me alarma ver edificios tapiados, las espesas cortinas corridas en casi todas las ventanas y los letreros que detallan el protocolo en caso de ataques aéreos, de la temida *blitzkrieg*.

Alzo la mano para llamar un taxi, parecen tan escasos como las multitudes londinenses habituales. Para mi sorpresa, un hombre se me acerca.

—¿Señora Rodd?

—Sí —respondo con cautela, mirando al hombre que no conozco.

Tiene el aspecto de cualquiera de los hombres de negocios que caminan por la calle, vestidos con un sombrero de fieltro negro y un abrigo que hace juego. ¿Quién es? ¿Cómo me conoce? Peter no pudo enviarlo para que me recibiera, puesto que sería casi imposible saber con exactitud a qué hora llegaría, dada la cantidad de transbordos que había que hacer desde Inch Kenneth, sin hablar de que la frecuencia de esos cambios es inconstante.

—¿Quién es usted? —agrego.

—Su primo me envió.

¿De qué está hablando? ¿Se trata de una broma mala e inoportuna? ¿O es algo más perverso?

—Tendrá que ser más específico, tengo muchos primos.

—El primo que está casado con… —Hace una pausa, es evidente que se siente incómodo—, Clemmie. Eso es todo lo que tengo autorizado decir, señora Rodd.

—Ah, ya veo.

Esto tiene que ver con la llamada telefónica que le hice a la prima Clementine sobre la reunión con

Winston. Pero nunca acordamos una hora.

—Usted la llamó para hacer una cita con su esposo, ¿si no me equivoco?

—¿Sí? —respondo, no me siento cómoda como para decir nada más. Todo esto me parece demasiado clandestino, incluso para Winston—. Pero nunca hicimos planes concretos.

—Se debe a que lo acaban de nombrar *lord* del almirantazgo y no puede apartarse de los preparativos para la guerra. Me envió a recoger la información de la que usted habló en la llamada —dice bajando tanto la voz que apenas puedo oírlo.

—¿*Lord* del almirantazgo? —exclamo consternada.

Los líderes del gobierno han injuriado o se han burlado de Winston durante un tiempo, debido a sus puntos de vista tan poco populares sobre Alemania en particular, y esos líderes siguen en el poder. Pero ahora que lo pienso, resulta que él estuvo en lo correcto todo este tiempo, y supongo que esos mismos líderes deben reconocerlo de alguna manera.

—Así es.

—Ah, ya veo. —Todas las piezas encajan bastante bien, pero sólo para estar segura le pregunto—: Si usted es quien dice ser, ¿qué es exactamente lo que debe recoger de mí?

Frunce el ceño y, por primera vez, parece estar muy lejos de sentirse por completo confiado. De pronto, se repone.

—Llamémoslo el itinerario —responde.

Antes de darle nada necesito estar segura. Esta información concierne, después de todo, a Diana y a Unity.

—¿De quién?

—No creo que quiera que le diga eso en específico, así que sólo llamémoslo el itinerario de las hermanas.

Asiento, satisfecha.

—Los documentos están en mi bolso.

Dejo mi equipaje en el suelo y empiezo a hurgar en mi bolso. Él coloca una mano sobre mi brazo.

—Aquí no. ¿Por qué no vamos al salón de té y nos sentamos en la barra, pedimos un té y los desliza hacia mí? Algo más sutil —propone casi en un murmullo.

Sin una palabra más caminamos a la sórdida cafetería de la estación de tren. Cuando nos sirven el té y tomamos algunos sorbos, tan furtivamente como puedo, le paso la lista escrita a mano de los viajes de Diana y Unity a Alemania, sus horarios de la manera más exacta en la que pude recopilarlos, los nombres de los nazis con los que se encontraron y los comentarios que recuerdo que hicieron sobre Hitler o sus planes. Aparte de eso, no tengo nada más que mis sospechas, que con dificultad podría asentar en un informe. Tampoco puedo mencionar la referencia que hizo Diana de la estación de radio, puesto que no tengo ningún documento. Pudo haber sido un comentario improvisado y malentendido de Muv.

Me inunda un enorme sentimiento de culpa cuando veo que él guarda los papeles en el bolsillo interior de su abrigo, como si fuera un periódico. «¿Cometí un error?», me pregunto al verlo salir de la cafetería sin decir una palabra más. Me deja con una taza de té que, cada vez, está más helado; siento un vacío en el estómago. ¿Hice lo correcto? ¿En verdad creo que mis hermanas actuarían en contra de los intereses de nuestro país para promover su fascinación por el fascismo y por Hitler? ¿Cómo puedo sospechar de Unity y hacer que sospechen de ella cuando ni siquiera sé dónde está o si está bien?

Con mi equipaje en mano, salgo a las calles de Londres pensando que debo saber más antes de seguir por esta ruta con Winston y su lacayo anónimo. Después de todo, si descubro que me equivoqué, puedo llamar a Winston y explicárselo. De pronto, una idea viene a mi

mente: el día de hoy se me presenta como una oportunidad que quizá nunca vuelva a tener. Cuando me subo al taxi en la estación, no le doy al conductor mi dirección en Blomfield Road, sino la de Diana: el número 129 de Grosvenor Road.

—Buenos días, señora . Rodd. Lamento decirle que los Mosley no están en su residencia en este momento —dice la sirvienta de Diana, Dorothy.

Parece nerviosa, pero quizá sea por la misma ansiedad que todos los londinenses sienten ahora.

Su ausencia es precisamente la razón por la que estoy en Grosvenor Road, aunque por supuesto no lo digo.

—Gracias, Dorothy. Sé que los Mosley están en Wootton Lodge… —Lo sé porque Muv me lo dijo durante mi estancia en Inch Kenneth—. Pero cuando le dije a Diana que estaría cerca de su casa de Londres, ella sugirió que pasara a recoger unas cosas.

—Claro, disculpe el estado de la casa. —Hace un gesto para dejarme pasar y voltea hacia el pasillo lleno de tela negra; ahora entiendo por qué está tan ansiosa—. Estamos colgando las cortinas opacas como lo ordenó el gobierno, en caso de que *lord* y *lady* Mosley regresen a Londres. Estaría más presentable si hubiéramos sabido que usted venía.

—Por favor, no tienes nada de qué disculparte —respondo cuando entro al recibidor—. ¿Cómo hubieras podido saber que venía? Las cosas están tan agitadas en Wootton Lodge que estoy segura de que Diana lo olvidó por completo.

—Entonces, ¿no le comentará que el recibidor estaba desordenado? —pregunta Dorothy.

—Yo nunca estuve aquí —bromeo. Hasta ahora me doy cuenta de lo fortuito de mi presencia.

—Gracias, señora Rodd. Por favor, está usted en su casa —dice extendiendo el brazo hacia el interior de esta hermosa casa, tan bien equipada.

—Gracias, Dorothy. Por favor, no quiero molestarte. Yo puedo seguir sola —digo.

Su expresión es de alivio y vuelve a su trabajo. Dorothy se tardó en instalar las cortinas opacas; quizá sea otro motivo de su ansiedad. Hace tres días, se decretó que todas las ventanas deben estar cubiertas por las noches para evitar que la luz llame la atención de los aviones enemigos.

Como Mosley me aborrece, no he sido una visita regular en este lugar. Sólo me invitan cuando él no está y, dado que Diana y Mosley casi siempre viajan a Londres juntos, es muy raro. Sin embargo, conozco un poco el lugar y, sin duda, conozco a mi hermana lo suficiente como para saber dónde podrían estar sus escondites. En la infancia pasamos más horas de las que puedo contar en el refugio Hon compartiendo nuestros secretos. Sin embargo, no estoy segura de qué es lo que busco.

Recorro la sala, la estancia, el comedor, pero no paso mucho tiempo ahí porque Diana jamás escondería algo en áreas comunes, donde cualquier sirviente podría encontrar algo al hacer la limpieza. Decido ir al segundo piso; cruzo el recibidor y me topo con otra sirvienta. Cuando me disculpo, me doy cuenta de que la conozco, es la chica de Rutland Gate que estaba con Diana cuando les enseñaba a sus hijos el saludo nazi.

—¿No es usted la niñera de los chicos? Hubiera pensado que estaría en Wootton Lodge con el resto de la familia.

La joven, que no puede tener más de veinte años, tiene el cabello castaño apagado, pero unos ojos azules impresionantes.

—*Lady* Mosley pensó que ya tenía suficientes

niñeras y gobernantas en Wootton Lodge, con todos los otros niños y guardaespaldas que están ahí. Me dijo que volviera para ayudar a cubrir las ventanas y apoyar para cuando regresaran a Londres.

Sus ojos se empañan. Supongo que preferiría estar en el campo, donde estaría más segura.

—Ya veo —digo dándole unas palmaditas en el brazo, el único alivio que puedo ofrecerle—. Estoy segura de que estarás bien aquí en Londres. El gobierno se está haciendo cargo de todo.

—Gracias, señora —responde. Asiente y levanta la mirada para verme a los ojos con una expresión de gratitud.

—¿Me disculpas? —digo.

Subo la ancha escalera hacia el segundo piso. Primero me detengo en la recámara de Diana que está tapizada de seda floreada. Trato de no pensar en las antigüedades que ella y Mosley han acumulado aquí y busco en los cajones, bajo la cama y el colchón; hurgo en sus bolsos y en las cajas de sombreros que están perfectamente organizadas en los estantes, pero es en vano.

«Su estudio privado», pienso. Camino despacio por el pasillo que lleva hasta un pequeño estudio bañado por el sol, la decoración es exquisita. Me siento frente a su escritorio e imagino a Diana cuando lee su correspondencia y responde con su pluma fuente Montblanc, con su elegante caligrafía. Me detengo un momento al imaginar a Diana, hermosa e inteligente. ¿En verdad estoy buscando información que incrimine a mi propia hermana? ¿Deseo encontrar algo que pueda confirmar mis sospechas de que desea dañar a Gran Bretaña o prefiero no descubrir nada e invalidar lo que le he dicho a Winston?

Me alejo del escritorio y veo una serie de marcos de plata sobre la mesita de caoba que está junto a la silla

tapizada de seda gris, frente a la chimenea. Me acerco, esperando ver imágenes de los hijos de Diana y, quizá, una o dos fotografías de nosotras, las hermanas. En su lugar, me asaltan imágenes de Diana y Unity con Hitler, Goebbels y algunos oficiales nazis condecorados que no puedo identificar. Ahí están mis hermanas, haciendo el saludo nazi, sonriendo con unos soldados como telón de fondo, e incluso compartiendo una comida con los líderes nazis. Aunque he escuchado hablar de su estrecha relación con estos monstruos, mi reacción al ver a Diana y a Unity entre ellos es visceral; su prioridad y su lealtad son claras.

Amo a mis hermanas a pesar de nuestras peleas a lo largo de los años, pero no puedo permitirles que impongan sus ideas tiránicas y tomen medidas para hacer que Gran Bretaña se esclavice bajo el yugo del Tercer Reich, sobre todo a Diana. Envalentonada, vuelvo al escritorio y examino cada cajón. ¿Qué es lo que busco exactamente?

Esta tarea resulta infructuosa puesto que no hay más que papelería, lápices de labios y su libreta de direcciones. Paso la mano por la parte inferior del escritorio y lo encuentro: un cajón oculto cerrado con llave. Me quito un pasador del cabello, me arrodillo y trato de forzar la cerradura, algo que aprendí de Diana cuando éramos niñas y registrábamos las pertenencias de Muv y Farve. El cerrojo se abre y deslizo el cajón. Al interior encuentro un montón de papeles escritos a máquina.

Al principio no entiendo porque la mayoría están en alemán, pero cuando leo los documentos que están en inglés y los comentarios escritos a mano en inglés en los márgenes de todos estos papeles, empieza a tener sentido y propósito: Diana está tratando de abrir una estación de radio utilizando sus contactos alemanes. ¿Por qué? ¿Qué pasaría si Diana y Mosley controlaran

las ondas de radio y, de pronto, alguien distinto de la BBC, la entidad gubernamental, dirigiera algunos de los mensajes que recibe el pueblo británico? O peor aún, ¿qué pasaría si mi hermana y mi cuñado fascistas contaran con un medio fácil para comunicarse con el enemigo?

Conforme todas estas terribles posibilidades empiezan a desarrollarse en mi mente, me doy cuenta de que debo llevarme algunos de estos documentos. Todos mis registros sobre los viajes de Unity y Diana a Alemania, sus reuniones con los nazis y las conversaciones comprometedoras que he escuchado estos años palidecen comparados con la evidencia indiscutible que tengo en las manos. Es el tipo de prueba que Winston ha sospechado que Diana tiene en su poder desde hace tanto tiempo. Decido que, si me llevo algunas páginas clave en lugar de todos los documentos, será menos probable que Diana sospeche, en caso de que regresara a Londres y abriera su cajón. Sin embargo, mientras selecciono las hojas me pregunto si estoy preparada para dárselas a Winston. Es posible que no haya marcha atrás, ni para Diana ni para mí. Quizá podría guardarlas por el momento y esperar. Pero, ¿cuánto tiempo tendría que aguardar, dado que los nazis y toda la muerte y destrucción que han provocado están a las puertas de Gran Bretaña?

Escucho pisadas fuera del estudio de Diana; sé que debo actuar. Ya no dudo, no recapacito. Meto los papeles que elegí en mi bolso, cierro el cajón y salgo.

Capítulo 59

Diana

4 de septiembre de 1939
Staffordshire, Inglaterra

Mosley está que echa chispas y cada pisada fuerte que da en Wootton Lodge aumenta la ansiedad de Diana, porque un Mosley furioso es un Mosley inestable y no pueden permitirse cometer más errores.

—¿Cómo es posible que las autoridades permitan el saqueo total de King's Road? —grita sin dejar de recorrer a zancadas el salón en el que Diana espera paciente a que se calme.

La impotencia de M. para detener el asalto a la oficina de la BUF en King's Road sólo sirve para que ejerza su poder en otra parte; por ejemplo, en casa. Anoche lo dejó dominar en la cama, pero incluso ese esfuerzo físico no fue suficiente para saciar su sed de movimiento y autoridad.

Diana da por sentado que Mosley no espera que ella responda a esta pregunta y aunque fuera así, ella no lo haría porque la explicación es obvia e inquietante. Mosley y la BUF, partidarios del fascismo e incluso de Hitler desde hace tiempo, se han convertido en el objetivo público de la furia del pueblo británico. A las autoridades les gusta que así sea, prefieren que los

ciudadanos dirijan su resentimiento hacia las oficinas de la BUF, que en contra de otro lugar. Esto es sólo el principio, pero aumentará conforme la guerra escale.

—¿Dónde está el supuesto orden y control que este maldito gobierno proclama haber instituido? ¡Yo no veo ni rastro! Hitler no toleraría tanta insubordinación, ¡y tampoco la BUF si estuviéramos a cargo!

Diana asiente y deja de escucharlo; sintoniza los informes que siguen pasando en el radio. Los locutores dan detalles del estado de la guerra en otros países: Francia, Australia y Nueva Zelanda también la declararon. Sin embargo, una buena cantidad de otros países han permanecido neutrales, incluido Estados Unidos. Hay nuevas noticias sobre la acción militar en Polonia, así como sobre el nuevo Consejo de Guerra de Chamberlain, pero se siguen centrando en la estremecedora decisión que tomó anoche Alemania de hundir un transatlántico británico. El SS Athenia fue atacado con torpedos mientras cruzaba el Atlántico de Glasgow a Montreal. A bordo se encontraban más de mil civiles y en este momento los equipos de rescate están evaluando el número de víctimas.

«¿Por qué Hitler eligió hundir un barco civil como su primer acto militar contra Gran Bretaña, tan sólo ocho horas después de la declaración de guerra?», se pregunta Diana. No tiene sentido, sobre todo de parte de un hombre con su genio militar. El Führer sabe que será más difícil atraer al pueblo británico más adelante, cuando haya logrado tener a Gran Bretaña bajo el gobierno alemán. Por esta razón, se inclina a estar de acuerdo con Mosley en la teoría de que el SS Athenia fue obra de los ingleses, una conspiración para poner a la opinión pública a favor de Inglaterra. No obstante, Diana sabe que sólo puede expresar este sentimiento con Mosley, puesto que raya en el sacrilegio.

Los timbrazos constantes del teléfono interrumpen

el radio y la diatriba de Mosley. Diana le había ordenado a una de las sirvientas que respondiera todas las llamadas y que sólo los interrumpiera si se trataba de una emergencia. De lo contrario, ella y Mosley pasarían todo el día respondiendo las interminables preguntas de Muv sobre Unity o lidiando con las tonterías del personal de la BUF.

Mary asoma la cabeza por la puerta del salón, es evidente que está recelosa de Mosley, quien no deja de caminar de un extremo a otro.

—Es una llamada para *lord* Mosley. Del *Times*.

—El *Times* no está en mi lista de emergencias, Mary —responde Diana tratando de no subir la voz.

—Pero… pero es el *Times*, *lady* Mosley. Y dicen que es urgente.

Diana quiere descargar su ira con esta chica, pero supone que ella es quien tiene la culpa por confiarle a una joven simple del pueblo una tarea tan importante.

—Mary, por favor dile al reportero que *lord* Mosley está ocupado y que…

—No —espeta Mosley—. Dile que ahora voy.

«Dios mío, no», piensa Diana. Con el humor en el que está, todo lo que diga estará mal y eso llamará la atención de la inteligencia británica. Pero si ella intenta detenerlo, su enojo sólo aumentará y provocará que su declaración sea mucho más incendiaria.

Mosley sale al vestíbulo y Diana cambia de lugar en el salón. Él nunca le permitiría que estuviera a su lado para saber qué dice, pero en este nuevo lugar podrá escuchar sus palabras.

—¿Quiere una declaración en nombre de la Unión Británica de Fascistas sobre el hundimiento del SS Athenia? —pregunta.

El reportero debió responder que sí, porque Mosley dice:

—Muy bien, se lo diré, siempre y cuando publique

la posición oficial de la BUF.

Diana se levanta y se acerca a la pared que da al vestíbulo; necesita conocer cada una de las palabras que Mosley pronuncie.

—Sí, es una tragedia, por supuesto, lo reconozco. Pero hasta que no se realice una investigación exhaustiva, ¿cómo sabemos que no fue un acto intencional del gobierno británico, diseñado para convencer a los países neutrales a que participen en la guerra?

Diana se estremece. ¿Cómo puede decir eso a un reportero del *Times*? ¿Sugerir públicamente que el gobierno británico planeó el asesinato de sus propios ciudadanos, incluidos mujeres y niños? Es distinto que se lo comente a ella o a alguno de sus compañeros de partido, pero no debe convertirlo en su postura principal, en un mensaje público.

La habitación empieza a girar y una oleada de náuseas la invade. «Qué debo hacer, qué debo hacer…», el sonsonete se apodera de sus pensamientos. Ha trabajado mucho y por tanto tiempo para garantizarle un futuro brillante a Mosley; incluso utilizó a su propia hermana para ese propósito, una hermana cuyo paradero sigue desconocido. Incluso en este momento en el que Diana se preocupa de que Mosley cruce la línea de la subversión, se devana el cerebro para encontrar la forma de conservar sus triunfos: la relación cercana con Hitler, la estabilidad de la BUF y la estación de radio que es, sin duda, parte esencial de los dos primeros. Todo por él, todo por ellos dos.

La voz de Mosley alcanza un tono febril mientras discute con el reportero del *Times*. Diana no está segura de si las náuseas son resultado de esta situación o de su embarazo, pero no puede controlarlas y sale corriendo al baño, donde apenas llega a tiempo. Cuando termina, se acuclilla en las baldosas frías; por primera vez en su vida


duda de sí misma. ¿Habrá empezado a perder el control?

Capítulo 60

Nancy

4 de octubre de 1939
Londres, Inglaterra

—Nancy, el *lord* del almirantazgo está aquí, te busca —dice Hazel.

—Muy graciosa. Y la reina de Inglaterra te espera a ti en el baño —respondo a mi compañera conductora de cabello rizado y ojos castaños, sin siquiera molestarme en apartar la vista del mapa de Londres.

Sé que, si quiero conservar mi puesto en el grupo de Protección Contra Ataques Aéreos, tengo que conocer mejor las rutas. El Grupo Nacional de Protección contra Ataques Aéreos ha creado equipos locales para ayudar a proteger a la población de las incursiones aéreas. Educamos a los ciudadanos en cuanto a protocolos, distribuimos equipo y respondemos a emergencias y llamadas de auxilio. Mi trabajo consiste en asegurar que el equipo llegue a salvo y estoy desesperada por mantenerlo, porque Peter está muy orgulloso de mí cuando habla de mi labor actual.

Además, la gran cantidad de tiempo libre en esta Guerra Falsa, como llaman los periódicos a este periodo de inactividad militar, me permite concentrarme en la redacción de *Pigeon pie*. Esta novela habla de un tema que me atañe de cerca: una chica de la alta sociedad que

actúa como voluntaria en tiempos de guerra y que descubre un círculo de espionaje nazi bajo sus narices, espías que utilizan propaganda en la radio para su causa. ¿Alguna relación con la famosa frase de Oscar Wilde en cuanto a que la vida imita al arte mucho más de lo que el arte imita a la vida? El tiempo lo dirá.

Mi trabajo estará en riesgo si no mejoro mi experiencia en las rutas, y lo que más extrañaría de todo el grupo de Protección Contra Ataques Aéreos es a Hazel, quien es capaz de aligerar la situación más desoladora. Pero incluso ella tiene límites para dar una explicación optimista a todos mis accidentes detrás del volante. Intenta defenderme y reta a mis detractores a que manejen un vehículo de Protección Contra Ataques Aéreos en calles que están por completo a oscuras, hasta destinos que también están por completo a oscuras. ¿Quién no tendría uno o dos accidentes?, bromea siempre. Sin embargo, su argumento ha perdido peso.

—No, en serio —insiste Hazel. Por primera vez su voz es seria.

Aparto la vista de mis mapas y veo su expresión solemne. Detrás de ella, en el umbral del garaje, está Winston. Viste el atuendo de gala de almirante, con tricornio y todo; parece por completo fuera de contexto en este sucio taller mecánico, el lugar donde trabajo vestida con un overol de cambray desde el siguiente día de que regresé de Inch Kenneth, cuando perdimos contacto con Unity. El día que todo cambió.

Casi lanzo una carcajada por esa imagen tan incongruente. Casi. Es difícil creer que, tras la hostilidad entre Winston y el primer ministro Chamberlain, Winston fuera nombrado *lord* del Almirantazgo, a cargo de la marina, el día en que Chamberlain declaró la guerra; que asuma el mismo puesto que ocupó en la Gran Guerra. Supongo que era necesario hacer concesiones significativas, puesto que Winston ha tenido

razón en todas las predicciones que hizo sobre Hitler y sus intenciones, en tanto que Chamberlain ha demostrado que se equivocó por completo al pensar que había una posibilidad de obtener la paz.

—¿A qué debo el placer, *lord* almirante? —pregunto con una leve reverencia que espero no parezca demasiado cómica por mi mugriento overol.

Soy sincera. No lo he visto ni a él ni a su hombre desde el día en la estación de tren, aunque en los periódicos leo sobre sus decisiones militares.

Winston resopla y lanza una risita.

—¿Por qué el título de *lord* almirante suena tan peculiar cuando sale de tus ingeniosos labios, Mitford?

—No es mi intención.

—Lo sé, Nancy. —Ríe y avanza hacia la puerta—. Ven, vamos a caminar.

Cuando volteo para decirle a Hazel que voy a salir un momento, veo que me mira fijamente, boquiabierta. Mi posición social y relaciones con los líderes y aristócratas del país nunca han sido tema de nuestras conversaciones, y para mí ha sido un gran alivio mantenerlas en silencio; soy sólo Nancy. Por la expresión de Hazel me doy cuenta de que tendré que explicar muchas cosas cuando regrese.

Con sus guardias personales pisándonos los talones, Winston y yo salimos al ocaso rosa de las calles en las que aún hay mucha actividad de trabajadores que regresan de sus empleos a casa, y de madres y niños que vuelven apresurados para el té, porque en una hora más se hará de noche. Cuando el sol se ponga por completo y la oscuridad domine estas calles estarán vacías. Pero por ahora, también hay soldados en ellas, así como vehículos militares; el recordatorio más constante de la guerra son las ventanas tapiadas o cubiertas con cortinas opacas.

—¿Cómo te trata la guerra? —pregunta.

—No es exactamente lo que pensé que sería una guerra, todo son golpes estridentes y sirenas en una oscuridad que se interrumpe con estallidos violentos. Puede parecer extraño, pero creo que estamos al margen de un juego de niños, en espera de que los líderes del equipo elijan un bando antes de empezar. Alemania escogió a Italia, e Inglaterra hizo equipo con Francia, pero ahora debemos esperar y ver dónde acabará el resto de los jugadores antes de empezar en verdad —respondo, y me detengo a encender un cigarro.

—Nancy, tienes el don de la palabra y de las imágenes —dice, lanzando una risa alegre—. Entiendo que tu esposo se ha convertido en una suerte de héroe en tiempos de guerra, que trabaja sin tregua en un puesto de primeros auxilios después de su valiente trabajo en Perpiñán. Y mírate a ti, manejando vehículos para el grupo local de Protección Contra Ataques Aéreos. Clemmie también puso a trabajar a nuestras hijas —explica.

Pero Winston nunca habla sólo por hablar. ¿Este pequeño intercambio pretende mostrarme que está enterado de lo que hacemos? ¿De lo que yo hago? Sin embargo, no me había buscado hasta ahora.

—Parece que la guerra saca lo mejor de Peter —continúa—. De Tom y de Randolph también. Entiendo que Tom ha dejado de lado algunas de sus opiniones desafortunadas para unirse al Regimiento de Devonshire, y Randolph está en el 4° Regimiento de Húsares de la Reina, mi antiguo regimiento.

—Les deseo buena suerte —digo tratando de sonar optimista, cuando en realidad estoy terriblemente preocupada.

—Es bueno ver así a Peter. La paz saca lo peor de él. Recuerdo una noche que llegó al Other Club sin invitación… —Su voz se apaga; ambos sabemos que no necesita terminar la frase.

Winston podría hablar de cualquier cantidad de noches y malos actos de Peter. Es asombroso cómo la guerra ha cambiado a mi marido. Por ahora, disfrutamos de que se haya reavivado el romance que alguna vez compartimos, al menos en esas raras noches en que se cruzan nuestros caminos. Sin embargo, sé que es fugaz.

—Lo van a comisionar a las Guardias Galesas. La edad no será un obstáculo para su determinación de pelear.

—¡Bien por él! —exclama Winston y luego le da una buena calada a su puro—. Lamento no haberte podido ver en persona ese día en la estación de tren.

—Sí, pero… —Examino su uniforme—, otras tareas más importantes requerían tu atención… Como dirigir a la marina en tiempos de guerra.

Las semanas desde que entregué mis listas al hombre de Winston me han dado mucho tiempo para considerar el curso que debo tomar, sobre todo ahora que robé los documentos en el estudio de Diana y he podido revisarlos. Con ayuda de un diccionario alemán-inglés confirmé mis sospechas de que Diana está involucrada en una intriga para abrir una estación de radio con la colaboración de los nazis. Lo que más me sorprendió, a pesar de que es lo menos pertinente para Winston, es la inquietante frialdad que muestra Diana cuando se trata de Unity. En una cena familiar reciente cuando Muv y Farve regresaron a Londres para ayudar a encontrar a Unity, Diana parecía por completo reticente a colaborar; de hecho, parecía desinteresada, algo que me resultó incomprensible dado el tiempo que pasaron juntas en Alemania. ¿Fue sólo una fachada para que Diana lograra sus propósitos? Su falta de interés y la indiferencia por Unity no son motivos para condenarla, pero me hace menos propensa a considerar el comportamiento de Diana bajo una luz favorable.

Winston ríe por mi comentario.

—En efecto, pero no quiero que pienses que me he olvidado de ti o de tu hermana Unity.

—Muv tiene harta a la prima Clemmie con las cartas y llamadas telefónicas, lo siento. Ya todos le hemos dicho que ustedes no pueden hacer nada. En el momento en el que Gran Bretaña declaró la guerra, el poder militar que tenían los británicos para recopilar información o tener influencia en los asuntos alemanes disminuyó.

—Cierto —resopla—, pero sólo hasta cierto punto. Tenemos una red de inteligencia sólida, incluso en Alemania.

—¿Todavía?

—Todavía. Y he estado indagando sobre Unity.

Me siento tanto aliviada como confundida. Aliviada porque alguien con poder está buscando a mi hermana, cuyo silencio nos hace pensar que está desaparecida. Ningún otro representante del gobierno quiere pasar un segundo de su tiempo tratando de localizar a una chica que se ha declarado públicamente nazi. Pero me pregunto por qué Winston comparte esta información conmigo y no con Muv.

—Ah, gracias —digo apretando su brazo con cuidado—. ¿Han escuchado algo?

—Supongo que ya has oído los rumores de que está en un campo de concentración o detención de algún tipo.

En las vertiginosas semanas que siguieron a la declaración de guerra surgió esta terrible posibilidad, que resultó en la histeria de Muv y en que mis padres volvieran a mudarse a Londres para acceder a cualquier ayuda para recuperar a Unity.

—Sí, pero los descartamos como fantasiosos, porque provenían de fuentes no verificadas.

—Fue inteligente desacreditar las historias sobre el campo, eso es puro chisme. Sin embargo, yo he

escuchado otra cosa, aunque tendrá que quedar entre nosotros.

—Por supuesto.

—Lo más probable es que Unity esté en un hospital.

—¿Un hospital? ¿Se enfermó de algo? Estuvo enferma el año pasado y siempre pensé que regresó demasiado pronto a Alemania. —La preocupación me invade y lo tomo del brazo—. ¿O resultó herida en una acción militar?

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar. Al menos, está viva, eso sí te lo puedo asegurar.

—Eso ya es un alivio —Suspiro—. ¿Por eso viniste a hablar conmigo en lugar de hacerlo con mi madre?

—Esa es una razón. Sé que puedo confiar en ti y que no dirás nada hasta que la información se confirme a través de canales menos sensibles. —Vuelve a darle una calada a su puro y me pregunto cómo la quisquillosa Clementine lidia con ese accesorio apestoso —. La otra tiene que ver con la visita que te hizo mi hombre en la estación de tren y las listas que me enviaste.

Asiento, no confío en mí misma para hablar, porque no estoy segura de estar lista para compartir los documentos que le robé a Diana. Me preocupa cómo pueda afectar su voluntad de buscar a Unity. Pero sobre todo, estaría cruzando una línea de la que no hay marcha atrás. Sin embargo, ¿puedo esperar mucho más? ¿Qué tal si Diana ha estado ocupada ayudando a pavimentar el camino para Hitler?

—Ahora que estamos en guerra con el dictador que tus hermanas consideran un amigo cercano, valoro que confíes en mí lo suficiente como para compartir información sobre ellas, a pesar de tu preocupación. Me preguntaba si habías encontrado algo más que estuvieras dispuesta a darme; o si no es así, si quisieras seguir vigilando a Diana.

Me doy cuenta de que evita con cuidado usar la palabra «espiar». ¿Esta solicitud es el pago esperado por la ayuda que nos brinde con Unity? No estoy segura de estar lista.

—Lo consideraré.

—Excelente. Espera que se ponga en contacto contigo la gente de mi equipo en los próximos días, y cuando estés lista, ellos también lo estarán. —Me examina y luego agrega—: Sé que no es fácil, Nancy. Pero si te sirve de consuelo, fueron tus hermanas las que se pusieron en esta situación; Diana en particular. Aunque las comidas que Unity compartió con Hitler y sus cartas antisemitas en los periódicos tampoco le han hecho un gran favor. El MI5 está investigando tanto a Diana como a Mosley por traición. De hecho, empezaron antes de que se declarara la guerra.

—¿El MI5 investiga a Diana?

No lo puedo creer, aunque no debería sorprenderme. Hace ya tiempo que sospecho que Diana es más que sólo una admiradora de Hitler, pero saber que el MI5 piensa lo mismo de alguna manera cambia la situación inexorablemente.

—Sí, desde hace varios años que al gobierno le preocupa que Mosley y la BUF obtengan más público y apoyo financiero suficiente como para enfrentar al sistema y facilitar la conquista de Gran Breña o convertirla en una suerte de Estado marioneta. El gobierno quiere asegurarse de que la BUF no se convierta en una suerte de quinta columna pronazi, si no es que ya lo es. Por esta razón, hace ya tiempo que la vigilan, y a todas las personas relacionadas con ella, tus hermanas en particular, por sus vínculos nazis.

—No —digo.

He contemplado muchas situaciones distintas en cuanto a mis hermanas y los nazis, pero nunca ésta en particular.

—Sí —responde Winston con una mirada triste.

«Esto tampoco debe ser agradable para él», pienso por primera vez.

—Desde septiembre de 1934 vigilan a Mosley, a Diana y a Unity —agrega—; consideran que Diana es la más inteligente y la más peligrosa de ellos. El servicio de inteligencia extranjera supo del matrimonio de Diana y Mosley muchos años antes de que se los dijera a ustedes. ¿Sabías que celebraron la boda en casa del hombre que es la mano derecha de Hitler, Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda, y que Hitler fue el padrino? Esa es la prueba de que tus hermanas están en el corazón de nuestros enemigos.

—Dios mío.

Me marea la idea de que Hitler haya asistido a la boda de mi hermana. Quisiera que hubiera un lugar donde sentarme, aunque sea un momento.

—Es un trago amargo, lo sé. Sobre todo, cuando se habla de tu propia familia, de la mía también. —Extiende la mano para estrechar la de Nancy—. Bienvenida a la Dirección de Operaciones Especiales, o como la llaman mis agentes, la «tierra de sombras».

Capítulo 61

Diana

4 de octubre de 1939
Londres, Inglaterra

El Bentley Tourer deportivo gira en cada curva del camino. El automóvil de dos plazas se aferra a la superficie de grava, obligando a Diana a sujetarse con fuerza, pero no le importa. Le encanta la distancia y la velocidad, y el campo está mucho más hermoso que nunca. ¿Será que el peligro de la guerra aumenta el aprecio de su país natal? Cada kilómetro que pasa se siente más ligera, menos atenazada por la culpa que ni siquiera sabía que llevaba cuestas hasta esta mañana.

Despertó con la melodía de *Götterdämmerung* martillando en su cabeza. La música y la letra, lúgubres y fatídicas, de la ópera que vio en el Festival de Bayreuth con Unity la persiguió toda la mañana durante su desayuno habitual de huevo duro, café y fruta; durante el baño, mientras se maquillaba y se ponía el lápiz labial, y cuando se vistió con el suéter de casimir color marfil y la falda clara de *tweed*.

Cuando bajó las escaleras y saludó a Baba y a los niños, quienes acababan de bajar del cuarto para ir a jugar al jardín, sintió como si fuera la misma Unity quien le murmurara al oído: «Ven a buscarme, Diana. ¿Dónde estás? ¿Cómo pudiste abandonarme sabiendo lo

que planeaba?».

—Basta —concluyó Diana, sacudiendo la cabeza como para sacarse las súplicas de Unity de la cabeza.

No es hasta que Baba la voltea a ver desde el otro extremo del salón que se da cuenta de que habló en voz alta.

Atrapada en Wootton Lodge las últimas semanas con un Mosley ansioso, una Baba venenosa, una manada de niños cuidados por niñeras en disputa, el flujo constante de las terribles noticias sobre la guerra y la ansiedad por el posible interés que tengan en ellos las autoridades británicas, ¿en verdad es de asombrar que se sienta lista para estallar? ¿Es realmente sorprendente que, de vez en cuando, se preocupe por Unity? «Quizá la culpa no tiene que ver con su embarazo, sino con sus nervios», se dijo.

Cuando Mosley cruzó el salón unos minutos después con un fajo de papeles en la mano para una reunión, ella vio la respuesta a su dilema.

—Iré contigo a Londres —anunció levantándose de un salto del sofá.

—¿Londres? —preguntó Baba—. ¿No acabamos de salir de la capital por nuestra seguridad?

—¿Estás segura, querida? —preguntó Mosley mirando el vientre de su esposa.

Diana escuchó el disgusto de Baba y la vio mirar hacia otro lado.

—No podría estar más segura.

Mosley estaciona el Bentley frente a la casa de Grosvenor Road. La calle que habitualmente está muy animada ahora se encuentra tranquila, y hay mucho lugar donde estacionarse. Aunque Londres está desolado debido a la amenaza, Diana se siente más cómoda aquí que en Wootton Lodge. ¿Se deberá a la torva presencia

de Baba en Wootton? ¿O a que la serenidad del lugar le permite escuchar los murmullos de su culpabilidad por Unity?

—Bienvenida a casa, *lady* Mosley —saluda Dorothy inclinando la cabeza.

La chica parece inquieta, pero Diana supone que todo Londres tiene los nervios a flor de piel.

—Gracias, Dorothy.

Diana le da el abrigo que le cubrió los hombros durante el trayecto.

—Querida, voy a estar en la biblioteca, trabajando en mi discurso —dice Mosley desde la entrada abovedada.

—Voy a mi estudio para recoger unas cosas. Luego iré a ayudarte.

Qué bien se siente volver a sus rutinas acostumbradas, en las que las opiniones de Diana se toman en cuenta y donde influye de manera sutil, en lugar de la impaciente espera en Wootton Lodge, la terrible inactividad.

Cuando entra al capullo de seda gris de su estudio, de inmediato Diana se relaja. Diseñó este espacio como un refugio del resto del mundo, e incluso le ordenó al personal que nadie entrara, salvo cuando fuera absolutamente necesario para limpiar. Este estudio y su pequeño salón de escritura afuera de su recámara en Wootton Lodge son los únicos lugares en los que puede abandonar por completo su extenuante fachada de serenidad.

Se sienta frente a su escritorio, donde un montón de correspondencia espera respuesta. La revisa, advierte la única carta que requiere atención inmediata y la hace a un lado. Luego abre los cajones donde guarda bocetos de discursos. Cuando lo hace, se da cuenta de que el cajón bajo llave debajo del escritorio no está bien cerrado. ¿Es posible que la fuerza con la que abrió el otro cajón lo

haya entreabierto?

Se pone en cuclillas y lo examina. Tras verificar con cuidado, puede ver pequeñas marcas en la cerradura. ¿Quién estuvo en su estudio y en ese cajón? El pánico se instala mientras busca la llave escondida, la mete en la cerradura y abre el cajón. Los acuerdos enmendados del tratado de la radio comercial están ahí, para su gran alivio, junto con el recibo del dinero que los nazis le pagaron a la BUF. Los hace a un lado y hojea los documentos sin advertir ningún cambio.

Pero no cabe duda de las marcas en el cerrojo. ¿Hay algo fuera de sitio? Mira alrededor, pero todo parece estar en orden, hasta que ve que cambiaron el orden de las fotografías en la mesa junto a la chimenea. ¿Exagera o alguien estuvo aquí?

Una vez que cierra con llave los papeles del acuerdo de la radio, toma el discurso para esta noche. Al pie de la escalera ve a Dorothy en el comedor.

—Ah, Dorothy, dime, ¿alguien entró a la casa en nuestra ausencia?

—Aparte del personal habitual —responde Dorothy sonrojándose—, sólo sus padres, *lady* Mosley.

—¿Mis padres?

«Qué extraño, Muv nunca me dijo que se quedaría en Grosvenor Road», piensa Diana.

—Sí, *lord* y *lady* Mitford vinieron a descansar en la sala una tarde muy calurosa, la semana pasada; estaban en el área.

—¿Nadie más?

—No que yo recuerde, señora.

—Diana —la llama Mosley.

Diana sale del vestíbulo, dejando atrás a Dorothy y sus preguntas. En su camino, pasa frente a la niñera Jean. Aunque la chica es sumisa y mantiene la mirada baja cuando ve a Diana, su molestia es evidente porque la relegaron a Londres mientras el resto de la familia

permanecía segura en Wootton Lodge.

—¿Dónde están mis notas? —grita Mosley cuando Diana entra a la biblioteca. Hurga en los cajones de su escritorio y crea un completo caos—. No quiero decir la misma maldita cosa que dije la semana pasada.

Aunque seguía recelosa de que Mosley celebrara un mitin en tiempos de guerra, él insistió en dar un discurso a «su gente», además de hacer una declaración formal en la que afirmaba que la guerra la habían empezado los financieros judíos en todo el mundo y que la BUF debía seguir luchando por la paz. Para su sorpresa, más de dos mil personas se reunieron para escuchar su discurso la semana pasada. Para mayor asombro, los miembros del público y el mismo Mosley se felicitaron con el saludo fascista, a pesar del hecho de que Diana le había rogado usar un saludo distinto. M. la acusó de indulgente, era éste el momento en el que debían obstinarse. Ella pensó, aunque no lo dijo, que sus opiniones no habían cambiado, sólo el nivel de cautela. ¿Por qué Mosley no se da cuenta de que debe mantener un perfil bajo ahora?

—Aquí los tengo, cariño —dice pasándole los papeles que traía de su estudio.

Se escuchan voces en el pasillo que los distraen por un momento. El general Fuller asoma la cabeza hacia la biblioteca.

—Pensé que te encontraría aquí, viejo. ¿Te preparas para el mitin de esta noche?

El brillante experto militar está en atuendo de guerra; tras su retiro, ahora se ha vuelto un miembro clave de la BUF, al sentirse frustrado por la lentitud con la que el gobierno británico moderniza las fuerzas armadas. Venía con regularidad, sobre todo antes de un evento puesto que prefería llegar a los mítines al lado de M.

Mosley atraviesa la habitación para estrechar la mano del general cuando Fuller advierte a Diana.

—Disculpas, *lady* Mosley. No sé cómo pude no verla; su belleza ilumina todos los salones.

—Es usted muy amable —responde.

El general se frota las manos con anticipación.

—Esta noche habrá multitudes.

—Esperemos que asistan todos los entusiastas de nuestro último mitin —agrega Mosley.

Diana lo mira con una sonrisa complaciente; no sabe si mencionarle a Mosley sus sospechas sobre el cajón de su estudio cuando estén solos de nuevo. ¿Debería molestarlo con conjeturas improbables? Si bien a Diana le parece plausible que la inteligencia británica esté interesada en ellos, no puede imaginar que los agentes hayan entrado a su casa y hurgado en sus cosas. Sin duda el personal la hubiera llamado a Wootton Lodge de inmediato para informarle. «No», piensa, no hablará de su corazonada. La mantendrá en privado por el momento y se concentrará en la amenaza más inmediata para Mosley. Y para ella.

Capítulo 62

Nancy

28 de octubre de 1939
Londres, Inglaterra

—Déjame verlo.

Entro a Rutland Gate y paso apresurada frente a la sirvienta que abrió la puerta, luego frente a Farve, que está paralizado en el pasillo como aturdido por un golpe. Quizá así es, por decirlo de alguna manera. Tal vez Unity es la causante de su estupefacción.

Llego corriendo al salón donde, para mi sorpresa, Muv está postrada en el sofá con la cabeza sobre el regazo de Debo. No sé por qué no esperaba ver a Debo, puesto que aquí vive, no en el desolado Inch Kenneth. La razón es que casi no está en casa cuando vengo de visita y no he asimilado la idea de que vive en Rutland Gate. Supongo que pasaba su tiempo antes de la guerra paseando como lo haría cualquier joven de sociedad, aunque ahora, como la mayoría de ellos, trabaja como voluntaria en el esfuerzo bélico.

Muv sujeta el papel contra su pecho, se aferra a él como si fuera un bote salvavidas. No se mueve cuando yo entro, ni siquiera abre los ojos.

—Necesito verlo con mis propios ojos, Muv —digo.

Debo agita la cabeza en una advertencia silenciosa. Mi madre no suelta el papel.

—Te lo leí por teléfono, eso es suficiente.

—Muv, por favor —suplico, tratando de tomarlo—, déjame leer el telegrama.

Se lo quito de la mano, apartando sus dedos uno por uno. Camino hacia la mesita donde está la lámpara y sostengo bajo la luz el breve mensaje telegrafiado que envió Janos von Almasy, un amigo de Tom que es ciudadano húngaro y por eso puede viajar a Alemania.

Las sucintas palabras del telegrama dan la noticia que hemos esperado durante semanas; largos días en los que vadeamos a través de un montón de rumores, informes incendiarios en los cuales yo no podía mencionar lo que Winston me había dicho. «Unity está internada, enferma, pero en recuperación. Se autolesionó. Se recupera lentamente. Los esfuerzos para sacarla de Múnich están detenidos», leo en voz alta.

Releo esas palabras para mí misma varias veces. Como la escritora que soy, puedo ver cómo Janos eligió con cuidado la palabra «autolesión». Debió esforzarse en encontrar el eufemismo correcto para suavizar el golpe del verdadero término: «suicidio».

Unity trató de suicidarse. Mi pobre y desorientada hermana. ¡Cuánta soledad y abatimiento habrá sentido como para pensar que el suicidio era su única salida!

Me desplomo sobre la silla tapizada que está frente al sofá; en algún momento Farve entró en la habitación y se sentó en un extremo del sofá, cerca de Muv.

—¿Autolesión? —pregunto, aunque todos sabemos que esa no es la verdadera pregunta.

—Quizá no significa lo que pensamos que significa. Después de todo, Janos es húngaro, y los europeos del Este no manejan muy bien el inglés británico —dice Muv—. Siempre confunden las palabras.

Incluso en su desolación, Muv no puede evitar el insulto, yo tampoco puedo evitar una réplica, por más que me esfuerce.

—Janos pertenece a la familia real de Hungría y estudió en Cambridge, es posible que domine el inglés mejor que nosotros. En cualquier caso, no puedo pensar en muchas otras maneras de interpretar «autolesión».

Farve resopla, lo que considero una señal de que, tal vez, ha vuelto a ser el de antes; y es algo importante puesto que lo más probable es que debamos esforzarnos mucho más para averiguar lo que sucedió y quizá necesitemos a *lord* Redesdale para que lo haga, no al azorado Farve.

Muv sigue llorando y, como es costumbre, me culpa a mí de todas sus penas.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan difícil, Nancy? Estoy muerta de angustia por tu hermana menor y a ti lo único que te interesa es el dominio del inglés de un húngaro.

No menciono que ella fue quien empezó.

Debo pone los ojos en blanco y luego me mira, empática. Quizá estoy siendo demasiado dura con Muv. Ahora no es el momento de mis reacciones habituales; lo sé, pero no puedo evitarlo.

—Lo siento, Muv. Es sólo que me preocupa que no estemos preparados para ayudar a Unity y finjamos lo contrario —explico.

—¿Eso qué importa si no tenemos manera de ayudarla? —vocifera Farve—. Ni siquiera podemos ir a la maldita Alemania.

La puerta principal se azota y Farve se levanta de un salto para ver qué sirviente maleducado permitió ese insulto en un momento como éste. Espero escuchar gritos, pero en su lugar oigo la voz melodiosa de mi hermana y el dulce parloteo de mis sobrinos.

—Diana, querida, estamos en el salón —dice Muv alzando la voz.

Para ella es toda dulzura y amor, cuando yo no amerito siquiera un saludo.

Diana entra, tan elegante como siempre, con un vestido azul pálido y un sombrero que hace juego. ¿Estaba ya vestida con un atuendo tan inmaculado, digno de una fiesta en el Ritz, cuando Muv la llamó para darle la noticia del telegrama, o se tomó el cuidado de vestirse con la armadura de una dama antes de salir? Tras ella vienen Jonathan y Desmond, acompañados de la niñera, la chica del cabello apagado de quien pensé que habían degradado de niñera a sirvienta. ¿Por qué Diana trajo a sus hijos hoy en particular? En ese momento entiendo: los usa como escudo para suavizar los golpes que recibirá por negarse a buscar a Unity.

He visto a Diana algunas veces desde que robé los documentos de la estación de radio. Al parecer, Diana y sus hijos pasan la mayor parte del tiempo en Wootton Lodge, lo que dificulta que los visite debido a mis horarios laborales. Incluso cuando están en Londres, Mosley es prácticamente omnipresente y no soy bienvenida. Eso me ha impedido «vigilar» a Diana como me lo solicitó Winston.

—Pareces nerviosa, querida. Eso no es bueno para el bebé —dice Muv en un murmullo después de saludar a los niños y mandarlos a la biblioteca, en contra de los deseos de Diana.

Al escuchar la palabra «bebé», Diana se acaricia de forma automática el vientre un poco abultado. Ese gesto me hace sentir una punzada demasiado familiar y tengo que apartar la vista. Sólo Debo se da cuenta.

Diana toma asiento en el borde de una de las sillas hepplewhite de respaldo recto, lo más alejada de mí.

—Hay una verdadera horda de reporteros afuera de Rutland Gate que me acribillan con sus preguntas sobre Unity. Apenas pudimos pasar.

Muv se lleva la mano a la boca.

—Oh, querida —Es todo lo que puede decir.

—¿Cómo demonios supo ya esa chusma sobre

Unity? Nosotros acabamos de recibir el telegrama —grita Farve.

—Tienen espías en todas las oficinas de telégrafos y centrales telefónicas. Los periódicos y revistas pagan grandes sumas a las operadoras y mensajeros que tienen la información. Probablemente lo supieron antes que nosotros —explica Diana.

El estómago me da un vuelco al escuchar la palabra «espía». Diana no voltea en mi dirección, pero no puedo evitar sentirme acusada. No he decido si debería entregar los documentos de la estación de radio, aunque no estoy segura de qué estoy esperando; a fin de cuentas, ya estamos en guerra.

Muv empuja a Debo y se incorpora para ofrecerle un té a Diana, que la sirvienta llevó en una charola.

—Diana, cariño, tú y el Führer son muy cercanos. Creo que él nos ayudará a sacar a Unity de Alemania si tú se lo pidieras.

Diana se remueve en su silla, algo poco habitual para alguien tan dueña de sí. Supongo que ésta es precisamente el tipo de solicitud que esperaba evitar y por eso trajo a sus hijos.

—No sé de qué estás hablando, Muv —dice al fin—. Estamos en guerra con Alemania, no es como si pudiera levantar el teléfono y pedir que me comuniquen con nuestro enemigo para pedirle un favor.

—Malditos hunos —masculla Farve antes de que Muv pueda responder.

Es un alivio escuchar que ha recuperado su antiguo odio contra los alemanes que nos era tan familiar; en contraste con las preferencias actuales de Muv por Alemania, por encima de su propio país, aunque su hijo y sus yernos están enfrentando la guerra para defenderlo.

—Vamos, Diana —insiste Muv—. Sé que tienes los medios para comunicarte con Hitler. Si tan sólo le

dijeras…

—No tengo la más remota idea de lo que estás hablando, madre —interrumpe Diana.

Muv parece desconcertada. Diana sólo la llama «madre» cuando está furiosa.

—¿Por qué te haces la tonta? —pregunta Muv alzando las cejas—. La otra noche te escuché decir algo sobre tu manera de comunicarte con él para tu radio…

—Basta, madre. —Diana alza la voz, quizá más de lo que jamás le había escuchado. Es extraño cómo suena estresada—. No tengo ningún método para comunicarme con el líder de Alemania, con quien estamos en guerra, ¿tengo que recordártelo? Incluso si lo tuviera, no me atrevería a usarlo y ponernos en peligro, a mí y a mi familia.

—¿Ni siquiera por Unity? —Muv parece consternada y Debo abre mucho los ojos—. Ella también es tu familia, igual que Mosley y tus hijos.

—Ni siquiera por Unity. Ella tomó su decisión cuando ignoró las claras instrucciones del Führer y se quedó en Alemania. De cualquier forma, siempre sospeché que decidiría… —Diana hace una pausa en busca de la palabra correcta, y decide usar la misma que eligió Janos von Almasy—, autolesionarse.

Muv se pone de pie y mira a Diana fijamente. Debo parece incrédula, igual que Farve.

A mí no me sorprende, lo que siento es rabia.

—¿Por qué no nos dijiste? Pudimos haber ido a Alemania y traerla a rastras antes de que cerraran las fronteras y fuera demasiado tarde. ¡Aquí en Inglaterra hubiéramos podido mantenerla a salvo de sí misma! —grito.

Diana se yergue en toda su estatura.

—Nancy, sabes mejor que nadie lo ridículo que es tu comentario. Nunca nadie ha podido impedirle nada a Unity. En ese momento no podía intentarlo y

sacrificarme, y tampoco lo haré ahora.

Se acaricia el vientre para reforzar su respuesta.

El estupor reemplaza mi rabia. Mosley, el fascismo y su intimidad con los nazis han cambiado a Diana, eso lo sé desde hace tiempo, pero ¿negarse a tomar medidas para evitar que su propia hermana se suicide? ¿Quién es esta persona que se hace pasar por mi hermana? ¿Qué monstruo se ha apoderado de ella?

No puedo estar un segundo más en la misma habitación que ella. Me levanto y cuando estoy a punto de salir echando chispas de ahí y de Rutland Gate, otra idea cruza mi mente. Dejo a Diana para que se defienda del torrente de súplicas de Muv, y me dirijo a la cocina, en lugar de ir al recibidor, como si fuera a dar instrucciones para el té. Me detengo en la biblioteca, donde están la niñera y los niños.

La chica está sentada en el suelo con los chicos, jugando cartas.

—¿Señorita? —interrumpo.

Se pone de pie y me mira con esos maravillosos ojos azules. «¿En verdad debo dar este paso?», me pregunto. ¿Qué pasará si se lo comenta a Diana? Pero decido hacerlo. Tras la demostración de abyecta frialdad que acabo de presenciar, debo arriesgarme. Después de todo no es tan peligroso comparado con lo que combaten nuestros hombres en el frente, Peter y Tom entre ellos, y sobre todo con respecto a mis relaciones familiares.

—Quería preguntarte si tú y los niños quieren algo, voy a pedir el té.

Los chicos gritan que quieren dulces, mientras la niñera trata de tranquilizarlos.

—Lo que sea está bien para mí, señora Rodd. Gracias —dice en voz baja, mientras los niños regresan a su juego de cartas.

—Yo me encargo —respondo y me preparo para

marcharme, pero como si se me acabara de ocurrir, agrego—: Disculpa, querida, ¿cómo te llamas?

—Jean, señora.

—Jean, te recuerdo bien del otro día que vine de visita, que estabas con los niños —digo esperando su respuesta para evaluar cómo continuar, o si debo hacerlo.

No contesta. En su lugar, baja la mirada como si se avergonzara por lo que ambas vimos. Ésta era la reacción que esperaba, la que me brinda una apertura.

—Jean —murmuro tomando su mano—, imagino las cosas alarmantes que has presenciado con los Mosley durante tu trabajo como niñera de estos dos hermosos niños. Quizá esas actividades son más desconcertantes ahora que se declaró la guerra contra Alemania. Si alguna vez necesitas a alguien con quien hablar sobre cualquier cosa preocupante que hayas visto o escuchado…

—Escuché a *lady* Mosley decirle a Jonathan y a Desmond que no tenían que preocuparse por la guerra porque ella sabía que terminaría pronto —me interrumpe en un murmullo—. Luego les dijo que ese es el motivo por el que deben practicar su saludo al Führer. —Sus ojos se llenan de lágrimas y me pregunta con voz temblorosa—: ¿Alemania va a invadir Inglaterra?

Dios mío. ¿Cómo es posible que mi hermana les diga esas cosas a sus hijos? Aunque lo crea, aunque lo sepa, aunque sea parte del plan. Me estremezco.

La pobre Jean está aterrada. Espero que pueda reunir el valor de hacer lo que estoy a punto de pedirle, para que Diana y Mosley no puedan causarnos problemas a todos.

Capítulo 63

Diana

28 de octubre de 1939
Londres, Inglaterra

Se están acercando a un callejón sin salida, ¿ella es la única que se da cuenta?

Tras regresar a su casa en Grosvenor Road por calles aledañas y una ruta tortuosa —con los niños y la niñera detrás de ellos, ¡por Dios!—, Diana cierra la puerta a su espalda y se recarga contra ella, como si sólo su presencia pudiera mantener los problemas a raya. Ahora que lo piensa, es sumamente ridículo. Durante años ha podido mantener a Mosley y a la BUF a flote gracias a sus relaciones con los nazis y, si es honesta consigo misma, se las ha arreglado para atar a Mosley a ella, utilizando los mismos medios.

Pero su confianza de poder mantener a salvo y juntos a Mosley y a los niños disminuye cada día, conforme la BUF se convierte en el chivo expiatorio del público y el gobierno británico toma medidas más enérgicas en contra de los partidarios del fascismo, reales o imaginarios. Tan pronto como se declaró la guerra el mes pasado, la Ley de Poderes de Emergencia permitió al ministro del Interior arrestar a los «enemigos extranjeros», una definición amplia y de gran alcance que parecía incluir a todos, desde quienes huían del

fascismo y de los nazis hasta quienes aplaudían a Alemania o a Austria, sin importar cuántos años llevaran viviendo en Gran Bretaña y sin tomar en cuenta sus creencias. Miles de ciudadanos británicos fueron llevados a campos de concentración, aunque no eran partidarios ni de los fascistas ni de los nazis. ¿Por qué Mosley piensa que él y los miembros de la BUF escaparán de tal destino?

La más mínima grieta en su armadura significaría la caída de Mosley, sobre todo desde que parece estar ciego a todos estos riesgos. «Maldita Nancy y sus comentarios», piensa. Abrió el agujero que ya se dibujaba en el escudo de Diana.

Por supuesto que Diana se siente mal por Unity, sería inhumano no sentir preocupación o remordimiento. Pero no puede hacer lo que Muv le pide ni exponer a ella y Mosley a mayor escrutinio. Sobre todo porque si lo hiciera, dejaría al descubierto el único medio de comunicación que le queda con Alemania, en caso de que la inteligencia británica ya los tenga bajo vigilancia.

—Diana, ¿eres tú? —la llama Mosley.

—Sí, querido, vengo de casa de mis padres —responde avanzando hacia donde está él.

Como de costumbre, no pregunta sobre ellos ni sobre Unity. No, en el momento en el que Diana entra en la biblioteca, él acapara toda su atención. A estas alturas, ella está demasiado implicada con Mosley y su egoísmo como para objetar. Pero ella lo sabe.

Cuando entra en la acogedora biblioteca cubierta de caoba, cuya chimenea centelleante aleja el frío de este día estival, se da cuenta de que M. no está solo. Un hombre gigante de pecho ancho está de pie junto al escritorio de Mosley. El tipo le parece vagamente familiar, pero Diana no sabe dónde lo ha visto antes.

—Querida —dice Mosley con una sonrisa muy poco

natural en su rostro.

Parece casi un lobo que pela los dientes y Diana siente miedo. ¿Sus temores se habrán vuelto realidad? ¿Este hombre es de la inteligencia británica? ¿Comenzó la inquisición? Por Dios, ¿por qué no quemó los documentos del negocio de la radio alemana? Se ha aferrado a ellos como un talismán, esperando que el acuerdo progrese a pesar de la guerra.

—Te presento a Jonathan Sims, el abogado del fideicomiso de Cimmie a nombre de mis hijos. Como sabes, ella les dejó a los niños una cantidad considerable que proviene de la herencia de los Curzon.

—Un placer conocerla, *lady* Mosley —saluda con una inclinación de cabeza en su dirección.

Luego voltea hacia Mosley sin siquiera echarle otra mirada a Diana. Qué extraño. Es obvio que este hombre no quiere distraerse de la conversación que tenía con Mosley. ¿Qué está pasando aquí? Las finanzas han estado muy apretadas porque Mosley usa sus fondos personales para la BUF, y el fideicomiso de sus primeros tres hijos ha estado cubriendo los gastos de Wootton y Grosvenor House, después de todo, sus hijastros los visitan a veces.

—Como acaba de mencionar *lord* Mosley —continúa el hombre—, estoy aquí por el fideicomiso Curzon de los niños. *Lord* Mosley ha estado usando los ingresos del fideicomiso para financiar los gastos de Wootton Lodge y de esta casa. Puesto que esta propiedad no es la casa familiar de los niños, su residencia formal es Savehay Farm, en Denham, esos fondos no se pueden usar para Wootton Lodge ni para Grosvenor Road.

¿Por qué el abogado pone esas objeciones hasta ahora? Mosley ha usado durante años el dinero del fideicomiso para muchas de las residencias sin que él hubiera dicho nada. ¿El gobierno o la inteligencia

británicos empezaron esto para presionar a Mosley e, indirectamente, a la BUF?

El miedo que sintió cuando entró en la biblioteca empieza a crecer. O este abogado está actuando como parte de sus deberes formales —en cuyo caso ella y Mosley están en peores problemas financieros de lo que pensaban y tendrán que abandonar sus casas—, o las fuerzas del gobierno decididas a desmantelar a la BUF, y posiblemente a Diana y a Mosley junto con ella, propiciaron la auditoría de este hombre, lo cual significa que sus vidas corren peligro.

La habitación comienza a girar y el debate sobre la honestidad en cuanto a los gastos de Mosley empieza a desvanecerse.

—Caballeros, ¿me disculpan un momento? —dice Diana.

Mosley abre los ojos, incrédulo; la presencia de Diana a su lado ayudaría a calmar al abogado y cuenta con ella para eso.

—¿Te sientes bien? —pregunta, aunque ella sabe, por su tono, que no está en realidad preocupado por su salud.

Es un mensaje privado: sólo la enfermedad es una excusa aceptable para que no cumpla sus deseos; de lo contrario, debe quedarse con él, ayudarlo a desactivar la bomba que el abogado esconde bajo la ropa.

El control se le está escapando de las manos, pero aún tiene el dominio de algo. Lentamente, aferrándose con fuerza al barandal, Diana sube la escalera hasta su estudio. Cierra la puerta detrás de ella, saca la pequeña llave de su escondite dentro de un libro hueco y la mete en la cerradura del cajón secreto. Toma el fajo de papeles que ahí esconde y los saca. Luego, va hasta la chimenea y los echa al fuego.

Capítulo 64

Nancy

3 de enero de 1940
Wycombe, Inglaterra

El tren otra vez está retrasado y yo espero angustiada en Old Mill Cottage, la única estructura que aún les pertenece a Muv y a Farve cerca de Swinbrook, la única propiedad aparte de Inch Kenneth. No puedo quejarme de las horas de espera; no tuve que emprender el verdadero viaje porque a Debo le tocó la tarea de acompañar a Muv. El recorrido de Londres a Berna, Suiza, y de vuelta, ha sido espantoso, de acuerdo con los telegramas. Perdieron algunos trasbordos de tren, el barco para cruzar el Canal de la Mancha se retrasó dos días, incluso la ambulancia se descompuso en algún momento. Sin hablar del espectro de violencia en tiempos de guerra que las acompañó durante todo el viaje y los reporteros que cazaron a Muv y a Debo a cada paso. Pero no había otra manera de traer a Unity a casa.

Han sido arduos los meses de espera para que regresara desde que supimos que Unity estaba en el hospital. Parecía que el tiempo se arrastraba, sobre todo porque cambié de trabajo, del grupo de Protección Contra Ataques Aéreos a un puesto en Primeros Auxilios cerca de la estación Paddington, que se tradujo en

muchas más horas libres a mi disposición. Aunque *Pigeon pie* me mantenía distraída de mis pensamientos por Unity, escribir sobre la caprichosa aristócrata Sofía, la voluntaria en tiempos de guerra y su lucha contra los espías que la rodeaban, hizo que me obsesionara en la naturaleza y alcance de la sedición de Diana. Sin mencionar su responsabilidad en la «autolesión» de Unity. ¿El libro es demasiado autobiográfico en mi situación actual como para que pueda publicarlo? Y si me preocupo lo suficiente como para escribir sobre sus actos, aunque sea de forma velada, entonces, ¿qué me detiene para darle los documentos de la radio a Winston? ¿La esperanza de que Diana cambiará o que quedará tan marginada que ya no sea necesario que se los dé? ¿La lealtad a una hermana que temo ha perdido todo sentido de lealtad hacia su familia y su patria?

Así paso las horas: enrollando vendas y creando espías alemanes de ficción mientras insisto en cómo manejar el espionaje de la vida real. Hasta la víspera de Navidad, claro está. La llamada de Janos von Almasy mientras comíamos el pudín de Navidad fue el mejor regalo. Llamó a mis padres, a Rutland Gate, para decirles que Hitler había dispuesto que transfirieran a Unity de Alemania a un hospital en la Suiza neutra. Mejor aún, Unity por fin estaba lo suficientemente bien como para regresar a casa.

Estas eran las primeras noticias definitivas que teníamos de Unity desde aquel telegrama en octubre. Tras derramar lágrimas de felicidad y beber varias copas de vino para celebrar, Farve nos advirtió de la posibilidad de que quizá arrestaran a Unity cuando pusiera un pie en suelo inglés. ¿La considerarían criminal de guerra por su lealtad a los nazis? Farve recurrió a un viejo conocido, Oliver Stanley, que en ese momento era secretario de Estado para la Guerra; si el destino de Unity era la cárcel, entonces sería mejor que

se quedara en Suiza. Puesto que le aseguraron que su condición física delicada evitaría un juicio y la cárcel, se hicieron los preparativos para el viaje.

El crepúsculo pinta de rosa el paisaje nevado cuando escucho sobre la grava las llantas de un coche que se acerca a Old Mill Cottage. Dejo de preocuparme por la cama de hospital que instalé en la recámara de la planta baja para que Unity no tenga que subir las escaleras y corro a la puerta. Me pongo el abrigo de lana más pesado para cubrirme del frío penetrante y salgo. La ambulancia reduce la velocidad hasta que se detiene para dejar que Muv, Debo y el conductor bajen del vehículo, y tras ellos Farve, quien las alcanzó en el camino. La gran puerta blanca en la parte trasera del vehículo se abre de par en par y me apresuro a ayudar.

Muv y Farve esperan en la puerta junto con el conductor de la ambulancia y una enfermera que no había visto al principio, pero cuando Debo baja de la ambulancia, no dice ni una palabra. Tiene los ojos enrojecidos y ojerosos. Nunca había visto a mi hermana menor, siempre tan ecuánime y alegre, con esta expresión tan desdichada. ¿Qué pasó en el viaje? ¿O será que la desesperación de Debo es por Unity y no por el viaje?

Toma mi mano y la aprieta con una fuerza que no le conocía.

—Si tan solo Decca estuviera aquí. Siempre ha sido muy fuerte y puede comunicarse con Unity como nadie más —murmura.

Yo también extraño la presencia de Decca, me gustaría que la pérdida de su bebé y su repulsión por la política europea no la hubieran obligado a irse a Estados Unidos. Pero confieso que siento alivio, y un poco de disgusto, de que Diana haya dado excusas para no venir,

aduciendo que los horarios frenéticos de su familia recompuesta y los cambios de residencia se lo impedían.

—¿Está tan mal? —pregunto en un murmullo.

—Peor de lo que pudieras imaginar.

Las palabras de Debo me hace estremecer, ella nunca exagera.

Muv y Farve se apartan y puedo echar un vistazo al interior de la ambulancia, donde los profesionales preparan una camilla para llevarla a la casa. Al principio, todo lo que puedo ver es un bulto de sábanas blancas sobre un camastro. Quizá Unity puede moverse más de lo que pensamos y se levantó después de estar acostada durante todo el trayecto.

En ese momento, el conductor y la enfermera levantan la camilla y me doy cuenta de que hay un cuerpo bajo las sábanas. Cuando pasan frente a mí, el rostro de Unity aparece entre la maraña de cobijas, al menos creo que es ella.

Tiene las mejillas hundidas y el rostro demacrado, la cabeza rapada, los dientes amarillentos; sus ojos azules vacíos y sin vida parecen incapaces de encontrarse con los míos. ¿Cómo es posible que esta sea Unity, mi hermana imponente y determinada? La chica que siempre sabía lo que quería y se apegaba a ello, aunque esa actitud resultó en que la expulsaran de dos escuelas. La debutante que nunca tuvo miedo de asumir su singularidad, aunque eso significara llevar a su rata mascota a un baile. La mujer que forjó una relación con Hitler, por desafortunada que fuera, gracias a su absoluta tenacidad y persistencia. La hermana cuya lealtad a la familia no tenía límites y trascendía incluso su amada política.

Volteo a ver a Debo con incredulidad y horror. Ella asiente y me aprieta la mano con más fuerza.

—Lo sé —dice; tengo que conformarme con esas palabras como único consuelo.

—Ni siquiera se parece a ella.

—No es ella, Naunce. La Unity que conocimos ya no existe. En el momento en el que disparó el arma y la bala se alojó en su cerebro, nuestra Unity desapareció.

Debo hace un sonido como si se asfixiara, creo que está tratando de sofocar un sollozo.

—Una enfermera me dijo que trató de suicidarse de nuevo en el hospital, que se tragó ese maldito pasador de oro de la suástica.

—¡Dios mío! —exclamo llevándome la mano a la boca.

—¿Creerás que el mismo Hitler organizó su transferencia a Suiza? —agrega—. ¿Y que pagó las facturas del hospital?

—Era lo mínimo que podía hacer —respondo furiosa.

Las lágrimas surcan mi rostro y se enfrían conforme caen. Me siento abatida, pero la rabia empieza a dominar esa emoción. ¿Le habría pasado esto a Unity si Diana no la hubiera llevado a Múnich? Conocía su inclinación por los extremos y, aun así, la arrastró junto con ella en su loca obsesión durante años, para beneficiarse de ello. ¿A quién más podría llevar Diana por ese camino destructivo del fascismo si no se le pusiera freno? ¿Diana, Mosley y su despreciable BUF podrán destruir no sólo a Unity sino también a Gran Bretaña, al establecer los cimientos de un estado marioneta para su amado Hitler?

Mi resolución se consolida y mis lágrimas se congelan. Daré el paso que había evitado; algo más que sólo dar las listas que he creado de los viajes de Unity Diana a Alemania, los oficiales nazis que conocieron y todo lo que alguna vez dijeron sobre Hitler. Algo más extremo que convencer a una de las niñeras de Diana para que espíe a mi hermana y me informe de todo lo que pasa para que, a su vez, yo hable con los hombres

de Winston. Les daré esos malditos documentos de la estación de radio.

Capítulo 65

Diana

3 de enero de 1940
Staffordshire, Inglaterra

Un copo de nieve se pega a la ventana. Algunos podrían describir el cristal diminuto como encantador, pero para Diana tiene una cualidad mucho más importante que la belleza. Aunque parece delicado, complejo y por completo único, el copo de nieve debe ser fuerte para sobrevivir la rigurosa transformación de agua en hielo llevado por las nubes.

Voltea a ver a sus dos hijos mayores. Jonathan y Desmond están cubiertos de lana de pies a cabeza, con las mejillas enrojecidas por el frío; ríen. Se deslizan por la colina en sus trineos con alegre abandono, y piensa en lo afortunada que ha sido por el temperamento de estos niños. A pesar de ir y venir constantemente entre las distintas casas de su padre a las de su madre, no han dejado de ser ecuánimes y amables, flexibles y buenos. Hay que agradecerle en parte a Bryan y su buen humor. ¿El joven Alexander y este nuevo bebé serán diferentes porque nacieron de distinto padre en tiempos de guerra y durante esta época tan tensa en la vida de sus padres?

Al ver la felicidad de sus hijos, le apena tener que llevarse a Jonathan y a Desmond en sus últimas vacaciones en Wootton Lodge. Quien sea que haya

empezado la investigación sobre el fideicomiso Curzon de sus hijastros provocó lo peor: ya no podían recurrir a esos ingresos para sufragar los gastos de Wootton Lodge o de Grosvenor Road, lo que significaba que tendrían que renunciar a ambos puesto que Baba jamás aceptaría cambiar su residencia principal a Wootton Lodge. Ahora se veían obligados a vivir en Savehay Farm, en Denham, la casa de Cimmie, como residencia principal, y en un pequeño departamento en Londres. No pueden permitirse nada más; el dinero que Bryan le da a Diana no alcanza para mucho y Mosley hipotecó el resto de sus activos para la BUF.

Se azotan las cajuelas de los coches, los papeles crujen, arrastran los muebles, los cajones se cierran. El sonido de la mudanza invade la agradable contemplación de sus hijos de ocho y casi diez años. Se escuchan regaños que hacen eco en el gran vestíbulo cavernoso. «Qué habrán hecho ahora los sirvientes», se pregunta Diana sobre los pocos miembros del personal que quedan. Mosley está regañando a alguna pobre alma sin duda, uno de los agricultores que contrataron para que ayudaran en la colosal tarea de empacar, pero que no conocen el arte del servicio. Ella tendrá que intervenir.

Cuando entra al vestíbulo ve a tres sirvientas de pie, inmóviles, frente a M. De los tres, sólo Mary es parte del personal habitual de Wootton; las otras dos son temporales, como sospechó. Incluso tuvieron que despedir a la mayoría de las niñeras. Las tres sirvientas parecen aliviadas de verla llegar; Diana sabe que solo ella puede corregir la situación antes de despedirse de este lugar mágico.

—No entiendo por qué les confunde qué va a pasar con las cortinas grises —exclama Mosley lanzando las manos al aire.

Señala la seda plateada plegada que Diana compró

para vestir las enormes ventanas, la misma tela que espera usar en Savehay Farm para reemplazar las cortinas con patrones de flores de Cimmie.

—Tengo mejores cosas que hacer que discutir con el personal —declara recorriendo la habitación a grandes zancadas. Luego se detiene y sin voltear, grita —: ¡Diana, tenemos que irnos en una hora!

Diana se queda a aclarar sus instrucciones con el personal y solucionar un malentendido con la única niñera que queda para los tres niños más pequeños. Sólo entonces puede terminar una última tarea, una privada. Sube la escalera hasta su recámara y se sienta en el pequeño escritorio que da a la vasta naturaleza que rodea la casa. Saca una hoja de papel y su pluma fuente, y empieza a escribir: «Querido Peter».

Es extraña la solicitud que le hace a Peter Eckersley, uno de los mejores ingenieros de radio en Gran Bretaña, con inclinaciones fascistas y que es parte de la junta en el negocio de la radio. Diana se esfuerza para usar un vocabulario sutil. Aunque Hitler insinuó que, en caso de guerra, era posible que no continuaran con la estación, ella quiere estar segura. Después de todo no ha recibido ningún mensaje específico de Hitler que le diga que el trato terminó, y ella todavía tiene algunos medios de comunicación a su disposición, sin importar lo que le dijera a Muv.

La formulación vaga de su mensaje es intencional; pregunta por el estado de la construcción de la estación de radio de Osterloog, al noroeste de Alemania, desde donde las difusiones pueden llegar hasta Anglia oriental y el sureste de Inglaterra. Se suponía que los alemanes darían el financiamiento inicial y que los inversionistas británicos contribuirían después, junto con Radio Variety, una entidad independiente creada para proporcionar la programación. Técnicamente, las empresas británicas y alemanas ya no pueden hacer

negocios, pero ella ha sido cuidadosa desde el principio para ocultar las nacionalidades de los fundadores de la compañía. Sin embargo, aún con estas protecciones, es necesario que sus socios tengan cierto apetito por el riesgo. ¿Lo tienen? Esto es lo que necesita saber.

Pero no puede dejar que Mosley descubra lo incierto de la situación, no en ese momento. Lleva meses asegurándole que la transacción se llevará a cabo y que el dinero empezará a llegar, que su mudanza a Savehay Farm es sólo una medida temporal. Diana no puede arriesgarse a que Mosley dependa menos de ella ahora que Baba está tan cerca otra vez; vivirán juntas en Savehay Farm.

De cualquier forma, el hecho de que Unity regrese a casa hoy es suficiente preocupación. La idea de enfrentar a su hermana menor, de ser testigo de su ruina física y mental, es suficiente para sentirse amedrentada.

Una sirvienta interrumpe estos desagradables pensamientos.

—Señora, los baúles con la ropa y los suministros para las siguientes tres semanas están empacados y listos para que se los lleven. Luego seguirá el resto.

—Maravilloso —responde Diana mirando por la ventana a las manchas rojas que forma la ropa de sus hijos conforme suben corriendo la colina, arrastrando los trineos—. Supongo que tengo que ir por los niños —agrega casi para sí misma, en un tono tan sombrío como su estado de ánimo.

Mete la carta en la manga de su blusa y baja la escalera por última vez. Le da la misiva a su empleado de mayor confianza y le ordena, en un murmullo, que la ponga en el correo en el siguiente pueblo, Ellastone, en Staffordshire. No pueden rastrearla hasta Wootton Lodge.

Es la hora.

Abre de par en par las puertas francesas hacia el

jardín trasero.

—¡Vamos, niños! ¡Es hora de irnos! —grita.

—¡Una vez y ya, mamá! —exclama Desmond—. ¡Por favor!

Diana ríe, ¿cómo podría resistirse? Aunque les lleve cinco minutos más, aunque Mosley se enoje.

—¡Ah, está bien!

Mientras observa a sus queridos hijos mayores que se deslizan por la colina nevada, una extraña tristeza se apodera de ella. ¿Por qué siente como si fuera el final de un periodo importante y alegre de su vida?

Capítulo 66

Nancy

2 de febrero de 1940
Londres, Inglaterra

Salgo del discreto Austin negro en un callejón lateral a la majestuosa casa del almirantazgo. Un soldado uniformado me espera y, sin una palabra, me guía hacia una puerta anodina, disimulada en el ladrillo amarillo. Lo sigo por un pasillo de servicio sinuoso que desemboca en el enorme vestíbulo; me indica que espere en una banca tapizada con una tela azul y roja con caballos de mar estampados. En cualquier otro lugar, este patrón sería ridículo, pero supongo que el tema marino es aceptable en la residencia oficial y lugar de trabajo del *lord* del almirantazgo.

Si aparto la vista de las cortinas opacas y finjo que no vi toda la actividad de los oficiales navales uniformados en el vestíbulo transformado, casi podría pensar que estamos en tiempos de paz. Pero no lo es, aunque por el momento no estén lloviendo bombas en Londres. La llamada Guerra Falsa ya no lo parece tanto.

Estoy al corriente de los eventos más discretos y sé que los nazis están en marcha; que nosotros estamos preparando patrullas navales, vigilancia de la fuerza aérea, tropas y un envío discreto de algunas divisiones a Francia. Sólo porque la guerra no es evidente para

nuestros ciudadanos, no significa que sea menos real.

Incluso desde Old Mill Cottage, donde me quedé con Muv y Debo para ayudar a Unity, podía ver el inminente conflicto. Cada vez que cambiaba las sábanas de la cama de Unity —que era incontinente, cuando le daba de comer papillas, cuando le enseñaba las palabras que había olvidado porque ahora era como una niña o cuando hacía guardia por la noche en lugar de Debo o de Muv quien, para mi sorpresa, estaba contenta—, la guerra entre Gran Bretaña y Alemania parecía estar a la vuelta de la esquina. Cuando vi que Farve empezó a empacar y se marchó de Old Mill Cottage para irse a Inch Kenneth porque no soportaba ver a su hija destrozada y no podía escuchar más a Muv hablar de su admiración por Hitler, empecé a desear que empezara la guerra. Si dependiera de mí, lo haría. Muero por vengarme de los nazis por lo que le pasó a mi hermana, sin importar el papel que ella haya jugado.

Lo único falso que ha sucedido en estas terribles semanas desde que Unity regresó fue la breve visita de Diana a Old Mill Cottage. Desde que puso un pie en la pequeña casa de estuco blanco y vigas de madera y vio a Unity en la cama de hospital en la recámara del primer piso, su deseo de huir fue evidente. Aunque dijo algunas palabras amables y soltó una verborrea para manifestar su apoyo, empezó a salir desde el momento en el que entró. No podía soportar ver de frente el daño que le había ocasionado a Unity. No más de treinta minutos después, se acarició lentamente el enorme vientre y anunció que tenía que irse «por el bebé». Al menos tuvo la decencia de no traer a Mosley.

—*Lady* Churchill la verá ahora —dice un asistente militar.

Lo sigo por la escalera central hasta lo que parecen

ser las oficinas privadas de Churchill. Me siento en un sofá acogedor frente a la chimenea encendida, tratando de entrar en calor mientras espero a la prima Clemmie.

Cuando llamó a Old Mill Cottage y me pidió que pasara a verla cuando fuera a Londres, entendí la naturaleza de la invitación. Clemmie no sólo había llamado para saber de Unity o de Muv, aunque hizo comentarios al respecto. Clemmie estaba enviando un mensaje de parte de Winston. Si estaba lista para compartir la información que había encontrado, él estaba más que preparado. Una visita a la casa del almirantazgo «para saludar a la familia» podría disfrazar la naturaleza clandestina de la reunión.

El frío de febrero penetra mis poros. Me levanto y me acerco a la chimenea para calentarme mientras espero. Cuando me quito los guantes para frotar mis manos frente a las llamas, escucho pisadas detrás de mí.

—Buenas tardes, prima Clemmie —saludo antes de voltear.

—Ese sí es un cumplido, Nancy —estalla una voz ronca a mi espalda. Es Winston—. Nunca nadie ha confundido antes mis pisadas pesadas con el andar delicado de Clemmie.

Siempre sabe cómo hacerme reír. Muv no lo soporta y a Farve le parece demasiado obstinado, pero yo aprecio su intelecto y su humor.

—Lo que sea para complacer al *lord* del almirantazgo.

Winston resopla al escuchar su título. Tras un largo exilio político, para él debe ser magnífico asumir este nuevo papel central una vez que todas sus afirmaciones se confirmaron. Sin duda este almirantazgo lo deleita, ahora que debe dar discursos estimulantes por todo el país.

—¿Cómo está Unity?.

Cuando hace esta pregunta obligatoria, su voz ya

no tiene humor; se sienta junto a mí en el sofá. Sabe mejor, y sin duda mejor que los periodistas que sin tregua cubren la noticia de que Unity cayó en desgracia, la naturaleza de las lesiones de mi hermana. Winston eligió personalmente a los policías que vigilan Old Mill Cottage y lo mantienen bien informado. Creo que esa es la verdadera razón, aunque aparentemente nos protegen de las masas enfurecidas y a Gran Bretaña de los nazis.

—Ya no es Unity.

—Otra tragedia de la guerra —dice con un suspiro.

—Eso es lo que quiero pensar.

—Y nuestras creencias comunes nos han traído hasta aquí.

Su frase no es una pregunta.

—Sí, pero creo que eso lo sabes.

Sonríe y le da una calada al puro. Mete la mano al bolsillo, saca un encendedor de plata y pregunta:

—¿Quieres fumar?

Asiento, abro mi bolsa y saco un cigarro. Cuando me inclino para que lo encienda, se acerca a mi lado, prende el encendedor y acerca la flama.

—No te preguntaré qué te motiva a compartir la información que le has dado hasta ahora a mi hombre. Imagino que Diana te dio varias razones. Quizá Unity también, antes.

—Imaginas bien —respondo dándole una calada a mi Dunhill, pensando en los retazos de información que les pasé de la antigua niñera de Diana.

Los detalles más dañinos que ella obtuvo, más allá de las afirmaciones de Diana de que la llegada de los nazis era inminente, fueron fechas y horarios de las reuniones de la BUF, que supongo fueron útiles para la red de Winston.

—Pero sólo decidí darte los documentos más sensibles cuando vi a Unity a su regreso de Alemania —agrego.

—Ah —exclama y empieza a caminar frente a la chimenea—. Bien. Supongo que eso impulsa el instinto patriótico.

Esta pequeña danza me está cansando. La decisión me ha pesado mucho más de lo que puedo recordar, y estoy preparada para darle a él esa carga. Creo que nunca podré dejar detrás esta decisión, me obsesionará para siempre.

Abro de nuevo mi bolso y saco los documentos que tomé del cajón cerrado con llave de Diana.

—No es fácil para mí darte esto —digo colocando los papeles en su mano extendida.

—Lo sé, por eso no te presioné. Presentía que había más, pero se trata de tu hermana y tú eres mi prima política. Por eso te di tiempo, hasta que ya no pude esperar más. —Sin ver los papeles, pregunta—: ¿De qué se trata?

—No soy experta en alemán, pero por lo que pude traducir, son contratos. Parece que Diana y Mosley crearon una serie de compañías para celebrar un acuerdo con el gobierno alemán para establecer una empresa de radio comercial en suelo alemán, que transmitirá a ciertas zonas de Gran Bretaña.

Winston abre mucho los ojos y mira los documentos.

—¿En verdad es tan malo? —pregunto, aunque conozco la respuesta.

Me mira con sus penetrantes ojos azules.

—Nancy, esta Guerra Falsa está a punto de terminar. El ejército de Hitler se pondrá en marcha de nuevo. Nuestra inteligencia sugiere que irán a Escandinavia primero, luego a Francia. Y en un país como Noruega, cuyo líder de partido, Viktor Quisling, es abiertamente antisemita y pronazi como Mosley, la conquista nazi será fácil. Quisling puede recibir a los nazis con brazos abiertos y crear un gobierno marioneta.

—Dios mío.

—Sí. Y luego los nazis voltearán a Gran Bretaña y tenemos que tomar muy en serio la posibilidad de un ataque alemán en suelo británico. Sin duda lloverán bombas del cielo en las calles de Londres, pero incluso podríamos enfrentar una invasión a gran escala. Imagina el daño que una estación de radio en manos en enemigas haría, si se difunde en Inglaterra, permitiría una comunicación fácil con el enemigo dentro y fuera, y enviaría propaganda e información falsa al pueblo británico. Esto deja claro la absoluta necesidad de encontrar y aplastar a nuestros enemigos al interior, esos malditos de la quinta columna de los que lees en los periódicos, o de lo contrario facilitarán el trabajo para que los alemanes invadan nuestro país.

Capítulo 67

Diana

2 de marzo de 1940
Londres, Inglaterra

—Hay que ver el éxito que Quisling está a punto de tener, el tipo de triunfo que podríamos asegurar para nosotros —dice Mosley en la reunión privada de la BUF en la sede de Londres.

Diana inhala profundo al escuchar el nombre del infame Quisling, pero cuando la gente voltea en su dirección, mantiene la boca cerrada y la mirada fija al frente, como si no hubiera escuchado nada.

Pero está atónita. ¿Cómo se atreve a hacer una declaración de una traición tan evidente en voz alta, fuera de los confines de su hogar? No importa que ésta sea una conferencia restringida con sólo los líderes de la BUF, a puertas cerradas y con las cortinas opacas. Uno nunca sabe cuándo hay un traidor en el entorno.

—¡Bien, bien! —exclama el general Fuller, seguido de una salva de aplausos.

La sola mención de Quisling provoca los vítores de estos hombres. Según las fuentes de Mosley, Viktor Quisling, el líder de un partido político en Noruega, ha estado en contacto con Hitler sobre la invasión pronazi en ese país. Quisling espera allanar el camino para Hitler al interior, un plan que atrae a Mosley y a su círculo

cercano. Diana no está en contra de la estrategia de Quisling —ese ha sido su objetivo todo este tiempo—, es sólo que la discusión indiscreta de este plan le parece un error.

¿Por qué Mosley piensa que pude actuar de manera unilateral? Fue ella quien trabajó tan duro y durante tanto tiempo para asegurar la relación con Hitler. Sin ella el futuro de la BUF sería vago, por decir lo menos. ¿No debería ser ella, o al menos estar entre quienes deciden qué riesgos tomar ahora? ¿No ha leído las noticias sobre los intentos desesperados para encontrar a los de la quinta columna, los grupos en Inglaterra que simpatizan con los nazis?

«Tranquila», se dice al tiempo que se acaricia el vientre. Un mes más para que este pequeño llegue al mundo. «Tendrá que enfrentar el alboroto cuando llegue, porque nacerá en tiempos de guerra. Tendremos que darle paz hasta entonces», piensa. Respira para calmarse y decide escuchar sólo a medias el resto de la conversación.

Sus pensamientos derivan de la excusa que Mosley le dio para que no fuera esa noche.

—Estás cansada, querida —insistió—. Déjame manejar esto. No podría soportar que mis actos políticos te hicieran enfermar, como a Cimmie.

Mosley creía que los discursos y los viajes que hizo Cimmie en su nombre contribuyeron a su enfermedad y a su muerte, pero lo utiliza cuando no quiere que Diana lo acompañe. Es obvio que nunca le molestaron todos esos arduos viajes a Alemania.

El hecho mismo de que le ofreciera un pretexto para no asistir a la reunión significaba que tenía que ir. Aunque preferiría acurrucarse en su departamento de Londres en Dolphin Square, mientras los niños pequeños permanecían en Savehay Farm con la niñera, y los niños mayores en el internado. Es el único lugar privado que

se puede permitir, y para ello utiliza los últimos ingresos de Guinness.

Más tarde, otra idea desagradable la inquieta: Eckersley no ha respondido a su carta. ¿Por qué no ha contestado? ¿El servicio postal se interrumpió y nunca recibió la carta? ¿Hubo algún problema de su lado?

—La victoria está a la vista. —Escucha fragmentos del discurso de M.

Los hombres lanzan murmullos de admiración y no puede oír lo que dice Mosley después, hasta que alza la voz.

—Dos años, a lo mucho.

—¡Bien, bien! —exclama el maldito general Fuller de nuevo.

De pronto, tiene una idea aterradora: ¿El hecho de que Eckersley no haya respondido significa que interceptaron su carta? «No, si alguien en el gobierno inglés o la inteligencia francesa hubiera puesto sus manos en las cartas, todo lo que verían serían preguntas amables sobre la salud de Eckersley y de su familia», piensa. Si las autoridades tienen la carta y entendieron algo más en ella no estaría sentada ahora aquí. Abundan los rumores sobre los simpatizantes fascistas y presuntos nazis que han atrapado en redadas.

El sonido del puño de Mosley que azota el atril la sorprende.

—Debemos seguir ofreciendo a la gente alternativas para el gobierno actual y la esperanza de paz.

«Eso es mejor», piensa ¿Un llamado a la paz? Nadie arrestaría a Mosley por defender eso. Después de todo, también les pidió a sus seguidores que sirvieran con lealtad en el esfuerzo bélico, portándose como voluntarios de primeros auxilios, policías y voluntarios en la defensa de ataque aéreos. Sin los documentos del acuerdo de la radio comercial, ¿de qué traición podrían acusarlos?

Capítulo 68

Nancy

23 de marzo de 1940
Londres, Inglaterra

Winston no exageraba. Una vez que comenzó la guerra, todo sucedió de prisa. Cada país en el tablero de ajedrez avanzaba en rápida sucesión, hasta que Alemania movió sus torres y alfiles e invadió Bélgica, Francia, Luxemburgo y Holanda. Por supuesto, Gran Bretaña consideró necesario hacer uso de su jugador más fuerte y hábil en el tablero: la reina —qué ironía—, y Winston se convirtió en primer ministro tras la renuncia de Chamberlain. Tan pronto como tomó su juramento el 10 de mayo, Winston trajo al tablero una nueva arma: la Regulación 18B de la Defensa, una enmienda a la Ley de Poderes de Emergencia que concedía al gobierno la capacidad de arrestar a cualquiera que se considerara una amenaza para la seguridad de la nación o sujeto a influencia extranjera, sin cargos formales ni juicio, incluidos aquellos cuyas creencias simpatizaban con la ideología nazi.

Sin saber exactamente cuán inminente era la guerra a inicios de mayo, me ofrecí a ir a Old Mill Cottage para ayudar a Muv con Unity, mientras Debo estaba en una capacitación para voluntarios. Cualquier cosa que me mantuviera más ocupada que mi trabajo en Primeros

Auxilios, en el que la profusión de tiempo libre me permitía no sólo acabar *Pigeon pie* sino también preocuparme constantemente por Peter y Tom, que están en el ejército.

La ropa de cama para lavar de Unity me llegaba hasta las rodillas cuando el radio anunció la invasión masiva de Alemania el 10 de mayo. Mientras escucho a Muv quejarse sobre la injusticia de esta guerra, me doy cuenta de que elegí el peor lugar posible para pasar el inicio de la batalla: en casa de una de las personas que siguen del lado de los nazis. Deseo huir a Londres, pero no puedo dejar a Muv hasta que Debo regrese o que pueda encontrar quién le ayude. Unity, esa terrible baja tan temprana de la guerra no podía manejarse sin ayuda.

El teléfono suena con un tintineo inesperado. Aunque estoy en el jardín colgando las sábanas recién lavadas de Unity en el tendedero, puedo escucharlo por la puerta de la cocina; está abierta para permitir que entre el aire fresco de este agradable día de primavera.

—Diana, querida, ¿eres tú? Apenas puedo oírte —dice Muv, luego se queda callada—. Respira. Cálmate.

¿Qué sucede? Nunca nadie ha tenido que decirle a Diana que se calme porque siempre ha sido tranquila por naturaleza.

—¿La policía hizo qué? —pregunta Muv y puedo ver que hace un gran esfuerzo para tranquilizar su voz—. ¿Justo enfrente de ti? ¿Le llamaste a un abogado para que se reuniera con él? —Su voz tiembla un poco.

¿Un abogado? ¿Reunirse con quién en dónde? ¿Están hablando de Mosley? ¿Se metió en otro problema en algún mitin? A principios del mes lo atacaron físicamente debido a sus puntos de vista.

—¿Qué quieres decir con que nadie quiere tomar el

caso? —Muv prácticamente grita—. ¿Y el abogado habitual de Mosley, Sweet? —Tras una pausa muy breve, agrega—: ¿Se negó? —Muv deja de lado cualquier pretensión de calma; está furiosa—. ¿Todos se negaron? ¡Cómo se atreven!

Se queda callada un buen momento y luego pregunta:

—¿Qué dijo Sweet de esta nueva ley?

Muv empieza a caminar y sus tacones golpean el piso con fuerza.

—¿Cómo es posible que las regulaciones permitan que el gobierno encarcele indefinidamente a sospechosos sin un juicio, sin cargos? Este *habeas corpus* bajo suspensión de garantías no será popular entre los ciudadanos británicos. No te preocupes, Diana, la anularán muy pronto —dice Muv en un intento por calmar a su amada hija.

¿Encarcelado? ¿Mosley está en prisión? Me invade una oleada de náuseas y me siento en el escalón de la puerta trasera de la cocina. No tengo dudas de que Mosley merece estar en la cárcel, no se le puede permitir que se mueva libremente y cultive las semillas de la sedición cuando la invasión es inminente. Sin embargo, es doloroso ver el efecto que tiene en mi hermana, aunque sea indirectamente; incluso si la información que conseguí pudiera haber ayudado a encarcelarlo, puesto que su nombre estaba en todos los documentos de la estación de radio. Y lo que averiguó la exniñera de Diana pudo haber llevado a los hombres de Winston a las reuniones de la BUF.

—Tienes razón —comenta Muv bajando el tono—. Lo soltarán en cuanto la policía busque entre las cosas de Mosley en Savehay Farm y el departamento de Londres, y no encuentren nada. Con o sin las nuevas regulaciones. En este país no es un crimen tener opiniones diferentes. —Muv interrumpe brevemente su

perorata y luego pregunta—: ¿Dónde lo tienen detenido?

»Pero, Diana, ¡Max sólo tiene cinco semanas de nacido y estás amamantando! —exclama—. Por favor, dime que tu nueva niñera está dispuesta a quedarse a cuidar a Max mientras tú le llevas sus cosas a Mosley a la prisión de Brixton. Dime que no renunció también.

»Eso es bueno, supongo —dice Muv con voz angustiada.

Imagino lo desesperada que debe de estar Diana, y en verdad deseo que todavía cuente con personal de confianza. Jean se fue hace varias semanas para ayudar en el esfuerzo bélico y admito que eso me alivió. Temía constantemente que le confesara a Diana nuestro acuerdo secreto de que la espiara para informarme.

Mientras Muv y Diana hablan de la ubicación de la cárcel de Brixton y de los artículos prácticos que debía llevarle a su marido, me pregunto hasta dónde soy responsable de esta situación. Sé que el MI5 tenía a Mosley y a Diana en la mira antes de que yo empezara a compartir información con Winston, pero Mosley tampoco se ha ayudado mucho estas últimas semanas. Aunque los alemanes cruzaron las líneas de los aliados hace apenas cuatro días y las fuerzas británicas tuvieron que replegarse a Dunquerque, Mosley, cuya lealtad al fascismo y sus vínculos con Hitler son bien conocidos, ha seguido dando discursos públicos sobre la paz. Todo esto durante una época en la que los ciudadanos están en máxima alerta por espías, ya fuera que cayeran del cielo en paracaídas o que construyeran bombas en la casa de junto, y el gobierno estableció una regulación que les permite arrestarlos cuando se les dé la gana.

Escucho que Muv cuelga el teléfono y empieza a llorar. ¿Debería entrar y abrazarla? El consuelo no es un idioma que ella y yo hablamos. ¿Tengo siquiera el derecho de ofrecérselo?

Respiro profundo y entro a la casa. Por más que

mantenga mi culpa en privado y secreto, tendré que enfrentarla tarde o temprano. Después de todo, supongo que se convertirá en una compañía constante a lo largo de mi vida.

Capítulo 69

Diana

29 de junio de 1940
Denham, Inglaterra

Diana termina de amamantar a su querido Max; piensa que es muy fornido para sus once semanas. Lo coloca con cuidado en su carriola para no despertarlo, baja el toldo para cubrirlo de los rayos del sol y lo pasea por el jardín de Savehay Farm durante unos minutos. Encuentra una banca bajo la sombra, estaciona la carriola y se instala para leer *Elizabeth y Essex*, de Lytton Strachey.

Cierra los ojos y respira el aroma de los guisantes de olor que florecen junto a los iris y las dalias, y casi disfruta del día radiante. Pero ¿cómo se atreve a deleitarse en esta perfecta tarde de verano mientras Mosley se pudre en una celda oscura infestada de alimañas?

Para calmar su vergüenza, piensa en lo que debería llevarle a Mosley en su siguiente visita a la prisión de Brixton. ¿Habrá algún libro en particular que lo consuele o al menos lo divierta? ¿Qué ropa debería llevarle? Tendrá que buscar entre su ropa vieja, la que usaba para ir a pescar a Wootton Lodge o para pasear en el bosque, porque en su última visita él le pidió que dejara de llevarle atuendos de burgués. Al parecer, esa ropa le

estaba causando «un poco de problemas» con los otros prisioneros. Sin embargo, por más que se lo pida no le llevará periódicos. Los titulares sobre él son execrables, y ella no soporta siquiera pensar que los lea solo, en ese horrible lugar.

Recuerda que tiene que empacar otra caja de libros de la vasta biblioteca de Savehay Farm. La semana pasada, el ejército le informó que incautarían la propiedad para fines bélicos. Sin duda otras casas han sufrido el mismo destino, pero esas personas tenían otras propiedades en las que podían resguardarse. Diana y sus hijos tenían muy pocas opciones, en particular desde que ella y Mosley se habían vuelto unos parias sociales. Ni siquiera Baba les ofreció un refugio seguro. Diana se sintió agradecida cuando al final un miembro de la familia les hizo una oferta generosa; Pamela y Derek los acogerían en Rignell House, su granja en Berkshire. Diana supone que, dado que Pamela y Derek han expresado su apoyo explícito por el fascismo, ella y sus hijos no pueden dañarlos mucho con su presencia.

—¿*Lady* Mosley? —dice una sirvienta que se asoma por el muro de piedra que bordea el jardín en dirección a la casa principal.

—¿Sí?

—Hay unas personas en la puerta que desean hablar con usted.

—¿Quiénes son? Preferiría no molestar al bebé a menos que sea urgente.

—No me dieron su tarjeta, señora.

«Qué extraño», piensa Diana. Todo el mundo da su tarjeta. Luego se pregunta si son periodistas. Los reporteros la han acosado desde el arresto de Mosley, incluso aquí en Savehay Farm.

—¿Qué tipo de personas? No son periodistas, ¿o sí?

—No lo parecen, señora. Es una mujer y tres hombres.

El corazón le empieza a latir con fuerza. En ocasiones los reporteros se presentan en parejas, pero nunca en grupo. Es posible que sean policías, aunque la presencia de una mujer es extraña. ¿Están aquí para registrar la casa de nuevo? En los días posteriores al arresto de Mosley destrozaron Savehay Farm. Diana sabía que no encontrarían nada, ella quemó los documentos más incriminatorios, sin embargo, fue inquietante. ¿Abrirían todas las cajas que ella y sus sirvientas habían empacado con tanto trabajo?

Esta maldita nueva ley de Winston les otorga a las autoridades poder ilimitado sin una sola evidencia que respalde sus intromisiones. Diana deja a Max con la sirvienta, con instrucciones de que lo lleve en silencio a su recámara, donde la niñera está cuidando a Alexander, de dieciocho meses. Luego cruza el jardín y entra a la casa. Los visitantes la esperan en el vestíbulo.

—¿Les puedo ayudar? —pregunta, estudiando a estos cuatro desconocidos.

Por el contraste entre su aire de autoridad y el aspecto andrajoso de su ropa, supone que sí son de la policía.

—Tenemos una orden para su arresto —dice el más alto de ellos, que lleva un sombrero de fieltro arrugado.

¿Arresto? ¿Ella? Diana se preocupó durante un tiempo por la seguridad de Mosley, con todos sus discursos negligentes, pero ella no se había involucrado en verdad con la BUF, salvo como esposa comprensiva. La actividad más perjudicial en la que se implicó fueron las negociaciones de la estación de radio, por supuesto, y de eso ya no queda rastro escrito. ¿Es un crimen haber tenido una amistad con Hitler?

Pero, ¿qué hay del cajón cerrado con llave en el que guardaba los contratos? ¿No había visto marcas en la cerradura y el cajón estaba un poco entreabierto? ¿El MI5 habría entrado a su estudio?

—¿Por qué motivo? —pregunta, haciendo un enorme esfuerzo por mantenerse tranquila y erguida para evitar que su cuerpo y labios tiemblen.

—No necesitamos motivos —responde el hombre con una sonrisa irónica.

—La acompañaré a su habitación —interviene la mujer—. Puede empacar los artículos básicos para un fin de semana.

¿Un fin de semana? «Eso es un alivio», piensa Diana. «En cierto sentido». Quizá las autoridades sólo quieren alimentar el apetito del público y ofrecerle un chivo expiatorio. Incluso los ciudadanos ingleses más viles no querrían separar a una madre de su bebé más tiempo. «Imagino los titulares», piensa.

La agente de policía sigue a Diana por la escalera principal hacia la recámara.

—Tendré que empacar algunas cosas para mi bebé también —dice Diana volteando hacia ella—. Lo estoy amamantando y no puedo separarme de él todo un fin de semana. Tendrá que venir conmigo.

—No se aceptan bebés en la cárcel de Holloway —responde la agente.

¿La cárcel de Holloway? ¡Dios! Es la cárcel de mujeres más grande de Europa occidental, donde encarcelan a delincuentes de todo tipo. Holloway no es la celda de detención de la comisaría local de Denham. Su mente se inunda de imágenes de los barrotes de la penitenciaría central donde los guardias tratan a los prisioneros como si fueran animales de zoológico.

Diana se detiene un momento en la escalera y voltea a verla.

—¡Pero mi bebé sólo tiene once semanas de nacido! No puede separarlo de su madre. Morirá de hambre.

La mujer se encoge de hombros. ¿Cómo puede ser tan insensible sobre un bebé, aunque la separación sólo sea un fin de semana? Diana desea agredirla, empujarla

por las escaleras, aunque toda esta catástrofe no sea culpa de la agente. En su lugar, da media vuelta y sigue subiendo.

—Entonces tenemos que ir al cuarto del bebé para que le informe a la niñera que tendrá que hacerse cargo de los dos niños, Alexander, de dieciocho meses y Max, de once semanas —explica Diana, haciendo énfasis en las edades de sus hijos.

—Tiene cinco minutos —dice la agente sin conmoverse.

Diana sube la segunda serie de escaleras hasta el cuarto de los bebés, un espacio de juego enorme donde están las recámaras de los niños y de la niñera. El pequeño Alexander camina tambaleándose con un conejo de peluche en la mano derecha. La niñera está sentada en una mecedora con el pequeño Max en brazos; lo arrulla sin dejar de cuidar a su hermano mayor.

Diana se arrodilla frente a Alexander.

—Mamá tiene que hacer un pequeño viaje —dice—. ¿Le puedes dar un gran beso y prometes ser un buen niño con la niñera?

Alexander se inclina hacia ella y le da un beso húmedo y descuidado en la mejilla. Se lleva la mano a ese lugar y la presiona contra su piel. «Es sólo un fin de semana», se dice cuando las lágrimas amenazan. «Lo has dejado durante más tiempo para ir a Alemania», recuerda. Alza una plegaria silenciosa de gratitud porque sus hijos mayores están en un internado y no padecerán su ausencia. Ni siquiera tendrán que saber lo que sucedió. Estará de vuelta mucho antes de que regresen en las siguientes vacaciones escolares.

Se pone de pie, despeina el cabello rubio de Alexander y se dirige hacia la niñera, quien se levanta al verla. Diana extiende los brazos para cargar al pequeño Max y se inclina para oler el aroma dulce de su bebé.

—Me llevan a la cárcel —murmura las

inconmensurables palabras.

La niñera sofoca un grito y empieza a llorar.

—No hay de qué preocuparse —dice para consolarla a ella y a sí misma—. Me dicen que sólo será por el fin de semana y me tranquiliza saber que los niños estarán bajo tu cuidado hasta mi regreso. Por supuesto, para Max será difícil porque está amamantando; supongo que tendremos que empezar a darle fórmula.

La niñera solloza al escuchar esta noticia.

—Ya, ya, cuento contigo para que seas fuerte para mis hijos —dice Diana—. Y espero que seas muy muy fuerte en esta transición para Max. Enviaré a una de las sirvientas para que compre biberones y fórmula ahora mismo, para que te acostumbres.

—Cuente conmigo, *lady* Mosley —responde enjugándose los ojos con un pañuelo.

—Recompensaré tus esfuerzos, lo prometo.

Diana besa por última vez a Max y se lo devuelve a la niñera. Una sola lágrima escapa a su voluntad de hierro, pero recupera la calma y vuelve a ser la mujer serena, enigmática y poderosa de quien Mosley se enamoró. A fin de cuentas, todo esto ha sido por él.

Capítulo 70

Nancy

20 de abril de 1941
Londres, Inglaterra

Casi no vengo hoy. Abrí y cerré la puerta de mi casa una y otra vez por mi indecisión y aprensión. La idea de ver a Diana en prisión me ha obsesionado durante meses. ¿Ser testigo de la ruina de mi hermanita perfecta, en parte por mi culpa, desmentirá las historias que me he contado sobre Diana y Unity? ¿La narrativa que he entretejido sobre su vida, sus motivos y su mal comportamiento durante años?

¿Diana y Unity eran en verdad como me las había imaginado? Unity. Me he contado cuentos sobre su desenfrenada búsqueda de atención, sus descarados esfuerzos por sobresalir de manera prominente entre nuestro grupo de hermanas inteligentes, por sórdidos que fueran esos medios. Sin embargo, a final de cuentas es un relato de la manera en la que su propia hermana la llevó de la mano hasta su destrucción natural. Pero, ¿esa historia es verdadera? ¿Habrá sido Unity quien guio a Diana? ¿Fue Hitler? ¿O sencillamente quiero que Diana sea la instigadora para mitigar mi propia culpa por su destino final?

Diana. La hermana por quien siento más amor y más envidia. ¿Habrá buscado y manipulado al monstruo

de Adolf Hitler para su propio provecho, sin que le importara el daño que le hiciera a Unity y al mundo? ¿Y si la historia que imaginé, la que me motivó a espiarla, no era verdad? ¿Y si Diana no fuera una mujer que tomara sus propias decisiones, sino que su esposo la explotaba y esa influencia nublaba su juicio en cuanto a todo el daño que causaba? O si quizá, sólo quizá, no hubiera nada perverso. Tal vez Diana y Unity sólo disfrutaban tomar el té con Hitler, y él les dio departamentos, dinero y las estaciones de radio por pura admiración y amistad.

¿Será que nada de lo que creí era cierto? ¿Será que la larga rivalidad que existe entre todas nosotras y mis celos por la facilidad con la que Diana se embaraza han influido en mi decisión? ¿Será una mezcla de mi propia mezquindad infantil, de las suposiciones que tanto tiempo he hecho sobre mi familia y de los sucesos actuales que nublan la lente a través de la cual veo que se desarrolla este drama? ¿Qué papel jugó en mi percepción el odio que siento contra el fascismo? ¿Qué fue real y qué fue ficción?

Se me ocurre que todo esto pudo haber sido cierto en algún momento. Pude haberme visto motivada por mi desprecio por el fascismo y por los celos. Diana y Unity podrían creer con todo su corazón en la causa nazi y, al mismo tiempo, sentirse impulsadas por un anhelo de fama o por capricho con los hombres incorrectos, sea Mosley o Hitler. ¿Eso importa, siempre y cuando pensemos que estamos actuando del lado correcto y con la verdad? ¿O es necesario que estemos en el verdadero lado correcto? Mientras me hago estas preguntas, recuerdo la elección intencional de Diana de no informar a la familia sobre el plan de Unity de suicidarse cuando se declarara la guerra. Ese es un hecho que no puedo ignorar. Pero, ¿qué papel jugó ese hecho perturbador en la combinación de emociones, motivos y

eventos? Me pregunto si alguna vez lo sabremos.

La puerta de la sala de visitas se abre con un crujido y por ella entra mi orgullosa hermana, los huesos de sus hombros son visibles bajo el lujoso cárdigan color camello, ahora manchado y desgastado. Pero su rostro sigue siendo innegablemente hermoso y su porte tan formidable como siempre. Y aún posee ese aire de confianza sobrenatural, que lleva como un manto de pieles en este lugar glacial y desolado. La cárcel no le ha arrebatado ninguna de sus cualidades.

—Nancy —dice al sentarse en la silla de madera dura y maltratada que está frente a la mía, al otro lado de la mesa. Al mirarla más de cerca, veo ojeras bajo sus ojos y zonas secas en su piel de marfil.

—Diana —respondo sin sorprenderme del temblor en mi voz—. Me dio mucho gusto saber que la cárcel relajó las reglas y que puedes recibir visitas.

Qué mentira. Eso no podía estar más lejos de la verdad. Al principio fue un alivio que las visitas de Diana fueran limitadas. Cuando las reglas se suavizaron al mismo tiempo en el que a ella y a Mosley les permitieron estar recluidos juntos en una pequeña casa en los terrenos de la cárcel Holloway, supe que debía venir pronto. Lo más probable era que Mosley impidiera que visitara a su esposa, y Diana, siempre obediente, hubiera estado de acuerdo.

—Sí, era bastante desolador cuando sólo me permitían recibir dos cartas y dos visitas a la semana. Esas visitas, por supuesto, eran la niñera y los niños, y las cartas de la niñera y de Mosley. En general rechazo los privilegios especiales que me ofrece Winston. —Su expresión se endurece cuando pronuncia su nombre—. Por culpa, supongo. Sencillamente no es justo. Después de todo, la mayoría de las mujeres aquí han sido encarceladas por su afiliación a la BUF. Pero al final, no podía rechazar tener más visitas o la oportunidad de

estar con M. —Su rostro se suaviza al hablar de su esposo y luego me mira con sus penetrantes ojos azules —. No sabes cuánto aprecié los suéteres de lana y las bolsas para agua caliente que enviaste con los niños. Sin mencionar el pan, el queso y el vino.

Sus dos hijos mayores, Jonathan y Desmond, se quedaban conmigo los días que venían a visitar a su mamá. No me permitían verla, aunque yo los trajera y llevara de la cárcel, pero siempre me aseguraba de enviar paquetes para ella con lo que necesitaba. La temperatura helada de la prisión había sido su queja principal, eso y estar separada de sus hijos, supongo; sobre todo los dos más pequeños que vivían en casa de Pamela. La mayoría de las veces la desconocían cuando venía a visitarla con la niñera.

—Quisiera poder hacer más —digo por costumbre y luego guardo silencio.

En parte es cierto, pero suena falso sabiendo lo que sé y habiendo hecho lo que hice. Nunca fue mi intención que Diana fuera a la cárcel. Mi objetivo había sido evitar que Mosley y la BUF y, en menor medida Diana y quizá Unity, cometieran una traición de la que los creía capaces, del daño que su obra infligiría no sólo en nuestro país sino en mis seres queridos, Peter y Tom en particular. ¿O ésta es sólo una mentira que me cuento a mí misma? Porque, para ser honesta, como lo hago cuando estoy sola en cama en medio de la noche, sabía que este resultado era posible cuando le di los documentos a Winston. Y estaba convencida de que mi hermana era capaz de casi todo.

—No puedes traerme a mis bebés.

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero se niega a derramarlas, así que quedan colgadas de sus pestañas, brillando bajo la luz fluorescente de la sala de visitas. ¿Cómo es posible que mi hermana siga siendo tan hermosa en este horrible lugar?

—¿Cómo son sus visitas? —Los buenos modales me obligan a preguntar, pero no estoy segura de poder soportar su respuesta.

—Es difícil. Cuando la niñera los trae de Rignell Farm no siempre me recuerdan al instante, sobre todo Max. Pero cuando acaban por acostumbrarse y recuerdan que soy su mamá, los guardias entran marchando para decirnos que la visita terminó. Ahí empiezan a llorar. —Inhala con profundidad—. Todos lo hacemos.

Extiendo el brazo para tomar su mano huesuda y advierto que sus uñas, siempre largas y perfectamente manicuradas, están rotas. ¿Por qué este descuido me molesta y me sorprende?

—Los únicos momentos en que me permito llorar en este horrible sitio es cuando no puedo reprimir la rabia por la detención ilegal. —Su expresión cambia de la tristeza a la ira—. Mosley y yo somos los chivos expiatorios perfectos, la sustitución del enemigo, y la prensa sensacionalista saca partido para satisfacer su necesidad de historias. Pero si hubiéramos tenido un proceso justo nos hubieran encontrado por completo inocentes, sin importar mi amistad con Hitler. Sólo porque deseo un estado fascista y quiero la paz en lugar de la guerra, no significa que actuaría en contra de mi país. No he hecho nada en contra de Gran Bretaña, aparte de anhelar tener un gobierno diferente.

No puedo responder, en sentido literal, no puedo formar las palabras. ¿Diana se convenció a sí misma de lo que está diciendo? Si no supiera lo que guardaba en ese cajón bajo llave en su estudio, quizá le hubiera creído. Tal vez se inventó una historia que para sí misma que fuera más agradable.

—¿Cómo pasas el tiempo? ¿Hay algo que pueda traer para ayudarte? —pregunto, incapaz de tolerar más este tema de conversación.

—Más libros siempre son bienvenidos. La lectura ayuda a pasar el tiempo, más que cualquier otra cosa. Eso y hablar con mis compañeras de encierro.

—Te traeré algunos en mi próxima visita —digo, preguntándome si Mosley permitirá otra visita y rezando porque nadie haya sido tan cruel como para enviarle un ejemplar de mi nuevo libro, *Pigeon pie*. Odiaría que leyera mi novela sobre espías nazis y su uso de las emisoras de radio, y que hiciera la relación entre su encarcelamiento y yo. Aunque sé que algún día tendré que enmendar el papel que jugué en todo esto.

—¿De qué hablas con tus compañeras? —pregunto para cambiar el tema y alejarnos de los asuntos dolorosos.

Me parece muy difícil imaginar a la arrogante Diana conversando con mujeres ordinarias, miembros o no de la BUF.

—De los libros que leemos, de los fragmentos de información que tenemos sobre la guerra, de nuestras familias que están afuera, en el mundo… ¡Oh! —exclama con media risa y agrega—: Todas quieren saber de Hitler, por supuesto. Cómo es, cómo pudo elevarse hasta tomar el control de Alemania y sacarlos de la depresión económica. Les digo que la gente no pasa de ser un pintor desempleado a ser el líder de un gran país como Alemania, a menos que tenga un brillo especial. Siempre comparto lo perfectamente encantador y caballero que es. —Hace una pausa y continúa—: Por supuesto, muchas de las prisioneras son miembros de la BUF, por lo que tienen una curiosidad y simpatía particulares por mi amistad con *herr* Hitler —explica.

Advierto que a su héroe lo llama *herr* Hitler, en lugar de Führer. ¿Le costará trabajo ese cambio?

Una pequeña sonrisa de satisfacción aparece en su rostro y me pregunto si está recordando alguna cena o plática junto al fuego con Hitler. ¿Cómo es posible que

esos recuerdos le brinden placer ahora? «Y pensar hasta dónde la llevaron esos encuentros especiales», pienso. Sin mencionar que estamos en guerra con él, que sus soldados ponen en gran riesgo a nuestros ejércitos y a los civiles, incluidos nuestro hermano, mi marido e innumerables jóvenes que conocemos. Pero quizá no sea Hitler, sino Mosley quien tiene la culpa de la situación actual de Diana. O tal vez sea yo.

Ahí voy de nuevo. En la narrativa que pasa por mi mente he hilvanado los hilos de las vidas de mis hermanas para formar un tapiz halagador para mí, uno que respalde mi decisión. Pero, ¿esos hilos se habrán entretejido de otra forma para dar una imagen diferente? No habito en la mente y en el espíritu de mis hermanas y necesito creer que mis acciones tienen un propósito mayor, que tendrán un efecto positivo a lo largo del tiempo. Todos lo necesitamos.

En ese momento se abre la puerta de la sala de visitas y siento un enorme alivio al pensar que quizá nuestro tiempo se acabó. Sin embargo, en lugar del guardia, Oswald Mosley entra en la habitación, desaliñado, en su ropa de trabajo raída y delgado, pero con su inconfundible arrogancia.

—Cambiaron la fecha de transporte de su esposo —dice el guardia como explicación.

Diana mira a Mosley a los ojos y ambos se apresuran en un abrazo. Aunque sus brazos siguen rodeando la cintura del otro, se apartan un poco para mirarse con incredulidad. Su larga separación por fin ha terminado, aunque sigan en prisión en el futuro próximo. En lo que concierne a Diana y a Mosley, están solos en la habitación: su reunión es todo lo que importa.

—No puedo creer que seas tú —exclama Diana y las lágrimas surcan su rostro.

—Soy yo, querida —le asegura—. Y nunca más nos

separaremos.

—Nunca —dice Diana con una violencia que me asombra. Aunque supongo que no debería. ¿Qué tan bien la conozco?

Observo cómo mi hermana le ofrece a su marido una amplia sonrisa cómplice. Es obvio que sigue por completo bajo su influencia, como creo que Unity estaba bajo la de Hitler. En ese momento tengo la completa certeza de que Diana podría sacrificar todo, patria, familia, su propia vida, por este hombre y su causa. Cualquiera que sea la ficción que me he hecho en la cabeza sobre mis hermanas, al menos esa parte es verdad. Queda por ver si eso justifica o no mis acciones. Quizá nunca lo sepa.

«A final de cuentas, la política puede ser muy personal», pienso. Nos convierte a cada uno de nosotros en autores de nuestra propia historia y, cuando es necesario, en espías y traidores. Me pregunto cuál de todos esos soy yo.

Nota de la autora

Me topé con el mundo refinado, hipnotizante y, a menudo peculiar de las Mitford cuando estaba en la universidad, durante un viaje que hice con una querida amiga por Europa después de estudiar un semestre en Inglaterra. Antes de salir, elegí un par de libros para los largos trayectos en tren de un país a otro; uno de ellos era una reimpresión que contenía las dos mejores novelas de Nancy Mitford, *A la caza del amor* y *Amor en clima frío*. De inmediato me enganché en el semidivertido, semitrágico, pero siempre singular mundo de Nancy Mitford, una representación de su propia crianza, universo familiar y entorno social, y esa fascinación continuó con los años, cuando pasé de practicar derecho a escribir.

Hace poco retomé la investigación sobre las hermanas Mitford que comencé en aquel entonces. Mientras me precipitaba en la madriguera del conejo de los documentos históricos sobre esos años de entreguerras estaba anonadada, para usar la jerga de los Mitford. Había esperado descubrir una comedia ligera del pasado junto con estas chicas de la alta aristocracia, quizá impregnada de reflexiones y temas más profundos de tanto en tanto, pero lo que encontré me sorprendió.

Estas hermanas adineradas y de alcurnia se habían

colocado en el epicentro del escándalo y la intriga política anterior a la Segunda Guerra Mundial, experimentando y, más tarde, adoptando el fascismo, comunismo y nazismo. Dado el acceso que tenían a las altas esferas de la sociedad y a los grupos gobernantes de la mayoría de los países europeos, sus acciones estaban en el corazón de un mundo en pleno cambio. En el caso de Diana y, posiblemente, también en el de Unity, sus decisiones amenazaron con alterar la trayectoria de su época, si no hubieran padecido el encarcelamiento y la catástrofe.

Revelar este oscuro capítulo en la historia de los Mitford cambió mi comprensión de las hermanas y dio pie a muchas preguntas. ¿Qué influyó en estas mujeres adineradas, inteligentes y bien establecidas para que se alejaran tanto de la trayectoria política que se esperaba de ellas? ¿Qué tenían estos movimientos políticos extremistas —el fascismo y el nazismo en particular— que las atrajo? ¿En qué momento sus seres queridos sintieron que habían cruzado la línea de lo aceptable? ¿Qué podían y debían hacer sus amigos y familia para detenerlas, si eso era posible? ¿Y cómo sabemos qué pensamientos, creencias y planes en verdad cruzaban por sus mentes?

Entre más examinaba esta parte menos conocida de la vida y el acervo de las Mitford, más familiar me parecía el entorno, en particular la idea de que lo político fuera tan personal. En nuestras épocas lidiamos no sólo con una pandemia mundial sino también con posiciones políticas de gran alcance, familias y comunidades divididas, y acciones militares e invasiones inesperadas. Después de leer la novela y en grupos de lectura, empecé a pensar que quizá las preguntas que evoqué en *Las hermanas Mitford* bien podríamos hacerlas para nosotros mismos y otras personas. Quizá, sólo quizá, en el espacio seguro de estas conversaciones

podremos evitar los terribles peligros que enfrentaron los Mitford y avanzar un paso más hacia la comprensión de unos y otros, con el fin de sanar esas divisiones.

Agradecimientos

Las hermanas Mitford no hubiera surgido de las profundidades de esos años importantes, a menudo ignorados entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, sin la ayuda y el apoyo de tantas personas. Antes que nada, debo expresar mi agradecimiento a Laura Dail, mi maravillosa agente, cuyos profundos consejos y apoyo hicieron posible este libro. En segundo lugar, estoy en deuda con toda la gente maravillosa de Sourcebooks, cuya experiencia y sabiduría ayudaron a que este libro cobrara vida y llegara a los estantes, en particular mi fantástica editora, Shana Drehs; la maravillosa líder de Sourcebooks, Dominique Raccah; las incansables y brillantes Molly Waxman y Cristina Arreola, de marketing y publicidad; y los maravillosos Todd Stocke, Valerie Pierce, Heather Hall, Margareet Coffee, Beth Oleniczak, Tiffany Schultz, Aslyn Keil, Heather VenHuizen, Kelly Lawler, Brittany Vibbert y Danielle McNaughton. Y estoy más que agradecida a los vendedores de libros, bibliotecarios y lectores que eligieron leer *Las hermanas Mitford*, así como mis otras novelas.

Mi familia y amigos me aplauden tras bambalinas, y por eso y muchas otras cosas estoy en deuda con ellos, incluidos mis padres, Jeanne y Coleman, siempre mi

apoyo; mi campeona suegra, Catherine; mis maravillosas hermanas y cuñadas, y sus hijos; y mis tremendos amigos, el grupo Sewickley, Illana Raia, Kelly Close, Laura Hudak Daniel McKenna y Ponny Conomos Jahn. Sin embargo, siempre siempre Jim, Jack y Ben, mis chicos, con quienes estoy eternamente agradecida.

Si desean tener más información sobre la amplia vida de las hermanas Mitford, recomiendo varios libros de no ficción, incluidos, entre otros, *The Six: The Lives of the Mitford Sisters* y *Life in a Cold Climate: Nancy Mitford, The Biography*, de Laura Thompson; *Las Mitford. Cartas entre seis hermanas*, de Charlotte Mosley; *Diana Mosley: Mitford Beauty*, *British Fascist, Hitler's Angel*, de Anna de Courcy; *Unity Mitford*, de David Pryce-Jones; *Una vida de contrastes*, de *lady* Diana Mosley; *¡Espérame!*, de Deborah Mitford, duquesa de Devonshire; y *Nobles y rebeldes*, de Jessica Mitford. Pero ninguno se compara con las novelas de Nancy Mitford: *Una aventura en las Tierras Altas*, *Pudín de Navidad*, *Pigeon Pie*, *Trifulca a la vista*, *La bendición* y, por supuesto, sus famosas obras *A la caza del amor* y *Amor en Clima Frío*.

Acerca de la autora

MARIE BENEDICT es abogada y ha trabajado en algunas de las firmas más prestigiosas de Estados Unidos. Se graduó con honores de la Universidad de Boston con especialización en Historia del Arte. Como abogada se ha enfocado en defender los derechos de las mujeres y desde esta preocupación comenzó a escribir novelas biográficas donde visibiliza el papel de ellas a lo largo de la historia. Algunas de sus novelas son *El otro Einstein* (Planeta, 2018), *La única mujer* (Planeta, 2019), *La dama de la guerra* (Planeta, 2020) y *El secreto de Agatha* (Planeta, 2021). Su más reciente novela, *La coleccionista* (Planeta, 2022), la escribió en coautoría con Victoria Christopher Murray.

The Mitford Affair – © 2023 por Marie Benedict

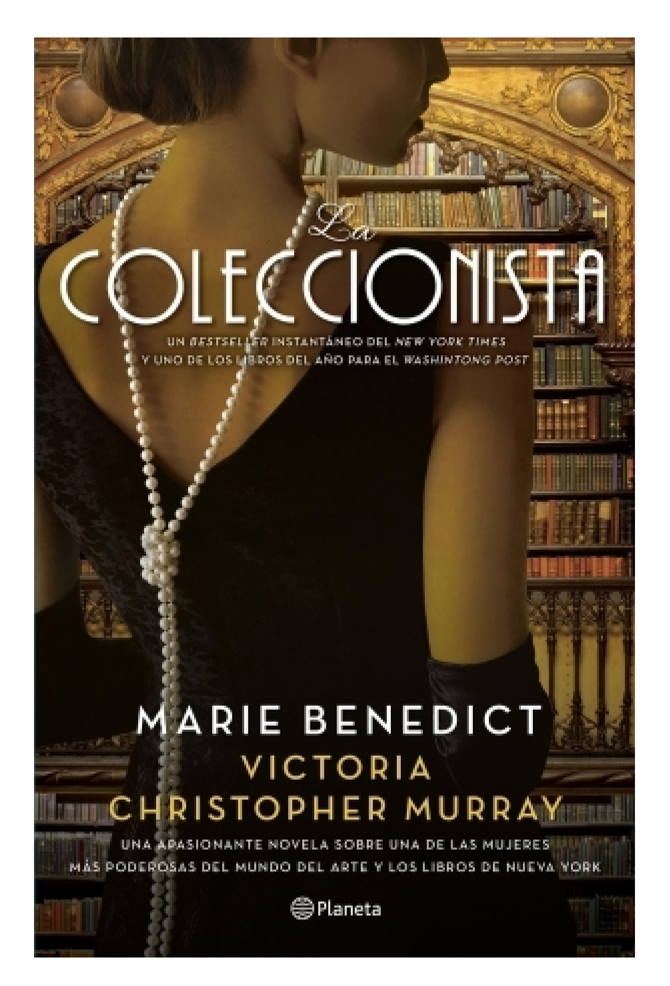
Esta edición se publica por acuerdo con The Laura Dail Literary Agency a través de International Editors and Yañez' Co.

Traducido por: Yara Trevethan Gaxiola
Diseño de portada: Sandra Chiu
Fotografías de portada: © Elisabeth Ansley / Trevillions Images, Ilina Simeonova / Trevillion Images, lumyai l sweet / Shutterstock

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: junio de 2024
ISBN: 978-607-39-1399-7

Primera edición en formato epub: junio de 2024
ISBN: 978-607-39-1508-3



La
COLECCIONISTA
UN BESTSELLER INSTANTÁNEO DEL NEW YORK TIMES
Y UNO DE LOS LIBROS DEL AÑO PARA EL WASHINTONG POST
MARIE BENEDICT
VICTORIA
CHRISTOPHER MURRAY
UNA APASIONANTE NOVELA SOBRE UNA DE LAS MUJERES
MÁS PODEROSAS DEL MUNDO DEL ARTE Y LOS LIBROS DE NUEVA YORK
Planeta

La coleccionista

Benedict, Marie

9786070789755

416 Páginas

Gracias a su pasión por los libros y gusto exquisito, Belle da Costa Green se ha vuelto, con tan solo veinte años, la bibliotecaria más joven de la prestigiosa universidad de Princeton. Sin embargo, un golpe de suerte mayor está por impulsar su carrera: el famoso millonario J. P. Morgan la quiere para curar una colección de manuscritos raros, libros y obras de arte que compondrán el corazón de su biblioteca personal. Así, muy pronto, Belle se convierte en una de las mujeres más poderosas del Nueva York de inicios del siglo XX, conocida por su astucia en la negociación de obras críticas y la ambición implacable que mostraba con el objetivo de crear una colección privada de clase mundial.

Pero Belle debe ocultar un secreto que, de ser descubierto, podría costarle todo por lo que ha luchado: no es descendiente de portugueses ni su verdadero apellido es «da Costa Green», como le ha hecho creer a todo el mundo, sino que es hija de Richard Greener, el primer afroamericano graduado de Harvard.

La coleccionista cuenta la historia real de una mujer extraordinaria, famosa por su aguda inteligencia, estilo e ingenio que se vio obligada a mentir para abrirse paso en un mundo que la relegaba por ser mujer y la condenaba por su origen.


ANNIE LYONS
El CLUB DE LECTURA
del Refugio Antiaéreo
Su amor por los libros será el mejor refugio
contra el horror de la guerra
Planeta

El Club de Lectura del Refugio Antiaéreo

Lyons, Annie
9786073906777
376 Páginas

Su amor por los libros será el mejor refugio contra el horror de la guerra

Alemania, 1938. A medida que el fascismo se afianza en Europa, las familias judías tienen que tomar la desgarradora decisión de poner a sus hijos a salvo fuera del país, como parte de la operación de rescate Kindertransport.

Mientras, en Londres, Gertie está cansada de regentar la Librería Bingham y está pensando en retirarse y traspasar el negocio. Sin embargo, el mundo tiene otros planes para ella. Su vida se transforma por completo cuando acoge a una refugiada judía, Hedy, una adolescente de quince años a la que han separado de su familia.

Al principio su relación es tensa, pero pronto estrechan lazos gracias a su amor por la lectura. Cuando los bombarderos alemanes se ciernen sobre el cielo de Londres y todos los ciudadanos deben refugiarse en búnkeres, Gertie y Hedy crean el Club de Lectura del Refugio Antiaéreo. Juntas comprobarán que los libros tienen el poder de unir a la comunidad en los momentos más oscuros de la historia.

COAUTORA DE *LA ESTAFA MAESTRA*

NAYELI ROLDÁN



Planeta

La austeridad mata

Roldán, Nayeli
9786073914819
328 Páginas

La política de la 4T que dejó a México en ruinas

La «Cuarta Transformación» prometió mejorar la vida del pueblo a través de una estricta política de austeridad en el Gobierno; sin embargo, lo que parecía ser una medida positiva, pronto se convirtió en tragedia nacional. A medida que los gastos suntuosos se reducían, los programas vitales,
también.

El sistema de salud, perfectible pero funcional durante años, se vio imposibilitado para salvar vidas. Sin medicinas ni quimioterapias, las madres de niños con cáncer salieron a gritarle al presidente: «Nuestros hijos se nos están muriendo. ¡No es posible que usted ni nos voltee a ver!».

Otros programas sociales, como los que apoyaban a las madres trabajadoras, se eliminaron; mientras que el mantenimiento de aeropuertos y carreteras quedó relegado hasta casi desaparecer: en 2021, más de 3 000 personas murieron a causa de accidentes en los caminos.

Con un trabajo periodístico sin precedentes, que muestra la cruda realidad detrás de las decisiones del presidente Andrés Manuel López Obrador, Nayeli Roldán, reconocida por su impecable investigación sobre «La estafa maestra» —Premio Nacional de Periodismo 2017 y Premio Ortega y Gasset 2018—, te lleva de la mano a través de las cifras e historias que revelan cómo la austeridad mal gestionada ha dejado al pueblo mexicano entre la indignación y el desamparo.

«ACABA DE ENTRAR UNA MUCHACHA A PARTO Y NO HAY LUZ EN EL QUIRÓFANO, LA ESTÁN ATENDIENDO CON LA LUZ DE CELULARES».

«¡El libro de fantasía más adictivo que he leído en una década!».
—TRACY WOLFF, AUTORA *BESTSELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

ALAS DE SANGRE

BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES

REBECCA YARROS


Planeta

Alas de sangre (Empíreo 1)

Yarros, Rebecca
9786073902427
528 Páginas

«¡El libro de fantasía más adictivo que he leído en una década!».—Tracy Wolff, autora bestseller del New York Times

Bestseller* del *New York Times

Un dragón sin su jinete es una tragedia. Un jinete sin su dragón está muerto. —Artículo uno, sección uno del Código de jinetes de dragones

Violet Sorrengail creía que a sus veinte años se uniría al Cuadrante de los Escribas para vivir una vida tranquila, estudiando sus amados libros y las historias antiguas que tanto le fascinan. Sin embargo, por órdenes de su madre, la temida comandante general, Violet debe unirse a los miles de candidatos que luchan por formar parte de la élite de Navarre: los jinetes de dragones.

Cuando eres más pequeña y frágil que los demás tu vida corre peligro, porque los dragones no se vinculan con humanos débiles; de hecho, los incineran. Sumado a esto, con más jinetes que dragones disponibles, buena parte de los candidatos mataría a Violet con tal de mejorar sus probabilidades de éxito; otros, como el despiadado Xaden Riorson, el líder de ala más poderoso del Cuadrante, la asesinarían simplemente por ser la hija de la comandante general. Para sobrevivir, necesitará aprovechar al máximo todo su ingenio.

Día tras día, la guerra que se libra al exterior del Colegio se torna más letal, las defensas del reino se debilitan y los muertos aumentan. Por si fuera poco, Violet sospecha que los líderes de Navarre esconden un terrible secreto.

Amistad, rivalidad y pasión... en el Colegio de Guerra de Basgiath todos tienen una agenda oculta y saben que una vez adentro solo hay dos posibilidades: graduarse o morir.


SUSANNAH NIX
CITAS Y OTRAS TEORÍAS
El amor fue la única variable que no consideró
Planeta

Citas y otras teorías (Lecciones de química 2)

Nix, Susannah
9786073914130
352 Páginas

Un romance STEM de proximidad forzada en el que la realidad supera a la ciencia ficción.

Primera teoría sobre las citas: los opuestos se atraen.

A Esther le molesta todo lo relacionado con Jonathan, su vecino: su gorro hípster, sus opiniones sobre cine y, sobre todo, que constantemente busca pretextos para hablar con ella.

Todo cambia cuando se da cuenta de que él es justo el hombre que necesita… para sanar el corazón roto de su mejor amiga. Por suerte para Esther, Jonathan necesita escribir el guion de una película y ella es la nerd indicada para ayudarle, por lo que llegan a un acuerdo: él saldrá con su amiga si ella lo ayuda con su proyecto.

Segunda teoría sobre las citas: la proximidad forzada puede generar problemas.

Esther y Jonathan pasan cada vez más tiempo juntos… el odio se transforma en atracción y luego en algo mucho más intenso. Antes de darse cuenta, él logra entrar en la ordenada vida de Esther para volverla un completo caos.

Tercera teoría sobre las citas: el amor es más complicado que la ciencia…